



DULCE *Romance*

Amor, pasión y deseo con el millonario

ALEX VERA

DULCE ROMANCE

Amor, pasión y deseo con el millonario

ALEX VERA

ÍNDICE

1. [Adrián](#)
 2. [Elena](#)
 3. [Adrián](#)
 4. [Elena](#)
 5. [Adrián](#)
 6. [Elena](#)
 7. [Adrián](#)
 8. [Elena](#)
 9. [Adrián](#)
 10. [Elena](#)
 11. [Adrián](#)
 12. [Elena](#)
 13. [Adrián](#)
 14. [Elena](#)
 15. [Adrián](#)
 16. [Elena](#)
 17. [Adrián](#)
 18. [Elena](#)
 19. [Adrián](#)
 20. [Elena](#)
 21. [Adrián](#)
 22. [Elena](#)
 23. [Adrián](#)
 24. [Elena](#)
 25. [Adrián](#)
 26. [Elena](#)
 27. [Adrián](#)
 28. [Elena](#)
 29. [Adrián](#)
 30. [Elena](#)
 31. [Adrián](#)
 32. [Elena](#)
 33. [Adrián](#)
 34. [Elena](#)
 35. [Adrián](#)
 36. [Elena](#)
 37. [Adrián](#)
 38. [Elena](#)
 39. [Adrián](#)
- [Epilogo](#)

*Título: Dulce romance
Copyright © 2020 Alex Vera
Registro de la Propiedad Intelectual
Cubierta: imagen utilizada con licencia Depositphotos*

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



Ésta es una obra de ficción en su totalidad. Tenga en cuenta que, los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.

Capitolo Uno

ADRIÁN

AGARRÉ UN TROZO DE CERA Y COMENCÉ A FROTARLO SOBRE MI TABLA DE SURF LENTAMENTE, mientras lo hacía, puse la mirada en las olas que se movían en la orilla de la playa de Arina en Heraklion, Creta, una isla de mi país natal, Grecia. Me encantaba estar aquí, percibir el olor del mar y sentir la arena entre los dedos de los pies era lo máximo para mí. No podría imaginarme viviendo en otro lugar.

Cuando mi negocio empezó a despegar, los asesores dijeron que necesitaba estar en Nueva York, Londres o Los Ángeles, pero no tenía planeado salir de la isla.

No hubo necesidad de hacerlo. Tenía una empresa de medios sociales, lo que significaba que podía trabajar desde cualquier lugar. Estaba en casi todo el mundo. Era tan bueno, que las empresas que solicitaban mis servicios llegaban directamente a mí, ya que, estaba superando a todas las demás plataformas relacionadas a lo que yo hacía a nivel global.

Tenía veintiocho años y ya estaba haciendo grandes progresos en la industria. Había entrado en la lista de los jóvenes más ricos menores de 30 años, y no me importaba aceptar todos los beneficios que acompañaban a ese título.

Miré a mi mejor amigo, Rand Mattas, que tenía los ojos puestos en algo más que el agua clara. Un grupo de mujeres reposaban en la playa en bikini muy pequeños para sus cuerpos. Era difícil para él no mirar los cuerpos mejorados quirúrgicamente, pero no era lo mío, prefería lo natural por encima de todo ese plástico. Estaban muy maquilladas como para divertirse en el agua, parecía que iban en busca de hombres más que nada, sinceramente dudaba que se atrevieran a mojarse la cara o el cabello, este caería sin forma y su maquillaje se correría por completo. Definitivamente no era lo mío, pero estaba bastante claro que si lo de Rand.

—Sigue mirando, y tal vez te hablen —bromeé.

Se volvió para mirarme, sonriendo como un idiota.

—Podría ir y presentarme como Adrián Patton. Entonces, se me caerían encima.

Puse los ojos en blanco.

—Te patearé el trasero si intentas usar mi nombre para meterlas en tu cama. Lo último que necesito es un escándalo, creo que nos parecemos lo suficiente como para que nos confundan, además, me llevaría una eternidad limpiar mi nombre, y para ser sincero la prensa es lo que menos me preocupa, mi madre me mataría lentamente si cree que hice algo como eso.

—Te equivocas, yo tengo los ojos marrones oscuros de un verdadero griego —respondió—. Cualquiera podría distinguirnos, a parte claro, soy mucho más guapo.

—Creo que estás en un error, yo tengo los ojos azules y conoces los cuentos que dicen que los dioses griegos los tenían de ese color —respondí sonriendo.

—Cuentos de hadas —refunfuñó—, mitos y leyendas.

Ambos teníamos el cabello color negro azabache, el tono de piel aceituna, y una barba abundante que parecía no desaparecer de nuestras mandíbulas, sin importar cuántas veces al día nos afeitáramos. Yo era una pulgada más alto y me sentía un poco más musculoso, pero sabía que él discutiría ese aspecto, lo habíamos hecho desde que llegamos a la pubertad pero finalmente me las arreglé para crecer un poco más. Siempre había sido el más bajo en mi gran familia, así que era muy satisfactorio ser más alto y más grande que al menos una persona en mi vida.

—¿Podemos entrar en el agua? —preguntó, con una mano en la cadera mientras me miraba—. Estás dando demasiados rodeos, ninguna tabla necesita tanta atención.

—Mi tabla necesitaba ser encerada —le dije ignorando su frustración por mi retraso.

—Apuesto que estabas pensando en el trabajo —se quejó.

Me encogí de hombros, me puse de pie y limpié la arena de mis rodillas.

—Estaba pensando en

los nuevos internos que vienen. Espero que traigan una nueva visión a la compañía, nos vendría bien ideas frescas para revivir ese lugar. Es importante que siempre nos mantengamos por delante del juego, y sólo podemos hacerlo con ojos frescos, y personas dispuestas a darlo todo por la empresa.

—¿Los americanos? —preguntó—. ¿Es con ellos con quien cuentas para mantenernos en la cima?

—Sí.

No parecía convencido.

—Lo estamos haciendo bien, no entiendo por qué quieres traerlos en este momento.

Me encogí de hombros.

—Nunca se sabe cuándo las cosas pueden cambiar. En cualquier momento podríamos quedarnos atrás, las redes sociales y todo el mundo digital siempre se está actualizando y nuestros clientes dependen de nosotros para que seamos los que marquen las tendencias, no los seguidores.

Gimió, pasando una mano por su corto cabello negro.

—Detente. ¿Por qué siempre estás pensando en el trabajo, los medios sociales y todo lo demás si sabes que no importa nada de eso?

Sonreí, sabiendo que se quejaba simplemente por ser mi amigo.

—Porque aunque no quieras admitirlo, sé que te importa el trabajo. Eres el que siempre está en su teléfono, revisando Twitter y cualquier otra plataforma de medios sociales, tratando de encontrar cualquier cosa que nos lleve al siguiente nivel.

—Tengo que hacerlo porque tú no tienes idea —se quejó.

Me reí.

—Podría que sí, pero ¿por qué perdería mi tiempo cuando te tengo a ti para hacerlo? Y ahora, estarán los internos para hacer todo eso por los dos.

Hizo una mueca.

—¿Vamos a poner el futuro del negocio que construimos en manos de unos jóvenes americanos que buscan unas pequeñas vacaciones en las islas griegas? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Revisé los currículos muy a fondo. Estoy seguro de que son exactamente lo que necesitamos, y lo mejor de todo es que trabajan por poco dinero —me reí.

—Estoy seguro de que serán los mejores, pero ¿podemos preocuparnos de eso lunes? — preguntó—. Hoy es nuestro día libre. Se supone que no íbamos a pensar en el trabajo, simplemente disfrutaríamos del agua y nos relajáramos. Trabajas demasiado.

—Trabajo lo suficiente para mantenernos a ambos muy ricos —le recordé—. Sabes que este mundo no deja de moverse y debemos estar activos las veinticuatro horas del día los siete días de la semana. Tengo que asegurarme de que estemos al tanto de las cosas, no todos podemos holgazanear en una playa, preocupándonos de nuestros bronceados.

Se burló.

—Sin mí, la compañía se hubiese hundido como el Titanic. Tienes suerte de ser mi mejor amigo, o te habría dejado caer hace mucho tiempo.

Levanté las cejas.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí.

—Acabo de recordarlo —dije revisando mi calendario mental—, necesitamos hacer una reunión con la nueva empresa que se mudó al piso de arriba, la compañía de zapatos.

—¡Deja de hablar de trabajo! —gritó—. Durante la semana pasamos entre cinco a seis días metidos en la oficina hasta tarde, hoy simplemente deseo relajarme y surfear. Podemos ocuparnos de todo la semana que viene por favor. Nada va a cambiar en las próximas treinta y seis horas — se quejó—. Todo trabajo y nada de juego te hacen de un chico muy aburrido y cuando Adrián es un chico aburrido, Rand se aburre.

—Suenas como un niño —dije con una sonrisa—. Tienes casi treinta años. Tenemos que pensar en el trabajo todo el tiempo porque es lo que nos da de comer, tanto a nosotros como a nuestros empleados. Estoy en la playa, me estoy divirtiendo y sólo estoy teniendo una conversación contigo. ¿No puedes hacer dos cosas a la vez?

—Oh, puedo hacer dos cosas a la vez, no hay problema —dijo, pero sus ojos se fijaron en una rubia particularmente voluptuosa que se encontraba paseando por la playa con un bikini rojo brillante que mostraba todos sus activos.

Sacudí la cabeza.

—Ella está fuera de tu alcance —me burlé.

—No lo creo.

—Mírala —dije—, probablemente ni siquiera tenga veinte años todavía, es una niña.

—Soy un hombre en plena juventud, y hay muchas mujeres hermosas en esta playa que necesitan mi atención. Ya no puedo hablar o pensar en el trabajo, debo concentrarme.

Me reí entre dientes, al notar que sus ojos aún estaban sobre la joven.

—Creo que estás muy concentrado, pero ella no volteó a mirarte.

—Eso es porque no lo intenté —dijo con una sonrisa en su cara, mostrando la perfecta dentadura blanca—. Las chicas me aman y estarían encantadas de que coqueteara con ellas, probablemente se conformarían con un poco de atención. Soy un solo hombre y estoy dispuesto a regalarles una parte de mí a todas.

—¿Regalarles una parte de ti? —me burlé.

—Todas quieren un poco de Rand Mattas.

Terminé de ajustar mi traje de neopreno subiendo la cremallera por delante, para esconder los tatuajes que tenía en el pecho, el hombro y la parte superior de los brazos. Necesitaba ser tomado en serio en este medio y ya era bastante difícil para los grandes ejecutivos corporativos con edad

suficiente para ser mis abuelos tomarme en serio.

Mi imagen era tan importante como mi reputación, eso era algo que mi madre me había inculcado desde muy joven. El hecho de haber crecido sin dinero no importó, ella siempre se ocupó de que nuestra ropa estuviese limpia y presentable y un niño sabía que no debía desobedecer a una madre griega.

—Vamos a entrar en el agua —Rand volvió a quejarse.

Mientras terminaba de alistarme, podía oír a las mujeres que se acercaban a nosotros hablando de por qué no podían entrar en el agua, una de las razones era que había tiburones y no querían que se las comieran, yo sabía que la verdadera razón, que era bastante obvia: el maquillaje se correría tanto que parecería una escena de terror. Estaba bastante claro que eran turistas americanas, a juzgar por sus acentos.

Metí mi tabla bajo el brazo y comencé a caminar hacia el mar. No pude resistirme a burlarme de las jóvenes cuando oí a una de ellas contar una estadística sobre ataques de tiburones que realmente sonaba ridículo.

—Sabes, que la posibilidad de que seas atacado por un tiburón tan cerca de la orilla es muy pequeña —dije con una sonrisa—. De hecho, tienes mayor riesgo de morir en un ascensor que ser arremetido por un escualo,

es más probable que te asesinen en la playa antes de si quiera ver uno.

Rand se rio antes de correr hacia el agua.

Las mujeres quedaron sin palabras, me volví para ver las miradas de horror en sus rostros mientras miraban fijamente la espalda de Rand, a quien alcancé a pocos metros en el agua.

—¿Realmente crees que esa línea funcionará? Te quejas de que no te diviertes en tu tiempo libre y de que no tienes vida social, pero no puedes culpar al trabajo por eso, culpa a tus ineptas habilidades para conquistar chicas —s

e echó a reír, dejó caer su tabla y salió remando.

—No eran mi tipo de todos modos.

Puse los ojos en blanco, sacudí la cabeza y lo seguí hasta las olas. Rand era mi mejor amigo y mano derecha, estando en mi nivel social era difícil hacer verdaderas amistades pero él estuvo desde el principio.

Cuando comenzamos con el proyecto compartimos un pequeño apartamento de una habitación, sé que no estaba por el dinero o las conexiones, era el único tipo en el que podía confiar para que me cubriera las espaldas.

Durante un tiempo hicimos surf, estando aquí, en Creta, disfrutamos de una de las playas más hermosas del mundo y sus refrescantes aguas, me sentía afortunado de estar vivo.

Estaba a horcajadas en mi tabla, mirando el vasto mar, viendo algunas velas en el horizonte, era un día hermoso. Rand se encontraba a unos tres metros de mí, su tabla apuntaba en dirección opuesta mientras miraba la playa, era típico en él, no dejaba de escudriñar los bikinis de las mujeres buscando su marca, yo estaba seguro que veía algo más.

Algo empujó mi tabla, causando que mi cuerpo se sacudiera a un lado. Miré detrás de mí y vi un

a aleta se desliza bajo el agua.

—¡Oh mierda! —murmuré.

—¿Qué demonios? —Rand giró para verme—. ¿Era eso una aleta?

—Sí, lo fue —dije, levantando los pies y sobre mi tabla mientras usaba mis manos para remar

hacia la orilla.

—Creo que deberíamos permanecer fuera de los ascensores durante un buen tiempo —dijo Rand secamente. Me sonreí.

—Creo que es una buena idea.

Capitolo Des

ELENA

MI PADRE ME HABÍA ACOMPAÑADO AL AEROPUERTO, AMBOS ESTÁBAMOS NERVIOSOS Y ASUSTADOS pero ninguno dejó que el otro se diera cuenta. La ansiedad me consumía y no tenía nada que ver con el café que había bebido

antes, era la primera vez que saldría de casa y de verdad quería hacerlo, además nunca había tomado un avión, lo que sólo aumentaba mi nerviosismo.

—Vas a estar bien —dijo mi padre con esa voz familiar que siempre me hizo sentir segura y amada.

Miré sus ojos azul oscuro que tenían una bondad que reflejaba su alma.

—Voy a estar bien —repetí.

—Has trabajado duro para esto Elena Kamp, y estoy muy orgulloso de ti —sonrió, arrugando ligeramente los ojos al hacerlo.

Miré su cabeza calva y pensé en lo mucho que iba a extrañar verla todos los días. Me tomó de las manos, las suya eran ásperas y callosas debido a los años de trabajo duro en las minas del norte de Idaho, siempre fue un hombre muy ocupado, Tenía dos empleos, donde hacía turnos extras cada vez que podía para darme la mejor vida posible. Nunca tuvimos lujos, pero había comida en la mesa, y nuestra pequeña casa de dos habitaciones en un pequeño pueblo rural a lo largo de la frontera entre Washington e Idaho era suficiente para nosotros.

—Te voy a echar mucho de menos —le dije, luchando contra las lágrimas que amenazaban con caer.

—Te voy a extrañar. Te esforzaste mucho para conseguir este empleo y te lo mereces, nos veremos cuando vuelvas, esta es una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar, además, me compraste ese teléfono que todavía estoy aprendiendo a usar, y podremos hablar todo el tiempo. Demonios, incluso podré ver tu cara —se rio mucho.

—Odio perderme tu gran show del 4 de julio de este año —dije—. Nunca me lo había perdido.

—Oye, estarás aquí el año que viene —me aseguró—, no te preocupes, es lo mismo cada vez.

—No, no lo es. Es emocionante, grande, y siempre hay algo nuevo, si no fuera de esa manera, el pueblo no te hubiese puesto a cargo de esto desde tantos años, tu sí que sabes hacer explotar las cosas muy bien —sonreí.

—Todos tenemos que ser buenos en algo —dijo con una sonrisa suave. Después de todo, no era un hombre que aceptara bien los cumplidos.

—Será mejor que te cuides —le advertí.

Sonrió.

—Lo haré, lo creas o no, me estaba cuidando mucho antes de que llegaras

—Sí, pero no estabas haciendo un buen trabajo.

Se rio de nuevo.

—Supongo que no. No puedo esperar para contarles a todos los chicos de la mina que mi hija está trabajando en el extranjero, no muchos tipos en mi posición pueden decir eso, en definitiva tienes el cerebro de tu madre porque tu viejo padre no tiene absolutamente nada en la cabeza.

—Papá, para. Eres el hombre más inteligente y trabajador que he conocido.

Sacudió la cabeza.

—Nunca tuve madera para la escuela, por eso renuncié a ella después del noveno grado, me sentía más útil yendo a trabajar a la granja y trayendo un cheque de pago para colaborar con los gastos de la casa que yendo a estudiar.

Me estremecí, al recordar que tuvo que trabajar desde los catorce años para ayudar a su familia. Sus padres eran personas muy pobres y su hermana menor estaba demasiado enferma para que mi abuela saliera a trabajar. Las facturas médicas cada vez eran más altas y mi él debía ayudarlos.

Pese a los esfuerzos, su hermana murió y sus padres quedaron en un asilo para personas de bajos recursos, después de eso, mi padre quedó solo,

sin saber hacer otra cosa que trabajar duro, haciendo lo que podía para mantener a una niña sin siquiera una educación secundaria.

Desde el momento en que pude hablar, me dijo que tenía que salir del pueblo, insistió en que estudiara y fuera a la universidad. Trabajó mucho más duro para asegurarse de que me graduara con una licenciatura en marketing.

Había solicitado la pasantía aunque no esperaba conseguirla, la competencia sería feroz y mi título era de una escuela poco reconocida, donde la mayor parte del tiempo había tomado clases en línea, por eso, cuando recibí el correo electrónico donde decía que me habían aceptado, casi me desmayo.

—Mejor me pongo en la fila —le dije.

Asintió con la cabeza.

—Te llamaré pronto. Mantén la cabeza en alto y no dejes que esos chicos griegos te digan que no eres lo suficientemente buena, eres la mejor, tienen suerte de tenerte.

Sonreí.

—Gracias, papá.

—Vas a estar bien —dijo, sintiendo mi nerviosismo.

Hice una mueca.

—Me asusta un poco que mi primera vez en un avión implique pasar sobre el océano.

Sonrió.

—Si el avión se va a estrellar, mete la cabeza entre las piernas, reza y despídete de mí mientras estés allí.

Me eché a reír.

—Gracias. Eso es justo lo que necesitaba oír.

—Oye, la muerte será rápida —dijo en un intento de tranquilizarme. Le fruncí el ceño.

—No estás ayudando.

Le di otro abrazo, recogí mi mochila y la puse sobre mi hombro antes de agarrar el maletín de mi portátil. Mi padre me había dicho que debía llevar un bolso de mano con lo esencial en caso de que mi equipaje se perdiera, me pareció una buena idea, no quería quedarme varada en un país extranjero sin ropa, sin artículos de aseo y con muy poco dinero.

Caminé hasta el final de la fila, me quité los zapatos y me preparé para pasar el control de seguridad. Al igual que el primer día de escuela, mi padre se paró y me observó con una orgullosa sonrisa en su rostro, me alegraba hacerlo sentir de esa manera, iba a trabajar muy duro y demostrar que valía la pena contratarme permanentemente. No estaba lista para mudarme a Grecia de forma permanente, pero quizá me dieran mi propia oficina para dirigirla en Seattle, no estaría muy lejos de casa, y todavía podría visitar a mi padre a menudo.

Con una persona delante de mí, me giré y saludé a mi padre. Al pasar por los detectores de metales sabía que ya no había vuelta atrás, me estaba yendo de casa y me aterrorizaba, en el buen sentido. Me dirigí a la parte principal del aeropuerto, compré un agua y un paquete de patatas fritas, sabiendo que iba a ser un vuelo largo.

Cuando llegó el momento de embarcar, los nervios se apoderaron de mí una vez más y sentía que iba a enloquecer. El asiento que me habían asignado era justo en la ventanilla, la verdad no estaba segura de si quería ver las nubes o el avión estrellándose contra la tierra.

—Buenos días —dijo una mujer mayor—. Parece que vamos a ser compañeras de asiento durante las próximas horas.

Le sonreí, metiendo la portátil en el espacio que quedaba entre la ventanilla y mi asiento. Estaba planeando hacer un pequeño trabajo, o mejor dicho, una ligera investigación sobre la compañía para la que iba a trabajar, pero decidí dejarlo para más tarde.

—¿Vas a ir a Grecia? —pregunté.

Ella asintió y sonrió.

—Yo soy de allá, Grecia es mi hogar.

—¿En serio? —pregunté con sorpresa.

—En realidad ando de un lado a otro —dijo—. Mi marido y yo nos mudamos a América cuando éramos jóvenes, de hecho, nuestros hijos viven aquí, pero desde que él falleció hace unos cinco años aproximadamente yo decidí regresar a Grecia para estar con mi familia. Vine a pasar un mes acá para visitar a mis nietos. ¿Y qué hay de ti?

Eres americana, ¿cierto?

Asentí.

—Sí, lo soy, voy por trabajo, me ofrecieron una pasantía.

—Qué emocionante —dijo—. ¿Tu primera vez?

Hice una mueca.

—Mi primera vez en todo, nunca me había subido en un avión antes, decir que estoy un poco nerviosa es quedarse corto.

Me dio una palmadita en la rodilla.

—Estaré aquí para lo que necesites, todo estará bien.

—Eso espero.

La voz del capitán llenó la cabina, anunciando que íbamos a despegar. Los nervios se apoderaron completamente de mí, sentía mariposas retumbando en mi estómago cuando el avión empezó a rodar por la pista, no podía concentrarme en lo que la azafata estaba diciendo, estaba evitando vomitar, apreté tan fuerte el reposabrazos, tratando de no entrar en pánico, que pensé en cualquier momento iba a romperlo.

Había cerca de un millón de excusas en mi cabeza sobre por qué no podía ir a Grecia, pero ninguna de ellas haría que mi padre se sintiera orgulloso y de verdad quería que lo estuviera.

—Aquí vamos —dijo la mujer a mi izquierda con una voz suave.

Asentí con la cabeza, incapaz de girarla o hacer algo excepto agarrarme tan fuerte como pudiera, sabiendo que eso no haría alguna diferencia si algo saliera terriblemente mal. Una vez que el avión finalmente se niveló y estábamos en el aire navegando, me relajé un poco.

—Eso fue intenso —murmuré.

—Soy Elena —dijo, extendiendo su mano arrugada.

La agité suavemente.

—Soy Elena. Es un placer conocerte. Tal vez puedas darme algunos consejos para vivir en Grecia.

—¿En qué parte vas a vivir? —preguntó—. Heraklion —respondí, esperando haberlo pronunciado bien.

Sus ojos se iluminaron.

—Es una ciudad hermosa, no es como las de los Estados Unidos, hay tanta historia allí. Debo admitir que se está quedando un poco en el tiempo, pero hay un montón de museos y otras atracciones para visitar. Estarás muy ocupada, lo predigo.

—Deseo tener tiempo para ver todos los sitios antes de tener que volver a casa —le dije—. Espero estar muy ocupada con las prácticas.

—¿Qué clase de trabajo vas a hacer?

—Trabajaré en el departamento de marketing de una empresa de medios sociales —respondí y se rio suavemente.

—No tengo ni idea de lo que es eso, pero suena emocionante.

—Lo será, de eso estoy segura.

—¿Dejas atrás a un joven especial? —preguntó y yo sacudí la cabeza.

—No, sólo un viejo.

Levantó una ceja.

—Oh —dijo, con una expresión de sorpresa.

—Mi papá —dije con una risa—, estoy dejando a mi padre atrás.

—Oh, ya veo. ¿Son cercanos tú y tu padre?

Asentí con la cabeza.

—Lo somos, mi madre murió unos días después de que yo naciera, mi padre me contó que fue a raíz de unas complicaciones del parto,

hemos sido sólo nosotros dos durante veintitrés años.

Su cara se suavizó.

—Ya veo. ¿Esta es tu primera vez fuera de casa?

—Sí.

—Apuesto a que tu padre está muy orgulloso de ti.

Asentí con la cabeza.

—Me lo dice todo el tiempo.

—¿A quién de los dos te parecen? —preguntó.

—A mi madre —respondí rápidamente—. Al menos, eso es lo que mi padre siempre me dice. Tengo la misma edad que tenía cuando murió, la verdad no podría imaginar si muero mañana, siento que no he disfrutado de todo lo que tiene la vida, de todos modos,

tenía el cabello rubio y los ojos verdes y aunque tengo la estatura de mi padre, ella era una mujer pequeña.

—¿Cuánto mides?

—Un metro sesenta —respondí.

Asintió con la cabeza como si hubiera dado la respuesta correcta.

—Los hombres griegos son altos, tal vez te encuentres uno guapo.

—No tengo tiempo para ese tipo de cosas, mis planes con respecto a mi estadía en Grecia son simplemente de trabajo, espero quedar fija en la empresa o volver a casa para encontrar otro que me ayude a conseguir suficiente dinero para mantener a mi padre, no quiero que trabaje hasta que tenga setenta años.

Ella sonrió.

—Eso es muy amable, creo que hizo un muy buen trabajo criándote, suenas como una muy buena persona.

—Gracias. Hizo lo mejor que pudo, y me gusta pensar que lo soy.

Me apoyé en el reposacabezas, pensando en mi padre que en este momento se estaba preparando para ir a trabajar como conserje de tiempo parcial, cosa que hacía los fines de semana. Le había dicho que lo dejara, yo ya había terminado la escuela, y él no necesitaba apoyarme. Afirmó que estaba ahorrando para un día de lluvia, nunca entendí por qué lo decía, pero estaba convencida de era porque no sabía cómo relajarse.

Un violento tirón del avión hizo que me sentara derecha, con los ojos bien abiertos mientras miraba a Elena.

—¿Qué es eso? —dije casi sin aliento.

—Sólo un poco de turbulencia, cariño —dijo—. Todo estará bien.

Las palabras de mi padre no dejaban de pasar por mi cabeza. Sus bromas pesadas en este momento no me daban gracia, pero es que era difícil reírse cuando la lata que estaba volando sonaba y temblaba como si la hubieran tirado en una lavadora.

Capitulo Tres

ADRIÁN

TOMÉ UN REFRESCO, ME DIRIGÍ AL SALÓN Y ME SENTÉ EN EL SOFÁ, MIRANDO POR LAS ENORMES ventanas que iban del suelo al techo y que daban al extenso patio trasero de mi propiedad. Me encantaba estar al aire libre pero mi trabajo me mantenía dentro la mayoría de los días.

Había renovado completamente la casa luego de comprarla. Para dar la ilusión de estar al aire libre, coloqué ventanas panorámicas en casi todos lados que permitían la entrada de mucha luz natural. Mi propiedad era muy privada, lo que significa que no tenía que preocuparme de que nadie se asomara.

Cuando quería mayor privacidad, simplemente cerraba las persianas eléctricas con sólo presionar un botón.

Dejé mi bebida y busqué mi iPad, para navegar un poco por Internet y ver qué estaba pasando en el mundo. Era importante que conociera lo último en tendencia y me mantuviera al día con Hollywood, ellos siempre tendían a imponer lo nuevo, la mayoría de las veces sin notarlo. Se necesitó a alguien como yo para encontrar algo único y creativo dentro de todo eso y hacerlo genial.

Sonó el timbre del portón principal, en la pantalla de mi iPad apreció la imagen de la cámara de seguridad, era Rand, tenía el código así que cruzó sin problemas. Dejé la tableta y fui a la puerta a saludarlo.

—¿Qué pasa? —pregunté, sorprendido de verlo un domingo por la noche.

—Salgamos.

Me aparté del camino mientras él entraba en el vestíbulo.

—Es domingo por la noche.

—Vaya, eso sonó muy parecido a tu madre —bromeó.

—Sólo te comento que mañana es un día muy ocupado en el trabajo, los internos ingresan, y ninguno de los dos puede permitirse llegar con mal aspecto o sintiéndose pésimo porque tenemos resaca, se llama ser adulto, no estoy claro si has escuchado hablar de eso antes, tienes casi treinta años —le recordé, era algo que hacía muy a menudo, el hecho de que era un año mayor que yo e iba a cumplir treinta me daba la ventaja para fastidiarlo durante todo el tiempo que pudiera.

—Vamos —dijo—. Un trago, te prometo que estarás en casa a las diez como muy tarde.

Me quejé.

—Dices un trago, pero lo que realmente quieres decir son cuatro y una noche larga.

—Hablo en serio —dijo, levantando un dedo—, un trago.

—¿Tengo que recordarte que los internos ingresan en la maña? —argumenté—. No quiero ser gruñón y estar fuera de juego.

Asintió con la cabeza.

—Vamos, yo conduciré.

Sacudí la cabeza.

—De ninguna manera —murmuré, cediendo a su petición—. Llamaré a mi chofer.

Este vivía en una pequeña casa en la propiedad. Tenerlo cerca me daba la facilidad de llamarlo para cualquier eventualidad, sea reunión de negocios o ir al aeropuerto. Tenía varios autos pero me gustaba tener un conductor para mi uso personal, dos en realidad, pero el chofer principal vivía en la casa de huésped. Era un hombre mayor, un amigo de la familia que había estado sin trabajo y casi en la calle. Le ofrecí el empleo con la condición de estar de guardia para cualquiera de mis necesidades, aceptó con entusiasmo, y nos ha ido bien a los dos.

Rand sonrió, satisfecho de haber ganado de nuevo.

—La presión de los compañeros es algo maravilloso.

—Apesta —refunfuñé, enviando un texto rápido a Malachi y solicitando sus servicios.

Caminé por el largo pasillo que llevaba a mi suite. Pese a su gran tamaño, era una casa de un solo piso, de

seis habitaciones, suficientes para mí y algunos familiares, si decidían quedarse. Lo que me había enganchado de este lugar era la piscina exterior y los grandes terrenos.

Rápidamente me puse otra cosa que no fueran mis pantalones de estar en casa, cuando volví unos minutos después, Malachi y Rand hablaban del clima templado que teníamos.

—¿Listo? —Rand preguntó.

—Sí, hagamos esto —dije—. Mientras más rápido me tome ese trago contigo, más rápido podré volver a casa.

Ignorando mi comentario, salimos

de la casa, Malachi nos llevó a un bar al que solíamos ir después de un largo día de trabajo, era bastante tranquilo entre semana, pero con el verano encima y los turistas alrededor, los solteros locales acudían en masa en busca de una chica que quisiera pasar un buen rato. Encontramos una mesa y cada uno pidió una cerveza.

—¿Has estado en casa últimamente? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—No, he estado ocupado.

Hizo una mueca.

—Tu madre te arrastrará a casa por la oreja si no te vas pronto —advirtió mientras yo asentía con la cabeza.

—Lo sé, no he ido porque cada vez que lo hago, tiene una amiga que tiene una hija que sería perfecta para mí, la mujer debe tener al menos cien amigos. Parece que tienen un radar y aparecen siempre que estoy cerca.

Rand se rio.

—Los solteros ricos y elegibles tienden a hacer eso.

—Mi madre cree que soy demasiado viejo para ser soltero —me quejé—. Quiere que me establezca, me case y tenga un rebaño de niños que la llamen abuela, no sé por qué no le exige lo mismo a uno de mis hermanos, podrían casarse fácilmente.

—Porque eres su bebé, y ella sabe que tus hermanos son causas perdidas —respondió fácilmente.

Me reí entre dientes.

—Eso es probablemente cierto, aunque Miles probablemente será el primero en casarse. Es el

tipo.

—Tú eres el tipo —dijo—. Ya actúas como si fueras un viejo, queriendo quedarte en casa un domingo porque tienes que trabajar por la mañana.

Sacudí la cabeza.

—No es ser un viejo, es simplemente ser responsable, uno de los dos tiene que serlo.

Sonrió sin disculparse.

—Gracias por tomar una para el equipo.

—Creo que necesitaré más de una en la próxima cita que mi madre me prepare —le dije.

Arrugó la nariz.

—No sé nada de eso. Honestamente, ¿qué tan malo puede ser? Tu madre tiene buen gusto.

—El problema no es el gusto de mi madre, son sus supuestos amigos los que parecen estar ciegos ante las hijas que tienen. La última cita con la que salí tenía más vello facial que yo, no podía imaginarme besándola —me estremecí al recordar.

Se echó a reír.

—Tendrías que esconder tus navajas de afeitar.

Mi labio se rizó con asco.

—No, gracias. Me gustan las mujeres femeninas en todos los sentidos.

—¿Qué estás buscando? —preguntó—. Tal vez pueda ayudarte.

Me encogí de hombros.

—No sé, que sea bonita, pero no sólo por fuera, quiero a alguien que sea amable, inteligente y divertida. Una mujer con la que pueda hablar, y tenga algo que decir que valga la pena escuchar.

Levantó una ceja.

—Caramba, ¿algo más? ¿Senos grandes? ¿Gran trasero?

Le fruncí el ceño.

—Son mujeres, no ganado. No tengo ninguna preferencia, me gustaría que tuviera un cuerpo en forma, de piernas largas y bien formadas, no me importa lo grande que sean el resto de sus partes.

Asintió con la cabeza mientras sus ojos revisaban la barra de un lado a otro como tratando de encontrarme una chica para mí, quería recordarle que no estábamos en Girls R' Us y que no estaba buscando una esposa, pero no lo hice. Sabía que

sólo me sermonearía sobre la necesidad de tener más citas y bla, bla, bla...

Debido a mi trabajo, me costaba creer que las mujeres guapas que se me lanzaban se interesaban por quien era y no por mi dinero, probablemente estaba harto gracias a los fiascos sentimentales del pasado.

—¿Qué hay de...?

—No, ni siquiera —dije, levantando la mano.

Suspiró, tomando un trago de su cerveza.

—Tienes razón, no creo que lo que necesitas esté aquí, tenemos que ir al club —se refería al club nocturno que solíamos visitar una o dos veces al mes. Antes íbamos más a menudo, pero parecía que la gente era cada vez más joven y llegó un punto en el cual me sentí viejo.

—No voy a salir a un club. Ya te lo había dicho.

—Vamos, una hora no te va a matar.

—De ninguna manera —dije firmemente—. Sigues diciendo que un trago, una hora, pero te conozco, sé que eso se convertirá en que yo me meta en la cama a las tres de la madrugada sintiendo como toda la habitación gira, no quiero emborracharme.

—No eres divertido.

Me encogí de hombros.

—Supongo que no lo soy.

—Tomaremos un trago, bailaremos y nos mezclaremos, para luego irnos a casa a dormir como buenos chicos —prometió.

—Mentira —dije—, sabes que eso contigo no va, nunca bebes o bailas una vez, no puedo hacerlo, no esta noche, tengo que estar alerta mañana.

Gruñó.

—Tengo que salir, necesito ser yo antes de cumplir los treinta. Un hombre de treinta años que va al club es raro, técnicamente todavía estoy en mis veintes, y voy a aprovechar eso.

—Diviértete y cuídate —le dije—, yo me voy a casa.

Levantó su cerveza y brindó por mí. Me movía alrededor de las personas, tratando de no chocar con nadie, cuando sin querer me topé con una hermosa joven, de cabello rubio, impresionantes ojos verdes, y una mirada de inocencia, al quedar frente a ella me ofreció una pequeña sonrisa cuando se hizo a un lado para dejarme pasar.

Me di la vuelta, queriendo echar un último vistazo. Tenía un cuerpo precioso, era alta, pero no demasiado, su piel estaba bronceada -un verdadero bronceado, no un spray-, y parecía que podría ser una corredora con sus largas y delgadas extremidades. Se giró, y me pilló mirándola fijamente, sonreí y seguí mi camino a la salida.

Cualquier otra noche, habría ido tras ella pero realmente tenía que estar alerta en el trabajo mañana.

Tendría un día muy ocupado y quería asegurarme de causar una buena impresión a los nuevos internos. Casi siempre sabía de inmediato si una persona era la adecuada para el trabajo y si encajaría bien con el resto de mi equipo, era una especie de intuición que tenía con las personas y necesitaba que funcionara a la perfección.

No podría tener mis sentidos embotados por una resaca. Cuando llegué a la puerta, eché un último vistazo atrás, escudriñando a fondo entre la multitud con esperanza de encontrar a la rubia bonita con la que me había topado, finalmente la vi, estaba en el bar pidiendo un trago. Parecía nerviosa y un poco asustada, la calificué de turista e inmediatamente sentí que debía advertirle de que no viniera sola a un bar, pero fue entonces cuando me di cuenta de que había una buena posibilidad de que ella tuviera un novio y que él estuviera cerca. Una mujer así no estaría soltera por mucho tiempo.

Capítulo Cuatro

ELENA

SI ME PARECIERA UN POCO A MI MEJOR AMIGA, CARA, HABRÍA PENSADO QUE MORÍ Y ESTABA EN EL cielo por la cantidad de hombres griegos, que parecían ser sacados de la revista Playgirl, en todas partes. La

testosterona abundaba en el ambiente, todos altos, morenos, musculosos y guapos, tenía que recordarme a mí misma que no estaba aquí para ese tipo de cosas.

—¿Me puede dar un ron con Coca-Cola por favor? —le pregunté al camarero.

Me guiñó un ojo antes de dar la vuelta para preparar el trago. Giré la cabeza, observando a la gran multitud, estaba un poco sorprendida al ver que estaba tan lleno un domingo por la noche. Mis intenciones eran tomar un trago, relajarme y observar un poco como era la movida en la ciudad, el tipo de la recepción del hotel me dijo que era un buen bar sin muchos “locos”... Esas fueron sus palabras.

—¿Quieres bailar? —preguntó una voz masculina al mismo tiempo que chocaba su hombro contra el mío.

Al voltear me encontré cara a cara con un hombre de grandes ojos marrones, era guapo y estaba borracho, a juzgar por el dulce aroma del licor que asaltaba mis sentidos.

—No, gracias —dije, haciendo el mejor esfuerzo para sonar educada.

—¿Y conmigo? —preguntó otro hombre desde mi otro lado.

Me volví para enfrentarme a otro joven atractivo con un acento muy marcado.

—No, gracias, estoy conociendo a alguien —mentí.

—¿Una amiga? —preguntó el tipo de mi derecha. Sonreí.

—No, mi novio.

Él insistió.

—No está aquí ahora.

El camarero me entregó la bebida, y yo le di algo de dinero antes de salir de la barra sin decir una palabra más, estaba acostumbrada a que los chicos se interesaran en mí, pero estos tipos eran muy persistentes, y eso no me gustaba. Traté de ocultarme en la oscuridad buscando una mesa lo más alejada del centro del local pero no era tan discreta como pensaba, culpé a mi cabello rubio que parecía resaltar un poco en el mar de tonos oscuros.

Sólo había logrado bajar la mitad de mi bebida cuando finalmente decidí salir de allí, culpé al cambio de horario, no estaba de humor para la atención. Puse mi vaso sobre la mesa y me dirigí a la puerta, pasando entre cuerpos altos y musculosos que se acercaban a propósito para empujarme, no era lo mío, ni siquiera cuando estaba en la universidad disfrutaba de salidas a bares, mucho menos ahora.

Regresé al hotel, era un lugar muy bonito y me sentía segura, además, la compañía ofrecía un

gran descuento en la habitación como parte del programa de pasantías, tenía pensado quedarme par de semanas dependiendo de cómo se desarrollaran las cosas con el trabajo. Si llegaba a quedar fija con ellos y me gustaba en el empleo, buscaría un apartamento barato.

Cuando llegué a mi habitación, comprobé la hora. Era domingo por la mañana en casa y mi padre tenía el día libre, serían aproximadamente las 7:00 am y sabía que ya estaría levantado, no es un hombre de quedarse en cama hasta tarde. Tenía nostalgia de mi hogar y necesitaba escuchar su voz.

—Hola, papá —le dije cuando contestó el teléfono.

—¡Oye! —dijo—. ¿Qué estás haciendo? ¿No hablé contigo cuando despertaste?

—Lo hiciste, pero pensé en llamarte y decirte que tengas un buen día —dije con una gran sonrisa.

—¿Qué pasa? —preguntó, me conocía demasiado bien.

—No pasa nada —le dije.

—Suenas molesta. ¿Qué ha pasado?

Dejé escapar un largo suspiro.

—Nada, fui a un bar local a tomar un trago y revisar el área, aquí los chicos son un poco más agresivos que en casa.

—Estaré en el próximo vuelo —gruñó.

Me reí.

—Está bien, no te preocupes, no es tan diferente a la universidad, pero creo que me sentí incomoda porque cuando estudiaba conocía a la mayoría y sabía que tenían novias o eran buenos chicos, además nunca salía sola, ya sabes, la fuerza está en los números, como siempre me dijiste.

—¿Estás segura de que estás bien? —preguntó—. Usaré esa nueva y brillante tarjeta de crédito que conseguí y compraré un boleto enseguida, no te envié al otro lado del mundo para ser abordada por un grupo de chicos guapos.

—Está bien, papá. Sólo estoy cansada. ¿Y qué hay de ti? ¿Descansaste bien anoche?

—Sí, dormí bien. ¿Ya estás lista para dormir? —la preocupación coloreó su voz.

—Sí, no pensé que lo haría, pero la cama es súper cómoda, en cuanto mi cabeza golpeó la almohada, sentí que podría dormir toda la noche.

—Bien. ¿Mañana es tu primer día?

Sentí nuevamente las mariposas en mi estómago que siempre revolotean sólo de pensar en mi primer día de trabajo.

—Eso, emm... Si

—No te pongas nerviosa, sé que vas a patear traseros, eres inteligente, talentosa, y este trabajo es perfecto para ti

Sonreí, era realmente feliz de tenerlo a mi lado, siempre había sido mi animador consumado cada vez que necesitaba una charla de motivación cuando estaba a punto de rendirme, él aparecía para hacerme más fuerte. Era mi héroe, y no podía imaginar mi vida sin él, el hecho de que trabajara tan duro me preocupaba, se estaba haciendo mayor y necesitaba un descanso, no sabría cómo lidiar con una muerte prematura. Lo necesitaba por mucho tiempo más, esperaba tenerlo a mi lado por lo menos hasta los ochenta años. Sí, sabía que era un sueño imposible, pero me ayudaba a pasar el día.

—Gracias, papá. Entonces, ¿qué tienes planeado para el día?

—Voy a cortar el césped y luego hablaré con los bomberos sobre lo que hay que hacer antes del gran espectáculo —dijo, y pude oír la emoción en su voz.

—Odio que me lo vaya a perder, en serio, sé que alguien lo grabará y lo publicará, tal vez pueda verlo en vivo —la idea floreció en mi mente—. ¡Será como si estuviera ahí mismo!

Se rio.

—Cariño, has visto estas cosas muchas veces, veintidós para ser exactos, no te vas a perder nada.

—Me voy a perder la barbacoa, el baile, el carnaval en el parque, y lo más importante, los fuegos artificiales —me quejé.

—Estás en Grecia —dijo con una risa—, creo que eso supera todo lo que tenemos aquí.

—Supongo, pero estoy sola.

—Haz algunos amigos... tal vez no en el bar. Cuando vayas a trabajar mañana, sonríe, usa ese encanto amistoso que tienes en abundancia y haz un amigo o dos.

—Siento que voy a volver a primer grado —me quejé.

—Elena, este es el viaje de tu vida, incluso podría ser la única vez que salgas del país, diviértete y pásala bien, te vas a arrepentir de no haber estado más tiempo explorando y caminando por esas preciosas playas que vi en Internet, sabes que amas el mar, apuesto a que está muy bonito ahí fuera ahora mismo —su voz me llevó a sacar mis propias conclusiones.

—No puedo creer que me digas que camine por la playa sola de noche —lo regañé.

Se rio.

—Te he enseñado a defenderte, la verdad no estoy preocupado por ti, lo hago por el otro tipo. Además, aún no ha oscurecido, y apuesto a que el hotel en el que estás tiene acceso a la playa, mete los dedos de los pies en la arena y disfruta, tienes una oportunidad increíble.

—Desearía que estuvieras aquí conmigo —le dije.

—Elena Kamp, eres una mujer adulta, no puedes arrastrar a tu viejo padre por todo el mundo. Es hora de madurar y cortar el cordón umbilical, vive, disfruta todo lo que la vida te ofrece. No me rompí el trasero trabajando durante veinte años para que a la primera quisieras volver a casa, nunca te he mimado, y no voy a empezar ahora. Puedes hacer lo que te propongas, pero si sigues buscando razones para ser miserable, te garantizo que las encontrarás.

Suspiré, sabiendo que tenía razón, hablar con él había sido la mejor decisión, era como si me hubiese sacado de un pozo antes de que pudiera entrar demasiado profundo.

—Muy bien, de acuerdo, voy a ir a caminar por la playa.

—Sin zapatos, tienes que sentir la arena entre los dedos de los pies, camina por la orilla. Demonios, estoy seguro de que hace suficiente calor como para que incluso te zambullas.

—¡No! No voy a ir a nadar de noche, podría haber tiburones ahí fuera —le dije un poco alterada y él se rio.

—Lo dudo.

—No es realmente un riesgo que quiera correr —dije—. No me gustan los tiburones, y no quiero tentar mi destino.

—Tu destino te ha llevado allí, no te preocupes por si algo malo va a pasar o no, tienes que enviar buenas vibras al universo o algo así, Al menos eso es lo que siempre dice un tipo del trabajo, por supuesto, creo que se sienta y canta junto a la hoguera mientras fuma un poco de Mary Jane —se rio.

Tuve que reírme de la forma anticuada de hablar de mi padre. Era un tipo muy apegado a las costumbres, muy de la vieja escuela.

—Lo entiendo, daré mi mejor esfuerzo, intentaré emitir buenas vibras.

—Hablaré contigo más tarde, llámame cuando llegues a casa.

—Serán como las tres de la mañana. Te llamaré pasadas las seis de tu zona horaria.

—Bien —dijo—. Te quiero, chica, me estás haciendo sentir orgulloso, diviértete.

—Yo también te quiero, papá —dije y terminé la llamada.

Miré alrededor de la habitación del hotel y me di cuenta de que tenía razón, no iba a quedarme encerrada en cuatro paredes cuando podría disfrutar de lo que algunos llamarían vacaciones de ensueño.

Me levanté, metí mi teléfono en el bolsillo trasero, junto con una tarjeta de crédito, por si tenía alguna emergencia que requiriera dinero, y salí por la parte de atrás del hotel siguiendo las señales que indicaban que el acceso a la playa no estaba lejos.

Encontré las escaleras y bajé justo a tiempo para ver el crepúsculo, era simplemente impresionante, saqué mi teléfono del bolsillo y tomé una fotografía, que aunque no expresaba la magnitud de la belleza del lugar, salió hermosa, el sol al fondo, el mar y la arena dorada. Se la envié a mi padre, demostrando que había seguido su consejo.

Respondió con un emoji de pulgar hacia arriba. Me reí, feliz de que al fin estuviera entendiendo todo el asunto de la tecnología y enviar mensajes después de quince años de entrenamiento.

Bajé a la playa y me quité las sandalias, sentí la arena caliente aplastada entre mis dedos, sonreí, sintiéndome inmediatamente en paz, podría acostumbrarme a vivir al lado de la playa.

Muchas personas estaban sentadas en la orilla de la playa disfrutando del pintoresco paisaje y sacando fotografías.

Unos niños pequeños corrían por la playa mientras sus padres los seguían de cerca, una pareja de ancianos estaban sentados cerca de mí, y una chica jugaba con su perro, me gustaba lo relajado que era.

Había estado en la playa de Oregón unas cuantas veces, y siempre parecía que las personas estaban pendiente de las vidas de los demás, aquí no, era vivir y pasar un buen rato. Podía sentir literalmente que mi estrés y mi ansiedad se desbordaban con la marea.

Tendría un gran día mañana y me iba a asegurar de ello. Esperaba que hubiera algunos contratiempos, pero estaba dispuesta a enfrentarlos, me prometí a mí misma que volvería a la playa mañana después del trabajo, tomaría un trago con un paraguas y disfrutaría del mar sentada en la arena, nada puede ser tan malo cuando la vista es así.

Capitolo Cinco

ADRIÁN

REVISÉ RÁPIDAMENTE LOS CORREOS ELECTRÓNICOS, MARCANDO LOS QUE NECESITABA RESPONDER más tarde con una pequeña bandera y borrando los otros que no eran más que spam, ni siquiera los mejores filtros del mundo podían detener a algunos de los más astutos spammers.

Escuché que alguien tocaba a mi puerta, un segundo después, Rand entraba arrastrando los pies pareciendo la muerte, su cara estaba pálida bajo unas

gafas de sol oscuras que protegían sus ojos.

Sacudí la cabeza.

—Imbécil.

Sonrió antes de hacer una mueca de dolor y tocar un lado de su cabeza.

—Ay.

—Te lo dije —refunfuñé—. ¿No te dije que no salieras? ¿Cuándo vas a aprender, carajo? —Su estado me tenía irritado, los nuevos internos ya habían llegado y no era la imagen que quería que se diera.

—Relájate. Estoy bien.

—Sí, te ves muy bien —dije sarcásticamente.

—Estoy aquí. Sólo necesito un poco más de café y estaré tan bien que nadie se dará cuenta.

—Las gafas de sol oscuras, la piel pastosa y el cabello despeinado dicen lo contrario —me quejé y él se encogió de hombros.

—Está bien, estaré bien. Lo prometo.

—No quiero que digas ni una sola maldita palabra —dije con asco—. No abras la boca, sólo párate ahí y luce como una figura de autoridad, se supone que deben respetarte.

—Lo harán —dijo despreocupadamente—, siempre lo hacen.

—Mentiroso. Vamos, tenemos internos esperando en la sala de conferencias, y por favor, contrólate —me puse de pie y agarré mi iPad, dando a conocer mi disgusto con su condición.

Salí de la oficina, haciendo el mayor ruido posible, quería aumentar su sufrimiento tanto como pudiera. Cuando abrí la puerta de la sala de conferencias, me di cuenta de que sólo había tres caras nuevas en lugar de cuatro, debía comprobar con el departamento de Recursos Humanos si el otro interno se había arrepentido, me iba a asegurar de no darle nunca a la persona otra oportunidad, mi pasantía era muy solicitada y no me gustaba que me dejaran plantado.

Saludé a las tres caras nuevas.

—Buenos días.

Rand estaba justo detrás de mí, con sus gafas de sol todavía puestas, le disparé una mirada justo cuando su teléfono comenzó a sonar. Me miró como si yo fuera el que le llamaba, trataba de disimular mi frustración por su falta de profesionalidad, pero se estaba volviendo imposible.

—Oh, soy yo —dijo, buscando en su bolsillo y agarrando el teléfono antes de salir de la habitación.

Puse los ojos en blanco, volviendo a mirar a las tres nuevas caras que me miraban.

—Lo siento, lo conocerán más tarde. Soy Adrián Patton, el CEO o fundador de la empresa, queda de su parte como quieran llamarme. El hombre que acaba de salir es Rand Mattas, pero como dije, quedará para luego.

No pude evitar escuchar la conversación justo fuera de la sala de conferencias. Rand hablaba con alguien y estaba siendo bastante grosero, me acerqué a la puerta y escuché una voz femenina, que decía estar perdida. Me di cuenta de que el interno desaparecido.

—Mira, las instrucciones que te dieron fueron muy claras —refunfuñó Rand—, los otros tres internos están aquí.

Escuché a la mujer disculparse.

—No necesitas molestarte en venir, ya contamos con los otros tres. ¿Por qué no...?

Salí de la sala de conferencias, le fruncí el ceño y le arranqué el teléfono de la mano.

—Lo siento —dije, poniéndome el teléfono en la oreja—. No, no, no quiso decir eso, dime dónde estás y te diré cómo llegar aquí.

La dulce y melódica voz llegó a través del teléfono alto y claro.

—Hay una cafetería, una tienda de vestidos y lo que parece un lugar de reparación de zapatos —explicó.

Me devané los sesos tratando de averiguar dónde estaba, la verdad es que esas tres tiendas estaban por toda la ciudad.

—¿Cuáles son los nombres de las tiendas? —pregunté.

—No lo sé —se quejó—. Creo que uno dice Zeus. ¿Tiene sentido?

Puse los ojos en blanco. Estaba en Grecia, muchos dueños de negocios trataron de capitalizar los famosos dioses para vender sus productos.

—Eso tiene sentido, pero necesito saber el nombre.

La oí quejarse.

—Todas las calles se ven iguales. Son todos edificios viejos, aceras empedradas y las mismas farolas.

—¿Puedes decirme en qué calle estás? —pregunté, tratando de mantener la calma.

Podía oír el ruido de la gente hablando y los motores de los autos en el fondo.

—Um, no lo sé.

—Camina hasta la esquina y lee el letrero de la calle —dije secamente.

Empezaba a preguntarme si este era el tipo de persona que quería en mi organización, después de todo, no sonaba tan brillante si no sabía leer un letrero de calle, además, todos los teléfonos inteligentes del mundo tenían GPS. ¿Por qué no pudo usar una aplicación de mapas y llevar su trasero al edificio?

—Hay un callejón o una calle empedrada a mi derecha —dijo—, y lo que parece un restaurante al otro lado de la calle, también hay un bar, un pub o lo que sea que se llamen esos lugares unas cuantas puertas más abajo.

Cerré los ojos.

—Mira hacia arriba. ¿Cómo se llama la calle?

La escuché exhalar un aliento.

—No lo sé porque está en griego —confesó con mucha frustración—. Sé que está mal, pero no sé leer ni hablar griego, no creí necesario aprender, cuando investigué el país, decía que la mayoría de las personas en Grecia hablaban otros idiomas.

—Está bien, relájate —dije, sintiendo su frustración.

—Esto es tan estúpido, soy tan idiota, debí haber encontrado el edificio ayer —murmuró en voz baja.

Sonreí, dándome cuenta de que eso ciertamente lo hubiese hecho más fácil.

—¿Puedes preguntarle a un local? Pídele a una de las personas que trabajan en la cafetería que te diga en qué calle estás.

—Un segundo —dijo, y escuché sonidos apagados y el de su voz.

Volvió al teléfono, me dijo la calle, y supe exactamente dónde estaba, no se encontraba tan lejos del edificio.

—Siéntate y estaré allí para traerte de vuelta. Debería haber un pequeño café en la esquina con mesas afuera, toma asiento. Llevaré un traje negro, mi nombre es Adrián.

—¿Estás seguro? —preguntó—. Siento mucho ser una molestia.

—Está bien. ¿Qué llevas puesto? —de repente me sentí muy extraño al preguntarle a una mujer qué llevaba puesto, me parecía demasiado cursi.

Escuché un ruido y me di cuenta que Rand estaba mirando en mi dirección con las gafas de sol oscuras puestas todavía, puse los ojos en blanco y le di la espalda.

—Llevo unos pantalones negros, tacones del mismo color y una camisa blanca de manga corta —dijo—. Mi nombre es Elena, se lo dije al otro tipo, pero me ignoró porque se suponía que ya debía haber estado allí, es mi primer día —ella se quejó.

Asentí con la cabeza, aunque ella no podía verme. Intenté visualizarla en mi cabeza luego de esa descripción bastante vaga que me dio, pero su nombre rebotó en mi cerebro, Elena, me preguntaba si era la abreviatura de

Isabella. ¿Era italiana?, reflexioné. Descarté la idea y me concentré en traerla al edificio.

Era la hora pico de la mañana, y me imaginé que la mayoría de las personas que estaban en la calle eran turistas, el resto de la ciudad estaría trabajando, dudo que hayan muchos extranjeros vestidos con pantalones y tacones para un día de exploración.

—Estaré allí en unos cinco minutos.

—Muchas gracias —dijo, y pude oír el alivio en su voz.

Terminé la llamada y me volví para enfrentar a Rand, que estaba sacudiendo lentamente la cabeza.

—¿En serio?

¿Vas a ir a buscar a tu interno desaparecido?

M

e encogí de hombros.

—¿Por qué no? Es americana y nueva en la ciudad, está perdida.

—Todos los demás lo lograron —respondió.

—Los otros son locales —le recordé.

—Eres un tonto por una mujer —respondió.

—Aquí te va una sugerencia, quítate esas malditas gafas de sol, entra ahí y haz tu trabajo. Intenta no ser demasiado estúpido el primer día, no quiero que esta empresa tenga una mala

reputación con nadie por tu culpa. Dependemos de cómo se sientan ellos a la hora de trabajar aquí, si son infelices y se sienten infravalorados, no van a hacer un buen trabajo. Contrólate y pon esa encantadora sonrisa que usas para atraer clientes —ordené, devolviéndole su teléfono.

Se puso las gafas de sol en la cabeza y me miró con ojos llorosos.

—Puedo hacer mi trabajo, con o sin resaca, ya lo sabes, es más, podría jurar que lo hago mejor cuando estoy así.

—Mentira. Me tengo que ir, no me avergüences y no hagas el ridículo —le di una palmada en el hombro antes de ir a mi oficina a coger mi cartera y mi teléfono.

No estaba lejos en absoluto, caminaría al café y me encontraría con ella.

Creo que lo mejor hubiese sido conocer a cada uno en un ambiente más relajado, podía oír los nervios en su voz y no quería empeorar la situación yo más que nadie sabía lo que era tener un mal día y quería darle el beneficio de la duda, después de todo, había revisado detalladamente cada solicitud que había llegado a mi escritorio y seleccionado lo mejor de lo mejor.

El hecho de que se haya desplomado no solo indicaba una falla en ella, sino también en todo mi proceso de contratación.

Salí del edificio rápidamente esperando ansioso mi paseo matutino, me encantaba estar al aire libre así que, mi ofrecimiento de ir a buscarla era tanto para mí como para ella, estaba feliz de salir un poco antes de tener que pasar un largo día en reuniones dentro de las paredes de mi oficina.

Caminé más rápido que de costumbre, queriendo llegar al café antes de que ella se perdiera nuevamente en la ciudad. Doblé la esquina buscando detalladamente en la amplia acera. El café estaba en el extremo opuesto de la cuadra, me dirigí a las mesas mientras mis ojos buscaban entre las personas la descripción que la chica me había dado por teléfono.

En una de las mesas había una mujer de camisa blanca y pantalones negros sentada de espaldas a mí, su largo cabello rubio colgaba sobre el respaldo de la silla, supuse que tenía que ser ella y me dirigí a la mesa. En cuanto vi su cara, quedé boquiabierto.

¡Era la chica del bar! Llevaba gafas de sol, escondiendo los ojos, que sabía que eran verdes, me miró y sólo entonces me di cuenta de que tenía mi mirada fija en ella.

—Soy Adrián, de Los Grandes Griegos —dije.

Se levantó las gafas de sol y me miró a los ojos. Creí ver un indicio de reconocimiento pero no podía estar seguro.

—Gracias a Dios —dijo con una sonrisa—. Muchas gracias por venir.

Me quedé allí mirándola como un idiota. Era preciosa, el breve vistazo que tuve de ella anoche no fue suficiente. Verla bajo el sol, sus grandes ojos verdes y un brillo saludable a su alrededor, era una experiencia totalmente diferente, parecía una modelo de trajes de baño, sin el traje de baño.

Me di cuenta de que estaba haciendo las cosas difíciles y le ofrecí una sonrisa.

—No hay problema. Si no te importa, voy a pedir una bebida.

Sonrió y sacudió la cabeza.

—Ya llego tarde, supongo que unos minutos más no harán daño.

Capitolo Seis

ELENA

SANTO DIOS GRIEGO, SI ESTA ERA LA CLASE DE GENTE CON LA QUE IBA A TRABAJAR, ME IBA A costar mucho concentrarme. El hombre era un anuncio ambulante para Grecia, si las mujeres de los Estados Unidos supieran que estos son el tipo de hombres que vagan por las calles de Heraklion, habría un éxodo masivo.

Quería tener sus bebés. ¡No! Eso era una locura, sabía que no debía juzgar un libro por su portada, pero ¡mierda! Fue una gran primera plana.

Miraba como el hombre alto, claramente descendiente directo de uno de esos dioses griegos de los que había leído en la escuela, entraba en el café para pedir su bebida.

Tenía un trasero bien firme, y prácticamente podía sentir la carne en mis manos, su pecho era amplio, de hombros anchos, y aunque no podía ver los músculos a través de la camisa de manga larga abotonada que llevaba, sabía que estarían ahí.

Tenía tres botones abiertos en la parte superior, lo cual fue suficiente para darme cuenta de que tenía un tono de piel bronceado. Su estatura predominaba en cualquier lugar, era difícil de ignorar, el tipo de hombre que todo el mundo notaba cuando entraba en una habitación.

Regresó un minuto después. Agarré mi bolso y el maletín del portátil y me puse de pie, esperando que tuviera prisa por volver a la oficina, pero no, sacó la otra silla de la mesa y se sentó.

—Sentémonos un minuto —dijo fácilmente.

—¿Qué? ¿En serio? ¿No deberíamos ponernos a trabajar?

Se encogió de hombros antes de subir sus gafas oscuras para revelar sus ojos, eran de un azul tan cristalino que resaltaban por completo en su rostro, tuve que levantar mis gafas para verlo mejor tratando de que no se diera cuenta.

—Tenemos algo de tiempo —dijo—, a nadie le importará.

Me incliné hacia atrás en mi silla y divagué.

—No puedo creer que me haya perdido, me siento como un idiota, el jefe va a pensar que cometió un error al elegirme para el trabajo, no entiendo que me pasó, lo juro, no suelo ser tan cabeza hueca.

Sonrió, mostrando sus perfectos dientes blancos agregando un bonus al paquete total que era él.

—Creo que estará bien, los errores ocurren.

Hice una mueca.

—Probablemente me despedirá antes de que empiece.

—¿Es su primera vez en Grecia? —preguntó casualmente, como si no tuviera prisa por volver

al trabajo.

Asentí con la cabeza.

—Es mi primera vez en cualquier lugar, nunca había estado fuera de casa, quiero decir, me tomé un par de vacaciones con mi padre, pero esos eran lugares a pocas horas de casa. Jamás había subido a un avión, dejado el noroeste del Pacífico, o hecho algo como esto.

—Esto debe ser bastante abrumador para ti —dijo, sorbiendo el café oscuro.

Su inglés era impecable, había un rastro de acento, pero no demasiado.

—¿Qué hay de ti?

¿Eres de aquí?

Sonrió.

—Sí, lo soy. Mi familia vive en Sitia, es donde crecí.

—Vaya, leí sobre ese lugar, las fotografías eran hermosas —traté de imaginarme cómo sería vivir en una zona tan hermosa.

—Es bonito. ¿Has estado mucho tiempo en Grecia?

Sacudí la cabeza.

—No, apenas tengo un par de días acá, llegué el sábado por la noche. Ayer pasé un par de horas fuera pero sólo fui a un bar local y bajé a la playa, en vez de eso, debí haberme aprendido la

ruta del hotel a la oficina, me siento completamente ridícula, el jefe me va a odiar. Detesto dar una mala primera impresión.

—Conozco al jefe bastante bien —dijo, con un brillo en los ojos—, creo que lo entenderá. Personalmente creo que es un tipo bastante tranquilo y que da segundas oportunidades.

—Espero que sí, mi padre me va a matar cuando le cuente lo que hice —temía el resumen de mi primer día de trabajo, suponiendo que tuviera un trabajo.

—¿Por qué no desayunamos? No tuve tiempo de comer esta mañana —levantó una mano y le hizo una señal a una camarera.

—¡Desayuno! ¡No podemos desayunar! ¡Tenemos que ponernos a trabajar! —grité.

—Relájate. Tenemos mucho tiempo, es sólo la aburrida orientación de todos modos, confía en mí. No te estás perdiendo nada emocionante.

No estaba segura de qué pensar del tipo, tal vez él era mi competencia para un puesto permanente en la empresa, y estaba tratando de tenderme una trampa para el fracaso, o a lo mejor era un manipulador, aunque no lo parecía, pero así es como se las arreglaba la gente manipuladora, eran lobos con piel de oveja. Eso sería algo que mi padre diría.

Me senté allí sintiéndome ansiosa y nerviosa mientras él ordenaba en griego.

—¿Podemos hacer esto rápido? Entiendo que no te importe llegar tarde, pero esto va en contra de todos mis principios, siempre llego temprano, y lo habría hecho hoy si no me hubiera pasado todo esto, no soy el tipo de persona que llega elegantemente tarde, odio eso —hice una mueca.

—Comeremos rápido, siempre es mejor ir a trabajar con el estómago lleno y el desayuno es la comida más importante del día, o al menos eso es lo que mi madre siempre decía.

Tenía una sonrisa sexy que probablemente derritió las bragas de la mayoría de las mujeres pero las mías estaban hechas de algo más fuerte que eso. Estaba en Grecia para trabajar, no para tener una aventura, me recordé a mí misma.

—Bien, pero ¿podrías decirle al jefe por qué llego súper tarde? No quiero que piense que me he retrasado a propósito.

—Yo lo haré. Entonces, ¿cómo es el lugar de donde vienes? —hablaba como si tuviéramos

todo el tiempo del mundo para conocernos.

No quería ser grosera, y el tipo podría ser mi único aliado, o mi peor enemigo. Realmente podría ir en cualquier dirección.

—Bueno, no era nada como esto, hay montañas y mucha tierra abierta, no hay una playa cerca en kilómetros.

—¿Viviste en una gran ciudad?

Sacudí la cabeza.

—No, definitivamente no. Hay muchos pueblos pequeños, la ciudad en la que vivía, técnicamente creo que todavía vivo allí, tenía una población de menos de dos mil habitantes.

Sus ojos se abrieron mucho.

—¿En serio?

Sonreí, pensando en el hogar.

—En serio. Me conmuté a la universidad y tuve que vivir en casa para ahorrar dinero.

—Ya veo. ¿Te divertiste en la universidad? ¿No es ese el momento en el que se supone que somos libres, nos vamos de fiesta, y

cometemos muchos errores que ahora podríamos mirar hacia atrás y sentir una combinación de arrepentimiento y cariño?

Me reí.

—Yo no, no tenía tiempo para arrepentimientos. Tenía una beca y no podía permitirme que mis notas bajaran ni un poco, me rompí el trasero para asegurarme de graduarme como la mejor de mi clase.

—¿No se van los americanos en las vacaciones de primavera y se vuelven salvajes y locos? —preguntó con una sonrisa.

Sacudí la cabeza otra vez.

—No esta americana. La escuela era un poco pequeña, y no era el tipo que atraía a muchos niños ricos y solo ellos pueden permitirse ir a Cancún o a alguna otra playa para unas vacaciones salvajes. Trabajaba y estudiaba así que no tenía tiempo para mucho.

Parecía dolorido.

—Y ahora estás aquí por ese duro trabajo.

—Supongo que sí, me gradué hace un par de meses, y aquí estoy.

—¿Qué has estado haciendo entre la graduación y ahora? —preguntó.

—Había estado trabajando y preparándome para venir aquí.

Se rio.

—Tienes que disfrutar de tu tiempo mientras estés aquí. Grecia es un hermoso lugar para visitar, hay tanta historia y cultura para que la asimiles, debes prometerme que no será todo trabajo y nada de diversión. Si me lo permites, puedo mostrarte los alrededores, llevarte a algunos de los sitios que valen la pena ver.

—Me gustaría eso, gracias. Espero disfrutar todo lo que pueda, pero también quiero impresionar al jefe, no tendría problema en trabajar horas extras si eso valdrá la pena en el futuro. Estoy segura de que voy a estar ocupada con proyectos fuera de la oficina pero te prometo divertirme un poco.

Me ofreció una sonrisa mientras nuestros desayunos eran entregados, a decir verdad me moría de

hambre. Me quedé mirando el surtido de frutas y yogur, junto con una variedad de pasteles.

—No estaba seguro de lo que te gustaba —dijo a modo de explicación.

Sonreí, sacudiendo la cabeza.

—Todo parece increíble, pero esto es un montón de comida.

—Ah, confía en mí, no es tanto, podemos llevarnos los pasteles —agarró un tenedor y apuñaló un trozo de melón antes de metérselo en la boca.

Seguí su ejemplo, dando unos mordiscos a la fruta y dejando que los sabores explotaran en mi boca. Comimos y charlamos un poco más sobre los lugares que tenía que visitar y hablamos de reunirnos el fin de semana. Ya casi habíamos terminado toda la comida cuando al fin hizo un gesto para irnos, me levanté rápidamente ansiosa por llegar al trabajo, ya era extremadamente tarde, y rezaba porque no me despidieran antes de empezar.

Mientras caminábamos hacia la oficina, presté mucha atención a la ruta, si no perdía mi trabajo hoy, mañana saldría dos horas antes del hotel para que no sucediera lo mismo de hoy.

—Este es nuestro edificio —dijo, abriendo una puerta y dejándome entrar primero.

Sentí el aire fresco mientras miraba alrededor del vestíbulo abierto en ese entonces me di cuenta de que la compañía para la que estaba haciendo la pasantía era propietaria o arrendaba todo el edificio.

—Oh, no me di cuenta de que todo esto era para Los Grandes Griegos.

Se rio.

—Tenemos cuatro pisos. Los tres pisos superiores están alquilados a otros negocios.

Asentí con la cabeza, asombrada por la arquitectura moderna. Había visto tantos edificios antiguos, que supuse que toda la ciudad tenía al menos doscientos años, subimos en el ascensor en silencio, mis nervios se aceleraron cuando las puertas se abrieron.

Lo seguí por un largo pasillo. Había una sala de conferencias a mi derecha y las grandes ventanas me dieron una buena vista de tres personas sentadas en una mesa, mientras un hombre hablaba al frente de la habitación.

Abrió la puerta a empujones, y el salón quedó en silencio, el hombre del frente de la habitación hizo un gran espectáculo mirando su reloj y luego a mí. Tenía el ceño fruncido cuando dirigió su atención a Adrián.

—Me alegra ver que pudiste lograrlo —dijo secamente.

Adrián me miró y sonrió.

—Adelante, toma asiento en la mesa.

Asentí con la cabeza, sintiéndome de dos pulgadas de altura mientras sacaba una silla, dejando un par asientos vacíos entre el resto de los pasantes y yo, mientras me sentaba sentía como mi estómago brincaba a causa de los nervios. Adrián se movió al frente del cuarto, mirando al hombre con el ceño fruncido.

—Buenos días a todos, mi nombre es Adrián Patton, director general y presidente de Los Grandes Griegos, gracias por venir hoy. Estoy esperando sean unas semanas maravillosas —sus ojos se encontraron con los míos.

Sentía que mi mandíbula tocaría la mesa en cualquier momento, convencida de que la baba se filtraba, apreté los dientes, asegurándome de que mi boca no estuviera abierta mientras miraba al hombre con el que acababa de desayunar.

¿Era el dueño? ¿Era el jefe? ¡Oh, mierda! Me había convertido en una imbécil, y no había hecho nada para detenerme, quería que la tierra me tragara y me devolviera a casa en este mismo instante.

No podía creer lo mal que me las había arreglado para arruinar esto, mi padre iba a perder la cabeza cuando le contara todo lo que había hecho. Años de duro trabajo se habían ido a la basura junto con mi dignidad.

No podía prestar atención a las palabras de Adrián, debatía mentalmente si debía recoger mis cosas y salir por la puerta, solo esperaba que no me hubiera llevado a la sala de conferencias para darme un ejemplo antes de despedirme delante de los demás. Moriría ante tanta humillación.

Capitula Siede

ADRIÁN

CON LA ORIENTACIÓN FUERA DEL CAMINO Y LOS INTERNOS YA ASIGNADOS A SUS ESPACIOS DE trabajo, me dirigí a mi oficina, Rand me pisaba los talones, sabía que me iba a interrogar sobre por qué había tardado tanto.

Cuando me fui a buscar a nuestra interna perdido, no tenía intenciones de estar fuera tanto tiempo, simplemente sucedió.

Había hecho todo lo posible para que se le olvidara el hecho distrayéndolo, afortunadamente para mí, no estaba en su mejor forma, y no pensé que sería tan difícil conseguir que se dedicara a otra cosa por completo.

—Creo que tenemos un buen grupo, ¿no?

Se encogió de hombros.

—Difícil de decir al mirarlos.

Los dos asentimos con la cabeza cuando pasamos a alguien de contabilidad.

—Me refiero a que estaban atentos a toda la charla y parecían tener una buena idea de lo que esperamos de ellos.

—Supongo —protestó.

Mis intentos de distraerlo no estaban funcionando, sabía que iba a decir lo que estaba pensando sin importar que pasara, aun así, me alegró que esperara hasta que llegáramos a mi oficina, no necesitaba que todos lo vieran hablarme como un amigo en vez de como el jefe que técnicamente era para él.

Llegamos a mi oficina, la vista de la ciudad era realmente impresionante, pese a que tal vez era una de las mejores, el mar estaba bloqueado por algunos de los otros edificios más altos.

Cuando me volví para mirarlo, tenía las manos en las caderas y me miraba fijamente, en definitiva no lo había olvidado. Suspiré, sabiendo que no había manera de evitarlo, y me preparé para dar mi conferencia.

—¿Qué? —pregunté, fingiendo inocencia.

—¿Por qué diablos tardaste tanto? —dijo y yo me encogí de hombros.

—Desayunamos.

Su boca se abrió.

—¿Desayunaste? —preguntó—. ¿Eso es todo? ¿Sólo el desayuno? Mentiroso, vi la forma en que ustedes dos se miraban.

Le fruncí el ceño.

—No nos mirábamos de ninguna manera—argumenté.

Sacudí la cabeza.

—Mentira. ¿Te dio un pequeño agradecimiento por ir a buscarla? ¿Intentó suavizar las cosas

con el jefe?

—Cállate, no seas idiota.

—Estuviste fuera durante casi una hora, estabas haciendo algo más que desayunar.

—Te equivocas, y no aprecio la insinuación—le respondí con algo de molestia.

Me miró fijamente.

—¿En serio? Una mujer que se ve así, ¿y no intentaste nada?

—No, no intenté nada, ella trabaja aquí y es una interna.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué la mantienes si ni siquiera puede encontrar el camino hasta aquí? ¿Qué tan difícil es sacar una aplicación de GPS y encontrarnos? A mí me parece una excusa muy poco convincente.

—Era la verdad. Estaba perdida y se sentía mal por ello.

—¿Por qué dejas que se quede? —preguntó otra vez—. Esos otros tres son inteligentes y serán excelentes empleados, y todos llegaron a tiempo.

—Porque hay algo en Elena que creo que vale la pena darle una oportunidad, es inteligente, decidida, y sé que va a ser muy trabajadora también.

—Estás dejando que su aspecto te influya —dijo—, siempre dijimos que nunca dejaríamos que esa mierda sucediera aquí, no empieces ahora.

Me senté en mi silla, ignorando sus acusaciones.

—No tiene nada que ver con su apariencia, mi instinto nos ha llevado hasta aquí, confía en mí, vale la pena mantenerla cerca.

Sacudió la cabeza, pasándose una mano por el pelo.

—Ella va a ser la caída de esta compañía, puedo verlo ahora, estás pensando con tu pene en vez de con tu cerebro.

—No voy a decirlo otra vez, es mi decisión y estás siendo un imbécil, voy a dejarlo pasar porque sé que tienes resaca y probablemente te sientas fatal, pero se queda hasta que demuestre que su posición aquí no va a funcionar, simplemente le estoy dando una oportunidad.

Rand era mi mano derecha, pero al final, la compañía era mía, yo era el jefe, y él trabajaba para mí, no iba a dejar que sus suposiciones me hicieran dejar ir a lo que yo creía iba a ser un buen empleado.

Me gustaba su visión fresca de las cosas, el hecho de que trabajara y estudiara al mismo tiempo para poder graduarse me impresionó, a diferencia de los otros internos que venían de familias con influencia. Cada uno de ellos aportó algo diferente a la mesa, pero había algo en Elena que ninguno de ellos tenía, ella me ofreció un vistazo a un grupo demográfico que no creía que hubiéramos tocado todavía, quería expandirme y crecer, y eso significaba encontrar nuevas formas de llegar a nuevas personas.

—Espero que tengas razón, pero como yo lo veo, ella va a ser la única que te ponga de rodillas y se lleve a la compañía con ella —murmuró.

Hubo una fuerte entrada de aire, Rand se dio la vuelta, yo me moví a un lado para ver quién era y quedé sin palabras al darme cuenta que Bella, había oído lo que él había dicho.

—¿Necesitas algo? —Rand preguntó en un tono que me pareció muy poco amistoso.

La pequeña barbilla de Elena subió cuando dio un paso dentro de mi oficina, sus ojos se fijaron en Rand.

—Sí, necesito hablar con Adrián, si tiene un minuto. Sin embargo, primero, me gustaría asegurarle que no seré la ruina de su compañía, tampoco pondré a Adrián, quiero decir, al Sr. Patton de rodillas. Llegué tarde, soy nueva en la ciudad y me había perdido, ya me disculpé varias veces, realmente no sé qué más puedo decir. No estoy segura de cómo eso podría derribar un negocio de mil millones de dólares, pero si eso es todo lo que se necesita para hacerlo, creo que se deberían fortalecer las bases antes de seguir trayendo más internos.

No podía dejar de sonreír, era una mujer de las que no se saca fácilmente del camino, eso me hizo muy feliz y demostró que ella era exactamente lo que necesitábamos en la empresa. Rand se giró para mirarme, levantó una ceja antes de volverse a enfrentar a Elena.

—Puede que estés bien después de todo —dijo antes de pasar delante de ella y salir por la puerta. Sus ojos se encontraron con los míos.

—Lo siento, no debería haber hablado así.

—Está bien, no te preocupes, tenías derecho a defenderte. Por favor, llámame Adrián, pido que todos lo hagan, se siente raro que me llamen por el nombre de mi padre. ¿De qué necesitabas hablarme?

—Sólo quería venir a disculparme una vez más y no solo por llegar tarde, sino también por confundirte con otro interno o empleado, no tenía ni idea de que eras el presidente de la compañía, me siento tonta, y estoy absolutamente avergonzada por lo que dije —apretó sus manos fuertemente.

Me encogí de hombros.

—Está bien, me alegro de que nos hayamos conocido como lo hicimos, me dio la oportunidad de ver a tu verdadero yo y no a la persona que se reúne con el director general.

Sonrió, moviendo la cabeza.

—Todavía no puedo creer que haya hecho eso, lo siento mucho.

—Escucha, has tenido un mal comienzo y todos hemos tenido esos días pero sólo necesito dos cosas de ti —la miré a los ojos.

—¿Qué necesitas?

Levanté un dedo.

—Uno, terminar el trabajo a tiempo y asegurarte de que sea bueno.

Ella movió su cabeza de arriba a abajo.

—Absolutamente, puedo hacerlo. Juro que soy buena en lo que hago, y nunca llego tarde, no pierdo los plazos.

—Bien, me agrada oír eso. Lo segundo que necesito que hagas es que te diviertas un poco mientras estés aquí, quiero que disfrutes de la ciudad, de las playas y de todo lo demás que tenemos para ofrecer, no te quedes encerrada todos los días en la habitación del hotel o metida aquí con la nariz enterrada en la pantalla de un ordenador. Deja que Grecia te deje buenos recuerdos.

Arrugó la nariz.

—Eres mi jefe. ¿No deberías pedirme que me concentre y trabaje duro?

Sonreí, apreciando su dedicación incondicional.

—Sí, y lo estoy haciendo, pero tampoco quiero arruinar esto, no creo que estar metida aquí todos los días sea mucho mejor que la playa para relajarse, lo digo en serio, deja el portátil en casa y disfruta.

—Gracias, realmente lo aprecio, y prometo que lo que pasó hoy no volverá a suceder. Llegaré

temprano de aquí en adelante, si necesitas que me quede hasta tarde o que trabaje los fines de semana, lo haré.

Suspiré. Claramente, ella había ignorado mi segunda estipulación.

—Lo tendré en cuenta, pero no me gusta trabajar todos los días de la semana. Si yo no estoy aquí, tú tampoco necesitas estarlo.

—Gracias de nuevo por esta increíble oportunidad —dijo—. Prometo que no te decepcionaré y no haré que te arrepientas de haberme dado una oportunidad, también se lo demostraré al otro tipo.

Me reí.

—Rand suele ser mucho más relajado de lo que está ahora mismo, tuvo una noche un poco dura, no te tomes lo que dijo como algo personal.

Ella frunció el ceño, pareciendo muy disgustada.

—Era difícil no tomarlo como algo personal, había sido bastante sarcástico.

—Lo fue, y me disculpo por su comportamiento.

—Está bien, debería irme, necesito empezar con esa tarea y no quiero llegar tarde —sonrió.

—Te lo agradezco, Elena, quisiera pensar que comenzamos con buen pie y de ahora en adelante tendremos una relación amistosa, no quiero que sientas que no puedes acudir a mí o incluso a Rand si tienes una pregunta o un problema, estamos aquí para ayudar.

—Lo recordaré. Gracias de nuevo, por todo, por el desayuno, por salvarme y por dejarme conservar mi trabajo por el momento —se dio la vuelta y salió por la puerta.

No pude evitar admirar su bonito trasero en esos pantalones. Me gustó que ella tomara la iniciativa y se vistiera bien, la otra interna llevaba jeans, al igual que los dos jóvenes. Aunque no me importaba lo informal, apreciaba a alguien que supiera la importancia de vestirse como un profesional.

Elena era diferente, me había dado cuenta desde que desayunamos juntos, pero ahora sabía que era verdad. Tenía la sensación de que iba a ser algo especial, Rand se equivocó al decir que ella pondría a la compañía de rodillas, pero no erro con el hecho de que yo caería a sus pies, ya estaba listo para arrastrarme por otra de esas bonitas sonrisas.

Capítulo Ocho

ELENA

HABÍA TENIDO TRABAJOS EN EL PASADO, PERO NINGUNO DE ELLOS SE ACERCABA EN LO MÍNIMO A este primer día, normalmente eran aburridos, llenos de charlas de inducción a las normas de la compañía y el respectivo tour, nada más allá.

Aquí no, sentí que el disparo se había producido en la línea de salida, y era una carrera para ver quién podía llegar primero a la meta. Con mi comienzo tardío, me sentía a años luz detrás de los otros internos.

Llegué al sitio que me habían asignado para trabajar, era un cubículo pequeño, era simple, lo único que resaltaba era la portátil de la compañía, una taza para bolígrafos y un pequeño bloc de notas con el membrete de la empresa.

Puse mi bolso y mi computadora personal debajo del escritorio mientras dejaba caer la carpeta llena de papeles que había que completar, manuales y otra información diversa que debía revisar en el extremo pequeño del escritorio.

Luego de la charla inicial nos asignaron a cada uno, una lista de tarea que debían realizarse en los próximos días, estaba tan abrumada que no dejaba de pensar que había mordido mucho más de lo que podía masticar, sentía que me ahogaba y nadie me lanzaba un salvavidas para ayudarme.

—¡Hola! —dijo una alegre voz femenina.

Giré para ver quién hablaba y encontré unos bonitos ojos marrones con cejas oscuras y esculpidas mirándome por encima de la pared de mi cubículo.

—Hola —dije, preguntándome por qué la mujer no se limitó a pasear.

—¿Puedo entrar? —preguntó con una sonrisa.

Me reí de su obvia broma sobre nuestra falta de oficinas.

—Por favor, hazlo.

Cuando llegó al borde de la pared del cubículo, la pude detallarla, era pequeña, bonita, y su cabello rizado y oscuro me hizo pensar que era de la ciudad.

—Soy Cassia Soter —dijo, extendiendo una pequeña mano, la tomé y le di una sacudida.

—Soy Elena Kamp.

—¿Eres americana?

—Sí —dije con una risa—. ¿Qué me delató?

—Me encanta tu acento.

Me pareció gracioso que las pocas personas que había conocido dijeran que tenía acento cuando pensaba lo mismo de ellos.

—Gracias. También me gusta el tuyo —me reí.

—Hoy es tu primer día, lo que significa que debes ser uno de los internos que Adrián contrató.

—Así de obvio, ¿eh? —pregunté, arrugando mi nariz.

Se encogió de hombros.

—No es tan obvio, pero esta estación de trabajo es donde se sientan los temporales.

—Supongo que como interna, no debería esperar nada permanente —dije con un suspiro, sabiendo que luego del desastre que había sido mi mañana, era una de las personas más afortunadas del mundo.

—En realidad, tengo una pequeña confesión —susurró. Eso me asustó.

—¿Oh?

—Sabía que eras Elena. Voy a ser la encargada de entrenarte, enseñarte todo lo que necesites saber para que puedas quedarte, si tienes alguna pregunta, sólo pregunta.

Sonreí.

—Gracias. Pensé que me estaban lanzando a las profundidades sin nadie que me salvara.

—No te preocupes, me tienes a mí, y seré tu sombra durante los próximos días, o más tiempo si lo necesitas.

Gracias a Judith me había relajado un poco, tomé asiento en la pequeña silla asignada y encendí la computadora.

—Bien, déjame ingresar mi contraseña —murmuré, revisando en la carpeta que me habían dado. Al encontrar los datos ingresé rápidamente el usuario y la contraseña pero ella colocó

su mano en la portátil y la cerró suavemente.

—No en este momento.

La miré confundida y luego a los otros internos, que ya estaban en sus computadoras con sus respectivas “sombras” detrás de ellos. No entendía por qué me decía que no empezara con la tarea, que incluía revisar el archivo de un cliente potencial y hacer una presentación única.

—¿No deberíamos empezar a crear el perfil de mi compañía? —pregunté nerviosamente.

Se apretó la nariz.

—Eso es demasiado fácil y aburrido. Tendrás mucho tiempo para sentarte en este pequeño cubículo y trabajar en la computadora, amos a dar una vuelta, necesitarás saber dónde está la sala de descanso, los baños y cosas así.

Hice una mueca, no quería discutir con mi sombra, pero tampoco podía permitir que me retrasara. Era de las que terminaba su trabajo primero antes de hacer cualquier cosa. Estaba acostumbrada a ser el estudiante o empleada que siempre estaba en la cima porque no hacía nada más que lo que me decían.

Judith trataba de sacarme de mi zona de confort, y eso me asustó.

No me levanté de la silla, mirando la portátil cerrada y luego a ella, que me sonreía.

—De acuerdo, um, ¿cuánto tiempo crees que tomará esto? —pregunté, ya planeando saltarme la hora del almuerzo para compensar el tiempo perdido.

Se rio suavemente.

—Adrián tenía razón sobre ti.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Razón sobre qué? —pregunté, con un poco de pánico.

—Que ibas a ser una de esas personas que trabajaban durante el almuerzo, que estarías aquí

primero que cualquier empleado y que probablemente te irías mucho tiempo después de que todos se fueran a casa. También me comentó que te mostrara el lugar luego de instalarte, para que te relajaras un poco, además, dijo que conoce tu tipo, y que te sentirás más tranquila cuando tengas tu recorrido de la zona —dijo

Sonreí y asentí.

—Sí, y tal vez tenga un poco de razón, me perdí esta mañana y no tuve tiempo de venir temprano y conocer el lugar. Salí directamente de la sala de conferencias para acá, así que probablemente me perderé tratando de salir del edificio.

Mi padre siempre me decía que no sería capaz de encontrar la salida de una bolsa de papel mojado. Empezaba a pensar que tenía razón.

—Muy bien, ¿nos vamos? —preguntó.

Me sentía un poco mejor al dejar el cubículo. Adrián le había pedido personalmente que me mostrara el lugar, eso me hizo sentir valorada, o tal vez, no quería tener que venir a rescatarme otra vez.

La seguí por el cuarto piso donde se encontraban las oficinas principales de la compañía. Cuando alguien no estaba en el teléfono, ella entraba y me presentaba, conocí a mucha gente y casi no recordaba los nombres de ninguno, más allá de todo eso me concentré en recordar dónde estaban los baños, el cuarto de descanso y las salidas.

—¿Cuánto tiempo has trabajado aquí? —le pregunté mientras paseábamos tranquilamente por un pasillo lleno de premios que la compañía se había ganado y todas las portadas de revistas donde había aparecido.

—Llevo aquí dos años, me contrataron cuando las cosas estaban empezando a despegar —eché un vistazo a su perfil tratando de adivinar su edad.

Pese a que su piel se veía como la de una adolescente, actuaba como una persona más madura, le calculaba mi edad o tal vez un par de años más. A todos los que nos encontramos parecía caerles bien, sabían un poco de su información personal, ya que, le preguntaban sobre su gato o lo que hizo

el fin de semana y cosas así.

—Se siente como un muy buen ambiente para trabajar —le dije.

Sonrió y asintió con la cabeza.

—Lo es, no es congestionado, pero no es tan relajado que la gente esté

corriendo por ahí dándose palmadas en el trasero —me quedé sin aliento.

—¿Qué?

Su risa ligera llenó mis oídos.

—Olvidé que eres americana, tendemos a estar un poco más relajados. Hay un código, pero no nos preocupa tanto ofender a las personas, si te sientes ofendida por algo o alguien dice algo que no te guste o que son cosas realmente inapropiadas, puedes decírmelo a mí o a Adrián.

—Gracias, en serio, estoy segura de que las cosas estarán bien, sé que puedo encajar con la compañía perfectamente —no quería ser la rueda chirriante de una compañía que parecía funcionar muy bien.

—Adrián me dice que esta es tu primera vez en Creta —dijo en una conversación y sentí con la cabeza.

—Es mi primera vez en cualquier lugar.

—¿Cuándo llegaste?

—El sábado por la noche —respondí.

—¡De ninguna manera! —dijo con entusiasmo—. ¿Aún no has ido a ninguno de los clubes o a las playas? —Judith tenía una personalidad muy extrovertida y exuberante, supuse que sería imposible odiarla.

Su manera de hacer las cosas hacía todo sonar excitante y atractivo, incluso nuestro paseo por el edificio había sido más como una gran aventura que un recorrido de orientación aburrido y estándar.

—No lo he hecho, planeaba ir a la playa después del trabajo o tal vez este fin de semana, aunque no me gusta mucho todo eso de los clubes —esperaba que no se lo tomara a mal.

Ella sonrió.

—No tienes por qué preocuparte, tal vez nunca has estado en uno de nuestros clubes

—No lo he hecho, tienes razón —estuve de acuerdo.

—Todos los martes, la mayoría de nosotros salimos a beber —dijo, mirándome de arriba a abajo.

—¿De verdad? —pregunté.

—Sí, y el próximo martes tienes que ir con nosotros, será una gran manera de conocerlos a todos, y podrás conocer uno de nuestros lugares favoritos. Es un gran sitio para tomar un buen trago y relajarse sin que todos los adolescentes se te insinúen —guiñó el ojo.

Me reí.

—Es gracioso que digas eso, en mi única visita a un bar de aquí fue exactamente lo que pasó.

—Quédate conmigo y te haré pasar un buen rato —dijo.

—¿Qué clase de lugar es ese? Quiero decir, ¿qué lleva la gente a los bares o clubes aquí? —pregunté, pensando en todas las cosas que había traído de casa, no se me ocurría nada adecuado para ir a un local nocturno, por lo menos no para los que había en Idaho.

Se encogió de hombros.

—No lo sé, sólo un lugar para divertirse. Tengo un vestido que te quedaría bien, lo traeré mañana para que te lo pruebes.

Sacudí la cabeza, mirando su cuerpo y determinando que era varios centímetros más alta que ella. Teníamos casi el mismo tamaño en otras áreas, pero sin ver el vestido sabía que me quedaría un poco más corto.

—No tienes que hacer eso, puedo ponerme algo de lo que uso para trabajar.

Ella se subió la nariz.

—No, no puedes, no para ir a un club, vas a parecer la abuela de todos, así que, te vas a poner el vestido que te prestaré y vas a relajarte. Nadie te conoce aquí, puedes ser quien quieras ser. ¡Eso es emocionante! Ojalá yo pudiera tener esa clase de anonimato, donde crecí, todos me conocían, o a cualquier miembro de mi familia, por ende, todo lo que hacía llegaba a sus oídos. ¡Puedes ser libre! —habló en un tono de voz alto, levantando las manos en el aire y sacudiendo la cabeza.

Me reí.

—No sé mucho sobre ser libre.

—Voy a enseñarte, quiero vivir a través de ti.

—Ya veremos —dije, sin hacer ningún compromiso firme.

Ella asentía, se acercaba demasiado a mí y estudiaba mi figura con una cara pensativa. Me sentía desnuda bajo su mirada.

—Tengo el vestido perfecto para ti.
No tenía ni idea de lo que eso significaba.
—Gracias.

—Ya que tuvimos nuestra gran gira, volvamos y ocupémonos de ti, no podemos holgazanear todo el día —sonrió para mostrar que estaba bromeando.

La seguí de regreso, ansiosa y nerviosa por el trabajo y sus planes para mañana, parte de mí quería echarse para atrás e inventar alguna excusa de por qué no podía ir al club, pero por otro lado sabía que sólo iba a estar en Grecia por poco tiempo y quería disfrutarlo al máximo, las personas como yo no tienen este tipo de oportunidades a menudo.

Quería contarle a mi padre que salí de fiesta y me la había pasado muy bien con mis nuevos amigos, no podía mentirle, lo que significaba que tenía que hacerlo de verdad. En este momento la oferta de Judith de prestarme el vestido sonaba genial, así que lo usaría, me relajaría durante unas horas y haría lo necesario para encajar y desahogarme un poco con mis compañeros de trabajo, después de todo tenía 23 años, no 90.

Capítulo Nueve

ADRIÁN

EL DÍA DE HOY HABÍA SIDO AGOTADOR, LAS REUNIONES NO PARABAN CON CLIENTES POTENCIALES, anteriormente, era yo quien iba a sus lugares de trabajo para tratar de convencerlos de que necesitaban mis servicios, pero con el crecimiento y el éxito de la compañía, las cosas fueron cambiando lentamente, y ahora tenía personas haciendo cola para conseguir una reunión conmigo.

Definitivamente era una buena señal y me alegraba, sin embargo, tenía que tener cuidado con los trabajos que asumía, una mala decisión podría hacer que todo lo que había construido se desmoronara. El boca a boca era importante, y si no complacía a un cliente, él iba a hacerles llegar a todos esa información

La principal razón por la que había tenido pocos contratimientos en mi viaje a la cima, había sido porque me propuse aprender de los errores que veía en otras plataformas digitales ajustándolos para hacerlos funcionar a mi manera evitando así, los errores que se habían cometido en el camino.

Los medios sociales pueden ser el mayor amigo o enemigo de una marca, dependiendo de quién se ocupe de la misma, por así decirlo. Una palabra equivocada, un hashtag mal colocado o cualquier otra cosa podrían hacer que una campaña se vaya por el drenaje en cuestión de segundos.

Mientras estaba reunido con uno de los clientes, escuchaba atentamente al hombre lanzar sus ideas sobre lo que quería y sin pensarlo mucho sabía que su campaña era una de esas que no iban a funcionar.

Sacudí la cabeza, me froté la mandíbula y revisé el papeleo que me había traído.

—No estoy seguro de que esta propuesta, tal y como está escrita, encaje bien en mi empresa — dije, intentando ser diplomático y no ofender al tipo, pero no me interesaba para nada lo que me estaba ofreciendo, no era algo a lo que quisiera que se adjuntara mi nombre tal y como estaba.

Se encogió de hombros.

—No veo el problema, es un sitio destinado a conectar a los viajeros, que puedan compartir sus experiencias, hablar de los éxitos y fracasos durante sus recorridos, me gustaría una sección donde las personas puedan compartir gastos de viaje o alquilar casas, barcos, aviones, lo que sea.

Hice una mueca.

—Suena muy bien en teoría, pero ¿qué pasa si alguien se une a su sitio, encuentra a una mujer soltera viajando sola, y se aprovecha de la situación? Su sitio, y en última instancia mi compañía, podría ser responsable si algo le sucediera a la joven —ya me estaba imaginando los titulares.

Se burló.

—Esa es una posibilidad muy poco probable. Hay muchos otros lugares donde alguien podría

buscar una mujer soltera para aprovecharse.

—Tal vez, tal vez no. Actualmente algunos servicios de transporte están siendo demandados por los clientes debido a que sintieron que su privacidad había sido violada, sólo estoy cuidando tus intereses —intentaba hacerle ver la luz pero sabía que no se iba a rendir, podía ver la determinación en sus ojos.

—Esto va a ser algo bueno, puedo sentirlo, podría ser lo que los jóvenes necesitan. Todos quieren ver el mundo, pero muy pocos pueden permitirse el lujo de hacerlo, la aplicación conectará a aquellos con intereses compartidos, y podrían dividir los gastos del viaje en diez maneras, te prometo que funcionará.

Suspiré, entendiendo su visión y su pasión, pero sabía que el proyecto no estaba listo.

—Mira, Curt, esta es una gran idea, es algo que los jóvenes de todo el mundo podrían usar y disfrutar. Me parece increíble que quieras ayudar a las personas a conocer el mundo, comprender otras culturas haría demasiado por la sociedad, aunque, dicho esto, siento que a esta propuesta le falta algo, aún no lo encuentro pero creo que podríamos sacar algo bueno, sólo hay que encontrarlo.

No parecía feliz, no era un tonto, y no iba a rechazar lo que podría ser una cuenta bancaria muy lucrativa, pero necesitaba algo de tiempo. No podía permitir que se fuera con la competencia o hablara cosas incorrectas hacia la compañía, tenía que evitarlo.

—¿Crees que tienes lo necesario para encontrar lo que falta? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Tengo un gran equipo de desarrolladores, de los mejores y más brillantes en el negocio, haré que revisen el proyecto y encuentren las posibles soluciones, luego de eso, nos reuniremos nuevamente para presentárselas y usted podrá decidir si quiere seguir adelante con nosotros o llevárselo a otro lugar. Tienes algo grandioso aquí, y realmente me gustaría que tuviera éxito, pero en las manos equivocadas, podría convertirse en una pesadilla de relaciones públicas.

Se rio.

—¿Estás diciendo que tus manos son las correctas?

Sonreí.

—Digo que mis manos son muy capaces, y tengo una larga lista de clientes felices para demostrarlo. La reputación que tenemos de ser la mejor empresa de marketing social no se consigue de la nada, prestar atención a los detalles es fundamental.

—Seguro que sabes cómo encantar a un chico, ¿no? —preguntó con una sonrisa.

Me recosté en mi silla, completamente cómodo con mi habilidad para hablar con un cliente, sabiendo que generalmente podría usar ese encanto para hacer un trato exitoso.

—Sé lo que funciona, y sé lo que un cliente realmente necesita, el encanto es sólo un pequeño extra.

Se rio de nuevo.

—Está bien. ¿Cuándo tendré noticias? Como puedes imaginar, no eres el único en la ciudad, y estoy decidido a hacer despegar esta cosa.

—Te voy a pedir unos días, tal vez una semana. Creo que prefieres tener una gran aplicación a una que pueda llevarte a la bancarrota —no tenía miedo de decirle las cosas.

—Ouch —golpe duro.

—Es la verdad —respondí.

—Bien, esperaré y veré lo que tienes que decir —dijo, poniéndose de pie.

Me levanté y salimos de la oficina juntos hablando de nuestros planes para el fin de semana mientras caminábamos, presioné el botón del ascensor y asentí con la cabeza para despedirme con la promesa de estar en contacto pronto.

Me di la vuelta, planeando dar el proyecto a mis nuevos internos y a mi actual departamento de investigación, quería ver que se les ocurría, si pudiéramos llegar colectivamente a solucionar las distintas fallas que vi con el servicio, podría funcionar muy bien para todas las partes involucradas.

Empezaba a caminar por el pasillo, dirigiéndome a la sala de descanso para tomar un vaso de agua fría, cuando Elena casi me golpea.

—Vaya —dije, poniendo mis manos en sus hombros para evitar que chocara contra mí.

Mientras caminaba en mi sentido estaba mirando en dirección opuesta y yo no tuve tiempo de quitarme de su camino.

—¡Oh, Dios mío! ¡Lo siento mucho! ¡No estaba prestando atención a dónde iba! —su cara se volvió de un bonito color rosado.

—Está bien —dije, retirando mis manos de sus hombros.

—Yo, eh, me dirigía a la oficina de Judith —dijo, mirando detrás de ella y luego hacia el pasillo del que acababa de salir.

Sonreí.

—¿Estás segura de eso? —asintió.

—Sí, completamente segura.

—¿Elena?

—¿Sí?

—No estás ni cerca de su oficina.

Gimió, inclinando la cabeza hacia atrás para mirar al techo.

—Estoy demasiado perdida, es la segunda vez que me equivoco de camino, hay muchos pasillos. Tuve que bajar a contabilidad, y eso realmente me desorientó, creo haber caminado en círculos durante 30 minutos antes de pedir ayuda, luego, volví aquí, pero me enviaron en un ascensor distinto al que uso a diario y terminé en algún lugar de grandes ventanas que daban a la calle equivocada, es decir, era la calle correcta, pero no la misma que usaba como referencia con la gran fuente en el centro de un patio para ubicarme y ahora estoy nuevamente aquí sin tener la más remota idea de a dónde me dirijo —ella divagaba, la frustración evidente en su voz.

Sonreí, luchando contra el impulso de tocar su brazo de nuevo en un intento de calmarla. Me estaba acostumbrando a ver esa mirada de preocupación en sus grandes ojos verdes, era una chica muy nerviosa y necesitaba relajarse un poco. Sabía que estar en otro país era complicado, pero al paso que iba se preocuparía hasta por la mismísima muerte.

—Te mostraré el camino de vuelta a la oficina de Judith, pero por tu propio bien, realmente necesitas aprender el camino —dijo suavemente.

Ella frunció el ceño.

—Lo sé, y lo estoy intentando. Siempre he sido así y no entiendo por qué, vivía en un pueblo pequeño y aunque lo no creas me las arreglé para perderme un par de veces. No lo entiendo, pero por mucho que lo intente, me confundo totalmente.

Tuve que luchar contra mi risa, era tan linda cuando se frustraba, sólo quería envolverla en mis

brazos y quitarle todo el estrés.

—Lo siento, no quise insinuar que no lo estabas intentando.

Cerró los ojos mientras que con un dedo frotaba su sien a través de su cabello sedoso y rubio.

—Lo siento, estoy un poco abrumada, tengo que devolverle esto a Judith, repasar esa campaña y tomar notas, pero en vez de eso, estoy atrapada aquí vagando por los pasillos como una idiota.

—No eres una idiota —respondí rápidamente.

Sacudió la cabeza.

—Juro que no soy tan incompetente, lo siento, estoy de mal humor, una vez que me oriente, ocurrirán más este tipo de cosas. Por favor, no pienses que soy así normalmente, el cambio de horario, un nuevo trabajo, tratar de moverse por una nueva ciudad y...

La había cortado justo en ese instante, se estaba deshaciendo ante mis propios ojos y no quería que se desmoronara antes de que pudiera reflejar todo su potencial en el trabajo.

Algo en ella me hacía pensar que era del tipo de persona que nunca se perdonaría si dejaba algo justo antes de comenzar, solo necesitaba un poco de ayuda para superar ese bache emocional donde estaba y sentía que yo podía ayudarla. Estaba convencido de que eso era todo, sólo necesitaba encontrar su equilibrio, y luego haría grandes cosas, o eso esperaba.

—Detente —dije, en voz baja—. Ven conmigo.

—¿A dónde? —preguntó mientras yo volvía hacia el ascensor.

No le contesté, a ciencia cierta no estaba seguro de lo que estaba haciendo, pero se sentía bien. La advertencia de Rand resonó en mi cabeza cuando me detuve frente al ascensor y esperaba por ella, casi siempre olvidaba que mis largas piernas cubrían mucho más terreno que el de la mayoría de las personas, especialmente cuando estaba decidido a llegar a un sitio rápido.

Estaba absolutamente seguro de que se equivocaba al decir que ella derribaría la compañía, pero tenía el don de ponerme ansioso, eso me daba la certeza de que si la dejaba acercarse demasiado a mí, tendría el poder de destruirme. Había algo en ella, que me hacía sentir como hechizado, una atracción que no podía resistir, sólo esperaba ser lo suficientemente fuerte para mantener mi ingenio.

Capitolo Diez

ELENA

ESTAR DE PIE JUNTO A ÉL FRENTE AL ASCENSOR ME PONÍA AÚN MÁS NERVIOSA. ¿ME IBA A MOSTRAR la puerta de salida?

Si era así, quería agarrar mi bolso antes de irme. Había dejado mi portátil en el hotel, al darme cuenta de que no me serviría aquí, pero mi bolso era otra cosa. Mi mente comenzó a acelerarse pensando en las diferentes formas en que podría despedirme.

Entró en el ascensor y sus ojos azul cristalino se encontraron con los míos.

—Vamos, por favor.

Asentí, luchando contra las lágrimas que intentaban caer, pero no lloraría, mantendría la cabeza en alto hasta el último momento.

—Agradezco la oportunidad de trabajar aquí, aunque sea por un día —le dije, queriendo hacer mi salida con toda la gracia posible.

—De nada, pero cuando estés abrumada y sientas como si las paredes se cierran sobre ti, introduce este código. Uno, tres, siete, nueve —me decía mientras apretaba los botones del ascensor.

Lo miré.

—¿Qué?

—Introduce el código, ¿entendido? —preguntó.

—Uno, tres, siete, nueve —repetí—. ¿Y a dónde se supone que va el ascensor?

—Espera, y te mostraré —dijo con una sonrisa a medida que las puertas se cerraban.

Tenía el corazón acelerado, el pánico se apoderaba de mí con solo pensar que me llevaría a un sótano y nadie escucharía mis gritos. ¡Mi padre estaría devastado si me asesinan o secuestran y me convierten en una esclava sexual! ¡Qué estúpida! ¿Cómo había sido tan tonta de entrar en un ascensor con un extraño? ¡Aunque fuera mi jefe! Comenzamos a subir y mis ojos se abrieron mucho, nuevos horrores inundaron mi cerebro muy hiperactivo. ¿Iba a tirarme del tejado?

—Si pudieras ver la expresión de tu cara en este momento —dijo con una sonrisa, sacudiendo la cabeza.

Su sonrisa me tranquilizó. Mi intuición me dijo que estaba a salvo y no iba a tirarme del tejado o encerrarme en una jaula en su sótano.

—Tiendo a tener una imaginación muy vívida — confesé.

—Ya veo —dijo—. En definitiva eso será muy útil en esta línea de trabajo, es una de las razones por las que te contraté en primer lugar. Busqué algunas de las campañas de marketing que has montado para tus negocios de prueba.

El ascensor sonó de nuevo, y las puertas se abrieron. Salió y subió por unas pequeñas escaleras que nos llevaban a la azotea.

—¿El techo? —pregunté, no estaba segura de que por qué la azotea era mejor que bajar hasta la calle y tomar aire fresco.

—Sí, el techo, ven conmigo, espero que no le tengas miedo a las alturas —dijo como un pensamiento posterior.

—No creo —murmuré, tratando de recordar si había estado en el techo de un edificio tan alto, pero sabía que no era así.

—Aquí es donde vengo cuando me siento un poco abrumado y necesito alejarme de todo el estrés, los teléfonos y las personas en general —se detuvo a un metro y medio del borde y señaló al frente.

Miré en dirección a donde estaba su mano, la vista era hermosa, se podía observar el mar en su completa inmensidad, la altura era suficiente para ver sobre los otros tejados, una ligera brisa hizo mover el cabello en mi cara, caminé hacia él y lo hice a un lado, nos quedamos en silencio, contemplando la vista. Me sentía excepcionalmente mejor, el estrés que había estado sintiendo y el miedo al fracaso, se evaporó.

—Vaya —finalmente exhalé la palabra.

Se volvió para mirarme, con una cálida sonrisa en su rostro.

—Este es mi pequeño secreto y ahora el tuyo.

—¿En serio? —pregunté con sorpresa.

Asintió.

—Sí, solo tú y yo tenemos el código, bueno, Rand también lo conoce, pero le teme a las alturas, y la única manera de que suba aquí es si hay un zombi persiguiéndolo por las escaleras.

Me reí a carcajadas, apreciando su lado humorístico.

—Es bueno saberlo, si me está haciendo pasar un mal rato, subiré aquí para alejarme de él.

—No te lo hará pasar mal y si lo hace, házmelo saber, te lo prometo, Rand es un buen tipo.

—Lo siento —dije, dándome cuenta de que me había relajado demasiado e insultaba a su compañero de trabajo y claramente su amigo.

—No te disculpes —dijo, con su tono serio—, nunca lo hagas por decirme cómo te sientes. Puede que no siempre estemos de acuerdo, pero necesito que me digas las cosas como son, cuando empecemos a preparar algunas campañas y estrategias de marketing, necesito personas que digan lo que piensan sin miedo a hacerme molestar o a otros miembros del personal superior.

—No suelo tener problemas para decir lo que pienso —bromeé y él se rio.

—Eso podría ser algo bueno.

Dejé salir un largo aliento, haciendo que los restos del estrés salieran de mi cuerpo.

—Gracias por traerme aquí, a veces me pongo nerviosa.

—Está bien, me di cuenta de que estabas a punto de perder la cabeza —se rio.

Me dio un ataque de risa por las palabras que eligió, era una frase muy americana y algo que mi padre hubiera dicho.

—Estaba a punto de hacerlo, lo admito. Las últimas semanas han sido muy tensas para mí y perderme de nuevo hoy fue la gota que derramó el vaso. Había estado trabajando hasta el día antes de venirme, haciendo turnos extras y tratando de dejar todo listo para mi tiempo fuera de casa y antes de eso todo se resumía a la escuela, exámenes finales y mucho más, este último mes había sido una locura.

—Creo que realmente necesitas tomarte el fin de semana para relajarte —aconsejó.

Sonreí y asentí estando de acuerdo.

—Lo haré, Judith me invitó a salir esta noche, dijo que es algo que hacían un grupo de la oficina todos los martes. ¿Vas?

Sacudió la cabeza.

—No, en realidad no. Normalmente trabajo hasta tarde, además, nadie quiere pasar el rato con el jefe. Quiero que mis empleados se relajen y pasen un buen rato sin preocuparse de que yo los vigile, sé que a lo mejor quieren decir cosas sobre mí o el trabajo y si yo estoy allí se sentirán cohibidos de hablar.

Arrugué la nariz al darme cuenta de que tenía razón, era una tonta al pensar que un hombre como Adrián querría pasar el tiempo con los internos y sus empleados. Estaba segura de que probablemente tenía una novia modelo que requería toda su atención.

—Entiendo, eso es muy considerado de tu parte.

Se encogió de hombros.

—No siempre fui el jefe, sé lo que es partirse el trasero por otra persona y no sentirse apreciado, intento ser un buen jefe y trato de hacerle saber a mis empleados lo valiosos que son, pero nadie es perfecto.

—¿Cuánto tiempo has sido el jefe? —le pregunté.

Inhaló de manera prolongada y sus ojos se movieron hacia la espectacular vista.

—Siento que he estado trabajando en esto durante diez años, pero no fue sino hasta hace unos cinco años que se convirtió en una empresa como tal, en ese entonces, éramos Rand y yo. Las cosas empezaron a despegar hace tres años, y comenzamos a aparecer en la escena del marketing de los medios sociales, al comienzo de todo, nosotros dos éramos lo que publicábamos en

distintos sitios de redes sociales pero, ahora tenemos nuestra propia plataforma y un montón de servicios. No creo que haya publicado nada personalmente en al menos un año.

—Eso es bastante impresionante. ¿Te importa si te pregunto cuántos años tienes? —me sonrió, guiñándome el ojo.

—¿Qué edad crees que tengo?

Me quejé.

—Esa es una pregunta peligrosa.

—La parte peligrosa es la respuesta —dijo con una risa.

Me mordí el labio inferior, tratando de adivinar su edad. Me arriesgué y seguí con lo que sospechaba.

—¿Treinta? ¿Treinta y dos?

Frunció el ceño.

—No, tengo veintiocho años. Tal vez debería seguir mi propio consejo y relajarme un poco, no quiero envejecer prematuramente.

Me reí.

—No es tu apariencia lo que me llevó a mi suposición, me estaba basando en lo mucho que has logrado, es muy impresionante que hayas logrado todo esto antes de los treinta años.

—Gracias.

—Probablemente debería volver abajo, no quiero que los demás piensen que me tomé un largo descanso —no quería dejar la azotea y la increíble vista, pero parecía que ya era hora.

—Creo que puedes tomarte unos minutos más —dijo—, apostado a que cuando vuelvas al trabajo, estarás fresca y lista para soltar todo tipo de ideas.

—Eso espero.

—¿Puedo decir algo, y no quiero que te ofendas? —preguntó, volviéndose hacia mí.

Nunca había sido una buena forma de iniciar una conversación, pero tampoco pensaba decir que no, la crítica constructiva siempre era algo bueno, me lo recordé a mí misma.

—Claro, me encantaría escuchar lo que tienes que decir, debo admitir que me vendría bien un consejo de alguien que tiene tanto éxito.

—Creo que eres una persona muy inteligente, eres de esas personas que se conocen los libros a la perfección, lo que a veces puede ser un obstáculo porque no permite que tu lado creativo salga a la luz, pero quiero que intentes dejar de lado las estadísticas y todo lo que aprendiste en la escuela y pienses como un consumidor. Analiza las cosas que te hacen prestar atención en algo y déjate llevar, puedes aplicar lo aprendido después, no te limites a ellos. Tienes lo que se necesita, puedo sentirlo, pero tienes que soltarte y seguir la corriente.

Sonreí.

—Sé exactamente de lo que estás hablando, cuando estudiaba un profesor me dijo que sólo veía en blanco y negro, pero vivía en un mundo gris y necesitaba salir de mi caja.

Asintió.

—No es algo malo, sé que lo harás muy bien, pero siento que tienes esta pared frente a ti que no te deja avanzar, dale una patada y harás grandes cosas.

Sonreí, sintiendo un pequeño alivio correr a través de mí.

—Gracias, tal vez no sea la palabra correcta, pero de verdad, gracias.

—De nada, sólo te digo lo que veo.

—¿Por qué estás siendo tan amable conmigo?—luego de haber dicho eso me di cuenta que era un pensamiento interno y no algo que se suponía que se dijera en voz alta.

Sonrió, con los ojos entrecerrados en las esquinas mientras me miraba.

—Me gusta pensar que soy amable con todos, vi que estabas luchando un poco, y quise ayudarte, no importa las cosas que digan esta noche, quiero ser un buen jefe, además siempre había dicho que tengo buen ojo para el talento y veo algo en ti más allá de los incidentes de tu primer día, de verdad estoy emocionado de ver lo bien que podemos trabajar juntos. Después de todo, soy un hombre de negocios, y estoy en esto para hacer dinero y tener éxito pero no habría podido llegar a la cima sin mis empleados.

Realmente me sentí como si estuviera en la cima del mundo en ese momento, literal y figuradamente. Era un gran jefe y alguien de quien podría aprender mucho, iba a recordarlo la próxima vez que sintiera que estoy a punto de perder la cabeza, como él dijo.

—Espero poder demostrar que tienes razón —le dije, dispuesta a hacerlo.

—Sé que me darás la razón y dentro de poco verás lo que yo veo, puedo sentirlo —sus ojos se fijaron en los míos.

Me sentía invencible, si lo de ser el director general de la empresa no le funcionaba, sin duda podría ser un gran orador motivacional.

Sentía que podía conquistar el mundo como toda una diosa griega en ese momento.

Capítulo Once

ADRIÁN

PODÍA OÍR LA CONMOCIÓN EN EL PASILLO QUE DABA A LAS AFUERAS DE MI OFICINA, ESO SOLO indicaba que ya todos estaban por salir y se dirigían a su habitual reunión del martes por la noche, siempre esperaban ansiosos esta noche cada semana para compartir.

Me agradaba que compartieran en grupo, yo lo veía como un trabajo en equipo, les permitía descargar un poco la presión laboral y conectar en otro nivel fuera del trabajo.

Los envidiaba un poco para ser sincero, pero nunca había querido ser parte del grupo, siempre había pensado que esto solo desdibujaría la línea entre jefe y compañero de trabajo, así que tenía que permanecer al margen para mantener el respeto que me había esforzado en ganar por parte de cada uno de ellos.

—Hola —dijo Rand, entrando en mi oficina.

—¿Qué pasa? —le pregunté, de manera casual debido a que ya estábamos fuera de horario.

—Todos van a salir a tomar una copa —dijo, haciendo un gesto con la cabeza.

Asentí.

—Lo hacen todos los martes.

—¿No quieres ir? —preguntó casualmente—. Uno de ellos me preguntó específicamente si los acompañaríamos esta noche en honor a los internos.

Sacudí la cabeza, cerrando el programa en el que estaba trabajando, y mirándolo fijamente a los ojos.

—No es una buena idea, creo que este es su momento y no quiero entrometerme.

—Nos invitaron a ti y a mí —razonó.

Sonreí.

—Porque son buenas personas, y eso es lo que hacen, esta semana no es diferente a ninguna otra.

—Ah, pero es diferente. ¿No me oíste decir que los internos iban a ir? —levantó una de sus cejas y yo me encogí de hombros.

—Lo hiciste, ¿y eso qué significa?

Sonrió.

—Oh, nada, nada en absoluto.

—¿Vas a ir? —le pregunté con sorpresa.

Arrugó la nariz.

—No voy a ir solo, podrían atacarme —me reí entre dientes.

—Creo que estarás bien.

—Tú te lo pierdes, lo que significa que yo también lo haré —dijo con un suspiro de decepción

—. Bueno, supongo que tendré que ir a casa y acostarme temprano.

—Eso es probablemente algo bueno —dije—. Así no vienes mañana al trabajo con cara de muerto viviente.

Frunció el ceño.

—No soy tan viejo.

—Tampoco tan joven —le respondí.

Sacudió la cabeza y se dirigió a la puerta.

—Te veré mañana.

Al salir de mi oficina, vi a unos cuantos empleados que se dirigían al final del pasillo charlando excitadamente, probablemente hablando de sus planes para la noche, les sonreí, mientras hacía como que buscaba unos papeles en mi maletín, no quería irme de inmediato, deseaba darles la oportunidad de bajar primero. Mi teléfono vibró en el bolsillo de mi chaqueta, al mirar la pantalla y vi la cara de mi madre.

—Hola, mamá —respondí.

—Queremos que vengas a cenar esta noche —dijo, más en forma de orden que como una invitación.

Me quejé, comprobando la hora en mi reloj. Era técnicamente temprano, pero el viaje sería de al menos una hora.

—¿Esta noche? —me cuestioné, esperando que cambiara de opinión.

—Sí, esta noche.

—Mamá, es un poco tarde para una invitación a cenar —traté de razonar.

—Adrián, creo que es hora de que vengas a casa, tienes tiempo sin visitarnos.

Cerré los ojos, sabiendo que no iba a ganar.

—Bien, estaré allí en una hora y media —dije, esperando que el tráfico no estuviera terrible.

—Bien —dijo y colgó.

Me alegraba haber ido a trabajar, estar aquí me ahorraría algo de tiempo. Asentía y sonreía al resto de las personas de la oficina mientras les decía que se divirtieran al salir del edificio.

Había comprado esta casa para mis padres el año pasado, sabía que amaban nuestra ciudad natal, pero los quería más cerca. Se merecían una bonita casa, y cuando me encontré con esta propiedad privada, la compré inmediatamente para ellos.

Se habían resistido un poco, diciéndome que era demasiado, pero cuando les expliqué cuánto ganaba con mi empresa, aceptaron mi regalo.

Al llegar noté que la entrada estaba decorada con macetas nuevas, supuse que era obra de mi madre, entré y pude oler la salsa de espagueti, echaba de menos su cocina.

Aunque tenía los medios para comer en los mejores restaurantes de la ciudad, nada superaba su cocina.

—¡Mamá! —grité, y mi voz resonó en el área del vestíbulo abierto, la sala de estar estaba ubicada al lado derecho y

la cocina al izquierdo.

—¡Aquí atrás! —gritó.

Entré en la enorme cocina, pero antes de seguir, me detuve a levantar la tapa de la olla que hervía en la estufa, e inhalé el aroma de la salsa de espagueti. Mi madre entró desde el patio trasero, llevando un vaso en su mano, luciendo feliz y saludable.

—Hola —dije, dándole un beso en la mejilla antes de que me abrazara.

A pesar de ser pequeña, era una mujer griega de esas fuertes que no aceptaba indecencias de nadie, especialmente de sus hijos que eran mucho más altos que ella. Me dio una palmadita en la espalda antes de dar un paso atrás.

—Tu padre y yo estamos disfrutando de un trago antes de la cena —dijo, su inglés mejoraba cada día con las clases que estaba tomando.

Había decidido aprender inglés el año pasado con la intención de visitar la ciudad de Nueva York, era un sueño que ella y mi padre tenían, y yo les regalé dos semanas en los Estados Unidos, con todos los gastos pagos, para navidad, pero, según ellos, esperaban perfeccionar su inglés antes de realizar el viaje, sabía que era una excusa pero no iba a presionarlos.

—La cena huele muy bien —le dije.

—Es la única manera que logro hacer que vengas a visitarme —dijo—. Deberías prestar más atención a tus padres, especialmente a mí, no siempre estaremos aquí.

Observaba como tomaba la cuchara de madera, quitaba la tapa de la olla y le daba una buena movida a la salsa.

Sabía que mi invitación había sido una orden, y también que la demanda de mi presencia era para darme un sermón cara a cara, pero de todos modos vendría a casa porque sabía que no debía ignorar a mi madre.

—Prometo que vendré más a menudo —dije.

Se dio la vuelta, con la cuchara aún en la mano.

—Dices eso todo el tiempo, si no estás con tu familia, por lo menos deberías tener la tuya propia —agitaba la cuchara de arriba a abajo mientras hablaba.

—Lo sé, mamá. Lo sé.

—No, no lo sabes. La mesa está puesta, llama a tu padre para comer.

Salí de la cocina para hacer su voluntad, ya que, discutir con ella era inútil, era una mujer severa, pero tenía que serlo para vivir con puros hombres. Éramos muchos, y aunque me gustaba pensar que mis hermanos mayores

eran mucho peores que yo, ellos sentían exactamente lo contrario.

Mi padre y yo ya esperábamos sentados en la mesa mientras mi madre se acercaba con sus espaguetis y albóndigas, junto con lo que yo suponía era su pan casero y algún tipo de ensalada, tomó su asiento, y todos nos servimos aunque yo esperaba los comentarios que se avecinaban.

—Adrián, tu padre y yo queremos hablar contigo sobre tu futuro —empezó mi madre.

Y ahí estaba, miré a mi padre, quien enterró la mirada en su plato, sabía que no le importaba mucho mi estado civil, todo esto era obra de mi madre.

Mi padre era un hombre grande, masculino y muy asertivo, pero era ella quien llevaba los pantalones en la familia.

—Mamá, mi futuro se ve bien —le dije.

—¡No tienes esposa! No eres un hombre joven. ¡Necesitas una esposa!

Suspiré.

—No me interesa encontrar una esposa en este momento, estoy concentrado en mi carrera y en poner mi empresa en un buen lugar.

—¿Cuánto dinero necesitas? —preguntó.

—No se trata del dinero —dije—, se trata de construir algo de lo que pueda estar orgulloso, de emplear gente y ayudar a otras empresas, me gusta el éxito.

—Necesitas una buena mujer —declaró.

No fue una sugerencia ni una observación, era una declaración de hecho, y ella esperaba que sucediera.

—Mamá, no estoy listo.

—¡Prepárate! ¡Estarás viejo y solo si no te mueves!

Suspiré, metiéndome en la boca un montón de espaguetis.

—Estoy trabajando en ello —dije, esperando apaciguarla.

Ella me frunció el ceño.

—Tienes años diciendo eso, nunca nos presentaste a ninguna de tus novias. —me encogí de hombros.

—Lo siento.

—Tengo una pequeña reunión el próximo fin de semana —dijo con una sonrisa maliciosa—, y me gustaría presentarte a alguien.

—¡No! Maldición, mamá, sabía que por eso me querías aquí.

Me miró fijamente de forma peligrosa.

—Cuida tu boca, joven —dijo ella.

Quería poner los ojos en blanco, pero no me atrevía, ella había hablado de que ya tenía edad para casarme, pero en el momento en que maldije, fui relegado a un niño de diez años en su mesa.

—Mamá, no quiero parecer mal educado, pero nada funcionó con las mujeres que me presentaste en el pasado.

Ella agitó una mano, desestimando mi demanda.

—Esta vez será diferente, es una buena mujer, te dará muchos hijos y te hará feliz, además sabe cocinar.

Busqué la ayuda de mi padre quien me hizo una mueca antes de volver a comer, ninguno de nosotros se atrevía a enfrentarse a mi madre.

—No me interesa conocer a nadie ahora mismo.

—¿Por qué? Ven a conocerla, si no te gusta, entonces no tienes que salir con ella.

—No puedo porque tengo una novia —solté la mentira antes de tener la oportunidad de pensarlo dos veces.

Mi madre quedó con la boca abierta llena de espaguetis a mitad de camino.

—¿Qué? —preguntó, parpadeando rápidamente.

El tiempo se detuvo, tenía la oportunidad de decir la verdad, sabía que mentirle a mi madre era uno de los siete pecados capitales de su libro.

—Dije, que tengo una novia, y no creo que ella aprecie que salga con alguien más.

Me iría al infierno, y el pie de mi madre iba a estar en mi trasero todo el camino hacia abajo, me estaba asegurando de que no fuera gran cosa, esperaría unas semanas y le diría que habíamos terminado, no haría daño a nadie.

Mi madre sonrió y sus ojos se iluminaron.

—¡Tráela! Queremos conocerla, ¿no? —miró a mi padre.

Él asintió.

—Sí, querida, queremos conocerla —dijo, sonriendo a su esposa.

Me zumbaron los oídos cuando me di cuenta de que acababa de tomar un camino sin retorno, estaba metido en demasiados problemas ahora.

—Veré si está libre —dije, esperando que no pudiera ver la mentira en mi cara.

Mi mamá siempre sabía cuándo uno de nosotros estaba mintiendo.

—Estoy segura de que puedes decirle que es importante —dijo asintiendo firmemente—. Insiste en que despeje su agenda.

A medida que los años pasaron, lo que mi madre decía debía hacerse, era parecido a algo que se tallaba en piedra, era así, y no había discusión, cuando asentía de esa manera, ya estaba hecho.

—Le preguntaré —dije, tragando el trozo de horror de mi garganta.

Realmente estaba en problemas, tenía que buscarme una novia en los próximos días o decirle a mi madre que le había mentido y lo último no era una opción. De ninguna manera le mentaría a mi madre y viviría para contarlo.

Capitula Doce

ELENA

MIRÉ A JUDITH, Y LUEGO AL VESTIDO QUE ME HABÍA TRAÍDO.

La mujer había perdido la cabeza, era extremadamente corto, no había dudas de que a ella le quedaría genial, ¿pero a mí?

No quería ofenderla, en este momento, era la única amiga que tenía, más allá de mi jefe, y no creía que eso contara técnicamente, lo que significaba que debía ponerme el diminuto vestido.

—Gracias, espero no romper alguna costura —tomé el vestido y entré en el baño.

—No lo harás —dijo con entusiasmo—. ¡Te va a quedar muy bien!

No estaba tan segura, pero pensé que lo peor que podía pasar era que me viera un poco atrevida. Saldría esta noche, terminaría mi tiempo en la empresa, e iría a casa y no volvería a ver a ninguna de estas personas, nadie en Idaho sabría nunca lo del vestido.

Tardé unos minutos mientras intentaba subirme el diminuto y apretado vestido negro, tiré varias veces hasta que al fin lo logré. Era un ajuste perfecto, pero el material de spandex hacía que fuera difícil respirar, intenté tirar del dobladillo de la falda, pero eso sólo hizo que la parte de arriba se deslizara dejando al aire mis pechos.

Abrí la puerta del cubículo y salí, llevaba puesto unos tacones del mismo color que había traído para acompañar al vestido, y sólo parecía hacerlo aún más corto en mi cuerpo.

—No estoy seguro de esto —murmuré.

—¡Demonios! —exclamó—. ¡Estás preciosa! Tienes unas piernas espectaculares.

Podía sentir que me sonrojaba mientras intentaba tirar suavemente del dobladillo para bajar el vestido.

—No lo sé —dije—. ¿No es esto demasiado para una noche de salida con los compañeros de trabajo?

Sonrió, moviendo la cabeza.

—Oh no, esto es perfecto, estás impresionante, puedo asegurarte que todos van a querer bailar contigo.

Hice una mueca.

—No soy muy buena bailarina —dije y me di cuenta enseguida de que estaba siendo completamente deprimente, se suponía que me divertiría, y eso significaba que tenía que dejar de lado muchas cosas.

—Te prometo que nos vamos a divertir —me aseguró, volviéndose al espejo para aplicarse el pintalabios—. Esta es una gran manera de conocer a todos y hacer nuevos amigos.

Suspiré, retocando mi maquillaje, pese a que no estaba tan cargada como ella, me puse un poco más de sombra de ojos y delineador, junto con lápiz labial rojo. Si iba a usar el vestido, necesitaba estar acorde con el mismo.

—Te vas a divertir —dijo otra vez mientras salíamos del baño.

Esperaba que tuviera razón. Guardamos nuestra ropa en su pequeña oficina y salimos, ya el resto de los compañeros se habían ido.

Pasamos por la oficina de Adrián, la puerta estaba cerrada y las luces apagadas, eso sólo indicaba que se había ido. Me preguntaba si iría esta noche, una parte de mi esperaba que fuera así, pero por otro lado, no estaba segura de querer que me viera con el vestido, eso sólo haría que las cosas se pusieran raras entre nosotros.

Tomamos un taxi hasta el bar. Judith me tomó de la mano y me llevó adentro, saludando a la gente mientras caminábamos. Parecía conocer a todo el mundo.

—Chicos, esta es Elena, es nueva en la oficina —me presentó a un grupo de unos veinte hombres y mujeres reunidos en un rincón de la barra, todos sonrieron

y saludaron antes de volver a sus conversaciones.

Pedimos nuestras bebidas y charlamos con algunas personas de la oficina antes de que un hombre que no era parte del grupo se me acercara, sin decir nada, colocó su brazo alrededor de mi cintura y empezó a arrastrarme por la pista de baile, sin pensarlo busqué ayuda en mi amiga.

—¡Suéltala! —Judith le gritó, golpeándole el brazo.

—Oh, vamos, un baile —dijo el tipo, arrastrando un poco las palabras.

—No, gracias.

—Así no se le pide bailar a una mujer —dijo Judith, tirando de mí y sacándome del brazo del hombre.

—Gracias —murmuré, enderezando el vestido una vez más—, creo que los hombres griegos son un poco más agresivos que los americanos.

Se rio.

—Estoy segura de que es así, los americanos son fáciles de despachar porque son mucho más pequeños.

Me reí, sin querer discutir con ella pero sabía muy bien que los hombres americanos venían en todas las formas y tamaños.

—Algunos de ellos.

—Bailemos, necesitamos que te relajes —me quitó la bebida de la mano y la puso sobre la mesa antes de arrastrarme a la pista de baile.

Judith era una gran bailarina, se movía de manera muy sexy y fluida, se veía muy bien en la pista, mientras yo, me sentía un poco rara tratando de igual algunos de sus movimientos.

Tenía las manos en el aire, sacudiendo mi cuerpo y tratando de soltarme un poco cuando sentí una gran mano agarrándome el trasero.

—¡Oye! —grité, dando vueltas y enfrentándome a un hombre que medía 1,80 m de alto y lo que parecía lo mismo de ancho, era una bestia enorme.

—¡Atrás, amigo! —Judith vino a mi rescate poniendo una de sus pequeñas manos en el pecho del hombre alejándolo.

El tipo sonrió, se lamió los labios mientras sus ojos recorrían mi cuerpo antes de darse la vuelta y alejarse, su reacción me dio mucho asco, me giré para ver a mi compañera y ya había vuelto a bailar como si nada hubiera pasado.

Vi como un hombre se acercaba a ella, e intentaba tomarla por la cintura pero ella reaccionó de manera muy calmada colocando una mano en su cara y alejándolo.

—Manejas todo esto tan bien —le dije.

Guiñó el ojo.

—Mucha practica —sonrió—, pero nunca dejes que te afecten, sólo déjalo y diviértete, no quieren hacer daño, pero hay que tener mano dura.

Hice una mueca y me alejé, volviendo a la seguridad de la mesa, Judith venía justo detrás de mí.

—Lo siento, pero esto no es lo mío —le dije.

—Está bien —dijo—. Puede ser un poco desagradable. ¿Por qué no vamos a comer un poco de pastel al café de la calle?

Miré al resto de mis compañeros de la oficina, todos bebiendo y pasándola bien, tenía no poder encajar con ellos. La esperanza de mi padre de que hiciera amigos se evaporó rápidamente.

—No tienes que irte por mi culpa —dije—. Quédate y pásala bien.

Sacudió la cabeza.

—Hacemos esto todas las semanas pero hoy tengo ganas de comer pastel.

—Está bien, es sólo un pastel —dije, aliviada de salir del bar.

Nos despedimos del resto y nos dirigimos a la puerta. El ambiente afuera estaba caliente y húmedo, comenzamos a caminar con destino al café mientras dejábamos atrás el animado bar.

—Entonces, cuéntame todo sobre ti —dijo Judith mirándome.

Me reí.

—Me temo que no hay mucho que contar.

—¿Qué hacías en casa cuando no estabas en el trabajo? —preguntó.

—Estaba en la escuela a tiempo completo —dije—. Trabajaba, estudiaba y cuidaba la casa en la que vivía con mi padre, eso abarcaba la mayoría de mi tiempo.

—Eso no suena como un momento de diversión —comentó.

—No era tan terrible, la verdad no me importaba, sabía lo que quería lograr así que trabajaba duro para obtener mi título, no sentía que perdía gran cosa, si salía un poco, pero no lo sé, como te dije en el club no es lo mío. Prefiero dar un paseo, pasar el rato hablando, o viendo películas antiguas, la escena ruidosa y abarrotada de personas nunca me atrajo.

—Eres un alma vieja —dijo, volviéndose para mirarme.

Me eché a reír.

—Creo que lo soy, mi padre solía decírmelo todo el tiempo.

—¿A qué se dedica tu padre?

—Trabajó en una mina durante mucho tiempo, todavía lo hace, pero en una posición diferente, pero a lo largo de los años ha tenido varios trabajos.

—¿Y tu madre? —preguntó, abriendo la puerta del café.

Esa pregunta siempre había cortado cualquier tipo de conversación que tuviera, era difícil no ser franca, pero las personas siempre reaccionaban de manera incomoda cuando les decía que estaba muerta.

—Mi madre murió poco después de que yo naciera, nunca la conocí —no sentía tristeza al hablar de ella como la mayoría creía.

—Oh. Lo siento mucho. ¿Tu padre se volvió a casar?

Sacudí la cabeza.

—No. Tuvo un par de relaciones, pero creo que realmente amaba a mi madre, y nunca pudo

encontrar a alguien más que estuviera a la altura de sus estándares.

—Eso es tan dulce y triste al mismo tiempo —dijo.

Sonreí, siguiéndola hasta una mesa. Ambas pedimos una rebanada de pastel de frutas, y aunque me sentía un poco fuera de lugar con el pequeño vestido, estaba mucho más cómoda en el café que en el bar.

—¿Qué hay de ti? —pregunté, queriendo saber más sobre ella—. ¿Eres de aquí?

Asintió.

—Sí, lo soy, bueno, crecí en Atenas pero me mudé aquí hace unos cuatro años.

—No puedo imaginar lo increíble que sería, vivir en un lugar tan histórico como Atenas —dije con asombro.

Ella sonrió.

—Cuando vives allí y ves las cosas todos los días, no es tan emocionante.

—No lo sé, creo que estaría muy emocionada de todas formas. ¿Tu familia sigue ahí?

—Sí, mi padre tiene una tienda allí. Ellos esperaban que trabajara en el local y me hiciera cargo del negocio familiar, pero no quería quedarme atrapada allí, necesitaba encontrar mi propio camino, son muy tradicionales y me sentía asfixiada, debo destacar que no están muy contentos de que los haya dejado —suspiró.

—Lo siento por eso, a mí me pasó todo lo contrario, mi padre me estaba empujando por la puerta desde el momento en que me gradué —me reí.

—¿Pero vivías con él?

—Sí. Cuando digo que me empujaba quiero decir, que quería que lo hiciera mejor que él, no pudo ir a la universidad, ni siquiera se graduó de la secundaria, así que me había animado a hacer todo lo que no pudo e ir más allá.

Pensar en él en casa, solo, me ponía un poco melancólica.

—Parece un buen hombre. Creo que si te das algo de tiempo, verás que te gusta mucho estar aquí.

—También creo lo mismo —le sonreí—. Muchas gracias por invitarme a salir esta noche, lamento haber arruinado tu diversión.

Agitó una mano en el aire.

—No arruinaste nada, si no estás cómoda en el bar, está bien, podemos ir a la playa, de compras, o puedo llevarte de paseo, no siempre se trata de alcohol o estar borracha —se rio.

—Me gustaría mucho —dije con entusiasmo—. Me encantaría probar la cocina griega y ver algunos de los sitios históricos.

—Entonces tenemos una cita —dijo—. Tengo planes para este fin de semana, pero tal vez el próximo, ¿te parece?

Asentí.

—Absolutamente, igual pensaba pasar este fin de semana durmiendo y haciendo muy poco —ella sonrió.

—Entonces tenemos una cita.

Me relajé, sintiéndome mucho mejor por el desastre que terminó siendo la noche. Judith iba a ser una gran aliada, y esperaba que pudiéramos ser buenas amigas, tal vez podría convencerla de que me visite en los Estados Unidos algún día.

Capítulo Trece

ADRIÁN

HABÍA SIDO UN LARGO DÍA DE TRABAJO, LLENO DE PAPELEOS, REUNIONES Y VISTAZOS A NUEVOS proyectos, ya para el final de la tarde todo lo que quería era una buena taza de café, así que me dirigí a una cafetería cercana.

Estaba acostumbrado a estar solo y la verdad no me importaba, no era el tipo de hombre que necesitaba estar rodeado de personas para sentirse bien, disfrutaba de la tranquilidad.

Me gustaba ser capaz de pensar y soñar despierto sin que nadie me preguntara qué me pasaba o si algo estaba mal.

Sacaba unas cuentas en mi iPad, en las que había estado trabajando en la oficina, mientras tomaba el café, encontraba realmente relajante trabajar fuera de la oficina, debería hacerlo más a menudo y dejar que Rand se encargara de las cosas cotidianas de la empresa.

Levanté la vista, y noté que el sol ya estaba por ocultarse así pensé en bajar hasta la playa para disfrutar del atardecer, pero algo llamó mi atención, bueno alguien para ser más exactos. Miré a mi derecha, observando a las personas que disfrutaban de su paseo y vi a Elena.

Eso era lo que había llamado mi atención, una hermosa mujer rubia que sobresalía entre la multitud, sin duda Elena era diferente.

—¡Elena! —la llamé por su nombre.

Giró a la izquierda y luego a la derecha, la confusión en su cara era notoria.

—Elena, por aquí —dije, agitando mi brazo en el aire.

Sus ojos se posaron en mí, al reconocermé sonrió y me saludó, caminando hacia la pequeña mesa en la que yo estaba sentado.

—¡Hola!

—¿Estás perdida? —le pregunté.

Se rio.

—No. Esta vez es a propósito, sólo estaba explorando, y disfrutando de la hermosa noche.

Asentí, feliz de saber que estaba teniendo un tiempo de inactividad.

—¿Quieres tomar un café conmigo? —pregunté.

Hizo una mueca.

—Um, tal vez té, o algo descafeinado, no quiero estar despierta toda la noche.

Sonreí, encontrando divertido que tuviera una baja tolerancia a la cafeína.

—Creía que todos los americanos vivían de café, las veinticuatro horas del día.

Sacudí la cabeza.

—No esta americana, normalmente sólo tomo una taza por la mañana, o seré un desastre

nervioso.

Se sentó y una de las camareras se acercó corriendo a tomar su pedido, se decidió por un té de menta, que me pareció un poco extraño para una cálida tarde de verano, pero ¿quién era yo para decir qué funcionaba y qué no?

Su cabello estaba recogido en una cola de caballo suelta, ya no llevaba puesta la chaqueta que había usado en la oficina, así que su camisa sin mangas de seda azul había quedado al descubierto. Tenía unos brazos tonificados, esto me hizo suponer que hacía algún tipo de ejercicio, pero no creía que fuera del tipo de gimnasia, quería preguntarle cómo se había mantenido en tan excelente forma, pero después pensé que eso sería cruzar una línea.

—¿Cómo estuvo el trabajo hoy? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Mucho mejor, sólo me perdí una vez.

Me reí entre dientes, deslizando mi dedo sobre la pantalla del iPad para ver una nueva página.

—Me alegra saber que te estás aprendiendo las rutas —murmuré, mirando la pantalla.

—¿Estás trabajando? —preguntó.

Miré hacia arriba para encontrarme con sus bonitos ojos verdes.

—Algo así, sólo estoy revisando algunas cosas.

—¿Alguna vez dejas de trabajar? —preguntó con una sonrisa.

Yo sonreí de vuelta, sorbiendo mi café.

—Me gusta trabajar, no lo siento como una obligación o tarea, al contrario, es algo terapéutico, supongo, me quita de la mente otras cosas.

—¿Otras cosas? —preguntó, con una mueca en la cara—. Por favor, no pienses que estoy siendo grosera o demasiado atrevida, pero ¿estás casado?

Lentamente sacudí mi cabeza.

—No. Estoy demasiado ocupado con mi trabajo para preocuparme por nada de eso —puso los ojos en blanco.

—Una excusa poco convincente.

Mis ojos se abrieron mucho.

—¿Perdón?

Era su turno para que sus ojos se hicieran grandes.

—Lo siento, no sé por qué acabo de decir eso, olvidé con quién estaba hablando.

Sonreí, apreciando su habilidad para ser muy casual.

—Está bien, aunque sueñas un poco como mi madre.

Se veía horrorizada.

—No creo que ninguna mujer quiera oír eso.

—Lo siento, no quise decir que fuera algo malo —agregué.

—Entonces, ¿qué es lo que estás tratando de sacar de tu mente? Vives en lo que he determinado que debe ser la zona más hermosa del mundo, tienes éxito, eres rico y eres un diablo muy guapo. ¿Qué podría haberte estresado? —preguntó.

Me había gustado la parte de que soy un diablo guapo.

—Bueno, depende.

—¿De qué?

—Por ejemplo, hoy estoy un poco estresado por lo de mi madre —sorprendido de haberle dicho algo.

—¿Está enferma? —preguntó con preocupación.

Sacudí la cabeza.

—No, en absoluto.

—Dijiste que sonaba como tu madre... ¿Te regaña por ser soltero? —presionó.

Suspiré, sabiendo que probablemente no debería divulgar información personal con un empleado, pero había algo en Elena que me hacía sentir que podía hablar con ella, era muy genuina y no se daba aires, así que, cuando me di cuenta, ya me había decidido a contarle todo.

—Anoche fui a cenar a casa de mis padres —dije—. Mi madre casi me exigió que fuera cuando me llamó por teléfono, pero cuando llegué, surgió la conversación habitual: “estoy soltero”.

Sonrió y asintió.

—De ahí la comparación de mí con tu madre.

—Sí, pero no digo que sea algo malo, solo me pareció gracioso que tus palabras fueran tan similares a las que ella dijo.

—Supongo que esta es una conversación que ya habían tenido antes —dijo pensativamente.

—Sí, así es, y siempre es lo mismo. Soy el menor de tres hermanos, y para ser sincero no entiendo por qué me molesta tanto con el tema, siempre me está presionando para que busque una esposa, novia o tener citas, y cuando digo que estoy muy ocupado, ¡me hace citas! Las mujeres que ella elige para mí no son exactamente lo que yo diría que es lo que estoy buscando.

Ella sonrió.

—Ya veo, es dulce que se preocupe y que te cuide. Aunque no sé si querría que mi padre me arreglara citas, eso definitivamente podría terminar mal.

—Lo hace, confía en mí, mi recomendación del día sería que te alejes de cualquiera que te recomienden tus padres.

—¿Es eso todo lo que te tiene estresado? —preguntó—. Quiero decir, suena como si estuvieras acostumbrado a que te pregunte sobre tu estado civil.

Hice una mueca, un poco avergonzado de admitir lo que me tenía estresado.

—Eso no es lo que me tiene estresado, fue mi respuesta a su intento de tenderme una trampa lo que me hace debatir el traslado a América.

Se echó a reír.

—Debe ser serio si estás pensando en dejar esto atrás.

—No conoces a mi madre —me quejé—. Confía en mí, un hombre se mudaría a la Antártida si tuviera que hacerlo para escapar de su ira.

Ella seguía riéndose mientras me miraba con evidente lástima.

—Suena duro.

Asentí.

—Es que le dije que tenía una novia y por eso no podía salir con la mujer con la que intentaba emparejarme.

Ella hizo un gesto de dolor.

—¿Y no tienes novia?

Sacudí mi cabeza, sosteniendo sus ojos con los míos.

—No.

—Ouch.

—Sí —murmuré—, y si le digo a mi madre que había mentido, me matará, créeme que estaré

muerto o desearé estarlo.

—Entonces, encuentra una sustituta —respondió fácilmente.

La miré fijamente un poco confundido.

—¿Una sustituta?

—Sí. Yo podría fingir que soy tu novia si quieres, así vamos a ver a tu madre, y ella verá que ya estás con alguien y esperanzadamente dejará de tratar de conseguirte citas, entonces, puedes decirle que rompimos, que me mudé a los Estados Unidos o algo así.

Pensé en su idea.

—¿Harías eso por mí?

—Sí, te debo una por no despedirme inmediatamente en mi primer día, la verdad no tengo problema —se encogió de hombros.

Por mucho que quisiera saltar a la solución rápida y fácil, no podía hacerlo.

—No quieres mezclarte en esto, confía en mí, si mi madre se entera de que le mentamos a la cara, no será bueno. Es pequeña pero más poderosa que cualquier diosa mítica.

Elena intentaba no reírse, sabía que en este momento me escuchaba como un niño pequeño asustado, pero mi madre no era broma, podría ser aterradora. De niños no era una amenaza de violencia lo que nos mantenía a raya, sino lo implícito de todo, había algo en ella que podía hacer temblar a cualquier hombre, era una tigresa feroz.

Estar de buenas con ella era algo grandioso, pero conocer su lado malo era una pesadilla.

—Bueno, depende de ti, la oferta está sobre la mesa, no me importa hacerlo, pero no te presionaré —tomó otro trago de su copa antes de ponerla sobre la mesa.

—Gracias, esa oferta es muy amable y muy generosa, pero no puedo pedirte que hagas eso.

—No me lo estás pidiendo, me estoy ofreciendo.

Sonreí, apreciando su voluntad de hacer un esfuerzo por mí.

—Te lo agradezco, pero creo que tendré que pasar.

—Como quieras, gracias por la conversación y el té. Voy a volver a mi hotel y a leer un poco antes de irme a la cama.

La vi ponerse de pie y rápidamente también lo hice.

—Gracias por pasar un rato conmigo, fue un placer hablar contigo.

—De nada, sólo intenta no trabajar demasiado o pensar tanto en tu pequeño problema, estoy segura de que todo saldrá bien.

Se dio la vuelta y empezó a alejarse. No pude evitar sonreír.

—¿Elena? —dejó de caminar y se volvió hacia mí.

—¿Sí?

—¿Vas a tu hotel?

—Sí.

Señalé detrás de mí.

—Es el otro camino.

Gimió, con los hombros caídos mientras movía la cabeza.

—Gracias —murmuró y caminó,

pasando por mí lado y dirigiéndose en la dirección correcta.

No podía evitar reírme mientras me sentaba de nuevo en la mesa, iba a tener que ponerle un collar GPS en el cuello, era sólo cuestión de tiempo antes de que terminara realmente perdida.

Supuse que vivir en una isla relativamente pequeña era bueno, no podía imaginar dónde

terminaría sin una valla que la mantuviera contenida.

Reflexioné sobre su solución a mi problema, la verdad es que había considerado hacer exactamente lo que ella me sugirió, pero me parecía demasiado arriesgado, engañar a mi madre no era tarea fácil, y no estaba seguro de querer meter a Elena en todos esos problemas.

Por ahora, tendría que tratar de encontrar otra solución, había estado revisando los contactos de mi teléfono, tratando de encontrar el nombre de alguna mujer con la que había salido en el pasado, pero la idea de llevarla a casa no era atractiva. Sabía que a mi madre no le gustaría ninguna de ellas, y las cosas sólo podrían empeorar si llegase a descubrir la verdad entre mi supuesta novia y yo. La chica que eligiera tendría que entender que era una relación de un solo día, tampoco pretendía que se hiciera ideas equivocadas al respecto.

Sacudí mi cabeza, rápidamente rechazando la idea de nuevo, era demasiado arriesgado.

Capitulo Catorce

ELENA

ESTABA TECLEANDO RÁPIDAMENTE EN MI PORTÁTIL, MIENTRAS TENÍA VARIAS IDEAS EN MI MENTE para la nueva campaña.

Judith y yo nos habíamos metido en la sala de conferencia más pequeña de la empresa, queríamos tranquilidad y un espacio en el que pudiéramos hablar libremente sin interrumpir a los demás, que estaban ocupados en sus propios proyectos. Ella estaba sentada en el otro extremo de la larga mesa de conferencias, me apuré en terminar el documento y se lo envié a por correo electrónico para que pudiera revisarlo.

—Acabo de enviártelo —le dije, abriendo otro archivo para empezar a trabajar en él.

—¡Demonios, eres rápida! —exclamó.

Me reí, manteniéndome enfocada en el proyecto mientras ella revisaba lo que le había enviado.

—Me gusta hacer mi trabajo.

—Estás llevando este trabajo más rápido que nadie con quien haya trabajado antes —dijo con una sonrisa—. Te mueves rápido con esto, y es realmente bueno, estoy impresionada.

—Gracias, es algo que siempre he hecho, tenía dos opciones, la primera era ser buena en lo que quería hacer, que era la comercialización y la creación, y la segunda, era trabajar en las minas con mi padre o algún tipo faena dura como esa. No quería eso para mi vida, y mi padre ciertamente tampoco, así que me concentré en mis estudios desde una edad muy temprana para salir adelante. Ver a mi padre llegar a casa cansado y oír que las familias perdían a sus seres queridos por accidentes trágicos o enfermedades pulmonares era un factor motivador para buscar una línea de producción diferente —fijé mis ojos en la pantalla mientras revisaba el archivo.

—Vaya, eres muy impulsiva —dijo con una pequeña risa.

—Estoy muy motivada, con tal de no hacer trabajos manuales —dije—, no soy muy buena sudando y haciendo esfuerzo físico.

—Definitivamente podría entender eso, tampoco me gustaría ensuciarme y sudar, o al menos no en ese tipo de ambiente —añadió con una risita.

Abrí la boca para responder pero sentía una presencia en la habitación, me había dado la vuelta justo cuando Adrián entraba al salón.

—Hola, señoritas —dijo.

—Hola —dijimos los dos al mismo tiempo.

—¿Qué las trae por aquí? —preguntó.

—Era el lugar más tranquilo, además se nos hacía más fácil hablar del proyecto en el que estamos trabajando sin molestar a los demás —respondió Judith.

Asintió

—Ya veo.

Judith empujó un archivo a través de la mesa.

—Mira lo que nuestra joven interna ha hecho.

Adrián tomó el archivo, sacó la silla junto a la mía y se sentó. Su presencia era difícil de ignorar, podía oler un ligero indicio de su colonia y me encontré inhalando tranquilamente por la nariz para obtener más de ella, era varonil, sexy y estaba desencadenando todo tipo de respuestas en mi cuerpo.

Miré a Judith y la encontré observándome atentamente, fue entonces cuando me di cuenta que me había inclinado un poco hacia él, me sentía completamente apenada, así que me alejé rápidamente.

—¡Esto es genial! —exclamó, volviéndose para mirarme.

—Gracias —respondí tímidamente.

—Elena, estás haciendo un trabajo increíble. Realmente, esto es genial, me alegro de tenerte a bordo —extendió la mano para tocar la mía que estaba sobre la mesa.

Tragué en seco.

—Gracias, yo estoy muy feliz de estar aquí —sentía como si su mano me quemara.

No podía moverme o respirar con su mano tocando la mía, no tenía ni idea de por qué me sentía así, pero que tomara mi mano me había puesto muy nerviosa, trataba de pensar que no me estaba volviendo loca, pero temblaba y sudaba al mismo tiempo.

—Dejaré que ustedes dos vuelvan al trabajo, sólo quería comprobar cómo iban las cosas, estoy ansioso por ver el resultado final de todo esto —se levantó de su silla y salió de la habitación.

Sentía como si su partida hubiese dejado un agujero en la habitación, algo así como cuando las nubes bloquean al sol después de un gran día.

Me oí suspirar y rápidamente me recordé que no estaba sola, me volví para mirar a Judith y la encontré mirándome fijamente con una sonrisa en la cara.

—¿Qué? —pregunté.

Asintió mirando a la puerta.

—¿De qué se trata todo esto?

—¿De qué se trata qué? —pregunté inocentemente.

Todavía sonreía, moviendo la cabeza.

—Podrían haber iniciado un incendio con las chispas volando entre ustedes dos.

Puse los ojos en blanco.

—Estás imaginando cosas, no es nada.

—Dudo imaginarlo —dijo—. Ciertamente se veía como algo, algo caliente.

—Detente—regañé—. Es mi jefe.

—Lo que tú digas, pero sé lo que vi, y también lo que sentiste —dijo con una mirada de conocimiento.

Volví a poner los ojos en mi ordenador, no quería pensar en Adrián de esa manera, no estaba aquí para meterme en una especie de romance de oficina, y muchos menos con mi jefe, eso sólo me metería en problemas, y no los necesitaba. Sólo deseaba pasar el tiempo aquí trabajando y obtener una buena recomendación para poder conseguir un buen trabajo en casa.

No le contesté, pero mientras intentaba trabajar, no podía evitar pensar en lo que había dicho. ¿Hubo química? Lo sentía, pero no creía que él lo hiciera, desde que nos conocimos había sido muy casual y amistoso.

Me sentía un poco tonta por tener un pequeño enamoramiento con el jefe, claro, no iba a admitirlo, aunque Judith lo hubiera adivinado. De todas maneras nunca hubiese funcionado, él era un multimillonario con el mundo entero a su alcance residenciado aquí, y yo una chica de un pueblo de los Estados Unidos, luchando por salir adelante sin cultura y sin experiencia mundana. Me imaginaba que Adrián había visitado casi todo el mundo y hecho de todo.

—¿Hambre? —Judith preguntó después de que estuvimos trabajando durante un tiempo, yo asentí.

—¡Estoy Muerta de hambre!

Se rio.

—Podrías haber dicho algo.

—No quería dejar de trabajar, estamos teniendo una racha y no quería desaprovecharla.

—Eres demasiado seria —dijo—. Vamos, hay una pequeño local a la vuelta de la esquina, yo invito.

—No, no puedo dejarte hacer eso —protesté.

—Estás pateando traseros con tu trabajo y ahorrándome una tonelada de tiempo y energía —dijo—, quiero invitarte a almorzar para agradecerte.

—Gracias —dije, aceptando su cumplido y muy dispuesta también a acceder a su oferta para el almuerzo. Caminamos una cuadra hasta el pequeño restaurante. Al llegar ordenamos ensaladas y sodas dietéticas.

—¿Te gusta hasta ahora? —Judith preguntó.

—¿El trabajo?

—¿El trabajo, la ciudad, el jefe? —preguntó con una sonrisa.

—Detente —dije con una tímida sonrisa—. Me gusta... todo.

—Es un buen tipo para quien trabajar, Rand también es agradable, es divertido y un poco dramático, pero a todos nos agrada.

Sabía que no debía preguntar, pero iba a hacerlo de todas formas.

—Entonces, ¿cuál es la historia de Adrián? —sonrió.

—¡Lo sabía!

Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia.

—Sólo pregunto por curiosidad, quiero decir, es guapo, rico y exitoso. ¿Por qué no lo ha atrapado una mujer?

—Oh, muchas lo han intentado, créeme, pero creo que es exigente, no lo sé, no revela casi nada sobre su vida personal. Por ejemplo yo no tengo ni idea de dónde creció, o algo sobre su familia, no sé qué le gusta hacer en su tiempo libre... nada, el hombre parece un libro cerrado, la verdad dudo que alguien en la oficina, más allá de Rand, haya tenido una conversación de verdad con él. Es muy amable, y pregunta por todas nuestras vidas, pero no revela casi nada sobre sí mismo, no es que haya sido grosero, o algo por el estilo, pero es extremadamente reservado, capaz tiene una novia y ninguno de nosotros lo sabe —se encogió de hombros.

—¿No habla con nadie? —pregunté con incredulidad.

—Él y Rand son muy buenos amigos, muchas veces Rand habla sobre lo que hizo el fin de semana y a veces lo involucra, pero nunca da demasiados detalles, creo que él le había pedido

que no lo hiciera, es un poco extraño, pero respeto su privacidad. Estoy segura de que un hombre en su posición tiene mucha gente que trata de acercarse por su riqueza e influencia.

Asentía mientras ella hablaba, me di cuenta entonces de que probablemente sabía más sobre la vida personal de Adrián que Judith, eso me hacía sentir especial, pese a todo lo que sabía de su vida personal no iba a decirle absolutamente nada a ella, y mucho menos que habíamos hablado fuera de la oficina.

Me di cuenta de que era una de las pocas personas que sabía eso de él, y no traicionaría su confianza e iría a cotorrear al mundo.

—Debe ser difícil para él —dije, comprendiendo de repente por qué había estado solo la otra noche—. Imagino que debe ser muy aislante también.

Tenía la sensación de que su madre se había dado cuenta de lo solitario que era debido a su riqueza, y por eso estaba tan decidida a hacer que se casara. Ella quería que él tuviera alguien en su vida en quien pudiera confiar y depender, y eso me parecía la cosa más dulce.

Si tenía la oportunidad de hablar nuevamente con él en privado, era exactamente lo que le iba a decir, de forma indirecta, no quería que se diera cuenta que estaba tratando de conseguir alguna información acerca de él con Judith.

—Estoy segura de que lo hace bien —dijo con una sonrisa descarada—. Si lo desea, sólo debe chasquear los dedos y tendría una fila de mujeres listas para calentar su cama.

Puse los ojos en blanco, tomando un bocado de la ensalada que ya habían colocado en la mesa, tratando de cambiar el tema, no quería que pensarán que estaba hablando del jefe, me sentía como si estuviera todavía en terreno movedizo, siendo la chica nueva.

Terminamos de comer y volvimos a la oficina. Judith había sido llamada a su puesto de trabajo, así que me dejó sola para ir a mi pequeño cubículo. Estaba a la mitad del pasillo cuando me encontré con Adrián saliendo de la sala de descanso, con una botella de agua en la mano.

—¿Tuviste un buen almuerzo? —preguntó.

—Sí, gracias. ¿Almorzaste en la oficina?

Se encogió de hombros.

—Normalmente lo hago, tengo llamadas telefónicas que devolver, y a veces con las diferentes zonas horarias, tengo que trabajar hasta el almuerzo.

—Ya veo, quiero decir, no tengo por qué sermonearte acerca de tomar tiempo para ti mismo y todo eso ¿no? —me reí.

—Hablando de eso, ¿pudiste explorar más de la ciudad? —preguntó.

—Planeo hacerlo pronto.

—Elena —cuando dijo mi nombre, sentí escalofríos por toda la columna vertebral.

—¿Hmm? —murmuré, el sonido de su voz ronca me había hecho tener una sensación cosquilleante, y no quería que se arruinara con el sonido de mi propia voz.

—Quiero que te reúnas conmigo mañana por la mañana —dijo.

Miré hacia arriba, sus ojos azules me miraban.

—¿Qué? ¿Aquí? ¿En el trabajo?

—No, nos vamos a encontrar en la playa, te voy a mostrar los alrededores, quiero que te diviertas.

—Bien.

En serio, ¿quién era yo para discutir con mi jefe? O mejor aún, ¿por qué querría discutir con un hombre como Adrián? Era amable y sexy, y esas dos cosas hacían que pasar el día con él en la playa pasara al número uno de cosas por hacer un sábado en la mañana. Deseaba gritar y saltar de la emoción, pero eso no estaría bien, estaba en pleno pasillo de la empresa, sólo haría el ridículo.

—Genial, te veré mañana —dijo—. ¿Eres madrugadora por casualidad?

Moví la cabeza de arriba a abajo.

—Sí, un poco.

—¿Entonces deberíamos vernos a eso de las seis? Podríamos ver el amanecer.

—¡Eso sería increíble! —dije, no ocultando mi emoción—. Lo he visto desde mi habitación un par de veces, pero estar en la playa sería genial.

—Perfecto. ¿Puedes darme tu número y te enviaré un mensaje de texto con la ubicación? No quiero que te pierdas —se rio un poco.

Quería decirle que no lo haría, pero era una mentira, sabía que pasaría, probablemente me perdería incluso con las indicaciones.

Capitula Quince

ADRIÁN

NO PODÍA DORMIR, ESTUVE INQUIETO TODA LA NOCHE, PARA CUANDO LLEGARON LAS CUATRO DE LA madrugada, había dejado de intentar hacerlo y me levanté. Había dado al menos tres vueltas en mi gran casa antes de decidirme a ir a la playa temprano, me vendría bien la serenidad y tranquilidad de un amanecer frente al mar cuando la mayor parte de las personas estaría descansando todavía.

Me puse unos pantalones cortos y un par de zapatos para andar en la playa, metí algunas cosas para pasar el día en una mochila, y me dirigí a mi pequeño auto deportivo.

La mañana era perfecta, no podía esperar a llegar a la playa, pero sobre todo, ya deseaba verla.

Me quité los zapatos, dejándolos en la manta que había extendido, y me fui a pasear por la orilla, me agradaba sentir la arena húmeda entre los dedos de los pies, y la brisa fresca en la cara, era muy relajante. Había otros madrugadores disfrutando de la tranquila mañana, yo mantenía la cabeza baja, no quería que me reconocieran o que simplemente me sacaran conversación, deseaba estar solo.

Estaba mirando el agua cuando de reojo la vi, me giré para verla caminar por la playa en mi dirección, llevaba un largo vestido blanco y una mochila sobre su hombro, no tenía nada en sus pies y su cabello soplaba suavemente en la brisa, parecía un ángel. Había una cualidad etérea en ella, completamente celestial.

Levanté mi mano, saludándola, devolvió el saludo con una sonrisa y continuó hacia mí. Tenía que luchar contra las ganas de correr por la arena como un maldito tonto.

—Hola —dije—. Llegas temprano.

Se rio.

—Tú también llegas temprano.

—No podía dormir, y pensé en bajar y ver el amanecer completo.

—Yo también, estoy acostumbrada a levantarme temprano en casa. Mi padre siempre se levantaba a las cuatro y se iba a trabajar a las cinco.

—Tengo una manta por aquí —señalé al lugar donde estaba guiándola hacia allá, caminamos y yo dirigí la conversación de vuelta a su vida hogareña.

—¿Dijiste que vivías con tu padre?

—Sí, así es —respondió—. Era lo mejor que podía hacer mientras estudiaba.

—¿Cómo es eso? —pregunté, haciendo un gesto a la manta.

Los dos nos sentamos, de cara al agua y al sol naciente.

—Mi padre trabajaba mucho y yo hacía todo lo que podía para ayudar a cubrir los costos que

las becas no hacían, así que no podía pagar un alquiler, y sabía que él me necesitaba, o al menos me gustaba pensarlo —se rio.

—Estoy seguro de que te necesitaba, es más, apuesto a que te extraña.

—Creo que sí, pero presiento que también está disfrutando un poco de su libertad, durante veintitrés años lo único que hacía era dedicarse a mí, apenas tenía tiempo para salir con sus amigos o dedicarse de lleno a cualquier cosa, yo diría que este es su momento. Sigo diciéndole que disfrute todo lo que pueda porque cuando llegue a casa, lo pondré de nuevo a dieta, trataba de asegurarme de que comiera bien cuando estábamos juntos, pero podría apostar que come hamburguesas y pizza todas las noches sin mí.

Me pareció dulce que cuidara de su padre, tenía una personalidad protectora, eso me gustaba.

—Creo que es muy admirable de tu parte.

Se encogió de hombros.

—Me cuidó desde que nací, ahora es mi turno de cuidarlo a él,

lo necesita y se lo merece.

—No puedo imaginar lo que debe ser para tu padre—dije—, los míos, aunque se pelean mucho, también son completamente dependientes el uno del otro.

—Son afortunados de tenerse —dijo—. ¿Eres cercano a ellos?

—Lo soy, aunque viva quejándome de mi madre, la amo —no me avergonzó en lo más mínimo decirlo.

—Y ella te ama, por eso desea que tengas a alguien, no quiere verte solo, no lo hace por nada más.

—Sé que es así, pero sus tácticas dejan algo que desear —dije secamente.

Se rio suavemente, volviéndose para mirarme. Un grueso mechón de su cabello rubio cayó en su cara, lo apartó, inclinando la cabeza y mirándome a los ojos.

—Creo que es muy dulce que tengas una relación cercana con tus padres.

—Estoy feliz de tenerlos cerca, hubo un tiempo donde me alejé, pero luego me di cuenta de que los echaba de menos.

—¿Dijiste que viven bastante cerca? —preguntó.

—Sí, se podría decir que los acerque un poco, quería que pudieran retirarse y vivir sus años dorados en un hogar cómodo.

Levantó una de sus cejas.

—¿Los acercaste a ti?

—Sí, les compré una casa no muy lejos de la ciudad.

Ella sonrió.

—Creo que tú y yo nos parecemos mucho. Cuando me establezca en un buen trabajo, le compraré una casa a mi padre, quiero pagarle por todos esos años en los que se partió el trasero para mantenerme vestida y alimentada.

Me quedé mirando el agua.

—¿Tuviste una infancia difícil?

Dejó escapar un suspiro, sin mirarme mientras se concentraba en el amanecer.

—Algo, pero no tanto como parece, mi padre siempre se esforzó para hacer parecer que estábamos bien. No vestía con lo último de la moda o tenía un teléfono de lujo, un iPad o un auto, porque simplemente no podíamos permitirnoslo. Desde que tengo memoria luchaba todos los días para asegurarse de que yo tuviera lo necesario, crecí sin nada que valiera la pena, pero nunca me di cuenta.

—Tu padre parece un hombre muy bueno —comenté.

—Lo es, es por eso que me aseguraré de que viva sus años dorados con comodidad y cerca de mí, así como hiciste tú con tus padres, estoy segura de que le encantaría vivir en un lugar como este, con el océano rodeándolo y kilómetros de playa sin fin, la verdad no me gustaría irme de aquí —ella suspiró.

—Es un hermoso lugar para vivir —le dije—. Un poco lleno de gente, pero me encanta

—Me alegro de que puedas apreciarlo. A veces, las personas se acostumbran tanto a las cosas que no aprecian el verdadero significado de las cosas, en casa, muchas veces solía tenerle envidia a mis compañeros cuando hablaban de que sus madres los obligaban a limpiar sus habitaciones o los regañaban, no sabes lo que me hubiera gustado tener a esa figura materna diciéndome que hacer. No me malinterpretes, no me estoy quejando, pero odio cuando no se dan cuenta de lo que tienen delante de ellos.

Asentí estando de acuerdo. Para ser una mujer joven, era extremadamente sabia.

—Tienes una buena formación.

—Gracias —respondió—. Mi padre me crió para ser humilde, y espero seguir siéndolo. Tú también tienes buenas bases ¿no? Tus padres te criaron bien.

—Siempre me ha gustado pensar que lo hicieron. Mis padres creían en el trabajo duro, no nos dieron nada, teníamos que trabajar por todo lo que queríamos. No teníamos la mejor posición social, pero estábamos cómodos. Mi madre, siempre estuvo en contra de malcriarnos. Cuando

era niño, solía resentirme, pero con los años aprendí a que solo quería nuestro bien y que aprendiéramos a ganarnos las cosas en lugar de que nos las regalasen —sonreí.

Nos sentamos en silencio por un rato, los dos perdidos en el pensamiento mientras mirábamos el amanecer, me gustaba la tranquilidad que había entre ambos, no sentía que tenía que llenar el vacío hablando.

—¿Has pensado más en lo que hablamos el otro día? —preguntó con voz suave.

—¿De qué hablamos?

Me empujó un poco con su hombro.

—La situación de tu madre. ¿Quieres aceptar mi oferta de ser una novia falsa por un día?

Me reí entre dientes, sacudiendo la cabeza.

—Centrémonos en el día de hoy.

Ella se rio en respuesta.

—La manera de tratar un problema de frente.

—Tengo una idea —dije, cambiando rápidamente de tema.

—¿Sobre cómo tratar con tu madre?

—No, no estoy hablando de mi madre. Esta mañana se trata de que yo te haga pasar un buen rato, mis problemas con mi madre esperarán.

Me levanté y le ofrecí mi mano para ponerla de pie.

—¿Debo ponerme los zapatos? —preguntó y me hizo sonreír.

—No, sígueme.

Caminamos por la playa hasta una cabaña de alquiler de tablas de surf.

—Uh, ¿qué estamos haciendo? —preguntó con dudas.

—Supongo que nunca has estado surfeando.

Sacudió la cabeza.

—No, no lo he hecho, no tengo ni idea de cómo se hace, además no estoy vestida para hacer surf.

—Llevas un traje de baño debajo de eso —asentí mirando su vestido.

—¿Cómo lo sabes?

—Puedo verlo —dije con un guiño.

Se sonrojó al verme.

—Oh. No estaba segura de cuánto tiempo íbamos a estar juntos y pensé que si estaba en la playa, podría probar el agua.

Asentí.

—Bien, me alegro de que lo hicieras, podrías dejarte eso, o puedo conseguirte un traje de neopreno.

—¿Llevas un traje de neopreno?

Me encogí de hombros.

—A veces, pero no planeaba pasar tanto tiempo en el agua, pero por ahora, sólo repasaremos lo básico.

—Entonces me quedaré con mi traje.

—Perfecto. Nos conseguiré un par de tablas.

—¿Surfeas? —preguntó.

—Sí.

—¿Tienes tu propia tabla?

—Sí, pero no la traje —dije sonriéndole.

La dejé mirando algunos de los accesorios de surf mientras me ocupaba rápidamente del alquiler de dos tablas.

Dejamos la tienda con el par de tablas y Elena se veía absolutamente aterrorizada mientras caminábamos hacia la manta.

—No estoy segura de esto —dijo, mirando hacia el agua donde ya había un par de tipos aprovechando las olas.

—Estaré ahí contigo, te lo prometo, además el agua es agradable y tranquila, empezaremos con sólo remar.

—¿Sabes nadar? —preguntó un poco temerosa.

Me reí, asintiendo al mismo tiempo que levantaba mi brazo para saludar al océano.

—Crecí junto al agua, claro que sé nadar. Era algo en lo que mi padre insistía, todos pasábamos mucho tiempo en la

playa. ¿Tu sabes nadar? —me di cuenta de que podría no hacerlo.

La mueca en su cara era muy reveladora.

—Sí, y no, quiero decir, tomé clases de natación, y había ido a nadar en piscinas públicas y en el río, pero nunca en el océano.

—Voy a estar contigo, lo prometí, estaré vigilándote todo el tiempo.

—Bien —dijo con resignación.

Observaba con gran atención cómo se desabrochaba el vestido y se lo ponía en la cabeza. Que Dios se apiade de mí, llevaba un traje de dos piezas muy conservador, no se parecía en nada a lo que usaban las mujeres en estas playas normalmente, pero era mucho más sexy. Tenía un cuerpo increíble, me iba a costar mucho mantenerme concentrado, para ser sincero no me importaría hacerle el boca a boca si se ahogara un poco.

Capitula Decisiva

ELENA

ME ESTABA DIVIRTIENDO MÁS DE LO QUE PODÍA RECORDAR EN MUCHO TIEMPO. EL AGUA ERA confortable, no muy fría, nada como lo que recordaba que era el Océano Pacífico, estaba a horcajadas en mi tabla y

Adrián a mi lado en la suya.

—¿Lista para intentar levantarte de nuevo? —preguntó.

Había estado luchando para concentrarme en las lecciones de surf, se había quitado la camisa, revelando numerosos tatuajes, lo cuales eran una contradicción a los trajes perfectos que solía llevar, su pecho bronceado hacía que desviara la mirada a él y sus músculos casi hacía que limpiara la baba de mi tabla.

Estaba intrigada por sus tatuajes, quería preguntarle si significaban algo, tenía el presentimiento de que sólo se mancharía el cuerpo con tinta que tuviera algún tipo de significado.

—Lo intentaré —respondí, tratando de no terminar de cabeza nuevamente en el agua.

El maquillaje que me había esta mañana había desaparecido hace tiempo, sujeté mi cabello en una cola de caballo después de las primeras veces que me sumergí en el agua cristalina.

—Un intento más, y luego iremos a comer —dijo con esa sonrisa sexy que me estaba acostumbrando a ver—. Me muero de hambre.

—Muy bien, aquí no hay nada —dije, remando y esperando que hubiera una posibilidad de que pudiera montar una ola.

Era inútil, el surf nunca iba a ser mi deporte, aunque me divertí intentándolo, sabía que no iba a ser lo mío.

—¡Vamos a almorzar! —exclamó, saliendo del agua, con la tabla bajo el brazo.

Lo seguí, riéndome de su alegre y juvenil exuberancia. No parecía el mismo hombre de la oficina, estar en la playa lo hacía completamente diferente, y este lado de él me gustaba mucho.

Caminamos de vuelta para devolver las tablas de surf, se puso la camisa mientras yo usaba la toalla que había traído secándome antes de ponerme el vestido.

—¿Lista? —preguntó.

—¿Deberíamos llevar esto a tu auto?

Se encogió de hombros.

—Es sólo una manta, déjalo para la próxima persona que quiera disfrutarla.

—Bien.

—Hay un lugar muy bueno cerca de aquí, si quieres podemos conducir hasta allá.

—Caminar funciona para mí, es un buen día, y podría usar el paseo para secarme un poco el

cabello —me imaginé que probablemente me veía como una rata ahogada.

Luego de caminar un rato por la playa, nos sentamos en una mesa afuera en un patio empedrado, cada una tenía una sombrilla para proteger a los comensales del sol, podía oír y oler el océano. Me sentía completamente relajada.

—¿Estás bien? —preguntó, con la cabeza inclinada hacia un lado mientras me miraba.

—Sí, bien, ¿por qué?

—Tienes una mirada en tu cara, como si estuvieras... cansada —dijo como si no estuviera seguro de que esa fuera la palabra correcta.

Sonreí.

—Es la satisfacción, estoy completamente relajada, la verdad me siento muy bien —sonrió, mientras asentía.

—Ya veo y me alegra mucho.

—Gracias por ayudarme a lograrlo —dije—. Realmente nunca me había sentido tan relajada. Sé que me sentiré

culpable de ello más tarde, pero por ahora, voy a disfrutarlo.

—¿Por qué te sentirás culpable?

—Porque siento que debería estar haciendo algo, trabajando o llamando a mi padre, o, no sé, algo productivo.

Se rio.

—Por esto es por lo que trabajas, para que puedas tener estos momentos. ¿Trabajaste todo el tiempo en casa?

—Supongo que sí, si no estaba trabajando o estudiando, normalmente limpiaba la casa o era voluntaria en el refugio de animales. El día se me iba muy rápido y siempre pensaba que no había suficiente tiempo para hacer todo, por eso desde que estoy aquí, siento que tengo mucho tiempo libre.

—¿Qué te trajo aquí? No suena como si tu vida en los Estados Unidos era la mejor.

—¡No estuvo mal! —me defendí.

—Lo siento —dijo—. No quise decir nada malo. Supongo que me pregunto por qué elegiste venir al otro lado del mundo por un trabajo, tienes talento, y excelentes habilidades con las personas, podrías trabajar donde quisieras. ¿Por qué venirte cuando es tan obvio que extrañas a tu padre?

Era una buena pregunta.

—Investigué mucho y tu compañía está en la cima, quería saber qué era lo que hacías que funcionaba tan bien, por eso cuando vi que ofrecías una pasantía, pensé que era una gran manera de entrar y aprender de los mejores.

Me estudiaba detalladamente, podía sentir como me observaba de cerca.

—Es una gran respuesta, pero no creo que sea la verdadera. ¿Por qué estás realmente aquí?

Me retorcí, mi padre era el único que me conocía lo suficiente como para saber cuándo no decía la verdad.

—Vine aquí porque quería tener una oportunidad de vivir este tipo de vida.

Asintió, inclinándose hacia adelante en su silla.

—¿Qué clase de vida?

Levanté las manos, señalando el inmenso mar que teníamos de frente.

—Esto, poder disfrutar de un delicioso almuerzo en una playa de un país extranjero. Esta vida

en la que no era la chica que no tenía madre y vivía en la pequeña casa que se caía a su alrededor, quería ser una de esas personas que había leído en los blogs o las revistas, viajando por el mundo y siendo completamente libre.

—Eso es exactamente lo que te hace tan especial —dijo, tomando la bebida fría que había sido entregada a nuestra mesa.

—¿Qué? ¿Especial?

Asintió.

—Sí, tu verdadero talento reside en tu don con las personas, tienes un encanto innato, tienden a sentirse

atraídos por ti.

—Excepto tu amigo, Rand —respondí.

Sonrió con suficiencia.

—Rand está tan impresionado contigo como todos los demás. Judith no puede dejar de hablar de ti, está muy impresionada, y eso no es una tarea fácil, suele ser una persona difícil de tratar.

—Gracias, eso significa mucho viniendo de ti.

—Hablo en serio. Eres muy buena en tu trabajo, pero creo que estamos desperdiciando tu verdadero talento al encerrarte en un pequeño cubículo, escondiéndote detrás de una pantalla de ordenador.

Levanté una ceja, no estaba segura de adónde iba con sus cumplidos y pero tampoco quería detenerlo.

—¿A qué te refieres? —le pregunté, esperando no tener que tirar el refresco dietético que tenía en la mano por toda su bonita cabecita.

Mi padre me crió para ser una mujer respetable, así que no iba a permitir que mi jefe me faltara el respeto en el almuerzo, no importa lo guapo que fuera.

Levantó una mano.

—Me refería a tu habilidad con las personas, serías muy buena hablando con los clientes directamente. Tengo una reunión en Atenas la semana que viene, y me gustaría mucho que me acompañaras. Tienes una especie de

honestidad e inocencia que creo que los clientes apreciarán. No quieren oír mi discurso, ellos desean escuchar a alguien en quien puedan confiar y con quien puedan relacionarse de forma más relajada.

Sacudí la cabeza.

—No lo sé, no creo que sea buena para tratar con las personas.

—Eres genial con ellos, créeme. Tienes una sonrisa cálida y una forma de ser que tranquiliza a las personas. Por ejemplo, yo,

en este momento estoy tranquilo y nunca me siento a gusto con nadie, eso debería decirte algo —se rio.

—Supongo que fueron todos esos años de camarera y de trabajo en el asilo —dije, encogiéndome de hombros.

—¿Un asilo de ancianos? —preguntó.

—Sí, es donde viven, no sé cómo los llaman aquí, pero en casa, es como un hospital para ancianos que no tienen a nadie que los cuide, cuando ya no tienen familiares van a esos sitios y se hacen cargo de ellos. Empecé a hacer voluntariado con un amigo cuando tenía catorce años.

Sus cejas se levantaron.

—¿En serio? ¿Qué hacías allí? ¿Eras enfermera? —el escepticismo en su cara era notorio.

—No, no. Les leía, jugaba al bingo con ellos, a veces les ayudaba a comer y cosas así. No era una enfermera —me pareció interesante que no supiera lo que eran las casas.

—Ya veo, creo que eso definitivamente te ayudó a relacionarte con las personas. Muchos de los clientes que llegan a mí, son dueños de pequeños negocios que buscan una ventaja sobre el resto, y la mayoría de las veces cuando hablan conmigo quedo con la sensación de que creen que no me importa su lucha por sacarlos adelante. Odio admitirlo, pero no creo que tenga esa personalidad que los ponga a gusto, y aunque lo intento, ellos me ven como el exitoso CEO de una compañía —suspiró.

—¿Y crees que puedo persuadirlos para que contraten a la compañía? —pregunté, esperando una aclaración.

—Sí, eres exactamente lo que creo que los convencerá. Serás mi arma secreta —sonrió y yo me reí.

—Eso es halagador.

—Es la verdad —dijo, sin dejar de mirarme a los ojos—. Si hay algo de mí que necesitas saber, es que no miento, no me gusta darle vueltas a las cosas, digo lo que siento y no pierdo el tiempo con cumplidos vacíos.

Me sentía como si estuviera en una negociación con él. Era un hombre formidable y podía ser muy intimidante, pero de una manera agradable.

—Bien, soy tu empleada y haré lo que creas que es mejor.

—Creo que esto es lo mejor, y aprecio que estés abierta a probar algo diferente, va a ser genial para ti, para mí y para la compañía.

No podía dejar de sonreír, me sentía como si estuviera en la cima del mundo, no podía esperar para contárselo a mi padre, sabía que iba a estar muy emocionado al enterarse. No estaba segura de que fuera un ascenso, pero ciertamente lo parecía, no sólo iba a salir del pequeño cubículo, sino que iba a ir a Atenas, eso definitivamente no estaba en mi agenda.

Una camarera vino y tomó nuestras órdenes. Me moría de hambre y me repetía a mi misma que no me llenara la boca con comida y me avergonzara delante no sólo de mi jefe, sino probablemente del hombre más guapo del planeta.

—¿Con qué frecuencia haces surf? —le pregunté, cambiando de tema.

—No mucho, sé que no llegaré a ser profesional, pero es un gran ejercicio y me gusta mucho estar en el mar, trato de venir aquí por lo menos una vez a la semana, claro, no siempre funciona así —se encogió de hombros.

—Todavía no me puedo imaginar viviendo aquí y teniendo la playa justo ahí —dije—. Algo así como que te levantas de la cama, abres la ventana y disfrutas del mar a primera vista.

Asintió.

—No está tan cerca, pero mi casa tiene acceso privado a la playa —confesó.

—¡No puede ser!

—Sí, puedes llegar caminando —sonrió.

—Vaya, va a ser muy difícil dejar este lugar. Si yo fuese nativa estoy segura de que no me mudaría, viviría aquí hasta el día en que muriera —dije en un suspiro.

Al levantar la mirada de mi bebida me di cuenta de que estaba mirándome, la forma en que lo

hacía me dejaba sin aliento, sentía que el corazón se me iba a salir debido a la manera en que latía en mi pecho. Quería preguntarle qué estaba pensando pero me detuve, no estaba segura de querer saberlo, no sabía si podía manejarlo o no, existía una gran posibilidad de que me derritiera.

—No creo que me vaya nunca —dijo.

La manera en como lo dijo parecía me hizo pensar que sentía tristeza o tal vez arrepentimiento, la verdad me intrigaba un poco la historia de tras de esto. Adrián era un hombre que sólo ofrecía pequeños detalles de información personal y yo esperaba que él me lo dijera sin siquiera yo preguntarle, mientras, iba a disfrutar del tiempo que pasaría con él en esta hermosa ciudad.

Capitula Decisiete

ADRIÁN

EL FIN DE SEMANA HABÍA PASADO DEMASIADO RÁPIDO, PODRÍA HABER PASADO UNA SEMANA ENTERA con Elena, mostrándole la ciudad y tal vez haciendo un viaje por la costa para visitar las ciudades cercanas y coloridas de Creta. Un día había sido suficiente para quedarme enganchado a su sonrisa, deseaba más sábados así en mi vida.

Necesitaba encontrar la manera de extender el viaje a Atenas por más de un día, sabía que era arriesgado, pero me decía a mí mismo que sólo eran dos personas pasando el rato, simplemente estaba siendo amable y mostrándole los alrededores, ofreciéndole mi amistad a alguien que estaba en un lugar nuevo y no conocía a nadie, nada más.

Hubo un suave golpe en la puerta, sacándome de mis pensamientos sobre cómo pasar más tiempo con ella.

—Pasa —llamé desde donde estaba sentado en mi escritorio.

—Hola, ¿estás ocupado? —preguntó Elena, metiendo la cabeza en la puerta.

—En absoluto —respondí, poniéndome de pie de un salto—. Entra.

Entró y cerró la puerta en silencio. Mis ojos se posaron sobre la falda y la blusa sin mangas que llevaba puesta, se veía profesional, sexy, y me hizo pensar en una mala película porno, lo único que le faltaba al atuendo eran las gafas de pasta negra en la punta de su nariz, incluso su cabello estaba recogido en un moño suelto, con pequeños hilos cayendo alrededor de su cara. Era muy sexy sin importar lo que llevara puesto.

—Quería preguntarte sobre lo que mencionaste el sábado —dijo, mirando por encima del hombro como si temiera que alguien la escuchara.

—Siéntate —dije, ansioso de que se quede un poco más.

—¿Hablabas en serio sobre el viaje a Atenas? —preguntó.

Sonreí, asintiendo mientras tomaba mi asiento de nuevo.

—Claro que lo hice. ¿Por qué? ¿No quieres ir?

—No, quiero decir, si quiero ir, pero si no hablabas en serio, está bien —dijo, apretando las manos en su regazo—. Sólo pregunto porque necesito planear mi semana aquí.

—Hablabas absolutamente en serio —le dije—. Es una reunión importante, y creo que tu presencia allí podría influir en que firmen con nosotros.

—Bien, genial —dijo con una sonrisa—. Le haré saber a Judith. ¿Cuándo nos vamos?

Mi teléfono sonando fue su respuesta. Lo agarré, viendo la cara de mi madre en la pantalla y puse una mueca.

—Necesito contestar.

Ella asintió.

—No hay problema —dijo, poniéndose de pie.

—No, quédate, sólo tomará un segundo.

Se sentó de nuevo mientras yo contestaba el teléfono.

—Hola, mamá —dije en el teléfono.

—Adrián, necesito saber si vas a venir el sábado —me regañó. Suspiré, y mis hombros se desplomaron hacia adelante.

—Mamá...

—Adrián, es un día, medio día. Puedes hacerlo. Sé que eres el jefe, así que no tienes que trabajar si no quieres.

—Lo sé, pero yo...

Me cortó antes de que se me ocurriera una excusa inteligente.

—No, no hay peros, te quiero aquí —cerré los ojos antes de recostarme en mi silla y abrirlos nuevamente para mirar al techo.

—Estaré allí.

—¿Y tu novia? —preguntó—. ¿La traerás?

—Mamá —empecé, no estaba seguro de lo que iba a decir.

—Adrián —se quebró.

—En realidad, ¿sabes qué? —miré a Elena—. Ella está aquí ahora mismo, y estábamos hablando de ello.

Sus ojos se abrieron de par en par con sorpresa. Le ofrecí una pequeña sonrisa, probablemente debería haberle preguntado primero, pero ya estaba hecho.

—¡Oh, genial! —exclamó mi madre—. Déjame hablar con ella, la invitaré personalmente.

—Uh, no ahora. Los dos tenemos que correr, tenemos trabajo que hacer, te veré el sábado —me desconecté rápidamente antes de que pudiera presionarme para decir o hacer algo de lo que pudiera arrepentirme.

Puse el teléfono en mi escritorio y miré hacia arriba para ver a Elena quien no dejaba de verme fijamente, para mi sorpresa tenía una pequeña sonrisa en sus labios.

—¿Tu madre? —preguntó.

Asentí.

—Sí.

—¿Vamos a una barbacoa o como se llame aquí el sábado? —preguntó, manteniendo esa sonrisa juguetona que aún descansaba en sus labios.

Dejé escapar un gemido.

—¿Sí, por favor? —pregunté.

Se rio suavemente.

—Ya te dije que lo haría, no me importa, siempre he querido conocer a una gran familia griega, y ahora lo conseguí.

Lentamente sacudí mi cabeza.

—Podrías terminar lamentando esto.
—Lo dudo, estoy deseando que llegue el día.
—Sólo acepto tu oferta porque me lo debes —bromeé.
—Oh, Dios mío, ¿por qué? ¿El trabajo? ¿Rescatarme? ¿Salir conmigo? —se rio—. Creo que te debo mucho, y un pequeño almuerzo con tu familia no parece que vaya a igualar la balanza.
—Confía en mí —dije con una mueca—. Ahora seré yo quien esté en deuda contigo después de este almuerzo con mi familia.
—Creo que estás exagerando, estará bien, puedo llevarme bien con la mayoría de las personas, haré lo que pueda para no avergonzarte.
—No podrías avergonzarme, y no es por ti que estoy preocupado, es por mi familia, pueden llegar a ser un poco... odiosos, creo que es la palabra que yo usaría.
Ella se echó a reír, obviamente entretenida por mi incomodidad.
—No puedo esperar. Siempre estás calmado y con una especie de frescura, creo que necesito verte mal humor e incómodo —bromeó.
—Gracias —me quejé.
—Entonces, esto de Atenas —dijo, volviendo a los negocios—. ¿Cuándo, dónde y por cuánto tiempo?
—Nos vamos mañana por la mañana —le dije.
—¿Qué? —exclamó, con pánico en su voz—. ¿Ya? ¡Oh, Dios mío! ¡Tengo tanto que hacer!
—No necesitas preocuparte por tu trabajo aquí, se ocuparán de ello. Iba en serio cuando dije que quería sacarte de ese pequeño cubículo, te necesito al frente donde está toda la acción. Quiero que seas tú quien hable con los clientes y los haga sentirse cómodos al contratarnos. Tienes el beneficio de saber lo que pasa en una campaña, y además, la ventaja creativa, eso es algo que no puede ser enseñado por nadie, es un regalo, por eso quiero que los clientes lo vean y lo escuchen directamente de ti.
—Seguro que sabes cómo ser persuasivo —respondió.
Sonreí.
—Juntos, haremos un gran equipo de ventas.
—Bien, estaré lista. ¿Cómo viajamos?
—Jet privado, te recogeré en el hotel pasada las siete de la mañana. ¿Te parece?
Ella asintió.
—Por supuesto. ¿Para cuántos días debo empacar?

Lo había pensado, haría lo que pudiera para intentar conseguir un día extra en Atenas. Estaba seguro de que Rand podía manejar las cosas en la oficina, y no tenía nada que presionara mi agenda para la semana.

—Planifiquémonos para pasar tres días —dije—. De igual manera podemos volver antes si nuestro negocio se resuelve pronto.
—Bien —asintió, pero me di cuenta de que tenía algo en mente.
—Elena, ¿tenías algo por lo que necesitabas estar aquí? —pregunté.
—No, es sólo que quería ver en directo la exposición de mi padre el viernes por la mañana —dijo, con un dejo de tristeza en su voz.
—¿La exposición de tu padre? —pregunté con confusión.
—El jueves es 4 de julio en casa —respondió—, así que se emitirá a las siete de la mañana del viernes, esperaba poder ver la transmisión en vivo.

—¿Qué clase de exposición?

—Fuegos artificiales —explicó—. Mi padre es una especie de pirotécnico local en nuestro pequeño pueblo, todos los años realiza un gran espectáculo y los que viven en el pueblo se reúnen en el parque para verlo. Todo empezó con algo pequeño para los niños de la zona cuyos padres no podían permitirse comprar fuegos artificiales, ahora, trabaja con el ayuntamiento, y presupuestan dinero para hacer algo para todos, siempre hay un gran picnic, y en los últimos años, algunos vendedores han montado cabinas. Es muy divertido, y nunca me había perdido un año.

Podía ver la tristeza en sus ojos y me sentía mal por ella. Era normal que sintiera nostalgia, yo sabía que yo no tenía la suficiente fuerza para dejar a mi familia, pero ella era una persona fuerte, se diera cuenta o no.

—Bueno, me aseguraré de que estés en algún lugar donde puedas ver el espectáculo —le aseguré.

—Está bien, no quiero que interfiera con mi trabajo, de todas maneras va a hacer que alguien lo grabe, en realidad siempre lo hacen, igual lo veré y como él dijo, he visto más de veinte. Sólo estoy siendo un poco melancólica, realmente no es gran cosa —hizo un gesto con la mano.

—Es gran cosa para ti —dije en voz baja—. Es un día especial, la verdad siento que te lo pierdas, y te agradezco que lo hayas sacrificado para estar aquí con nosotros.

—Soy yo la que tiene suerte de estar aquí —dijo, mordiendo su labio inferior—. Probablemente debería volver al trabajo, necesito poner al día a Judith sobre el proyecto en el que habíamos venido trabajando, odio que voy a tirarle todo en su regazo.

—No estás tirando nada —le aseguré—, somos un equipo y todos estamos trabajando hacia el mismo objetivo. Asignaré a alguien para que siga donde lo dejaste, Judith estará bien.

—Está bien. Gracias de nuevo por la oportunidad, realmente espero no decepcionarte —se puso de pie.

Me levanté y la vi salir de la oficina antes de sentarme nuevamente en mi escritorio. No creía que entendiera completamente lo dotada que estaba, pese a que dijo que había trabajado y estudiado mucho su talento para el diseño creativo era completamente natural, además de eso, sus habilidades con las personas eran especiales y únicas.

No era frecuente encontrarme con alguien que aparte de tener cabeza para el diseño y tuviera el encanto que Elena poseía, había sido un hallazgo raro.

Me encargué de llamar al piloto, que utilizaba regularmente, para arreglar el viaje del día siguiente, luego reservé una habitación de hotel y conseguí el transporte para estar en la ciudad. Podría haber hecho que mi asistente se encargara de los arreglos, pero tenía algunas peticiones extra que no me apetecía transmitir a través de un tercero.

Con los planes de viaje hechos, me concentré en mi agenda. Necesitaba trabajar más duro para liberar espacio en los próximos días, planeaba hacer nuestro viaje a Atenas divertido, no tenía que ser todo trabajo y nada de placer.

Sentía que iba a estar en deuda con ella después del próximo fin de semana con mi familia, así que, planeaba pasar un buen rato en Atenas para conocernos mejor, sería

mucho más fácil engañar a mi madre para que creyera que Elena y yo éramos realmente una pareja.

Tampoco creía que fuera tan malo hacer uno que otro movimiento, aunque no fuera real. Esperaba ansiosamente la práctica y luego nuestra actuación, me daría una buena excusa para tocarla, diablos, tal vez hasta podría robar un beso o dos.

Capitula Deciesimo

ELENA

A PESAR DE QUE ESTABA CONCENTRADA EN EL TRABAJO, LAS HORAS SE ME PASARON DEMASIADO rápido desde que dejé la oficina de Adrián. No podía creer que iba a viajar a Atenas, estaba encantada de que me dieran la oportunidad de expandirme un poco, y esperaba tener “el factor” que él aseguraba que yo tenía.

Deseaba hacerlo sentir orgulloso, quería impresionarlo y sorprenderlo con mi habilidad para enganchar a una compañía a que invirtiera su dinero con nosotros, la verdad no estaba segura de por qué quería hacerlo, supuse que era por mi personalidad me llevaba siempre a ser la mejor, sin importar el trabajo que me costaría llegar allí.

Estaba cerca de la hora de salida cuando Judith se detuvo en mi cubículo.

—Entonces, ¿estás lista para tu gran viaje de mañana? —preguntó en voz baja.

—La verdad no sé si lo estoy o no —murmuré.

—Lo harás muy bien —me aseguró.

Gemí, empujando hacia atrás un mechón de cabello que había caído en mi cara.

—No lo sé, debo que hacer la maleta, y no tengo ni idea de lo que debo llevar, estoy un poco estresada por todo esto.

—Al salir de aquí me iré a tu casa contigo y te ayudaré a prepararte —se ofreció.

—¿Lo harías?

—Claro, no tengo nada que hacer después del trabajo.

—¡Gracias!

Esperaba poder hablar con ella como amiga una vez que estuviéramos fuera de la oficina, técnicamente era mi jefa y no quería que pensara que me estaba aprovechando de nuestra amistad para ascender en el trabajo, así que no quería arriesgarme a que me escucharan.

—Dame cinco minutos y estaré lista para irme —dijo antes de alejarse y dirigirse a su oficina.

Terminé rápidamente, mirando alrededor de mi escritorio para asegurarme de que todo quedara en su lugar.

Se sentía extraño dejar mi cubículo durante días cuando apenas había empezado a trabajar en la empresa, si por alguna casualidad Adrián decidía despedirme, no quería dejar nada aquí por lo que tuviera que regresar.

Judith regresó, y nos fuimos de la oficina juntas.

—Esto es algo muy importante —comentó mientras subíamos en el ascensor a mi habitación

—¿Hay algún problema?

—Ninguno, es sólo el hecho de que Adrián te invitara con él a este viaje —dijo—. Nunca se había llevado a nadie con él antes.

—Rand había ido un par de veces con él, pero por lo general, viajaba solo.

—Oh —no estaba segura de cómo responder a eso.

—Creo que lo has impresionado en más de un sentido —se rio.

Dejé caer mi mochila en la pequeña mesa de la entrada y giré para quedar frente a ella.

—No es así, simplemente había sido amable.

—Hay química entre ustedes, no puedes seguir negándolo.

Me encogí de hombros, no estaba segura de cuánto decirle sobre mi relación con Adrián fuera de la oficina, creo que él no quería que el resto se enterara y no me correspondía a mi divulgarlo, no quería arriesgarme a que me despidiera o a que no quisiera seguir saliendo conmigo.

—Creo que hay química, pero ninguno de los dos ha actuado sobre ella —dije—. Es sólo una de esas personas con las que siento que congenio, nada más.

Ella sonrió.

—Estoy de acuerdo contigo, pero creo que tiene intenciones de llevarte en su jet privado para una escapada romántica.

Puse los ojos en blanco.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí lo sé —bromeó al respecto—. Es un tipo bastante bueno, y si algo pasara entre ustedes dos, me alegraría por ambos.

Eso me hacía sentir un poco mejor, pero no podía admitir que me gustaba Adrián, por lo menos no todavía. Iba a mantenerme concentrada en el trabajo, para eso había venido a Grecia, y ahí es donde iba a concentrar mi energía.

—Muy bien, entonces, ¿qué debería ponerme para una reunión con un cliente potencial? —pregunté, entrando en la habitación individual de la suite del hotel.

Abrió el armario y miró la poca ropa que había traído, me sentía un poco avergonzada por mi falta de vestuario. Nunca había tenido sentido gastar mucho dinero en ropa que sólo usaría un par de veces.

—Para la reunión a la que asistirás con Adrián, debes verte muy bien, como habrás notado es un fanático de la moda y cuando quiere impresionar a alguien tiende a verse mejor de lo que normalmente lo hace. Supongo que vas a querer complementar su aspecto.

Sacó un traje de negocios de dos piezas, falda y chaqueta, que había comprado en Goodwill el año pasado, siempre sentía que era demasiado elegante para ir a la universidad y no estaba segura de si quería llevarlo a la oficina.

—Se viste muy bien —acepté, pensando en lo que había estado usando hoy, y todavía estaba asombrada por la forma en que se veía en la playa ese día.

Había llamado la atención en la oficina de todos cuando entró en una habitación con uno de sus trajes de sastre, tenía un aire que te atraía sin darte cuenta, pero al verlo sin ropa, ese aire desapareció y era simplemente él. No estaba segura de cómo llamarlo... ¿Carisma? ¿Magnitudes animales? Sea lo que sea, lo tenía en abundancia.

—Necesitamos añadir un toque de feminidad —dijo Judith mientras dejaba el traje de falda en la cama—. Rosa... ¿tienes un top rosa?

Me acerqué a la cómoda y saqué la blusa de seda de manga corta en rosa pálido.

—¿Esto?

—¡Sí! Perfecto, ahora necesitamos zapatos sexys, seguros y a la vez sensatos. ¿Tienes un par de zapatos negros

? —miró alrededor de la habitación como si los hubiera pasado por alto.

Hice una mueca, parándome en un pie y sosteniendo mi pierna.

—Estos —dije, un poco avergonzada de tener sólo un par de tacones conmigo.

—¡Perfecto! Este es el atuendo, ahora, sugiero que recojas tu cabello en una cola de caballo o tal vez un moño desordenado —se inclinó hacia atrás mientras me observaba.

Giré la cabeza a un lado y me levanté el cabello en una cola de caballo, sosteniéndolo con los dedos.

—¿Así?

Estudiaba mi cara mientras me giraba de izquierda a derecha, chupando mis mejillas juguetonamente.

—No, no creo que eso funcione, te ves demasiado rígida, Adrián me comentó que le gustas porque tienes esa cosa con los pies en la tierra, y la cola de caballo te hace parecer un abogado.

—¿Un moño desordenado? —pregunté, retorciendo mi cabello y dejando algunos mechones colgando.

Sacudí la cabeza.

—No. Creo que suelto y libre funciona mejor para esta situación. Si se tratara de una reunión de negocios, el cabello recogido quedaría perfecto, pero para esta reunión, con este tipo de cliente, lo mejor es relajarse.

Estuve de acuerdo, y tenía el presentimiento de que Adrián también lo estaría.

—Entonces está decidido, aunque probablemente debería llevar un atuendo de reserva en caso de que haya una segunda reunión.

—Iría con un vestido —dijo, volviendo a mi armario y empujando las perchas

examinando todo lo que tenía.

Sólo tenía otra falda, y no me gustaba demasiado. Pasamos algún tiempo mezclando la ropa y emparejando prendas hasta que conseguimos tenerlo todo, dos trajes para reuniones de negocios, una opción de cena, y un conjunto casual para cualquier exploración que Adrián decidiera hacer.

—Gracias por tu ayuda —le dije—. No tienes ni idea de cuánto me tranquiliza esto, estoy muy nerviosa por la reunión y espero no decepcionarlo.

Judith sonrió, poniendo su mano en mi brazo.

—Lo harás muy bien. Adrián no te dejará ser nada más que espectacular, confía en él.

La acompañé hasta la puerta.

—Lo haré. Te veré el jueves o el viernes. No estoy segura de cuáles son sus planes.

Una vez que salió de la habitación, comprobé la hora y decidí llamar a mi padre para darle la gran noticia, no se lo había dicho cuando hablé con él ayer porque no estaba del todo segura de que Adrián hablara en serio con respeto a llevarme a la reunión, ahora que sabía que si lo hacía, no podía esperar a decírselo a mi padre.

—¡Hola! —exclamé cuando respondió el teléfono.

—Buenos días, o noches, supongo —dijo entre risas.

—¿Adivina qué?

—Eso suena como una buena suposición, así que supongo que no estás despedido —bromeó.

—No, todavía no. ¡Mi jefe me llevará a Atenas mañana! Quiere que vaya con él a hablar con una empresa que está interesada en los servicios de nuestra compañía. Piensa que podría ser capaz de persuadirlos para que trabajen con nosotros, dice que tengo un gran talento y no puede perderse al frente de un ordenador —sonreía mientras pensaba en Adrián diciendo las palabras.

—Eso es genial. Sabía que eras una triple amenaza, puedes hacer las cosas de la computadora,

usar tu encantadora personalidad para ganar clientes, y tu cerebro para dirigir tu propia empresa. Estoy tan orgullosa de ti —su voz estaba llena de emoción.

—Gracias, papá, no podría haber hecho nada de esto sin ti.

—No, esto fue todo tuyo —dijo con firmeza—. Te esforzaste para llegar a donde estás, y te mereces todo el crédito por tu éxito.

—Espero que podamos conocer un poco de Atenas antes de que tengamos que volver.

—Te gusta estar ahí —lo dijo como una declaración y no como una pregunta.

—Sí, por supuesto que sí.

Hubo una larga pausa.

—¿Crees que te quedarás? —preguntó con voz sombría.

Habíamos hablado de la posibilidad de que me contrataran a tiempo completo, así que me tendría que quedar en Grecia por un tiempo.

No había pensado en esa posibilidad antes, pero ahora que estaba aquí trabajando con Adrián y los demás, creía que había una oportunidad de convertirme en un empleado permanente.

—No lo sé, papá. No he pensado realmente en ello.

Su suave risa se filtró a través del teléfono, haciendo que lo extrañara y deseara estar en casa más que nunca.

—Estás pensando en ello, no quiero ser yo quien te detenga, esta es una oportunidad que se presenta una vez en la vida, no la dejes pasar. Siempre estaré aquí, podemos hablar e incluso podría visitarte si quieres darle una oportunidad a ese trabajo.

—Ni siquiera estoy segura de que sea una opción —le dije.

—Si se convierte en una opción, no dejes que te retenga, ¿entendido?

—Lo entiendo —dirigí la conversación a un tema más ligero—. Ahora, dime cómo va el espectáculo de fuegos artificiales. ¿Hablaste con George o Tammy sobre la grabación y la transmisión en vivo?

—Ya hablé con ellos y lo grabaran. Le dije a George que te enviara un mensaje de texto con lo que estaba haciendo porque no tengo ni idea.

—

se rio.

—Bien, no puedo esperar a verlo, y odio no estar allí para darme un festín con la ensalada de papas de Tammy.

—Puedes comer su ensalada cuando quieras —dijo—. Disfruta el momento mientras estás allí.

—Lo sé, lo sé —le dije antes de que pudiera empezar con el mismo viejo discurso.

Hablamos un poco más antes de que tuviera que irse, lo extrañaba. Por mucho que me divirtiera en Grecia y por mucho que me dijera que lo hiciera, sentía que lo abandonaba. Trabajó muy duro y me dedicó los últimos veintitantos años, y lo dejé solo, cuando me postulé por primera vez para este trabajo había sentido una culpa terrible nada más de pensar en él, y aunque me aseguraba que todo estaba bien, yo sentía que no era así. Ahora que estaba aquí, pasándolo bien y pudiendo ver el mundo, la culpa volvía con toda su fuerza.

Me decía a mí misma que hacía todo esto por él, pero tenía que admitir que era igual de importante para mí. Anhelaba salir de la pequeña ciudad y ver el mundo. Siempre había querido saber cómo era experimentar nuevas culturas, conocer gente nueva, probar comidas distintas.

Mi padre tenía un viejo juego de enciclopedias, y solíamos pasar horas estudiando los libros, mirando fotos y hablando de todos los lugares que queríamos conocer, no era justo que yo tuviera

la oportunidad mientras él se quedaba en casa, trabajando todos los malditos días.

Iba a cambiar su destino, le daría la oportunidad de viajar y conocer. Un poco más de trabajo, y sabía que podía llegar allí, todo lo que tenía que hacer era demostrarle a Adrián que era demasiado buena para dejarme ir después de que las prácticas terminaran.

Capitolo Diecinove

ADRIÁN

ME DIRIGÍ AL VESTÍBULO DEL HOTEL DONDE SE ALOJABA ELENA COMO PARTE DEL PAQUETE DE prácticas, la compañía había obtenido un descuento, lo que nos facilitó atraer a los internos, especialmente a los que vivían

fuera del área. Era un bonito lugar, y esperaba que ella estuviera disfrutando de su estancia.

Llegué al lobby mirando alrededor y no la vi, revisé mi reloj y me di cuenta de que había llegado un poco temprano, así que decidí tomar asiento en una de las sillas frente a los ascensores y esperarla.

—¡Oh, Dios mío, lo siento mucho! —escuché a Elena exclamar.

Levanté la mirada y la vi corriendo hacia mí, llevaba una pequeña maleta rodando detrás de ella, una mochila sobre el hombro y el bolso de la portátil en su mano, parecía un poco estresada.

—Está bien, llegué temprano —dije, poniéndome de pie.

Sacudió la cabeza.

—Mi alarma no sonó, normalmente, mi reloj interno es impecable, pero justo esta mañana, ¡falla!

Sonreí, mirando lo que llevaba puesto, cargaba jeans y tenis.

—No te preocupes, es un jet privado, nos vamos cuando lleguemos allí.

Se miró a sí misma y luego me miró a mí.

—Llevo jeans porque no quería que se me arrugara todo en el vuelo.

Sonreí, sacudiendo la cabeza.

—Está bien, la reunión no es hasta mañana. Programé que llegáramos un día antes, con la esperanza de aprovechar el tiempo libre para mostrarte un poco el lugar.

Su boca se abrió.

—¿En serio?

—Sí, de verdad, estás perfectamente vestida para un día de turismo, soy yo quien no lo está, pero tengo pensado cambiarme en el avión, estaría feliz de descascarar el traje por un día.

Le quité la maleta llevándola hasta la limosina, el conductor abrió la puerta trasera apenas vio que nos acercábamos.

—¿Ese es tu auto? —dijo ella.

—Es alquilado —le respondí.

—Oh, nunca he montado en una limusina antes —murmuró.

—Entonces esta será la primera —dije, entregando la maleta al conductor para que la guardara. Se paró frente a la puerta abierta, sin moverse. Puse mi mano en la parte baja de su espalda,

dándole un suave empujón. Me miró, y sus inocentes ojos verdes brillaban de emoción antes de entrar, al subir no podía dejar de sonreír al verla revisando todo el interior del auto.

—Ni en mis sueños más locos hubiera imaginado que estaría en una limusina, en Grecia, de camino a tomar un vuelo en un jet privado. Este tipo de cosas no le pasan a las chicas como yo — su sonrisa era contagiosa.

—Estoy feliz de ser parte del sueño.

Llegamos a la pequeña pista de aterrizaje donde estaba mi jet. Rápidamente abordamos, tomando nuestros asientos en las sillas de lujo, al entrar nos dieron mimosas para nuestro vuelo, pero podía ver que Elena estaba nerviosa, agarraba fuertemente reposabrazos de la silla, y temía que se lo arrancara.

—¿Estás bien? —pregunté.

Me miró, con una mueca en la cara.

—La primera vez que me subí a un avión fue para venir aquí, creo que no estoy acostumbrada a la idea de volar.

—Estoy seguro de que este será un viaje tranquilo, es sólo un vuelo de una hora de duración.

Sacudió la cabeza.

—Le dije a mi padre que tenía miedo de que el avión se estrellara, y su respuesta fue que pusiera mi cabeza entre las piernas y que le diera un beso de despedida a mi trasero.

Me eché a reír.

—¡Ese es un consejo horrible!

—¡Lo sé! —exclamó antes de empezar a reírse.

—Estaremos bien, no te preocupes, tengo un excelente piloto, y esta cosa se está en perfecto estado.

—Es bueno saberlo —respiró cuando el avión empezó a rodar por la pista corta.

Una vez en el aire, parecía relajarse, bebiendo de su vaso y mirando por la ventana. Normalmente, cuando estaba en el avión, estaba trabajando, pero esta vez no tenía ningún deseo de sacar la computadora o revisar mis notas, quería disfrutar del momento, había descubierto que cada vez que estaba con ella pasaba eso, el trabajo ocupaba la mayor parte de mi tiempo, pero desde que conocí a Elena eso había cambiado, solo deseaba estar a su lado.

—¿Le dijiste a tu padre sobre nuestro viaje? —pregunté.

Me miró, y sus ojos se iluminaron.

—Sí, lo hice, y está emocionado por mí. ¿Ya has hablado con tu madre?

—No.

—¿Estás preocupado por el sábado? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—No sé si preocupado sería la palabra correcta, solo me estresa un poco la situación.

—¿La situación? Hablamos del hecho de que no tienes una novia de verdad y llevaras a tu interna a tu casa ¿no? —ella sonrió.

—Sí, eso lo resume todo. Nadie le miente a mi madre y se sale con la suya y de verdad no quiero pensar que lo estoy haciendo. Técnicamente, nos estamos viendo, así que no necesito mencionar que ha sido una vez, y que sólo somos compañeros de trabajo.

—Dos veces, una cuando viniste a salvarme y otra vez en la playa, creo que eso es

oficialmente vernos.

—Espero que ella lo vea de esa manera. Si por casualidad se da cuenta de que he exagerado nuestra relación, se podría poner feo, pero te prometo que haré todo lo posible para protegerte, pero no te garantizo nada.

Echó la cabeza hacia atrás, podía ver su delgado cuello mientras se reía.

—Haces que tu madre se convierta en un monstruo.

Me encogí de hombros.

—No es un monstruo, pero es una bestia diferente. Tu padre y mi madre no se parecen en nada, aunque sé que ella quiere lo mejor para mí, su forma de mostrar apoyo deja un poco que desear.

—No voy a mentir, mi padre es realmente impresionante.

—Tienes suerte de tenerlo.

—Soy muy afortunada, e intento decírselo tan a menudo como puedo.

—Envidia y admiro eso.

Hablamos un poco más sobre nuestras familias antes de que llegara el momento de aterrizar. El auto que había pedido estaba esperando en la pista para llevarnos al hotel.

—Esto es tan impresionante. Siento como si estuviera en el estilo de vida de los ricos y famosos o algo así.

Sonreí, feliz de poder mostrarle algo nuevo e impresionarla mientras lo hacía, me agradaba mucho verla feliz, el asombro y emoción en su cara me hacían sentir muy bien.

Paseamos por el vestíbulo del elegante hotel, ella giraba la cabeza en todas las direcciones mientras intentaba asimilarlo todo.

—Adrián Patton registrándose —le dije al hombre detrás de la recepción.

Tocó el teclado antes de mirarme, algo parecido al miedo en sus ojos.

—Lo siento, señor, parece que ha habido algún tipo de error.

Elena estaba a mi lado.

—¿Error? —preguntó.

—Sí, lo registramos tarde anoche, y alguien accidentalmente asignó la segunda habitación a otra persona, sólo tenemos la suite disponible.

Miré a Elena, no quería que pensara que lo había hecho intencionadamente para que tuviéramos que compartir la habitación mientras estuviéramos aquí, pero antes de que tuviera la oportunidad de exigir que hubiera otra habitación disponible, puso su mano en el mostrador y me sonrió.

—No hay problema, la suite es perfecta —dijo con confianza.

—¿De verdad? —pregunté con sorpresa.

—Sí, de verdad —dijo con una sonrisa.

Miré al empleado, que estaba visiblemente aliviado.

—Genial, deme unos minutos para entregarles sus llaves y podrán subir.

No dije nada, la verdad no estaba seguro de qué decir. Cuando nos deslizó las llaves, Elena se dio vuelta y se dirigió a los ascensores, el botones esperaba de cerca para seguirnos con nuestro equipaje, no tenía ni idea de qué esperar.

La suite sólo tenía una cama grande, y para ser sincero no me interesaba dormir en un catre, pero tampoco le pediría que dejara cama. No quería sacar conclusiones precipitadas, dejaría que ella dirigiera el camino, estaba dispuesto a todo si la involucraba.

—Podemos llevar las maletas nosotros —le dijo Elena al botones.

Me miró, sorprendido intentando entender lo que pasaba, rápidamente busqué en mi bolsillo y

le di una generosa propina antes de enviarlo de vuelta al lobby.

Entré en el ascensor detrás de Elena, el carro ocupaba demasiado espacio para nuestro pequeño equipaje.

—¿Estás segura de esto? —le pregunté, queriendo darle una salida.

—Soy positiva.

Dejé el carro en el pasillo, ambos tomamos nuestro equipaje y nos dirigimos a la habitación. Rápidamente abrí la puerta y la empujé para entrar a la habitación, Elena gritó cuando entró, dejando caer sus maletas en el medio y corriendo a las enormes ventanas que cubrían una pared entera, yo dejé mi maleta y mi maletín y me uní a ella.

—Bonita vista —comenté.

—¡Es increíble!

Se volvió hacia mí, mirándome y haciéndome querer abrazarla. No recordaba haberme sentido tan atraído por alguien, estaba sorprendido de mi capacidad para mantener el control total de mis emociones, pero ella tenía el poder de derribar ese muro y quitarme el demonio sobre ellos, me llevaba a una época de mi vida en la que había sido despreocupado y estaba dispuesto a tirar la precaución al viento. Hacía mucho tiempo que no podía despojarme del manto de la riqueza y la fama y ser sólo yo.

—Me gusta pasar tiempo contigo —dije.

Sus ojos cayeron en mi boca antes de encontrarse con los míos otra vez.

—También me gusta estar contigo. Pasar tiempo juntos nos ayudará a ser más convincentes cuando tengamos que fingir que somos novios frente a tu madre.

Asentí.

—La práctica hace la perfección —dije, con mi voz ronca.

—Estoy de acuerdo, lo que significa que hay algo más que debemos practicar —susurró, acercándose a mí.

Tenía miedo de preguntar qué era ese algo, de arruinar el momento si decía lo que yo quería practicar.

—¿Qué sería eso? —pregunté, mirándola a los ojos.

—Esto... —susurró, levantándose levemente, pasó su mano por detrás de mi cabeza tirándola hacia abajo para alcanzar mi boca.

Sus labios rozaron los míos, enviando un destello de deseo a través de mi cuerpo tan intenso que me sacudí hacia adelante, la escuchaba jadear mientras nuestros cuerpos se conectaban, pasé mi brazo alrededor de su cintura y la pegué a mi cuerpo, cerrando los ojos y dejándome llevar. Concentré toda mi energía en el beso, aplicando un poco de presión y pidiéndole silenciosamente que separara sus labios para que yo la probara.

Gemí en el momento en que mi lengua pasó por sus labios, aun podía degustar el jugo de naranja de la mimosa. Inhalé, absorbiendo su olor, estaba perdiendo rápidamente el control.

Mi cuerpo estaba exigiendo más, quería más, deseaba tenerla toda para mí, probarla, tocarla y escucharla gritar de placer, cuando llenara su cuerpo con el mío. Me exigía a mí mismo ir más despacio, frenar antes de asustarla.

Me retiré, nuestras narices casi se tocaron mientras la miraba a los ojos.

—No te detengas —susurró.

Eran las dos palabras más dulces que había escuchado en mucho tiempo.

Capitula Vinte

ELENA

ESTABA DISPUESTA A VIVIR EL MOMENTO, TAL COMO MI PADRE ME HABÍA DICHO, Y PARTE DE HACERLO era estar con Adrián.

Nunca había tenido una aventura o un romance con nadie, y quería experimentarlo, estaba tirando la precaución y el buen sentido al viendo, además, Adrián era demasiado bueno para dejarlo pasar. Aunque no pudiera tenerlo para siempre, deseaba saber cómo era estar entre sus brazos

mientras nuestros cuerpos se unían.

Comenzó a moverse del sitio donde estábamos, no estaba segura de donde me llevaba, pero desnudarnos frente a una ventana panorámica probablemente no era una buena idea, la verdad me alegraba mucho que no fuera exhibicionista y nos alejara de la exposición completa.

—A la cama —murmuró, bajando sus manos por mi cuerpo para subirme la camisa.

—Bien —dije, besando su mandíbula mientras caminaba hacia atrás.

Empecé a trabajar en los botones de su camisa, pero las cosas no funcionaban bien cuando la desesperación y la excitación se apoderaron de mí, así que sin pensarlo mucho la tomé con fuerza tirando de ella en direcciones opuestas. Todos los botones menos uno salieron volando.

Dejó de moverse, y su mirada quedó fija en mí. Me sentía completamente avergonzada por mi gesto bastante entusiasta y esperaba no haber arruinado las cosas.

—¡Demonios! Quiero cogerte —dijo, arrancándose la camisa y revelando su cuerpo bronceado y sexy.

Presioné la palma de mi mano contra su pecho mientras trabajaba en desabrochar mi sostén, por unos segundos pensé “*qué demonios estás haciendo*” pero rápidamente lo hice a un lado, lo deseaba demasiado como para dejar que mi conciencia se interpusiera.

Las cosas se dieron demasiado rápido, y yo estaba demasiado caliente, creo que podría permitirme un desliz en mi vida moral. Cuando me empujó por la puerta doble que daba a la cama, ambos llevábamos sólo nuestra ropa interior.

Tomé su pene con una de mis manos y me sorprendió gratamente la circunferencia.

—Maldición —murmuré.

Gruñó, mientras me besaba, su lengua se hundió dentro a medida que sus manos vagaban sobre mi cuerpo, yo hacía lo mismo, era como ver a través del tacto, sentía cada pedazo de piel mientras nos saboreábamos.

Alejó su boca de la mía y me empujó a la cama. Caí de espaldas, con el cabello suelto a mi alrededor mientras miraba su gran cuerpo, sin dudas era un dios, y no podía creer la suerte que

tenía de poder estar con él.

Levanté mi brazo para tocarlo, no parecía darse cuenta, o simplemente no le importaba. Sus ojos estaban pegados a mis pechos, eso me hacía sentir sexy, así que tomé la iniciativa y me llevé las manos a ellos y los apreté y jugué un poco mostrándole que eran todos suyos.

Sus fosas nasales se abrieron, y sus ojos azules se acercaron a los míos antes de que su boca comenzara a lamer mis senos, jadeé cuando lamió con fuerza mi pezón, chupándolo entre sus dientes mientras me masajeaba. Se movió al otro, mientras clavaba con fuerza mis uñas en su espalda.

—Dios, te deseo —susurró, cerrando su boca sobre la mía.

No hubo necesidad de mediar palabra, mi cuerpo respondió por sí solo, lo envolví con mis brazos y apreté contra mí.

—Tómame.

Se levantó de la cama para quitarme las bragas, yo levanté mis caderas dejándome llevar y viendo como

deshacía de su ropa interior. Me mordí el labio cuando lo vi, era un hombre grande en todos los sentidos, no sabía que estaba haciendo, no entendía como era capaz de desnudarme con un hombre que era prácticamente un extraño, pero no me importaba, iba a vivirlo y a disfrutar hasta el último segundo. Luego habrá tiempo para arrepentirse.

—Eres hermosa —dijo, mientras sus ojos recorrían cada parte de mí.

Yo hacía lo mismo, me concentraba en sus tatuajes y su bronceado, estaba perdida en él. Parecía haber sido tallado, sus grandes músculos me hacían pensar que era un verdadero Dios griego.

Me levanté un poco y lo tomé de la mano para que se viniera a la cama, se acostó a mi lado presionando su pecho contra mí mientras delicadamente llevaba su mano a la parte superior de mi muslo. Sostuve su mirada a medida que su mano se movía hacia el interior de mis piernas, abriéndolas suavemente. Como un misil buscador de calor, su mano se acercó a mi centro, podía sentir sus nudillos rozándome, sacándome un jadeo de los labios.

Me quejé cuando su dedo se deslizó por mi rendija, separando mis pliegues y tocando la parte más sensible de mi cuerpo.

Podía sentir como el calor se apoderaba de mi cuerpo mientras movía sus dedos sobre mí, separándome pero apenas tocándome. Anhelaba la presión, quería la plenitud que sólo él podía traer.

—Estás mojada —susurró.

—Te deseo —me las arreglé para decir.

Mi cuerpo deseaba mucho más, necesitaba al suyo dentro de mí. Cuando su dedo sondeó mi abertura, dejé caer mis rodillas, abriéndome completamente a él, lo deslizó un poco más profundo, jugando, moviéndose lentamente, llevándome a un inmenso placer con lo que parecía muy poco esfuerzo.

—Quiero que me sueltes —ordenó, parando los movimientos de su dedo dentro de mí.

—No puedo, te quiero dentro —dije en forma de gemido, mi cuerpo al borde pero no podía encontrar la liberación.

—Todavía no. Suelta, Elena. —dijo mi nombre, y fue el último empujón que necesitaba para caer en el dulce olvido.

Gemía y apretaba las sabanas, mientras mi cuerpo se arqueaba y se apretaba alrededor del dedo en mi interior. Me besaba de manera provocativa, primero suavemente pero luego con más intensidad al empujar un segundo dedo dentro de mí, sentía que podía desmayarme del placer, los espasmos eran cada vez más fuertes, una especie de electricidad recorría mi cuerpo desde de los dedos de los pies hasta las puntas del cabello.

Sacó sus dedos suavemente para elevarse sobre mí, apoyando su peso en los codos. Me beso de manera desenfrenada, y yo gemía bajo el delicioso peso de la parte inferior de su cuerpo que me presionaba en el colchón. Como pude tomé su apretado trasero y lo apreté acercándolo a mi cuerpo, podía sentir su pene completamente erecto. Quería sentirlo dentro de mí.

Tomó su pene y lo acercó a mi vagina, Sentía como mis propios jugos lo ayudaban a deslizarse, suavemente su cabeza rozó mi apertura, sentía lo hinchado que estaba mi clítoris mientras él empujaba poco a poco hacia adentro, estirándome y reiniciando el placer que acababa de barrer a través de mi cuerpo unos minutos antes.

—Oh Dios mío —gemí, lanzando mi cabeza hacia atrás mientras él se hundía más, por un momento dejó de moverse.

—¿Estás bien? —preguntó.

Abrí los ojos y moví la cabeza para mirarlo.

—Mejor que bien, no te detengas.

Tomó mis manos y las colocó a los lados de mi cabeza, sus dedos apretaban los míos con fuerza, me sentía completamente a su merced.

Tenía el control de todo, y eso me gustaba. Se levantó un poco de mi cuerpo para empujarse más profundamente dentro de mí.

Grité, y mi cuerpo se llenó de tanto placer que sentía que iba a romperse en un millón de pedazos.

—Oh Dios —dije otra vez, sin saber qué más decir.

Gruñó mientras empujaba su pene completamente hasta el interior.

Luchaba por respirar, sabía que tendría un orgasmo nuevamente, estaba un poco avergonzada, pero a mi cuerpo no le importaba una mierda mi vergüenza.

—Muévete, estoy a punto de correrme —ordené, no queriendo ir solo.

—No puedo contenerme —dijo como si le doliera hablar.

—¡No! —grité cuando empezó a moverse dentro de mí, al escucharme se congeló—. ¡No te detengas!

—Maldita sea, esto no es suficiente, necesito más —su cuerpo se balanceó contra el mío, empujándome a través de la cama.

—Más, más, más —gemí, ansiosa por la idea.

—No puedo, tengo que hacerlo —confundía las palabras.

Sabía lo que quería decir, estaba allí con él, lista para dejarme caer en ese olvido que había visitado hace poco tiempo.

Arqué mi espalda, llevándolo imposiblemente más profundo y provocando una liberación cataclísmica para ambos. Nuestros gritos de placer se mezclaron cuando su cuerpo se derrumbó

sobre el mío, arqueándose y chocando entre sí.

Rodó hacia un lado, con un brazo sobre su cara mientras arrastraba una pesada respiración.

—Mierda —susurró, y ahí fue cuando me di cuenta.

—Mierda —repetí—. ¿Acabo de arruinar las cosas? —pregunté, aunque sabía que me lo decía a mi misma.

—¿Arruinar qué? —preguntó.

—Nosotros, esto, el trabajo.

Levantó la mano y comenzó a acariciar mi mejilla, inclinándose hacia adelante para besar la punta de mi nariz.

—No, en absoluto, esto no arruina nada, fue increíble.

—Normalmente no me acuesto con mis jefes —murmuré.

—Oye, creo que somos un poco más que jefe y empleado —dijo riendo un poco.

Lo miré.

—No lo sé.

—Esto no va a arruinar nada —dijo con una sonrisa— Al contrario, puede que ayude.

—¿Ayudar a qué? —pregunté con confusión.

No veía cómo tener sexo con mi jefe ayudaría a mi carrera, además de lo obvio, siempre me había negado a usar una relación sexual para salir adelante en el mundo, tenía demasiado respeto por mí misma para hacer eso.

—Ayudará a convencer a mi madre de que somos algo —dijo con esa sonrisa sexy suya, que había comprobado podría derretir las bragas.

Puse los ojos en blanco.

—Nos conocemos en el sentido bíblico —dije con una risa.

—En efecto, lo hacemos, pero creo que podría haber mucho más que aprender —susurró, arrastrando un dedo entre mis pechos.

Sonreía con satisfacción. No sentía la menor vergüenza al acostarme en la cama con él sin nada de ropa, al contrario, deseaba quedarme así todo el día, no me molestaba para nada la vista que tenía en este momento.

—¿Deberíamos repasar la reunión de mañana? —pregunté.

Suspiró.

—Deberíamos, pero creo que prefiero hacer esto.

—La verdad no puedo negar que también prefiero hacer esto, pero ¿podemos pedir algo de comida? Salí corriendo de la habitación temprano y no tuve oportunidad de comer nada.

Sus cejas se dispararon.

—¿Por qué no dijiste algo? Podría haberte alimentado antes... bueno, antes de hacer esto, aunque no sabía que esto estaba en el menú.

Me reí.

—Creo que yo tampoco lo sabía, pero cuando el estado de ánimo es bueno, no se puede decir que no.

Se puso de pie y me ayudó a levantarme.

—Vístete, iremos a desayunar tarde y trataremos de hacer un poco de turismo antes de que

tengamos que pensar en el trabajo.

—Eso suena como un gran plan —dije, mirando con un poco de tristeza mientras se ponía la ropa interior.

Me gustaba mucho, pero mucho, mirar su cuerpo. Esperaba tener la oportunidad de verlo desnudo de nuevo y pronto.

Capitolo Vintuno

ADRIÁN

DESPERTAR CON ELENA EN MIS BRAZOS ERA PROBABLEMENTE, LA MEJOR DE LAS MAÑANAS DE MI vida, sabía que no era virgen y había tenido una buena cuota de mujeres, pero nunca era de amanecer con alguna de ellas, esta vez era diferente.

Tener la suavidad de su piel contra mí, el aroma afrutado de su champú llenando mis sentidos, y el sonido de su suave respiración era muy reconfortante. Giré la cabeza a un lado, teniendo cuidado de no molestarla mientras revisaba el reloj de la mesita de noche.

Era hora de levantarse y prepararse para la reunión, pero sólo quería quedarme en la cama con ella para siempre. Sabía que probablemente estaba cruzando un millón de límites, pero no me importaba, ella había sido la que inició todo, y aunque podría haberle dicho que no, e intentar frenar todo, no lo hice porque era en lo único que deseaba desde que la vi por primera vez en el bar. Me sentía atraído por ella, había una especie de magnetismo entre ambos que no podía ignorar.

—Oye —susurré, sin querer asustarla.

No sabía mucho sobre su vida amorosa en Estados Unidos, pero parecía el tipo de chica que no pasaba mucho tiempo en la cama de algún hombre, no quería que se despertara desorientada y se asustara cuando me viera a su lado.

—¿Hmm? —gimió, sin abrir los ojos ni apartar su cara de mi pecho.

—Son más de las siete, tenemos que prepararnos para la reunión de las nueve —mantuve mi voz suave. Hubo una pausa, y luego se alejó de mí.

—¡Oh, mierda!

—Relájate —le aseguré—. Tenemos mucho tiempo.

Volvió la cara para mirarme, ofreciéndome una sonrisa vergonzosa.

—Buenos días —susurró.

—Buenos días —le devolví la sonrisa.

—Necesito ducharme —dijo con un suspiro de decepción.

Me alegraba saber que ella era tan reacia como yo a salir de la cama.

—Pediré algo de desayuno.

Bostezó, asintió y se levantó de la cama. Tuve la oportunidad de admirar su hermoso cuerpo mientras entraba desnuda al baño, cerrando la puerta tras ella. Tenía ganas de pellizcarme, no podía creer que realmente había pasado la noche con una mujer como ella, era inesperado, pero emocionante.

Escuché que había abierto la ducha y pensé que era mejor que me moviera, rápidamente llamé

al restaurante del hotel y pedí el desayuno para ambos, para luego buscar el traje que me pondría en mi maleta.

Cuando Elena salió del baño, estaba envuelta en una toalla blanca y llevaba el cabello mojado, quedé paralizado al solo mirarla. Mi aliento se me escapó mientras la veía moverse hacia mí, era impresionante.

—Tu turno —dijo con una sonrisa.

Asentí, con la boca abierta.

—El desayuno estará aquí pronto —dije antes de alejarme y directamente a una ducha fría.

Había necesitado mucha fuerza de voluntad para mantener mis manos quietas, sólo quería quitarle la toalla para deleitarme con su cuerpo, deseaba pasar mi boca una vez más por sus pechos húmedos.

Después de que el agua fría hizo su truco, rápidamente la moví a caliente, para ducharme con calma, me puse mi ropa interior limpia y salí del baño para encontrarme con ella.

Elena estaba frente al espejo, poniéndose maquillaje.

—Entonces, ¿qué debo decir hoy? —preguntó, sus ojos se encontraron con los míos en el espejo.

—Yo seré el que más hable, quiero que mires y observes como funciona todo, cuando sea tu momento te haré preguntas directas, esa será una especie de señal.

—Genial, puedo hacerlo —dijo con confianza.

Desayunamos primero y luego terminamos de vestirnos, mis ojos se desviaban completamente hacia ella, se veía increíble, llevaba una falda corta y una chaqueta. No podía esperar a que termináramos la reunión, deseaba pasar el resto del día con ella sin preocuparnos de los negocios.

Cuando llegamos a las oficinas del cliente, fuimos escoltados a la sala de conferencias donde debíamos esperar, podía sentir el nerviosismo de Elena.

—Relájate —dije en voz baja.

Ella asintió.

—Lo estoy, quiero decir, ahora no, pero lo estaré.

Le sonreí.

—Esto es sólo una prueba. Este cliente ya había trabajado con nosotros en el pasado, pero decidió terminar el contrato, ahora está considerando volver a contratarnos pero tiene algunas reservas. Es una buena cuenta, y la quiero de vuelta. Estamos aquí para demostrar que nuestros servicios valen lo que cobramos.

—Entendido.

Unos minutos más tarde, varios hombres de traje entraron en la habitación, y se sentaron frente a nosotros en la mesa, les sonreí, haciéndoles saber que no me sentía intimidado en lo más mínimo.

—Buenos días, caballeros —comencé, inmediatamente tomando el control de la reunión—. Esta es mi socia, Elena Kamp.

Los tres miraron a Elena, y pude notar que no podían quitarle la mirada de encima, era una

ligera ventaja a mi favor.

—Buenos días —dijo Aaron Keeler, el dueño de la compañía, antes de volver a mirarme.

—Entiendo que te preocupa volver por otro trimestre —dije, yendo directamente al corazón del asunto.

Aaron asintió con la cabeza.

—Sí, como sabes, hiciste un gran trabajo para nosotros en el pasado, pero la propuesta que nos hicieron la semana pasada... Bueno, para ser sincero, parecía un poco exorbitante.

—Mi empresa creció en los últimos meses y nos hemos convertido en el líder de la industria —le dije—. He contratado nuevos talentos, y nuestros servicios son muy solicitados, nuestros servicios no son los mismos que en el pasado, hemos mejorado por lo tanto los costos aumentaron, pagar el talento y lo mejor del mercado no va a ser barato.

Aaron frunció el ceño.

—Como cliente que viene trabajando con ustedes desde el principio, debería obtener algún tipo de descuento.

Me burlé.

—Ambos somos hombres de negocios, y estamos aquí para hacer dinero. Mis honorarios no son nada comparados con el dinero que ganarás con nuestros talentos de marketing.

Se encogió de hombros.

—No sé si hay mucha diferencia entre lo que haces y lo que hacen otras compañías. Necesito entender por qué ustedes están cobrando mucho más que las otras.

Miré a Elena y podía ver que quería decir algo pero se estaba conteniendo. Aclaré mi garganta.

—Porque mi empresa lo hace mejor —dije con toda naturalidad.

Elena interrumpió.

—Aaron, ¿puedo llamarte Aaron? —este le ofreció una pequeña sonrisa.

—Claro que puedes.

Ella asintió.

—Aaron, creo que lo que Adrián trata de explicar es que Los Grandes Griegos no es una empresa de marketing social normal. Todo va más allá de unos simples tweets, publicaciones o conseguir que tu compañía esté de moda en algunos de los sitios más populares. Trabajo en campañas de marketing, y te diré que el equipo que labora en esta compañía es increíble, son las mentes más creativas con las que he trabajado, son jóvenes y están en sintonía con lo que está pasando en el mundo, conocen las últimas tendencias, y mejor que eso, saben lo que golpea y lo que falla porque están conectados a las diversas redes sociales.

Aaron asintió con la cabeza, los otros dos hombres también parecían intrigados. Me había dado cuenta de que los estaba enrollando poco a poco, me senté en mi silla y la dejé seguir, los tenía en la palma de su mano, mientras que yo sólo los alejaba.

—¿Pero vale la pena el costo del servicio? —preguntó—. ¿No tienen otras compañías jóvenes y talentosas personas que son igual de creativas?

Elena sonrió. Era el tipo de sonrisa que iluminaba una habitación.

—Posiblemente, pero ¿cuántas otras compañías están trayendo al CEO a su puerta? ¿Cuántas de esas empresas le prometen resultados que ya vio en acción? Hace rato comentaste que habías quedado contento con el servicio recibido. ¿No vale eso un poco de dinero extra? Cuando te vas

con alguien nuevo, empiezas de cero, no los conoces, y ellos no te conocen a ti. Adrián me contó todo sobre ti antes de que llegáramos aquí hoy, me habló de tu hijo y de cómo empezó su empresa. Se tomó el tiempo para conocerte. ¿Las otras?

Vi a Aaron ablandarse, convirtiéndose en masilla en sus muy hábiles manos.

—Supongo que no —murmuró.

—Te lo dice alguien que se ha entrevistado con otras compañías en América y algunos otros lugares, esta es la empresa con la que hay que involucrarse. Todas las personas que trabajan en ella tienen integridad, y realmente se preocupan por su trabajo, aman a su jefe y quieren hacerlo feliz, un buen ambiente de trabajo siempre va a producir buenos resultados, pero estoy segura de que lo sabes porque tu empresa es un lugar donde las personas buscan trabajar —su sonrisa era suficiente para que se diera cuenta de lo que quería decir.

Esperé, manteniendo la boca cerrada, con miedo de deshacer todos los progresos que ella había hecho. Estaba bastante claro que había sido muy persuasiva y Aaron estaba pensando en ello.

—Está bien —dijo con un suspiro—. Tienes un montón de puntos buenos y válidos. Admitiré que hablé con un par de otras compañías y no me impresionaron, aunque eran más baratos, no tenía el mismo nivel de confianza en que su trabajo fuera tan bueno como el de ustedes.

Elena sonreía y asentía.

—Tienes que pagar por la calidad, no compras tu traje en cualquier lado, ¿verdad?

Aaron sacudió la cabeza.

—No, por supuesto que no.

—Porque aprecias la calidad y todas las cosas que el dinero puede comprarte, nuestros servicios no son diferentes.

Sonrió.

—Ya veo, me compraste.

—Grandioso, dejaré que Adrián y tú se pongan al corriente de los detalles —se inclinó hacia atrás en su silla, retirándose efectivamente de la conversación.

Aaron me miró, sacudiendo la cabeza.

—Eso no fue justo.

—¿Perdón?

Aaron asintió con una sonrisa a Elena.

—Ella es muy convincente, la necesitas en tu equipo. Me gusta.

Elena se ruborizó un poco.

—Gracias.

—Ella es mi arma secreta —le dije con una pequeña risa—. Sólo la traigo para los clientes más importantes.

—Eres un hombre inteligente —dijo—. Aceptaremos la propuesta que nos enviaron el lunes, haré que mi gente se encargue del papeleo. Quiero empezar de inmediato, las pocas semanas que llevamos sin promocionar ya están pasando factura al negocio.

—Llamaré a Rand tan pronto como terminemos aquí y haré que se mueva de inmediato con tu cuenta —le aseguré.

—Lo aprecio, y gracias por venir hasta aquí para reunirse con nosotros en persona, hiciste un esfuerzo extra. Y eso hace la diferencia —miró a Elena de nuevo.

—Sabes que puedes llamarme directamente si tienes alguna pregunta o preocupación —le dije

—, su cuenta es importante para mí.

Se rio.

—Puedo ver eso, jamás imaginé que tendría al hombre principal en mi oficina, había oído que raramente dejas Creta.

Me encogí de hombros.

—Solía viajar mucho más, pero el negocio me mantiene en la ciudad.

Me puse de pie y Elena me siguió. Aaron extendió su mano, la estreché, junto con la de los otros dos caballeros. Elena hizo lo mismo.

—Mantenla cerca y creo que algún día podrás dirigir el mundo —dijo Aaron en voz baja.

Elena ya había caminado al final del pasillo, seguida de los hombres que acompañaba a Aaron, mientras que nosotros nos quedábamos atrás.

—Gracias, lo tendré en cuenta —dije, viéndola reírse de algo que dijo uno de ellos.

Los hombres la adulaban, claramente enamorados de la guapa y rubia americana. Sentía una pequeña punzada de celos y rápidamente me excusé, abriéndome camino hasta donde estaba. Puse mi mano en su codo, guiándola lejos de ellos caminando hacia el ascensor.

Ella era mía y no tenía ganas de compartir su risa o sonrisas.

Capítulo Veintidós

ELENA

ESPERÉ A QUE LAS PUERTAS DEL ASCENSOR SE CERRARAN ANTES DE MIRAR A ADRIÁN, NO PODÍA dejar de sonreír y él parecía muy serio. Cuando finalmente me miró, sonreí aún más e hizo lo mismo sacudiendo su cabeza mientras apretaba el botón de planta baja.

—No lo digas —advirtió juguetonamente.

—Oh, voy a decirlo —le dije.

Dejó escapar un exagerado suspiro.

—Terminemos con esto.

—Te salvé el pellejo —anuncié con orgullo.

Levantó una ceja oscura.

—¿Salvaste mi qué?

—Tu tocino —bromeaba—. Te estabas ahogando allí, y Aaron estaba listo para echarte y llevar su negocio a otra parte, pero te salvé, creo que deberías ser tú quien se siente y aprenda de mí.

El ascensor se detuvo, y las puertas se abrieron. Se puso sus gafas de sol oscuras antes de salir, yo hice lo mismo, caminamos hacia las puertas de cristal sin que él dijera una palabra, estaba un poco nerviosa, esperaba no haberlo presionado demasiado.

Salimos fuera, y el calor del día estaba intenso, rápidamente me quité la chaqueta y me la puse en el brazo mientras estábamos en la acera, presumiblemente esperando el auto.

—Pateaste traseros ahí —finalmente dijo.

Me volví para mirarlo, sin poder ver sus ojos detrás de las gafas de sol oscuras.

—Gracias.

—Me has impresionado.

Sentía que mis hombros retrocedían un poco, el orgullo me llenaba.

—Gracias —dije otra vez.

—En serio, hiciste un gran trabajo —dijo con su suave voz de barítono—. Estaba a punto de retirarse, normalmente no me cuesta tanto mantener a un cliente, pero no expresé como debía, me alegre que estuvieras allí.

Me sentía como un pavo real, pavoneándome mientras caminaba hacia el auto que se había detenido, lo había hecho bien e iba a disfrutar de la gloria de eso por un corto tiempo.

—Entonces, ¿vamos a volver ahora? —pregunté, un poco decepcionada por la idea de regresar a la realidad.

—Había pensado que me llevaría al menos dos reuniones para que Aaron decidiera regresar

con nosotros —dijo—, no pensé que sería tan fácil de persuadir. ¿Por qué no volvemos al hotel, nos ponemos algo más cómodo y hacemos un poco de turismo?

—¿En serio?

—Claro —respondió fácilmente, mientras subíamos al auto.

—Eso suena fantástico. ¡Me encantaría!

—Genial, almorzaremos fuera del hotel mientras recorremos la ciudad, y dependiendo cómo va el día podríamos cenar en algún lugar —su voz se volvió ronca—, o pedir para llevar.

Se subió las gafas de sol, y rápidamente hice lo mismo, podría mirarlo a los ojos durante días. Podía notar algo profundo y conmovedor en su mirada, era como si viera algo que los demás no, como si me dejara mostrara algo que no quería que el resto de las personas vieran.

Cuando el auto se detuvo frente al hotel, estaba ansiosa por cambiarme y volver a Atenas, era una de las ciudades más antiguas del mundo.

Había tanta historia en sus calles, que quería tomar fotos de todo y mostrárselas a mi padre, de repente comprendí a las personas de antes que tenían álbumes con las imágenes de sus vacaciones, me alegraba que mi teléfono tuviera mucho espacio de almacenamiento, iba a hacer un millón de fotos.

Pensé brevemente en el sexo mientras me quitaba el traje, pero la emoción y el encanto de explorar Atenas era demasiado grande para pensar en tener sexo con Adrián en ese momento, sabía que podríamos hacerlo más tarde, además estaba convencida de que era mi única oportunidad de conocer esta ciudad llena de cultura.

No era un aficionada a la historia, pero ¿cómo podría una persona no sentirse atraída por los monumentos y sitios históricos que han existido durante miles de años? Era alucinante.

—¡Listo! —anuncié, deslizándome en uno de mis tenis antes de dejar caer el otro en el suelo y meter el pie.

Levantó la vista de la silla en la que estaba sentado y se ató sus propios zapatos.

—No sabía que las mujeres podían prepararse para ir a cualquier lugar tan rápido —bromeó.

Caminé hacia él y puse mi mano en la parte de atrás de su cabeza, teniendo cuidado de no despeinar su cabello. Su brazo me rodeó la cintura, acercándose, dejando mi estómago a la altura de sus ojos.

—Esto es Atenas, podría haber estado lista hace tres minutos.

Me agaché y lo besé. Era el primer beso desde anoche, no estaba segura si eso estaba permitido, o si debía hacerlo, pero necesitaba hacerlo. Estaba clara que lo que había pasado entre ambos era cuestión de una noche, máximo dos, pero se me hacía difícil no tocarlo, quería hacerlo, y que él me tocara. Cuando su brazo me rodeó, tomé eso como mi aprobación para besarlo.

Me llevó sobre su regazo, con una mano en la cadera y con la otra acariciaba mi cabello hasta sostener la parte de atrás de mi cuello mientras profundizaba el beso, suspiré dentro de él, estaba feliz de saber que seguía interesado en mí después de la noche que pasamos juntos.

De un momento a otro él podría decidir que era lo mejor y seguir adelante. Ambos estábamos aquí y todo podía ser por conveniencia, simplemente estar en el momento y lugar adecuado. Yo lo pensaría más tarde, por ahora, iba a disfrutar del momento y fingir ser otra persona mientras estaba en Atenas.

—Deberíamos irnos o nunca saldremos de esta habitación —susurró contra mis labios.

—Bien —respiré, besándolo de nuevo y reavivando la chispa que intentaba apagar.

Sonrió contra mis labios, me retiré y lo miré a los ojos, sintiendo una satisfacción suprema,

como si no hubiera nada malo en el mundo, todo estaba bien entre nosotros.

Desenredé mis brazos de su cuello, y me levanté de sus piernas. Se puso de pie y me dio otro beso rápido, teniendo cuidado de no acercarse demasiado, cuando se dio la vuelta para alejarse de mí, le pegué una nalgada, se volvió para mirarme, con una ceja arqueada.

—Es así, ¿eh?

Sonreí.

—Tal vez —dije con una risita antes de tomar un amplio margen entre nosotros y meter mi teléfono en el bolsillo trasero de mis pantalones cortos de jean.

Cuando llegamos a la Acrópolis de Atenas, me quedé absolutamente sin palabras, no podía creer que lo estaba viendo en persona.

—Por aquí —dijo Adrián, tomando mi mano en la suya.

Dejé que me alejara de la larga fila de turistas y me llevara hacia otro pequeño grupo personas que se encontraban cerca, fue entonces cuando vi a un hombre sosteniendo un cartel con el apellido de Adrián escrito en él.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Contraté un guía turístico privado.

No sabía que decir, a veces olvidaba lo rico que era y todo lo que podía conseguir.

—Oh —exclamé.

—Para que podamos saltarnos las filas —razonó.

—Ya veo —murmuré.

—¿Está bien? —preguntó.

—¡Absolutamente! —dije con una risa.

—Bien, hay tanto que ver, y tenemos tan poco tiempo —explicó—. Quiero que veas todo lo que puedas mientras estemos aquí.

Podía sentir las lágrimas amenazantes en mis ojos, respiré profundamente para evitar que salieran, su consideración me hizo sentirme cálida y confusa por dentro.

—Gracias.

Fuimos escoltados a través de las ruinas, nuestro guía turístico nos proporcionó mucha información y datos interesantes. Podía sentir la historia con nada más pensar en la gente que una vez vagó por el lugar hace miles de años.

—¿Qué piensas? —Adrián preguntó en voz baja.

El guía se había alejado y estaba hablando con otro, dándonos unos momentos para nosotros solos.

—No tengo palabras, estoy abrumada en este momento.

—¿Es eso algo bueno?

Sonreí, apretando su mano que todavía sostenía la mía.

—Es algo muy bueno, estoy asombrada. No puedo imaginarme crecer aquí y ver esto todo el tiempo, escuchando historias que apuesto a que sólo los verdaderos griegos conocen, debes haber tenido una infancia increíble llena de cultura e historia.

Se encogió de hombros.

—Supongo que sí. ¿Tú no la tuviste?

—No así. La historia en los Estados Unidos no es como en otras partes del mundo, la nuestra

sólo se remonta a unos pocos cientos de años. Pero, ¿esto? ¿Parado en un sitio que data de más atrás de lo que nadie sabe realmente? Es increíble. Todavía estoy tratando de asimilar el hecho de que estoy aquí, jamás pensé que vería todo esto con mis propios ojos. Nunca pensé que llegaría a experimentar unas verdaderas vacaciones alrededor del mundo, y aquí estoy, estás haciendo todo esto posible, y realmente no sé cómo decirte lo importante que es mí —me sentía emocionada y ridícula por las cosas que estaba diciendo, pero era la verdad.

—Estoy feliz de ser parte de esto —dijo en voz baja.

—Esta es realmente una primera vez para mí —le dije, mirando hacia arriba para encontrar sus ojos—. Me siento tan libre, tan normal, tan... tan... ¡libre! —sacudí la cabeza—. En casa, siempre sentía que tenía todas estas cuerdas que me retenían, no podía hacer muchas cosas porque era financieramente imposible, y tampoco podía tomarme un día libre porque tenía que estudiar o trabajar para asegurarme de poder vivir. ¿Esto? ¿En este momento? Siento que estoy viviendo de verdad.

Había una cálida sonrisa en su rostro mientras asentía.

—Bien, no nos detengamos aquí, hay algunos otros lugares que querrás ver mientras estemos aquí.

Asentí, tragándome el nudo de la garganta, y dejando que me llevara.

El día se volvió un torbellino de actividades, estaba demasiado excitada para sentir cansancio. Me dolían un poco los pies cuando subimos a la habitación del hotel, pero había valido la pena. Pese a que sabía que era la mitad de la noche para mi padre, le envié un montón de fotos que quería compartir con él.

—Pediré la cena —dijo Adrián, quitándose los zapatos—. ¿Quieres tomar un baño?

Me moría por meterme en la enorme bañera de jacuzzi, empapar mis piernas cansadas y mis pobres pies. Asentí.

—¿Quieres unirme a mí? —pregunté en voz baja, un poco insegura si eso era cruzar una línea que no conocía.

Sonrió.

—Claro, voy a pedir champán.

Asentí, con la energía aun circulando por mi cuerpo después de la subida de adrenalina del día. No se me ocurría mejor manera de terminar el día que tomando un baño relajante de agua caliente en el jacuzzi con Adrián.

Sabía que todo era un mundo de sueños y que pronto despertaría y volvería a la realidad, pero quería vivir el momento, los recuerdos que estábamos creando los iba a llevar conmigo a través del resto de lo que esperaba que fuera una vida mundana, comparado con lo que era en Grecia con Adrián.

—¿Vamos a volver mañana? —le pregunté, sabiendo la respuesta pero esperando lo mejor.

—No.

Mis ojos se abrieron de par en par cuando me giré para mirarlo.

—¿No?

Sonrió, sacudiendo lentamente la cabeza.

—Hice algunos planes para mañana.

—¿Lo hiciste? —dije sin comprender nada.

—Si, lo hice. Ve a preparar el baño —ordenó suavemente—, estaré allí en unos minutos —
asentí y me alejé, sintiendo que estaba flotando.

No quería que terminara.

Capítulo Veintitrés

ADRIÁN

ELENA CAMINABA POR LA SALA DE ESTAR, ANSIOSA POR LLEGAR A DONDE ÍBAMOS, PESE A QUE NO tenía idea de donde quedaba ese lugar, seguía insistiendo en saber, había hecho todo lo posible por mantenerlo en secreto, tratando de sorprenderla. En el poco tiempo que habíamos pasado juntos, descubrí que no era una persona paciente.

Me había pellizcado, rogado, suplicado y me ofrecido hacer todo tipo de cosas a mi cuerpo, algunos buenos, otros no, en un esfuerzo para que revelara nuestros planes para el día.

—¿Estás lista? —pregunté, bromeando porque sabía que había estado lista desde hace una hora. Ella me miró fijamente.

—¿Tú lo estás? Empiezo a pensar que todo esto es un engaño.

—No es un engaño —dije, caminando hacia ella, poniendo mis manos en sus caderas y acercándola. Incliné la cabeza hacia atrás para mirarme.

—Estoy lista.

Dejé caer un beso en sus labios antes de alejarme y dirigirme a la puerta. El auto nos esperaba en la entrada del hotel para llevarnos a un viñedo que había reservado para todo el día. Habían suspendido el resto de las visitas, sólo estaríamos nosotros dos, el personal y el propietario.

La limusina ya estaba en la entrada cuando salimos por la puerta principal. A diferencia de la primera vez que vio el magnífico auto esperando, Elena se acercó y se subió al asiento trasero como una profesional, me encantaba la manera en la que se adaptaba a todos los retos que se le presentaban.

—Creo que realmente te va a gustar esto —le dije cuando el auto salió de la carretera principal, alejándose de la ciudad.

—No puedo imaginar que no me gustaría nada de lo que me muestres —respondió, con los ojos enfocados en la ventana—. Todo es maravilloso.

Tomé sus piernas, cruzadas en las rodillas. Los diminutos pantalones cortos que llevaba puestos hacían que parecieran aún más largas, se había puesto una camiseta que le cubría los hombros debido a que había recibido bastante sol el día anterior. Tendía a olvidar que no todos estaban aclimatados al calor del sol griego.

Cuando el auto se detuvo, Elena me miró, y luego volvió a la enorme señal que indicaba que estábamos en un viñedo.

—¿Un viñedo? —preguntó.

Sonreí.

—Muy bien —bromeé. No parecía tan impresionada.

Sabía que había viñedos en todo el mundo, pero esto era especial.

—Sí, un viñedo. Sólo somos tú y yo, y los trabajadores, por supuesto.

Eso le llamó la atención.

—Sí. Haremos un tour y una pequeña cata de vinos, tienen un chef de renombre mundial, y el restaurante del recinto es uno de los mejores de Atenas.

—¡Oh no! ¡No estoy vestida para eso!

—Estás bien vestida, como dije, sólo seremos nosotros, no estamos impresionando a nadie, además, llevo pantalones cortos y una camiseta también.

La puerta trasera se abrió, y antes de que pudiera preocuparse más por su atuendo, fuimos escoltados a la sala de degustación del viñedo donde el dueño nos estaba esperando.

—Hola —saludó con una cálida sonrisa.

—Hola, Alesandro —dije—. Esta es Elena. Elena, él es Alesandro, el dueño del viñedo —se adelantó y le dio a Elena un rápido beso en la mejilla.

—Es un placer conocerte.

Tu hombre se ha encargado de todo. Esperamos que disfrute de su visita.

—Gracias —dijo un poco tímidamente.

—Gracias por dejarme hacer esto —le dije.

Ladeó la cabeza.

—¿Por ti? Cualquier cosa. Has hecho cosas increíbles para nuestro pequeño viñedo familiar, el negocio está en auge. Mi personal estaba muy contento de tener un día libre —se rio.

—Oye, contrataste al mejor —bromeé—. Tenía que ver por mí mismo qué es lo que ofreces.

—Por supuesto, por supuesto. Tenemos la villa lista para usted si quiere descansar primero.

—¿La villa? —Elena preguntó.

—Nos quedaremos aquí esta noche —anuncié—, he alquilado todo el viñedo, todo, incluyendo la villa.

Sus ojos eran tan grandes como platillos.

—¿Hablas en serio?

Sonreí y casi le contaba el resto de mi sorpresa, pero me las arreglé para guardármelo, no podía esperar a ver su reacción cuando lo viera. Quería impresionarla, deseaba hacerla feliz, y afortunadamente, tenía el dinero y los medios para hacerlo.

Podría hacerla sonreír y traerle una lágrima de alegría a sus ojos, esa era mi nueva meta en la vida. No me importaba trabajar el doble para ganar más dinero o aumentar el valor de mi compañía.

Quería verla sonreír.

—Soy muy serio —dije.

—Pero no trajimos nuestras maletas —dijo.

—Ya está arreglado —le aseguré—, nuestras cosas estarán aquí dentro de un par de horas.

—Oh. Vaya. Muy bien, entonces. Que comience la cata de vinos, siempre quise hacer uno de estos tours pero nunca parecía tener tiempo.

—Ahora sí.

—Estamos listos para empezar con las primeras muestras, y luego podemos pasar a la zona de vinificación para que hagan el suyo propio —dijo Alesandro.

—¿Vamos a hacer vino? —Elena preguntó con asombro.

—Es parte del paquete —dije con un guiño.

Sacudió la cabeza, con la mano cubriéndose la boca.

—No puedo creerlo, no tengo palabras. ¡Esto es tan impresionante!

Pasamos las siguientes horas probando vino y recorriendo el enorme viñedo antes de que nos llevaran a la sala de exposición principal para almorzar.

—Alesandro, únete a nosotros —lo invité.

El hombre mayor me miró y sonrió antes de sacudir suavemente la cabeza.

—No, no, este es tu momento.

Elena se puso a trabajar.

—Por favor, hágalo, tengo tantas preguntas sobre su viñedo.

El rostro de Alesandro se suavizó.

—Si no les importa mi intromisión, me encantaría compartir una comida con ustedes dos.

Los tres nos sentamos. Alesandro me miró primero y después a Elena, para luego devolverme la mirada con un brillo especial. Lo alejé antes de que pudiera decir algo que nos hiciera sentir incómodos, no habíamos hablado de lo que pasaba entre nosotros, y yo no quería hacerlo. Sólo quería seguir la corriente de las cosas.

—¿Cómo va el negocio? —le pregunté.

Su cara se iluminó.

—Estamos completamente llenos para el verano. Las personas quiere recorrer los viñedos, y con las ideas de su equipo, hemos abierto el comedor para acomodar a más huéspedes, además también enviamos nuestro primer pedido de mercancía con nuestra marca y pronto empezaremos a distribuir el vino a través de nuestra nueva tienda online.

—¿En serio? ¡Es bueno oírlo!

—Te lo debo todo a ti, ayudaste a un anciano cuando otros trataban de decirme que nunca conseguiría que esta pequeña bodega se hiciera pública. Tú hiciste que ocurriera, te estoy muy agradecido —sonrió antes de volverse hacia Elena—. Yo fui uno de sus primeros clientes. ¿Sabías eso?

Sacudió la cabeza.

—No lo sabía.

Alesandro sonrió y puso una mirada triste en sus ojos.

—Fue hace casi tres años. Acababa de perder a mi esposa luego de cuarenta años, y la bodega no iba bien, estaba listo para rendirme y vender todo, pero Adrián me dijo que podía ayudarme. Me convenció de que podía revivir el negocio y darle nueva vida, no creía que fuera posible, pero en seis meses más o menos, las cosas mejoraron, y a partir de ahí todo ha sido mucho mejor, mi esposa estaría realmente feliz de ver su sueño hecho realidad, sólo desearía haberlo conocido antes.

Extendí la mano y la puse en su hombro.

—Lo tenías todo aquí, sólo necesitabas a alguien que lo pusiera en un bonito paquete.

Sonrió.

—Y llegaste tú, y sé que hiciste más de lo que te pagué. No podría decirte cuánto significa para mí ver prosperar mi negocio, y todo este gracias a ti.

Me giré y me di cuenta que Elena me estaba mirando, la forma en la que lo hacía me hizo sentir un poco incómodo, podía ver la admiración y adoración en sus ojos y no me sentía digno. Yo había hecho mi trabajo con Alesandro, tal vez había puesto un poco de esfuerzo extra, pero se había arriesgado conmigo, y quería asegurarme de que sacara el valor de su dinero de mis servicios.

—Voy a usar el baño —dijo Elena, levantándose de la mesa.

Cuando se fue, Alesandro se volvió hacia mí, con una mirada seria extendiendo su mano para tocar mi brazo.

—Ella es buena, tienes que aferrarte a los buenos.

—Es una muy buena persona —dije, sin querer admitir que era mi interna.

Me sentía mal al pensar en ella como mi interna y nada más, estaba en un lugar hermoso, quedándome en su villa, no podía decirle que trabajaba para mí.

Pasamos el día intercambiando besos, tomados de la mano, y manteniéndola cerca con mi brazo alrededor de ella, me sentía avergonzado de mí mismo en este momento, no iba a decirle que sólo nos acostábamos o que era una aventura fuera de la oficina.

—Lo tendré en cuenta —murmuré, mirando hacia otro lado, temiendo que viera mi culpa.

—Ah, veo que no estás seguro —dijo—. Confía en mí, esa clase de afecto sólo se da una vez. ¿La forma en que te mira? Eso sólo sucede una vez, agárrate a esa y no la sueltes.

—Ella ha demostrado ser invaluable para mi compañía y tal vez para mí —confesé en voz baja antes de finalmente encontrarme con sus ojos tan concedores de nuevo.

—Ah, sí —dijo—, mi esposa, ella era la compañía, era la que tenía la visión y la energía para hacerlo realidad, cuando la perdí, me di por vencido, no creía que pudiera hacerlo, la verdad no estaba seguro de querer hacerlo sin ella, pero me convenciste de que honraría su memoria llevando este lugar a la cima

—Me alegro de que esté funcionando, estoy realmente feliz de ver el éxito que estás teniendo.

—Gracias —dijo, levantándose cuando Elena regresó—. Los dejaré a los dos solos para que disfruten de su postre, sus maletas ya fueron colocadas en la suite principal de la villa, pueden ir cuando quieras.

—Muchas gracias por este encantador almuerzo y por permitirnos visitar su bodega, sin duda fue una experiencia maravillosa —Elena le dio un cálido abrazo.

—Eres muy bienvenida —dijo Alesandro antes de darse la vuelta y guiñarme el ojo mientras se alejaba. Miré a Elena.

—¿Te gustaría hacer un poco más de aventura?

Dejó escapar un suspiro de cansancio. Yo me sentía de la misma manera. Ayer y hoy habían sido agotadores.

—Claro —dijo a medias.

Me reí entre dientes.

—Estoy de acuerdo. ¿Por qué no nos retiramos a la villa? Me vendría bien un poco de tiempo libre, y necesito revisar el correo electrónico.

Ella movió su cabeza de arriba a abajo.

—Absolutamente, estoy ansiosa por ver cómo es la villa, ya las había visto por televisión, pero obviamente nunca en persona.

—¿Quieres caminar, o debería llamar a uno de los carritos de golf?

—Caminemos —dijo con una pequeña risa—, creo que nos queda un poco de energía entre ambos.

—Apenas.

Nos levantamos y nos fuimos, siguiendo el camino que sabía que llevaba a la villa, lo había visto cuando vine a ofrecerle ayuda a Alesandro, pero hace mucho. Cuando nos acercamos a la casa grande, oí a Elena jadear.

—Vaya, es mejor que lo que había visto en la televisión —exclamó, observando la casa blanca

de dos pisos.

—Bien —dije, abriendo la puerta y dejándola entrar primero.

Su fuerte respiración al entrar en el espacio abierto y aireado me hizo sonreír. La villa era perfectamente romántica, no podía esperar hasta más tarde, cuando la verdadera sorpresa estaba por llegar.

Capítulo Veinticuatro

ELENA

MIENTRAS ADRIÁN SE PONÍA AL DÍA CON EL TRABAJO, YO APROVECHABA PARA RELAJARME EN LA enorme bañera, el baño estaba rodeado por ventanas panorámicas con vista al hermoso jardín. Me había preocupado el hecho de que alguien me espicara mientras me bañaba pero él me aseguró que no había nadie en el lugar.

Al salir me encontré con él en la sala de estar.

Después de un rato, llamaron a la puerta.

Él sonrió, tenía una mirada en sus ojos que decía que estaba tramando algo.

—¿Qué está pasando? —pregunté con curiosidad.

—Ya verás —dijo.

Nos levantamos del sofá donde yo había estado navegando en Internet en mi tableta mientras él leía un libro en la suya. El viñedo era increíblemente pacífico en el viñedo, y pasar el rato con Adrián era fácil.

Un joven entró a la villa llevando un pequeño carro, de esos usados para hacerle servicios a las habitaciones, y Adrián ordenó rápidamente que lo llevara hasta la cocina.

Olí un aroma familiar así que decidí acercarme, Adrián estaba parado al lado del carrito con una gran sonrisa en su cara.

—¿Qué es? —pregunté confundida—. ¿Huele a... barbacoa?

Adrián guiñó un ojo y sacó una de las tapas de la cúpula para revelar una pila de costillas asadas.

—Tienes un buen sentido del olfato.

—¡No puede ser! —grité.

Levantó el resto de las tapas, y yo podía sentir las lágrimas corriendo por mis mejillas mientras miraba todos los platos familiares. Era una barbacoa, aunque gourmet, era una buena barbacoa americana a la antigua justo en medio de nuestra villa griega.

—Hablaste de lo mucho que extrañabas tu casa y la barbacoa, así que pensé en traértelo —dijo despreocupadamente.

Sacudí mi cabeza con total asombro.

—Esto es una locura, no puedo creer que hayas hecho esto.

—Es el 4 de julio —dijo encogiéndose de hombros.

Me reí.

—Lástima que no podamos transmitir en vivo el espectáculo de fuegos artificiales —sonrió.

—Sobre eso... —dijo, dejando las palabras colgando.

—Esto es suficiente —le aseguré, ansiosa por devorar la comida—. ¡Esto ha hecho que este viaje sea absolutamente perfecto!

—No es perfecto todavía —insistió—, tomemos los platos y salgamos al balcón.

Aplaudí, sin poder ocultar mi emoción.

—Cogeré una de esas botellas de vino que nos dio Alesandro.

El vino que habíamos hecho juntos estaba embotellado y esperando que lo lleváramos a casa para ser abierto en unos meses o años si queríamos, por ahora, nos habían dado un par de botellas de nuestras variedades favoritas de nuestro tour de degustación.

Con nuestros platos llenos de ensalada de col, ensalada de papas, costillas, frijoles horneados y pollo frito, nos trasladamos al patio para disfrutar de la hermosa noche. Al terminar de comer, nos estiramos en las sillas del balcón con una copa de vino para observar las estrellas.

—Mira allí —dijo Adrián en voz baja, señalando algo que no podía ver, no estaba segura de lo que estaba mirando.

—Um, yo...

De la nada comenzaron a estallar colores brillantes -rojo, azul y verde-, y el cielo se había llenado de fuegos artificiales.

—Sorpresa —susurró Adrián.

Coloqué una mano sobre mi boca, mirando al cielo con un remolino de emociones.

—¿Tú hiciste esto?

—Feliz 4 de julio —dijo.

Me levanté de mi silla y me acosté a su lado en su tumbona.

—Eres increíble, no puedo creer que hayas hecho todo esto por mí. Gracias.

—De nada —dijo, envolviéndome con su brazo y apretándome fuertemente contra él.

Vimos el espectáculo de fuegos artificiales durante quince minutos hasta que el último entró en erupción en el cielo, luego levanté mi cara hacia la suya y lo besé.

Me sentía cruda y vulnerable, mis emociones habían jugado conmigo todo el día, y lo único que deseaba en este momento era caer en él. Me levanté, moviéndome por encima de él, quedando a horcajadas en la silla, mis manos se movieron hasta el dobladillo de su camisa levantándola poco a poco, me miraba sin decir ni una sola palabra mientras lo desnudaba antes de levantarme de la silla y quitarme la ropa.

Me paré al lado de la silla mirando su cuerpo desnudo a la luz de la luna sintiendo algo tan intenso que no podía explicar.

Me arrastré por sus piernas, mientras mis manos recorrían sus musculosos muslos antes de inclinarme, y agarrar suavemente su dura longitud y pasar mi lengua. Jadeó fuertemente mientras deslizaba mi boca por su eje, gimiendo con el placer de probarlo.

Moví mi cabeza arriba y abajo, pasando mis labios sobre su carne sensible, me encantaba escucharlo gemir de placer, tomaba mi cabello haciendo un poco de presión hacia abajo.

Sentía como la brisa fresca de la noche rozaba mi piel desnuda mientras me arrodillaba frente a su cuerpo, manteniendo su pene en mi boca. Me quejé un poco, y aparentemente el sonido había sido demasiado para él. Me tomó por la parte baja de mis brazos y tiró de mí levantándome de golpe, quedé completamente encima.

—Eres tan hermosa —susurró, un segundo antes de que me subiera más alto, deslizando mi cuerpo sobre el suyo y enviando una serie de ondas de choque a través de mí mientras me besaba desesperadamente.

Tomé su pene con una de mis manos y lo guié hacia mi apertura, me separé apartando mi boca de la suya y moví mis caderas, llevando la punta de su cabeza dentro de mí. Jadeé, haciendo una

pequeña mueca de dolor mientras luchaba por hacerlo caber dentro de mí.

—Espacio —susurró, poniendo sus manos en mis caderas para estabilizarme.

Estaba ansiosa y lista, pero mi cuerpo no todavía. Giré mis caderas, sintiendo mi cuerpo abriéndose a su invasión y empujándolo lentamente hacia abajo, incliné mi cabeza hacia atrás mirando las estrellas en lo alto mientras su pene entraba completamente en mí.

No me moví ni respiré, cerré los ojos, toda mi energía se centró en el área donde estábamos unidos. Espasmos de electricidad me atravesaron, causando que me sacudiera y encendiera nuevas sensaciones deliciosas.

—Cielo —susurré la palabra.

—¿Qué? —dijo.

—Cielo, así debe ser el cielo —me incliné hacia adelante y puse mi mano sobre su pecho.

Ofreció una pequeña y apretada sonrisa.

—Estoy de acuerdo, muévete, necesito que te muevas.

El sentimiento de lo sublime se desvaneció y fue reemplazado por una intensa pasión y necesidad, nos habíamos saltado algunos pasos para llegar a donde estábamos en ese momento, pero no me importaba. Tenerlo dentro de mí era demasiado bueno, quería que me tocara, deseaba su cuerpo, pero por encima de todo a él.

Lo montaba duro y rápido, los dos jadeábamos cada vez más fuerte deseando llegar más allá. La silla del balcón presentaba algunos problemas logísticos. No podía dar más, así que le golpeé

el pecho con frustración.

—¡No puedo! —grité.

Sin darme cuenta se sentó, yo podía sentir sus abdominales perfectos, rodeándome con un brazo para acercarme a él. Mi boca se acercó a la suya, nuestras lenguas se batían en duelo mientras él palpitaba dentro de mí, necesitaba el contacto de su piel, suspiré con satisfacción al sentir sus pelos del pecho frotándose sobre mis sensibles pezones.

—Levántate —ordenó, arrancando sus labios de los míos.

Me levanté de la silla, y la ausencia de su miembro me hacía sentir vacía. Se puso de pie, tomándose su tiempo, y sus ojos se fijaron en los míos, podía sentir como la energía crecía en él, así que me preparé para que me cogiera fuertemente. Esperé, mirándolo fijamente, dispuesta a hacer lo que me pidiera.

—Date la vuelta y pon las manos sobre la mesa —ordenó con voz severa.

Me estremecí, la manera dominante en la que habló casi me hace tener un orgasmo sin que me tocara. Caminé un poco hasta la mesa y puse mis palmas en la superficie fría, se movió detrás de mí, pude sentir como deslizaba su mano por toda mi espalda, apretando mi culo antes de hacer que abriera más las piernas.

Su mano se deslizó entre mis muslos, sus dedos se encontraron con mi clítoris, jugando un poco con él haciéndome gemir de placer, sin avisar me penetró con un dedo, y me hizo gritar, levanté los dedos de los pies mientras lo empujaba profundamente antes de meter el segundo, me estaba volviendo loca de placer, necesitaba más.

Me empujó hacia abajo, aplastando mi cara contra la superficie de la mesa. Sacó los dedos y comenzó a rozar su pene entre mis muslos, y eso me excitaba, podía explotar de placer en cualquier momento.

Me penetró, gruñendo mientras llenaba mi cuerpo con su dura y larga longitud, me quejé de satisfacción cuando la sacó y me nalgueó, el acto hizo que mi cara se deslizara por la mesa, mis gemidos se convirtieron en jadeos y pequeños quejidos mezclados entre los gritos que pedían más.

Hablaba su lengua materna, no entendía de lo que decía pero estaba clara de una sola cosa, perdía el control. Con una de sus manos me apretaba el pecho contra la mesa, y la otra en mis caderas sosteniéndome a él mientras me daba duro.

Golpeé mi mano abierta contra la mesa, de placer tortuoso mientras me llevaba a un lugar en el que nunca había estado, eran las estrellas, la luna, el aire limpio y fresco con un toque de tierra y fruta que flotaba sobre nosotros mientras hacíamos el amor en el balcón de una villa griega.

Sentía que una sonrisa se extendía por mi cara mientras el orgasmo se descontrolaba lentamente, comenzando en mi vientre e inundándome con calor y éxtasis. Era simplemente hermoso.

—Oh, mierda —gimió, las palabras que señalaban su liberación pendiente.

Arqueé mi espalda, llevándolo un poco más profundo y dándole el último poco de éxtasis que necesitaba para encontrar su liberación. Jadeó, y su cuerpo se puso rígido contra el mío antes de mover sus caderas con empujones profundos que me hicieron cosquillas hasta el último nervio de mi cuerpo.

Me quejé, disfrutando de la sensación de él bombeando dentro de mí.

Dejó de moverse, respirando profundamente, abrí los ojos y le sonreí, completamente satisfecha y feliz de estar donde estuvimos toda la noche.

—¿Estás bien? —se había quedado sin palabras.

—Estoy mucho mejor que bien.

Sonrió, inclinándose hacia delante para darme un rápido beso en la nariz, dejándome con la sensación de estar vacía sin él presionando contra mí. Me levanté de la mesa y gire para quedar de frente, dejando que me envolviera en sus fuertes brazos.

—¿Deberíamos entrar? —murmuró sobre mi cabeza.

Suspiré contra él. El calor de su cuerpo desnudo se sentía bien contra el mío.

—Me gusta estar aquí afuera, justo así.

Se rio.

—Igual a mí, pero tal vez podríamos estar así dentro del dormitorio en la gran y cómoda cama.

—Bien —suspiré, feliz de ir a cualquier parte con él.

Paseamos por la gran villa abierta y nos dirigimos a la suite principal, metiéndonos en la cama y abrazándonos unos a otros.

—No creo que vaya a ser tan difícil fingir para mis padres ahora —dijo en un tono seco, y yo me eché a reír.

—Supongo que no.

Capitula Veinticinco

ADRIÁN

ATERRIZAR EN HERAKLION ERA UN POCO DECEPCIONANTE, HABÍA DISFRUTADO MI TIEMPO CON Elena, y no estaba listo para que terminara, pero era momento de volver al mundo real.

Caminamos hasta el auto que nos esperaba en la pista, sin decir un apalabra. Me deslicé en el asiento trasero y alcancé su mano, sabía no podía hacer este tipo de cosas en la oficina, tendría que hacer un gran esfuerzo para mantener mis manos y mis ojos fuera de ella. Ciertamente no quería que empezaran los rumores.

—¿Por qué no te tomas el día libre? —le sugerí.

—¿Qué? Estoy segura de que tengo mucho trabajo que hacer.

Me encogí de hombros.

—Es casi la hora del almuerzo, dudo que vayas a hacer mucho de todos modos, tómate el resto del día libre, y te veré mañana por la mañana.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro —insistí.

—Supongo que no puedo discutir con el jefe —dijo con una pequeña sonrisa.

—Descansa un poco, vas a necesitar tu fuerza para lidiar con mi familia mañana.

—No me vas a asustar. Dije que haría esto, y mantendré mi promesa.

—Bien. Gracias, me hará la vida más fácil, aunque sea por poco tiempo.

Me incliné hacia adelante y le dije al conductor que nos llevara a su hotel. Ninguno de los dos habló durante el viaje, sabía que estaba pensando en cómo sería todo a partir de la semana que viene con respecto a nosotros.

Los últimos días a su lado habían sido muy gratos para mí, me había dejado caer en una extraña sensación de confort y estabilidad, aunque sabía que no podía durar.

Cuando el auto se detuvo frente al hotel y el conductor salió a buscar sus maletas, se inclinó y me dio un beso rápido como si no quisiera que nadie nos viera o supiera de nosotros. Lo entendía perfectamente, pero lo odié.

—Te veré mañana por la mañana.

—Estaré lista —dijo y saltó del auto antes de que tuviera la oportunidad de decir algo más.

La vi entrar, sintiendo que estaba perdiendo algo, pero no podía decir qué era. En lugar de ir a casa, hice que el conductor me llevara directamente a la oficina. Tenía mucho trabajo que poner al día, y no me apetecía estar solo, no quería pensar.

Mientras caminaba por los pasillos de la empresa, era

calurosamente saludado por todos, se sentía bien estar de vuelta, pero había un vacío. Elena sólo había trabajado en la oficina durante una semana, pero podía sentir su ausencia, no podía imaginar cómo sería si trabajara aquí por un tiempo más y luego regresara a su hogar. Estaría

buscándola, vagando por los pasillos perdido y confuso durante mucho tiempo después de que se fuera.

Llegué a mi oficina, me quité la chaqueta y estaba instalándome cuando Rand llamó a mi puerta una vez antes de entrar.

—Mucho tiempo sin vernos —dijo, paseando y tomando asiento en una de las sillas.

—¿Cómo han estado las cosas por aquí?

—Bien —respondió—, nada emocionante. ¿Qué pasa con Atenas?

Nuestros chequeos diarios se habían restringido a temas más grandes, y las pequeñas cosas se habían dejado para un tiempo en el que realmente podíamos hablar, como ahora.

—Bien —dije, encogiéndose de hombros despreocupadamente.

—¿Bien? Me dijiste que cerraste el trato el martes, pero acabas de regresar. Yo diría que mejor que bien —dijo con una sonrisa de conocimiento.

—En realidad, no cerré el trato, Elena lo hizo, me estaba hundiendo, si hubiera seguido hablando, habría tomado su dinero y su negocio y se habría ido.

—¿Qué? —preguntó conmovido—. ¿Elena? ¿La pequeña y tímida interna?

Asentí.

—Ella misma.

—¿En serio? —preguntó, sacudiendo la cabeza—. Creí que estaba en el área de marketing y creatividad.

—Te dije que había visto algo especial en ella —sonreí—. Es una profesional en hablar con las personas, era como masilla en sus manos.

—Sólo lo dices para poder decir que tenías razón sobre ella —protestó.

Sacudí la cabeza.

—No, no lo digo por eso, tiene talento, y lo que es mejor, las personas creen en ella. Es inteligente, amable y fácil de tener cerca.

—¿En serio? —preguntó, mirándome de una manera que me hizo sentir un poco incómodo.

—Sí, de verdad, te dije que sería buena para la compañía.

Asintió, escudriñándose mientras hablaba.

—Bien por la compañía por el corto tiempo que estará aquí.

—Sí, por supuesto —murmuré.

—Mierda —dijo con un tono parecido a frustración.

—¿Qué?

—Tú... estás andando por un camino peligroso, amigo mío.

—¿De qué estás hablando? —pregunté, no estaba dispuesto a admitir nada si había una posibilidad de negarlo.

—Te lo advertí —dijo con un suspiro—. Lo supe en el momento en que llegó tarde al trabajo, y luego cuando vi la forma como la mirabas, sabía que esto iba a pasar.

—¿Sabías lo que iba a pasar? —pregunté.

Sonrió.

—Exactamente lo que ya está sucediendo. Nunca extiendes un viaje de negocios, estuviste fuera de la ciudad durante toda la semana cuando podrías haber vuelto el mismo martes en la noche, pero no fue así. Querías pasar tiempo con ella, y ni siquiera voy a preguntar qué pasó entre ustedes dos porque puedo verlo en tu cara.

—No puedes ver una mierda —respondí.

—Te conozco desde que somos niños, puedo reconocer tu mirada cuando te interesa una mujer, pero esto es diferente, puedo sentirlo, y si puedo hacerlo, eso debe significar que es bastante serio.

—Detente —dije, sin mirarlo directamente.

—Tienes que tener cuidado con esto —advirtió Rand.

Lo miré.

—Es una interna americana que es varios años más joven que tú.

—¿Y qué? —me quebré—. ¿Qué tiene que ver eso?

—Eres un hombre rico, Adrián —dijo—, sabes lo mal que puede ir esto, incluso para la compañía si llegas a dejarla o decirle que fue una aventura.

—No sabes que lo haré.

—Aunque no lo hagas, ella no está aquí para quedarse —advirtió—. Se está quedando en un hotel, ni siquiera tiene un apartamento, es temporal.

Me encogí de hombros.

—Ya lo sé.

—¿Lo haces? Pasaste varios días con ella, y tienes sentimientos por ella —lo dijo en lugar de preguntarlo.

—No sé si los tengo —le dije.

—Claro que sí, como dije, te conozco, y esto no es propio de ti, te está cambiando y apenas lleva una semana con nosotros. ¿Qué pasaría si te llegas a enamorar y ella se levanta un día y te deja en unas pocas semanas? Esta compañía te necesita en la cima de su juego. Diviértete con ella, pero recuerda, esto es temporal, se irá a casa una vez que se aburra de todo esto. Es joven y se está divirtiendo.

Respiré profundamente.

—No la conoces, no es como otras mujeres de su edad, Elena es diferente.

Rand se dio una palmada en la frente.

—No acabas de decir eso.

—Lo hice, y lo he estado diciendo porque es verdad, lo sabrías si le dieras una oportunidad. Estás demasiado ocupado haciendo suposiciones sobre ella para permitirte conocerla.

—No voy a conocerla a ella ni a ninguno de los internos. ¿Por qué lo haría? —se encogió de hombros—. Están aquí para hacer un trabajo, nada más. Vienen, lo hacen, se van.

—Lo tendré en cuenta —murmuré—. Si no te importa, necesito devolver algunas de estas llamadas que me dejaste.

—Sólo estoy cuidando de ti —dijo desde la puerta—. No quiero que te metas en una situación que cause problemas, te conozco, no sueles caer fácilmente, y esta vez te está afectando.

Asentí.

—Lo entiendo, sí, lo sé, gracias por cuidarme, pero estaré bien —se encogió de hombros.

—Muy bien, hasta luego.

Una vez que salió de mi oficina, respiré aliviado, no quería decirle que mañana le presentaría a mi familia y fingir que éramos una pareja normal para quitarme a mi madre de encima. Sabía que no éramos una pareja oficial, pero no me importaría perseguir algo así.

¿Valía la pena el esfuerzo si se iba a ir en unas pocas semanas? No quería involucrarme con alguien que no estuviera interesada en quedarse, yo no podía mudarme a los Estados Unidos debido a mi empresa, y ella no parecía estar interesada en dejar a su padre atrás, pese a que había

hecho lo que pude por alejar la soledad de ella, la nostalgia se reflejó fuertemente en ella. Era la mujer que era por la relación con su padre y la base que él le proporcionaba.

No estaba seguro de quién sería ella sin él. Quería intentarlo, pero en el fondo, sabía que no tenía intención de hacer de Grecia su hogar, y para ser sincero no podría con una relación a distancia nunca funcionaría debido a todas mis responsabilidades en la empresa. Es probable que consiga un trabajo en un abrir y cerrar de ojos y se encuentre con una carga de trabajo, además de la diferencia horaria que sería un problema añadido.

No funcionaría, tenía que aceptar que la mujer no era mía para quedármela.

Me había enganchado a ella y me había hecho sentir cosas que nunca antes había experimentado, pero era sólo temporal, sería difícil verla mañana, ahora que la realidad de nuestra relación me había golpeado en la cara.

De alguna manera, me las arreglaría para olvidarme que ella era temporal en mi vida, pese a que los últimos días habían sido increíbles, tan liberadores y tan llenos de emoción, debo admitir que llegué a creer que tendríamos oportunidad juntos.

—Maldita sea —murmuré, pasándome las manos por el cabello con frustración.

Lo dejé todo a un lado y me concentré en el trabajo que tenía delante, no podía permitirme descuidar a mis clientes. Como habíamos aprendido a principios de semana, no era el único en la ciudad, y un cliente podía despedirme y pasar con la siguiente empresa sin mirar atrás.

Capítulo Veintiséis

ELENA

ESTABA ABURRIDA, NO ESTABA ACOSTUMBRADA A NO TENER UNA LISTA DE COSAS QUE HACER. EL servicio de limpieza se mantuvo al día con mi habitación así que no tenía que recoger en mi cuarto, además no había trabajado durante días y no tenía nada en que ocupar mi mente.

Mi padre estaba en la cama a esta hora. Estaba un poco cansada después de toda la exploración que habíamos hecho en los últimos días. Suspiré intentando relajarme y sentándome en el sofá blanco de la habitación, era un lugar amplio pero sentía un poco de claustrofobia estar sola.

Me preguntaba qué estaba haciendo Adrián en ese momento.

Escuché un golpe en la puerta, sorprendiéndome. No esperaba ninguna compañía, sonreí, y me puse de pie de un salto, pensando que podría ser Adrián, abrí rápidamente.

—Oh —dije.

Judith puso los ojos en blanco.

—Caramba, me siento bien recibida.

—Lo siento —me reí—. Me sorprendiste, entra.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, pasando a mi lado.

—Nada, absolutamente nada —le dije.

—Ponte el traje de baño —ordenó.

—¿Qué?

—Ponte el traje de baño —dijo con una sonrisa—, vamos a la playa.

—¿Ahora mismo? Es un poco tarde, ¿no?

Puso los ojos en blanco.

—Son las cuatro en punto. Es viernes por la noche, no eres tan vieja.

Me reí.

—Tienes razón. ¿En qué estoy pensando? Dame cinco minutos —me apresuré a pasar por delante de ella para ponerme el traje de baño.

Metí algunas cosas en el bolso que había comprado en Atenas en una de las trampas para turistas, en contra del consejo de Adrián, sabía que era cursi, y no me importaba, necesitaba un bolso de playa, y era lindo.

—¿Lista?

—Lo estoy —anuncié, poniéndome mis gafas de sol oscuras. Ella se quejó.

—Pareces un turista con ese bolso —sonreí.

—Perfecto, porque lo soy.

Una vez que encontramos un espacio en la arena para poner nuestras toallas, ambas nos estiramos sobre nuestras espaldas, hacía calor, y no estaba convencida de que iba a broncearme con el poco sol que quedaba, pero me sentía bien estando en la playa, escuchando los sonidos de

las personas jugando y retozando en la playa a nuestro alrededor.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó.

—¡Fue increíble! —exclamé.

—Ustedes deben haber tenido un montón de, eh, reuniones de negocios —dijo.

No estaba segura de lo que se suponía que debía decir o admitir.

—Adrián me permitió hacer un poco de turismo.

—Ya veo. ¿Adrián hizo esta visita turística contigo?

—Sí.

—Hmm —dijo, girando la cabeza para mirarme.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

Ella seguía sonriendo.

—Nada, me alegra que ustedes dos se hayan divertido. Trabaja mucho, creo que un poco de tiempo libre para él es realmente bueno, hoy estaba de muy buen humor, me dijo que te dio el día libre.

—Sí, no creía que hubiera mucho que pudiera hacer en las pocas horas que estaría allí —dije, respaldando la historia.

Se dio la vuelta, y nos quedamos en silencio mientras nos relajábamos en la playa.

—Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad? —preguntó con voz baja.

Quería hablar con alguien, obviamente no podía hablar con mi padre, pero tampoco quería hablar con mi jefe inmediato sobre su jefe y yo durmiendo juntos.

—Tengo una amiga, y se ha encontrado en una relación un poco extraña con su jefe —comencé—. No está segura de lo que significa o si debería hablar de ello.

—¿Esta amiga es americana? —preguntó.

—Sí —respondí rápidamente.

—Creo que los americanos y los griegos tienen una visión diferente de esas cosas, no somos tan tensos con esos temas, las mujeres griegas somos fuertes, no sentimos que tenemos que probarnos a nosotras mismas o tratar de ser mejores que los hombres con los que trabajamos.

Sacudí la cabeza.

—¿Qué significa eso?

—Quiero decir, si tu amiga y su jefe tienen una relación, no creo que sea tan malo.

—¿En serio? —presioné—. ¿Qué crees que pensarán los demás en la oficina sobre eso?

Se burló.

—¿A quién le importa? No es asunto suyo. Creo que si tu amiga y su jefe disfrutaban estando juntos, eso es lo que importa, obviamente, no creo que tu amiga quiera o deba hacer alarde de su relación, además, estoy segura de que su jefe es un hombre atractivo, y algunas de las mujeres pueden estar un poco celosas, y sabemos cómo pueden ser las mujeres.

—¿Celosas? ¿Crees que esto había ocurrido antes? Quiero decir, ¿crees que su jefe hace esto a menudo? —me horrorizaba pensar en Adrián abriéndose camino entre las nuevas mujeres de su trabajo.

—No, definitivamente no —respondió rápidamente.

Me giré para mirarla, estábamos hablando hipotéticamente, así que técnicamente no podría estar segura de eso, aunque estaba bastante de que ella no había caído en mi juego y sabía muy bien que hablaba de Adrián y de mí, yo no iba a admitirlo, pero al menos sabía que me estaba dando su mejor consejo.

—¿Y si el jefe sólo la está usando porque sabe que la relación nunca irá a ninguna parte? — pregunté en voz baja.

—Creo que tu amiga probablemente sabrá la diferencia entre un hombre que busca un pedazo de su trasero y uno que está genuinamente interesado.

Mi boca se abrió.

—¡Judith! —exclamé.

Se rio.

—Ya sabes lo que quiero decir. Cuando recoges a un tipo en el club o en la playa, esperas que sea asunto de una noche y listo, tal vez pase un par de veces más pero es todo, no hay promesas o relación, sólo sexo. Hay una diferencia, por favor, dime que has tenido esa experiencia.

Sacudí la cabeza.

—En realidad no, vivía con mi padre no podía llevar a ningún hombre a la casa, no soy virgen, pero fui un poco más moderada que cualquiera de mis amigas.

—Ah, ahora lo entiendo —susurró.

—¿Entender qué?

—¿A tu amiga le gusta su jefe? —preguntó.

—¡Claro!

—Quiero decir, ¿le gusta de alguna manera que quiera volver a verlo?

Asentí.

—Creo que sí, pero no sabe si puede llegar a alguna parte. No está segura si debería

preguntar o incluso intentarlo, le preocupa que se rían de ella por ser tan ingenua como para pensar que podría haber algo entre una americana normal y un rico, su jefe —no quería revelar demasiado.

Toda la conversación parecía un poco ridícula, ambas sabíamos que estábamos hablando de Adrián, peor no podía decirlo, me sentía como la mujer ingenua que acababa de describir.

—Estas son preguntas que tu amiga debería hablar con su jefe —respondió—. Apuesto a que es un buen tipo que estaría dispuesto a hablar de estos asuntos tan importantes.

—¿Y si no quiere hablar con ella fuera de la oficina?

Hizo un sonido de asfixia.

—Entonces, tú... quiero decir que ella... le hace hablar, necesita ser fuerte.

—Lo sé. Estoy de acuerdo.

—Bien. Creo que deberías decirle a tu amiga que siga a su corazón, si ella siente una conexión real con su jefe, debería ir tras ello, no dejar que la relación laboral interfiera con lo que hay en su corazón, la vida es demasiado corta para dejar escapar a un buen hombre. El amor depende del destino, y nunca quieres ir en su contra, si esto está destinado a ser, lo será —se giró para mirarme otra vez y se subió las gafas de sol.

Yo también subí las mías.

—¿Pero está mal? —susurré.

—¿Mal? ¿Cómo podría estar mal?

—No lo sé —dije—. Quiero decir, son dos personas diferentes, vienen de mundos muy distintos. ¿Cómo sabe alguien cuándo está bien? ¿Cuándo es el destino? Como dijiste.

—Creo que sólo la persona en esa relación puede saberlo —dijo con una sonrisa—. Todos los demás están afuera, mirándolos, sólo el jefe y tu amiga saben lo que pasa entre ellos.

—Supongo.

—Elena, ¿cuáles son tus planes?

—¿Mis planes? —pregunté.

—Cuando termine tu pasantía, ¿qué planeas hacer?

Inhalé, girando para mirar al cielo.

—No lo sé. ¿Ir a casa?

—¿Cuáles eran sus planes antes de llegar aquí? —presionó.

Sonreí.

—Mi sueño era llegar hasta aquí y hacerlos volar a todos ustedes con mis habilidades, estarían tan impresionados que insistirían en que abriera una oficina en Seattle y la dirigiera. Iba a tener el trabajo de mis sueños y estar cerca de casa.

Se echó a reír.

—Vaya, ¿piensas mucho en ti misma?

—Oye, tú preguntaste —me reí.

—Bien, ahora que hemos establecido eso, ¿cuáles son tus planes ahora? Si pudieras hacer realidad tu sueño, ¿cómo sería? ¿Todavía quieres ir a casa y abrir una oficina?

Hice una mueca porque no lo sabía, y eso me preocupaba. Desde siempre había sabido lo que quería, tenía una meta por la cual trabajar, pero ya no era así, el camino se había desvanecido ante mis propios ojos, por primera vez en mi vida, no sabía lo que quería hacer.

—No lo sé.

—Tu pasantía terminará pronto —dijo—. ¿Te irás a casa? ¿Crees que podría haber una razón para quedarte?

Dudé.

—Honestamente no lo sé.

Ella sonrió.

—Entonces te sugiero que tengas una conversación con alguien, creo que podrías tener una razón para quedarte un poco más.

La idea de quedarme hizo que sintiera un vuelco en el estómago, no podía dejar a mi padre solo durante meses, incluso más tiempo, además si me quedaba en Grecia me iba a costar mucho dejar a Adrián.

No quería enamorarme de él y luego tener que irme.

¿A quién estaba engañando? Ya lo había hecho.

—Vamos a tomar un trago —dijo ella, sentada—, tengo el presentimiento de que podrías necesitar uno.

—Sí, podría. Tal vez más de uno.

—Sigue a tu corazón —aconsejó—. Mi madre siempre me dijo que siguiera mi corazón, incluso cuando mi cabeza me decía algo diferente.

—Ese es el problema, mi corazón está un poco dividido, tengo un pie en dos mundos diferentes. Nunca pensé que me gustaría estar aquí, mis intenciones siempre fueron trabajar, conseguir algo realmente genial para colocar en mi currículum, y luego irme a casa, así de simple, pero no es así. Y lo que es peor, sé que mi padre querría que me quedara, ya me está animando a solicitar un trabajo permanente, sé que intenta animarme y apoyarme, pero no creo que realmente quiera que lo haga.

—Por supuesto que sí, el trabajo de un padre es empujar a sus hijos fuera del nido, saben que tenemos que desplegar nuestras alas y volar, y no podemos hacerlo bajo su estrecha supervisión,

odian vernos marchar, pero saben que tienen que alejarnos.

—Parece que hablas desde un lugar de experiencia personal.

Ella asintió.

—Lo hago. Me has contado un poco sobre tu padre, y tengo la sensación de que se alegraría por ti si eliges quedarte, nunca se sabe lo que puede pasar. ¿No crees que te debes a ti misma al menos seguir este nuevo camino y ver a dónde puede llevar?

Me quejé, poniendo la cabeza hacia atrás y mirando al cielo.

—No lo estás haciendo fácil.

—Nada que valga la pena tener se supone que es fácil —dijo, sonriendo—. Tiene que ser difícil para asegurarse de que la decisión que tomes es la correcta, si fuera sencillo, no lo pensarías mucho. Necesitas analizar esto muy cuidadosamente antes de tomar una decisión, es algo grande.

Puse los ojos en blanco.

—Caramba, ¿tú crees?

Se echó a reír.

—Vamos a conseguirte ese trago.

Recordé mis planes para mañana.

—No puedo quedarme hasta tarde. Tengo que levantarme temprano, tengo un día muy ocupado mañana.

—¿En serio? —preguntó con un tono burlón—. Qué extraño, creía que era tu única amiga en la ciudad, bueno, yo y otra persona, entonces como nosotras no tenemos planes para mañana, supongo que saldrás con la otra persona.

—Detente, no estoy admitiendo nada.

—No tienes que hacerlo, me alegro por ti y por ese alguien. No puedes ignorar la química cuando hace calor —guiñó el ojo.

—Oh, hace calor —dijo, sin poder evitar hacer un pequeño comentario travieso.

Ella gritó.

—¡Tú, zorra!

Capítulo Veintiseis

ADRIÁN

TRABAJÉ HASTA TARDE EN LA OFICINA, INCLUSO MUCHO TIEMPO DESPUÉS DE QUE TODOS LOS trabajadores se fueran, los escuché hablar sobre sus planes para el fin de semana y despidiéndose hasta el lunes.

Incluso Rand tenía planes, en cambio yo me iba a casa, solo.

Desde que conocí a Elena, me había cuenta de que estaba solo, eso nunca había sido un problema para mí, pero desde que tuve el placer de pasar tiempo con ella todo era distinto. Me sentía querido y apreciado, y la verdad es que era un poco adicto a ese sentimiento. Me agradaba sentir su roce y sus besos durante todo el día.

Me gustaba especialmente lo que pasaba cuando estábamos solos en nuestra habitación por la noche y una vez a mitad del día. Sonreí.

—A la mierda —refunfuñé, alcanzando mi teléfono.

—*¿Tienes planes?* —le envié el texto a Elena.

Ella respondió unos segundos después.

—*No, acabo de volver de la playa.*

Estuve tentado de preguntarle si había usado un bikini y si todavía lo llevaba puesto. Me encantaba mirar su cuerpo.

—*¿Tienes hambre?*

—*Para...* —ella respondió.

Me reí, amando su descarado regreso.

—*La cena, comida y tal vez algún postre.*

No era muy bueno para coquetear, lo sabía, pero eso no me impidió intentarlo.

—*Suena bien, te estaré esperando. Nos vemos en treinta minutos.*

Cerré todo y salí rápidamente de la oficina. Tenía planes, y eso era una rareza para mí. Cuando llegué al ascensor, tomé mi teléfono y busque la aplicación de uno de mis restaurantes chinos favoritos y rápidamente pedí mucha comida para ser recogida en veinte minutos.

No me molesté en llamar a uno de mis choferes, sino que opté por llamar a un taxi, llegaría en menos tiempo y yo tenía prisa. Estaba completamente ansioso y sólo había estado lejos de ella por menos de ocho horas.

Con la comida en la mano, hice que el taxi me llevara al hotel. Al darme cuenta estaba caminando a toda velocidad por el vestíbulo en dirección a los ascensores.

El olor de la comida china en la bolsa que llevaba me recordó que me había saltado el almuerzo y tenía mucha hambre.

Llamé y esperé. Al llegar a su habitación toqué suavemente, cando abrió la puerta, literalmente perdí el aliento, era tan hermosa, que incluso con un par de mallas y una camiseta holgada se veía

bien.

—Hola —dijo ella, quedándose atrás y dejándome entrar.

—Hola, espero que tengas hambre —dije con una risa—. Puede que me haya dejado llevar un poco cuando lo ordené.

—Tengo mucha hambre, y eso huele delicioso —dijo—. Podemos comer en la mesita de aquí o en la terraza.

—La terraza suena bien —dije, recordando la última vez que estuve en una con ella y cómo había funcionado—. Prefiero el aire fresco.

Nos repartimos la comida, cada uno agarrando suficiente de cada caja antes de instalarnos en las sillas de la terraza.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó.

—Bien. No creo que me hayan extrañado en absoluto mientras estuve fuera —sonreí.

—Tienes el mejor equipo en el negocio. Esperaría que pudieran mantener las cosas a flote mientras no estás, te mereces un tiempo libre. Tú y mi papá son muy parecidos, ¿sabes?

—¿Nos parecemos? ¿Cómo es eso? —tenía una curiosidad genuina.

—Ambos están dedicados a su trabajo, y están convencidos de que el mundo se saldrá de su eje si se toman unos días de descanso. Los dos tienen una verdadera vocación por su trabajo, a su gente, y lo encuentro admirable. Había escuchado hablar que una chica tiende a sentirse atraída por tipos que tienen muchos rasgos de su padre, ahora supongo que es verdad —se rio.

—Cuéntame más sobre tu padre —dije, queriendo saber más sobre la mujer que estaba captando mi corazón.

Ella sonrió, y sus ojos se iluminaron.

—Es un gran tipo, la verdad creo que me quedaría sin palabras al tratar de describirlo. Creció muy pobre, cuando todavía era un niño tuvo que dejar la escuela para ayudar a mantener a su familia, siempre dice que no estaba hecho para los estudios, pero eso está mal, es muy inteligente, y la mayor parte es autodidacta. Se sacrifica por los demás y no le da importancia, cuando intentas agradecerle sólo se encoge de hombros y ya está, creo que por eso todos lo aman.

—¿Qué clase de sacrificios? —pregunté por curiosidad.

—Oh, Dios, podría hablar por horas. Es el tipo de persona que le daría su último dólar al tipo de la calle que pide ayuda para su familia, incluso cuando no tenemos nada de sobra. Recuerdo cuando era pequeña, y salimos del supermercado con nuestras bolsas. Había una joven con dos niños pequeños, sostenían un pequeño cartel pidiendo ayuda, al verlos mi padre se detuvo y buscó en las bolsas que traía sacando para ellos, uno de los niños estaba aterrorizado, al parecer la chica había escapado de una horrible situación de abuso con nada más que sus hijos y la ropa que llevaban puesta, mi padre no sólo les dio nuestra comida, de la que no podíamos prescindir, sino que insistió en que se subieran al auto y condujo treinta millas hasta una ciudad cercana donde había un refugio para mujeres. Creo que probablemente tenía seis o siete años en ese momento, pero desde allí supe que era un superhéroe —sus ojos brillaban con orgullo.

Asentí.

—No me digas, parece que debería estar listo para la santidad.

Se rio.

—Algo así, aunque no le gustaba la religión, pero me dio las historias estándar para vivir. Me

decía que siempre tenía que dar, incluso si creía que no tuviera que hacerlo, porque no importaba lo poco que yo tuviera, alguien tenía menos que yo.

—Mierda, me siento tan inadecuado —dije, sacudiendo la cabeza con asco por mi opulento estilo de vida cuando tipos como su padre daban todo cuando tenían tan poco.

—No te sientas inadecuado. Mi padre es un poco diferente al resto, y por eso es especial. Si todo el mundo fuera como él, no sería tan especial.

Sacudí la cabeza.

—Aun así, suena increíble, me gustaría conocerlo algún día.

Se burló.

—No sé si mi padre se subirá a un avión, tendrías que ir a él.

—Nunca se sabe, podría suceder.

—Valdría la pena que te molestes en conocerlo, no quiero presumir, pero mi padre es increíble, es mi todo. Desde hace un tiempo decidí que nunca se va a enfermar o morir, estará por aquí hasta que yo muera.

Me reí.

—Suenas bastante segura de eso.

—Lo estoy.

—Bueno, te envidio —dije—. Tengo que prepararte para mañana, mi familia no es nada de eso

, te harán repensar todo lo que crees saber de mí.

—Para —dijo ella, riéndose—. Estás exagerando.

Sacudí la cabeza.

—No lo estoy. Ni en lo más mínimo, mi familia es ruidosa y bulliciosa, y todos dicen lo que se les ocurre, no tienen filtros. No creo que traten de ser intencionalmente groseros, pero sucede.

—Estaré bien. He tratado con personas toda mi vida, y puedo soportar la mala educación. No soy una flor marchita.

Se veía tan dulce e inocente. Sabía que mi madre se la comería viva si se le metía en la cabeza que no le gustaba Elena por una razón u otra, no podía imaginar que pretextos encontraría para no quererla, sabía que podía encontrar la culpa con solo mirara a los ojos, y no ocultaría lo que pensaba al respecto. Sus opiniones tendían a ser expresadas en voz alta.

Sacudí la cabeza.

—Si alguien dice o hace algo que te haga sentir incómoda, me lo dices ¿ok? No toleraré que te maltraten.

Ella extendió la mano a través de la mesa y me tocó la mía.

—Adrián, creo que te estás preocupando demasiado, con solo verte no puedo imaginar que hayas sido engendrado por monstruos, tu madre te quiere y desea lo mejor para ti y lo entiendo perfectamente. Me comportaré lo mejor posible, y si me salen con algo. Me quedaré callada y me iré, no quiero causarte ningún problema. He tratado con gente que me ha mirado con el ojo izquierdo durante la mayor parte de mi vida, confía en mí, no es nada nuevo.

Sacudí la cabeza otra vez.

—No, eso no está bien. Si mi madre te dice algo fuera de lugar, dímelo —guiñó el ojo.

—Soy una chica grande, puedo manejar mi negocio.

Me reí, tratando de imaginarla como una mujer campesina. Había visto películas y programas de televisión americanos que mostraban el estereotipo.

—¿Sabes disparar un arma? —pregunté, recordando las diferencias en nuestras culturas y

leyes.

—Sí, pero no salgo a disparar todo el tiempo, y cuando lo hago, no uso pequeños shorts y botas de vaquero —dijo secamente.

Sonreí, proyectando la imagen en mi mente.

—No me importaría ver eso.

Se rio.

—Gracias, pero no esperes ver eso pronto.

—¿Ni siquiera una vez, si te lo pido muy amablemente? —me burlé y ella se encogió de hombros.

—No empaqué mis botas de vaquero.

—Maldición.

—En serio, deja de preocuparte por el mañana. Nos divertiremos, sólo piensa que será divertido y así será. Si llegas estresado esperando que tu madre diga algo que te moleste, lo encontrarás irritante, todo se trata de la mentalidad, ten pensamientos felices.

—Lo tendré en cuenta. Ahora mismo, tengo algunos pensamientos felices que puedes ayudar a dar vida —moví mis cejas.

Se levantó de su silla y se acercó a mí, extendiendo su mano por mi cabello y acariciando mi nuca con sus uñas, incliné la cabeza hacia atrás, mirándola desde donde estaba sentado, y me sentí el hombre más afortunado del mundo. La tenía para mí, y estaba a punto de tener su cuerpo.

—¿Tus pensamientos felices tienen algo que ver con que estemos desnudos? —susurró.

Apoyé mi cara en su mano que se había movido para acariciarme.

—Si...

—Hmm, me gustan esos pensamientos, pero esta noche, creo que tenemos que entrar. No tenemos la privacidad, y no me interesa mostrarle al mundo todas mis partes femeninas —se inclinó para dejar caer un beso en mi cabeza.

—No quiero que muestres al mundo nada, preferiría que eso quedara entre nosotros.

Me puse de pie, su mano se deslizó por mi pecho. Me encantó la forma en que me tocó con la más mínima vacilación. Sabía dónde tocarla, dónde poner mis labios para alejar toda duda y convertirla en la feroz gatita salvaje que sabía que podía ser.

Se rio suavemente.

—Con gusto te mostraré mis partes femeninas.

—Me gusta mirar esas partes de mujer —dije, siguiéndola a la habitación.

Dejó de caminar y se volvió hacia mí, quitándose la camisa y mostrándome que no tenía pantalones debajo, me tomó menos de dos segundos para que mi pene se pusiera duro. Ella se tocaba los pechos de manera provocativa.

—¿Estas partes de mujer? —preguntó provocativamente.

Asentí, con la boca abierta.

—Sí, justo esas partes. ¿Puedo tocar? —mi voz era ronca con deseo.

—Te he mostrado lo mío. Es hora de que yo vea lo tuyo.

Me quejé. La mujer iba a matarme con éxtasis, pero debía admitir que era una manera muy buena de comenzar.

Capítulo Veintiocho

ELENA

ME ESTREMECÍ AL VER AL HOMBRE GRANDE ARRANCAR SU PROPIA ROPA COMO SI FUERA TÓXICA.

Estaba de pie en el centro de la habitación, en ropa interior y con una gran erección, mientras me miraba con unos ojos que me devoraban.

Lentamente empecé a sacudirme los leggins, bajándolos poco a poco, revelando la pequeña tanga negra que llevaba debajo.

—Te deseo —dijo con una voz profunda. Sonreí.

—Soy toda tuya.

Sacudió la cabeza.

—No, te quiero completa, necesito probarte.

La forma en que me miraba, era como si fuera el postre más exquisito que había visto, casi me hace tener un orgasmo justo ahí delante de él, tuve que lamer mis labios repentinamente secos.

—Bien —respiré.

—Desnuda —dijo, sin moverse hacia mí—. Te necesito desnuda.

Me paré justo en la puerta de la habitación individual dentro de la suite del hotel, no era tan elegante como en las que nos habíamos quedado en Atenas, pero para mí era un lujo.

Sin dudarlo ni un segundo más, en parte porque la mirada en sus ojos me decía que podría destrozarme las bragas si no me las quitaba por mi propia cuenta, comencé a bajarlas por mis piernas. Levanté la vista, buscando mirarlo a los ojos, pero él estaba vagando por todo mi cuerpo, estudiando cada centímetro de mí.

Me sentía intimidada bajo su mirada tan intensa, pudo notarlo así que se acercó a mí como un depredador a su presa, la mirada en sus ojos era peligrosa. Una mujer más inteligente habría corrido, pero no yo, simplemente esperé para que me hiciera suya.

Me besó fuertemente, mientras sus brazos me rodearon y me tiraron contra su duro cuerpo, podía sentir lo caliente de su piel, era un hombre feroz, apasionado y desenfrenado, hambriento de placer carnal, y yo estaba feliz de alimentarlo.

Gemí, envolviendo una pierna en la parte posterior de sus rodillas, acercándolo a mí, frotándome contra su pene.

Me levantó y se paseó por la habitación conmigo, sin soltar mis labios, antes de depositarme en la gran cama dejando que mis piernas colgaran. Se paró en frente de mí, mientras su pecho se movía de arriba abajo, su respiración se hacía más fuerte y sus fosas nasales se ensanchaban a medida miraba mi cuerpo desnudo desplegado frente a él.

Me estremecí. Todo mi cuerpo estalló en calor y escalofríos al mismo tiempo, sabía que algo intenso se avecinaba, era un pinchazo de excitación, miedo y lujuria enrollado en una sensación de locura. Mi piel se sentía tensa bajo su mirada lujuriosa.

—¿Adrián? —susurré su nombre, deseando que me tocara.

—Quiero mirarte, deseo saber todo lo que hay que saber de ti.

Levanté mi brazo, esperando atraerlo a venir a mí. Se arrodilló al lado de la cama, sentí una sacudida en todo el cuerpo cuando me agarró las piernas y me tiró hacia adelante, luché contra el impulso de cerrarlas y alejarme de él. Era algo extremadamente íntimo, tan atrevido, y nada que hubiera hecho antes.

—Adrián —dije su nombre otra vez.

Sus ojos se encontraron con los míos mientras yo miraba mi estómago plano hacia donde estaba colocado entre mis piernas.

—Shh, recuéstate y déjame darte un festín.

Mis ojos se abrieron de par en par al verle mover su boca hacia mí, su lengua se deslizó sobre mis pliegues, y yo jadeé, con la espalda arqueada y los ojos cerrados. Sentía como una corriente caliente atravesaba mi cuerpo, volvió a lamer, y una de sus manos se deslizó entre mis muslos separando mis piernas. Estaba completamente abierta, expuesta y vulnerable a él.

La vacilación y el miedo que había sentido hace unos segundos se evaporó, siendo reemplazados por la euforia. Mi cuerpo temblaba mientras él pasaba la lengua por los pliegues sensibles, cosquilleando, burlándose y haciéndome sentir cosas que nunca antes había experimentado. Me sentía como un instrumento musical que él estaba tocando a su merced, cada roce de su lengua creaba una hermosa melodía en mi cabeza.

Cuando esa misma lengua me empujó dentro de mí, la melodía irrumpió en una orquesta completa. Mi cuerpo se tensó como una cuerda de arco, arqueándose contra su boca y empujando su lengua más profundamente dentro de mí.

Grité, la única cosa que sabía hacer para liberar la tensión que se movía a través de mi cuerpo. El orgasmo era explosivo, enviándome al cielo, podía ver pequeños puntos de luz que aparecían frente a mis ojos cerrados. Me sentía entumecida y demasiado sensible al mismo tiempo que iba reaccionando a la realidad.

Luego de hacerme correr en su boca, Adrián comenzó a subir por mi vientre, tomando un camino hacia mis pechos, sentía como los lamía y se detenía a jugar con mis pezones, yo sólo podía gozar de placer, hasta que finalmente logré abrir los ojos y mirarlo con asombro.

—¿Estás bien? —preguntó.

Me quejé.

—Dios mío, mucho mejor que bien.

Sonrió, levantándose por los brazos y deslizándose sobre la cama.

—Bien, porque aún no he terminado contigo.

Una réplica me atravesó el cuerpo.

—No estoy segura de que me quede nada.

—Sí, confía en mí, te queda, date vuelta —su voz era firme y dominante.

Ahora sabía que debía confiar en él, todo lo que me dijo que hiciera me produjo un gran placer, yo era su esclava sexual, cualquier cosa que pidiera, yo estaba más que feliz de complacerlo, al final era yo la que salía beneficiada.

Su gran mano recorrió mis hombros, apretando y aplicando presión antes de deslizarse por mi espalda, llevó su manó hasta mis nalgas acariciándolas suavemente, antes de bajarlas y hasta piernas y abrirlas un poco más. Sentía sus rodillas a mis lados en la cama, me sacudió las caderas, mientras mi pecho aún estaba presionado contra el colchón.

Mi corazón latía con fuerza, la anticipación de lo que vendría me dejó sin aliento. Apreté fuertemente la sábana, esperando el primer roce de él entre mis piernas, sentía como la cabeza de su pene pasaba por mis muslos antes de llegar a mis pliegues hinchados, luego, me penetró lentamente sintiendo una suave presión dentro de mí, ajusté mi posición, arqueando mi espalda y extendiendo mis rodillas para darle acceso total a mi cuerpo.

—Eso es todo —dijo calmado—. Oh Dios, estás tan apretada y mojada.

Cerré los ojos, hundiéndome en la sensación, era demasiado bueno para ser cierto. Podía sentir como mi cuerpo acababa, queriendo más del éxtasis que sólo él puede darme.

Me estiró completamente en la cama, llenando mi cuerpo con el suyo, sus manos se movían por todo mi cuerpo, yo sentía que me quemaba, era una sensación que no había experimentado antes. Recostó su cuerpo sobre el mío y me penetró con fuerza.

—Oh Dios —gemí, apretando su pene dentro de mi cuerpo.

Gimió, y puso sus labios en la parte posterior de mi cuello, sus dientes raspaban mi carne antes de mordisquear y chupar, no movía la parte inferior de su cuerpo, pero no necesitaba hacerlo, el hecho de que estuviera dentro de mí, acunado en mi vagina, era mucho más excitante que cualquier cosa que hubiera experimentado.

—Te sientes tan bien a mí alrededor —susurró—. Tengo que moverme, necesito cogerte.

Me quedé sin aliento.

—Quiero que me cojas.

Se puso de rodillas, apoyando su peso en sus brazos mientras comenzaba a deslizarse lentamente dentro y fuera de mí

cuerpo. Su ritmo era lento y constante, arrastrando el placer.

—Más —gruñó, levantando un poco mi pelvis, mientras mi cabeza todavía abajo.

Su cuerpo se estremecía contra el mío, comenzó a penetrarme más rápido y con fuerza, sentía como nuestra piel se erizaba con cada contacto, los gemidos y jadeos se mezclaban y la ocasional palabra de maldición llenaban el aire. Era feroz. Logré voltearme y abrirme más para él, clavándole las uñas en el trasero, animándolo a hacerlo más fuerte.

—¡Maldita sea! —gritó.

Volví a apretar, empujando mi cuerpo contra el suyo y llevándolo más profundo, la erupción de éxtasis me tomó por sorpresa, gritaba de placer, solté su trasero para tomar las sábanas de mi cama, mientras me penetraba cada vez más rápido, hasta que fue él quien gritó su liberación.

Su cuerpo tuvo un violento espasmo contra el mío, provocando gemidos de lo que parecía ser un dolor, había perdido el control completo de sí mismo.

Se desplomó a mi lado en la cama, sacudiendo el colchón, yo simplemente luchaba por recuperar el aliento.

—Dios mío —jadeé.

—Estás bien —murmuró.

—Estoy bien, mejor que bien. ¿Tú lo estás?

Se rio.

—No lo sé todavía, te lo haré saber en un par de minutos, creo que podría estar muerto.

Me reí, girando mi cara para mirarlo.

—Pareces vivo, tal vez un poco muerto.

—Me siento un poco muerto, pero en el buen sentido.

Encontré la fuerza para poner mi mano en su pecho. Presioné mi palma sobre su fuerte y palpitante corazón y sonreí.

—Definitivamente vivo.

No dijo nada durante varios largos minutos. Prácticamente podía oír sus pensamientos y sabía que estaba preocupado por el día mañana.

—¿Estás segura de que todavía quieres ir mañana? —finalmente preguntó.

—Estoy segura, estaré bien, te lo prometo, no te preocupes por eso.

—Está bien, pero si...

—Adrián, las cosas estarán bien. ¿Por qué no dormimos un poco? —esperaba que se relajara un poco.

—¿Quieres que me quede?

—Sí, ¿quieres, por favor? —pregunté, no queriendo dormir sola.

El hombre me había malcriado en Atenas, no quería volver a dormir sola. Me gustaba estar acurrucada a su cuerpo sintiendo su calor, me sentía conectada a él cuando estábamos durmiendo, como si nuestras almas estuvieran descansando juntas.

—Lo haré. Diablos, no estoy en posición de ir a ninguna parte —dijo con una pequeña risa.

—Eso es muy bueno para mí.

Me levanté de la cama y lo tomé de la mano para acomodarnos bajo las sábanas, una vez allí nos acurrucamos como lo hicimos todos estos días en Atenas, mi cabeza apoyada en su pecho y su brazo rodeándome. Mientras estaba allí pensando en el día de mañana y en lo estresado que estaba él por ello, empecé a tener algunas dudas.

Me preguntaba si había algo de qué preocuparse, nunca había conocido a alguien a quien no le cayera bien, o no le gustara mi forma de ser, no estaba segura de como manejaría las cosas, Probablemente no sería tan malo si estuviera en mi territorio, pero iba a estar a su merced.

Tenía que tener cuidado con lo que decía y hacía, era su familia, y al final, era mi jefe. Si hiciera algo que los ofendiera, probablemente terminaría despedida y en el primer avión de regreso a los Estados Unidos con una enorme marca negra en mi currículum.

Tal vez conocer a su familia no era tan buena idea, pero ya era un poco tarde para arrepentirme. Lo había presionado y animado a que me llevara, prometiéndole que todo estaría bien.

Realmente, realmente esperaba no dispararme en el pie con mi oferta de ser su novia falsa.

Capítulo Veintinueve

ADRIÁN

ME LEVANTÉ TEMPRANO Y VOLVÍ A MI CASA PARA DUCHARME Y CAMBIARME PARA LA REUNIÓN familiar. Sabía que mi madre decía casual, pero eso significaba que debía ir bien vestido, podría saltarme el traje, pero aun así necesitaba

usar pantalones de plises y una camisa abotonada, sólo esperaba que no hiciera demasiado calor.

Cuando volví al hotel, Elena estaba lista para irse. Se reunió conmigo en el vestíbulo del hotel para ahorrar tiempo.

—Te ves impresionante —dije, caminando a través del gran vestíbulo y directamente a sus brazos.

Llevaba un bonito vestido de verano rosa y blanco con sandalias de cuña, se veía femenina y bonita, como ella. Llevaba una cola de caballo baja, mostrando su hermoso cuello del que me encantaba darme un festín.

—Gracias. Espero que sea suficiente, no quiero estar mal vestida, pero tampoco que parezca que me esfuerzo demasiado.

Me reí y le di un beso rápido.

—Es perfecto.

—Yo soy la que está nerviosa ahora —se quejó.

—No podemos estar nerviosos al mismo tiempo —le dije, tomando su mano y caminando por el vestíbulo del hotel.

Me di cuenta que las personas alrededor nos observaban. Sabía que la miraban y pensaban que era un hombre afortunado por tenerla en mi brazo, o mejor dicho en mi mano, tenía suerte, estaba orgulloso de ir a cualquier lado con ella, y esperaba que mi madre la aprobara, así no fuese real.

Nos subimos en mi Mercedes, ella en el asiento de copiloto y yo al volante, luego de respirar profundamente puse el auto en marcha.

No importaba cómo fueran las cosas con mi familia, sabía que sería algo que recordaría durante mucho tiempo. Si la amaban, nunca me dejarían vivir al momento de nuestra “ruptura”, no se enterarían de que era falso, y si la odiaban, iban a recordarme constantemente a la chica que traje a casa aquella vez.

—Oye, todavía no es tu turno —dijo Elena con una sonrisa, extendiendo su mano para apoyarla en mi pierna.

—¿Mi turno? —pregunté, mirando hacia ella antes de volver a poner mis ojos en el camino.

—Al estrés —dijo—, todavía estoy estresada por si tu familia me va a aceptar o no, es mi turno aún.

Me reí entre dientes.

—Ya veo, avísame cuando sea mi turno. Podríamos dar la vuelta y dirigirnos en la dirección opuesta, llamaré y le diré que surgió algo.

—No podemos hacer eso, te tengo a ti y tú me tienes a mí, ¿verdad?

La miré y me di cuenta de que éramos un equipo. Sin importar el estado de nuestra relación, sabía que ella me cubriría las espaldas.

—Bien.

Estaba conmocionado, irritado y abrumado al mismo tiempo cuando pasamos con el auto por el portón principal de la casa de mis padres. Parecía que su reunión era una verdadera reunión familiar, miré a Elena, que estaba mirando todos los autos estacionados en la entrada y afuera de la calle.

—¿Esta es tu familia? —preguntó.

—Mi familia extendida, supongo —me quejé.

Sacudí la cabeza, apagando el auto. Esto no era lo que esperaba, mi familia era ruidosa y

bulliciosa por su cuenta, a eso se le añaden los primos, tíos y tías a la mezcla, y seguro que es una receta para el desastre.

—Estará bien —dijo Elena, y no estaba seguro de si me hablaba o se tranquilizaba.

Me acerqué y le agarré la mano, dándole un buen apretón antes de salir del auto. Le abrí la puerta del pasajero, y con su mano en la mía, caminamos hacia la puerta principal.

Toqué esperando lo mejor, pero mi madre abrió la puerta y pude ver en su cara la desaprobación, y ella ni siquiera la había conocido, estaba a punto de salir de allí.

—Adrián, estoy tan contenta de que hayas podido venir —dijo mi madre antes de volverse para mirar a Elena.

Le dio la espalda, y no era sólo porque Elena fuera varios centímetros más alta que ella. Suspiré, sabiendo que no estábamos teniendo un buen comienzo, mi madre estaba decidida a odiar a cualquier mujer que yo eligiera, estaba convencida de que todas iban detrás de mi dinero y no se preocupaban realmente por mí, ante sus ojos, nunca habría una mujer lo suficientemente buena para mí, a menos que la eligiera ella.

—Gracias por la invitación, no sabía que ibas a invitar a toda la familia —dije secamente.

Se encogió de hombros.

—Pensamos que sería bueno reunir a todos.

—Ya veo. Mamá, ella es Elena. Elena, esta es mi madre, Lisa.

Mi madre le dio una mirada superficial.

—Puedes llamarme Sra. Patton —dijo en un tono altivo.

—Mamá —dije con voz de advertencia.

—Entra. Tengo invitados que atender —ignoró mi tono y se fue.

Miré a Elena y vi la mirada de dolor en su cara. Mi madre la había despreciado, sin darle la oportunidad de decir una palabra. A veces, lograba molestarme mucho, pero tenía la esperanza de que por lo menos fuera educada como mínimo. Sólo esperaba que el resto de mi extensa familia fuera mucho más amable.

—¿Estás bien? —le pregunté a Elena, y ella sonrió.

—Estoy bien.

—Lo siento. No debería haberte dejado hacer esto, mi mamá, puede ser un poco difícil a veces.

—Está bien, de verdad, puedo manejarlo. Así que no le gusto, tranquilo sobreviviré —se encogió de hombros.

—Quédate conmigo y te protegeré ahí dentro —le dije.

Se rio.

—No puede ser tan malo.

Hice una mueca.

—No estoy tan seguro de eso.

Pasamos a la casa, cerrando la puerta tras nosotros. Seguí los sonidos de las voces y las risas, había un grupo en la sala, eran algunos de mis primos lejanos, así que seguí caminando, dirigiéndome hacia el patio trasero donde habría un poco más de espacio y no nos sentiríamos tan atrapados.

—¡Adrián! —mi padre me saludó.

—Hola, papá.

—No pensé que vendrías —dijo con una risa.

—Dije que lo haría. Papá, ella es Elena. Elena, este es mi padre, Stavros.

—Hola Stavros, quiero decir, Sr. Patton —dijo ella, torpedeando sus palabras.

—Puedes llamarme Stavros —le dijo, poniéndola a gusto, a diferencia de la forma en que mi madre

la había tratado.

—Gracias, es un placer conocerlo, ya veo de dónde saca Adrián su altura —ella sonrió, y mi padre hizo lo mismo asintiendo.

—Todos mis chicos son hombres buenos y fuertes.

—Apuesto a que lo son —estuvo de acuerdo.

—Adrián, tráenos un trago a Elena y a mí —me dijo.

La miré, asegurándome de que estaba de acuerdo con eso.

—Cualquier bebida dietética o agua funcionará para mí.

Asentí.

—Volveré.

Confié en que mi padre fuera decente con ella. Nunca la habría dejado sola con mi madre, se podía sentir la tensión entre ambas y todo era culpa de ella, a pesar de todo iba a darle un tiempo pero si continuaba con su trato grosero hacia Elena, diría algo. Puede que no sea mi verdadera novia, pero era alguien a quien respetaba, y merecía que la trataran mejor de lo que estaba haciendo mi madre.

Rápidamente busqué en las neveras, cogiendo dos refrescos y una botella de agua antes de volver a donde mi padre y Elena todavía estaban hablando. Una tía que no había visto en mucho tiempo me retrasaba, pero nunca quité mis ojos de Elena en busca de cualquier señal que me dijera que debía sacarla de allí.

Me sentía muy culpable por haberla traído a esta casa. Mi familia se la comería viva, si tuviera la oportunidad, todos eran orgullosos hombres y mujeres griegos y no aprobaban particularmente

que ninguno de los de mi generación saliera con americanos, o cualquier otro que no hubiera nacido y crecido en las tradiciones griegas.

Me las arreglé para salir y volver a Elena, a la que se había unido una de mis primas.

—Hola, Amanda —saludé a la chica, que era dos años más joven que yo.

—¡Adrián! —dijo ella—. No sabíamos que tenías una novia, pensé que tu madre lo gritaría desde los tejados.

Puse los ojos en blanco.

—Sí, estoy seguro de que lo hará.

—Me la robaré —dijo Amanda—. Quiero presentársela a todos, además, el tío Stavros probablemente la está aburriendo hasta la muerte.

—Fue muy agradable hablar contigo, Stavros —dijo Elena rápidamente.

—Aquí está tu bebida —le dije, entregándole la lata dietética.

—Supongo que volveré —dijo mientras Amanda la alejaba.

Me volví hacia mi padre, que sonreía de oreja a oreja.

—Camina conmigo. Necesito buscar algo en el estudio.

Ese era el código para: quería tener una conversación privada. Cada vez que quería hablar con uno de nosotros lejos de los oídos de mi madre, de repente necesitaba algo del estudio, pero ese algo nunca aparecía y salíamos con las manos vacías.

—¿Qué pasa? —le pregunté al entrar al estudio.

Me senté en una de las sillas de cuero del pub, esperando escuchar lo que tenía que decir, se sentó en la otra silla y me miró, sonriendo.

—Me gusta.

—¿Elena?

—Sí, Elena —dijo con sarcasmo—. ¿Trajiste a otra mujer?

—No, no lo hice. Me alegro de que te guste.

Asintió.

—Me gusta, pero es americana.

Me encogí de hombros.

—¿Y qué?

Me miró con confusión.

—¿Por qué traerías a una americana aquí? Sabes que tu madre quiere que te cases con una orgullosa mujer griega.

—Porque mi madre no es la que pasaría el resto de su vida con la mujer que elegí para casarme —dije—. Elena es mi novia, no estamos hablando de matrimonio.

Demonios, ni siquiera habíamos hablado de una relación, y mucho menos de comprometernos. No iba a decirle que todo era una farsa sólo para quitarme a mi madre de encima, eso sólo empeoraría o mejoraría las cosas.

—Es una buena chica, pero es americana —repitió.

—Papá, sé de dónde es ella, es una buena mujer. Dijiste que te gustaba. ¿Cuál es el

problema? ¿Quieres decir que realmente negarías mi felicidad con una mujer por el lugar donde nació?

—Creo que hay muchas chicas de aquí que serían una esposa adecuada para ti, que conozcan y entiendan nuestras culturas y aprecien nuestras tradiciones y costumbres.

—¿Cómo sabes que Elena no lo haría? —pregunté—. No le estás dando una oportunidad, y está

bastante claro que mamá tampoco. Por favor, no me decepciones, la están juzgando sólo por su ciudadanía, ustedes son mejores que eso.

—Tal vez lo somos, tal vez no. Creo que fue un error que la trajeras.

Entrecerré los ojos, me decepcionó, pensaba que él sería la única persona que me apoyaría, un aliado en esta situación. No esperaba que mi madre recibiera a Elena con los brazos abiertos, pero la total hostilidad me estaba molestando.

—Bueno, será tu pérdida si no te das la oportunidad de conocerla —dije—. Llevarás una vida miserable y aburrida si sólo hablas con las personas de Grecia.

—Hablo con la gente todo el tiempo, sólo te advierto que te lo pienses dos veces en esta relación. Es americana y no conoce nuestras costumbres, ella querrá irse a casa pronto. ¿La seguirás o te darás por vencido con ella?

—No lo sé, papá.

—Es algo en lo que hay que pensar. Darle tu corazón a una mujer que no puedes tener te hará una persona miserable.

—No le he dado mi corazón —discutí.

Inclinó la cabeza hacia un lado y me estudió de cerca.

—¿No lo has hecho?

Capitulo Treinta

ELENA

AMANDA ME LLEVÓ, HIZO ALGUNAS PRESENTACIONES, Y LUEGO ME ABANDONÓ PARA IR A CUIDAR A SU hija. Me encontraba un poco perdida y sin saber qué hacer cuando comencé a notar que la mayoría de las mujeres no estaban en el patio, así que sospeché que se encontraban en la cocina.

Estaba acostumbrada a ayudar en las muchas comidas y picnics en casa así que decidí ser útil.

—Hola, ¿puedo ayudar en algo, Sra. Patton? —pregunté, entrando en la cocina y encontrándola a ella y a otras dos mujeres cortando fruta.

—No, gracias —dijo ella, de manera nada amistosa.

—Puedes cortar ese queso —dijo una de las mujeres, señalando a un trozo de queso cheddar apoyado en una tabla de cortar.

—Perfecto, me encantaría —dije, aliviada de ser de alguna ayuda.

La Sra. Patton dijo algo en griego. Me di cuenta de que me estaba dejando fuera a propósito, las advertencias de Adrián no eran en vano, su madre era extremadamente fuerte y obviamente me odiaba.

—¿Eres de América? —preguntó una de las mujeres.

Asentí.

—Sí, lo soy, estoy trabajando en la empresa de Adrián como pasante.

—Oh, ¿trabajas con él? —preguntó la mujer.

Traté de ocultar mi mueca, dándome cuenta de que tal vez dije demasiado.

—Sí.

—Así que, ¿sólo han estado juntos por poco tiempo? —la Sra. Patton interrumpió.

—Sí.

—Ya veo.

Hubo más conversación en griego antes de que las dos mujeres tomaran los tazones de fruta cortada y salieran de la cocina, dejándome a solas con la madre de Adrián. En mi mente, acababa de subir al ring, y más vale que esté preparada para unos cuantos golpes.

—Esta es una gran fiesta —dije educadamente—. ¿Hacen este tipo de cosas a menudo?

Dejó caer el cuchillo que sostenía y dio la vuelta a la isla central. Se paró frente a mí colocando una mano en su cadera mirándome de arriba abajo, era su manera de intimidarme, y si la situación hubiese sido otra, habría sido efectivo. Tal como estaba, no me asustó en lo más mínimo, había tratado con mujeres como ella toda mi vida.

—Sí —dijo ella—. ¿Por qué estás con mi hijo?

—¿Perdón?

—Pregunté, ¿por qué estás con mi hijo? ¿Es su dinero?

Levanté las cejas.

—¿Su dinero? ¿Por eso cree que estoy con Adrián? ¿Ha visto a Adrián? ¿Ha hablado con él? ¿Lo conoce?

Ella me miró fijamente.

—Conozco a mi hijo muy bien, y también a los americanos, sé que todo lo que buscan es dinero, venden sus cuerpos y su dignidad con tal de conseguirlo. Hacen esos estúpidos programas de televisión y se toman fotos desnudas para luego venderlas en internet, para ustedes todo se trata de eso.

Sonreí, respirando profundamente por la nariz antes de soltarlo lentamente.

—Adrián es un hombre bueno y amable, y su dinero no significa nada para mí.

—No creo eso ni por un segundo —dijo.

—Y esa es tu prerrogativa —dije con una voz dulce, haciéndole saber que no iba a obtener una mala respuesta de mi parte—. Creo que voy a llevar este queso a la mesa. ¿Necesitaba que tomara algo más?

No le faltaría el respeto a Adrián y discutiría con su madre, me había costado mucho mantener la boca cerrada ante sus palabras, no dejaría que me doblegara. Me prometí a mí misma que si seguía adelante, diría algo, pero las palabras serían lo que me quebraran, había oído y visto prejuicios toda mi vida, no era nada nuevo.

Llevé el plato hasta la mesa del patio y busqué a Adrián. Necesitaba un trago pero había dejado el mío en la cocina, y no había manera de que volviera para conseguirlo, me sentía fuera de lugar mientras notaba como todas las miradas se venían hacia mí.

Mi cabello rubio y mi piel clara sobresalían en un mar de tonos oscuro con hermosas tez aceitunada.

—Pareces perdida —escuché una voz profunda decir.

Me di la vuelta y encontré a Stavros viniendo hacia mí. Escaneé el área en busca de Adrián, pero aun así no lo veía.

—No me perdí, sólo estoy disfrutando del paisaje. Tienes una casa hermosa, y este patio trasero es increíble.

Sonrió y asintió.

—Tenemos que agradecer a nuestro hijo por todo esto.

—Debes estar muy orgulloso de él.

—Lo estamos —dijo—, es un buen chico, aunque su madre aún piensa en él como su bebé.

Podría decir que Adrián obtuvo su lado amistoso de su padre, porque ciertamente no vino de la mujer de la cocina, era dura, hastiada y prejuiciosa contra los pobres.

—Ahí estás —dijo Adrián, caminando hacia nosotros y poniendo su brazo alrededor de mis hombros. Me incliné hacia él, aliviada de tenerlo de nuevo a mi lado.

—Has vuelto.

—¿Todo bien? —preguntó, mirándome a los ojos.

—Sí, genial —dije con una brillante y falsa sonrisa.

—Los dejaré solos, necesito encontrar a mi hermano —Stavros se fue.

—¿Está todo bien contigo? —pregunté en voz baja.

Asintió.

—Sí, mi padre sólo quería hablar un minuto. ¿A dónde te habías ido? Volví y no te vi. Me preocupaba que hubieras tratado de encontrar el baño y terminaras en el océano —bromeó.

—Estaba en la cocina... con tu madre —se puso tieso.

—¿Oh?

—Está bien. Corté un poco de queso y lo traje al patio.

—Bien, bien —dijo, sonando aliviado.

Ahora lo entiendo todo. Conocía bien a su madre, podía cortar a alguien en pedacitos con su lengua afilada, y él lo sabía. Sospechaba que sus antiguas novias habían sido objeto de su cálida bienvenida.

—¡Estamos listos para comer! —la Sra. Patton gritó, aplaudiendo.

Fue un poco como un maremoto. El mar de gente se precipitó hacia las mesas, haciendo cola mientras charlaban y reían. Todos parecían personas muy unidas y felices, por un momento llegué a envidiar todo el asunto de la gran familia, pero por encima de todo apreciaba el vínculo que tenía con mi padre. Éramos sólo nosotros dos, y nunca tuvimos que preocuparnos por un montón de drama.

—Mantén tus manos adentro, y estarás bien —bromeó Adrián mientras nos poníamos en la fila.

—Parecen tener hambre —dije con una risa.

Llenamos nuestros platos con un poco de todos los alimentos de lo que encontramos, algunos de los cuales nunca había oído hablar, y nos dirigimos a la mesa donde encontramos unos asientos libres.

Varias mesas habían sido unidas para crear una especie de U. Había un feliz zumbido de conversación mientras todos comían y se ponían al día con sus vidas.

—¿Todo el mundo ha conocido a la americana? —la Sra. Patton preguntó en voz alta desde su lugar en el centro de la U.

Cerré los ojos y me quejé por dentro, miré a Adrián, quien se había girado, con el ceño fruncido, para mirar a su madre desde donde estábamos sentados a su izquierda.

—Mamá, para, por favor —suplicó en voz baja.

—Mi hijo menor trajo a casa a una americana —dijo, prácticamente escupiendo la palabra.

Las conversaciones alrededor de las mesas cesaron, todo el mundo me miraba, podía sentir los ojos de todos enterrados en mí y sólo quería encogerme en mi asiento. Esperé a que Adrián saliera en mi defensa, pero no lo hizo.

Una voz masculina gritó desde el otro lado.

—¿Por qué una americana, Adrián? ¿No son las griegas lo suficientemente buenas para ti?

Miré alrededor, tratando de ver quién lo había dicho.

—Rechaza a todas las jóvenes adecuadas que le he presentado, en cambio, va a buscar en los rincones oscuros del mundo —su madre se burló.

Levanté las cejas, sabiendo que eso sería definitivamente lo que provocaría a Adrián.

—¡Madre! —regañó.

Usé mi mano para cubrir mi sonrisa, Adrián iba a ponerla en su lugar.

—¿Sí, hijo? —preguntó, con la voz fría y la mirada en su rostro un poco aterradora.

—Por favor, detente —dijo Adrián con una voz suave—. Ni siquiera has tenido la oportunidad de conocerla.

Mi boca se abrió. Lo miré, preguntándome a dónde diablos se había ido mi gran héroe masculino.

—No necesito conocerla —dijo con una sonrisa y mirándome directamente—. Ella trabaja para ti, ahora lo entiendo, te estás divirtiendo un poco con ella, las americanas son buenas para eso, así que cuando estés listo para sentar cabeza con una mujer de verdad, tengo algunas que me gustaría que conocieras.

Me aclaré la garganta, tomando un trago de la botella de agua que había recogido antes.

—Ya basta —gruñó Adrián.

No fue un gruñido fuerte de ninguna manera. Lo había visto ser más severo con un cliente al que intentaba enganchar para que trabajara con nosotros.

—No es suficiente de ninguna manera. Nos faltaste el respeto a la familia y a mí al traerla aquí.

Me volví para mirar a Adrián, esperando a ver qué decía.

—No hice tal cosa. Estás siendo irrespetuosa, te dije que estaba viendo a alguien y tú insististe en que la trajera.

Rizó el labio con asco.

—No habría extendido la invitación si hubiera sabido que era una americana quien trabaja para ti.

Había un jadeo alrededor de las mesas, como si trabajar para Adrián fuera como ser un mendigo. No entendía como podía ser así si cuando el mismo Stavros me había dicho que había sido su hijo quien compró su casa. Sabía que estaban cómodos, pero no eran ricos como su hijo, no eran mejores que yo.

—¿Qué estás diciendo? —Adrián enloqueció.

—Digo que tu novia, si así es como quieres llamarla, no es bienvenida en mi mesa.

Sonreí, puse la tapa de mi botella de agua, y lentamente empujé mi silla hacia atrás.

—Siento haber arruinado tu reunión familiar.

—No has arruinado nada —dijo.

—Adrián, no eres bienvenido a nuestra mesa hasta que aprendas a mostrar algo de respeto.

—Mamá, estás siendo ridícula —dijo—. Nunca te había visto tan odiosa y grosera. Papá, tienes que decirle que se controle.

—No hará tal cosa —gritó ella, golpeando su mano en la mesa—. No soy una mujer para ser manipulada, está de acuerdo conmigo, todos estamos de acuerdo en esto. No respetas tu herencia al traer a esa mujer aquí, y lo sabes perfectamente, no me sentaré aquí a comer como si nada cuando nos estás faltando el respeto descaradamente.

—¡No le estoy faltando al respeto a nadie! —Adrián dijo—. No sabía que había reglas sobre con quién podía salir.

—¡Lo sabías muy bien! —le gritó su madre.

Miré a su padre, que creía que había sido amable y me gustaba, pero me di cuenta de que sólo estaba siendo educado. Tampoco le gustaba la idea de que su hijo saliera con una americana, la verdad era extremadamente sumiso como para comentar algo al respecto.

Busqué en las mesas y encontré a Amanda. Parecía avergonzada, pero tampoco estaba dispuesta a hablar por mí, sabía que no me quería allí, no había razón para quedarme, Adrián no necesitaba una novia falsa, necesitaba un sacerdote para realizar un exorcismo.

—Voy a esperar afuera. Fue un placer conocerlos a todos, o al menos, creo que lo fue, que tengan un buen día —dije retirándome de la mesa.

Caminé por el patio con la cabeza en alto, no dejaría que la mujer pensara que me había roto, era una persona vil que necesitaba desesperadamente un serio ajuste de actitud.

Al salir de la casa cerré fuertemente la puerta principal, dejando salir parte de mi ira donde nadie podía presenciarlo.

Me hirieron, pero no por lo que ella dijo, sino por lo que Adrián no dijo.

Capítulo Treinta Y Uno

ADRIÁN

—ELENA —GRITÉ SU NOMBRE MIENTRAS SE ALEJABA, PERO NO SE DETENÍA.

—Déjala ir. No la necesitas —dijo mi madre, claramente muy satisfecha de haber ahuyentado a Elena.

Gruñí.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué hiciste eso?

Ella se deshizo de mis palabras.

—Puedes hacerlo mejor, no te atrevas a traer una mujer como esa a mi casa.

—¿Una mujer así? ¡Ni siquiera le diste una oportunidad!

Mi madre me frunció el ceño.

—Vete. No permitiré tu tono aquí, vuelve una vez que tengas tus prioridades claras.

No tenía palabras para describir lo que había hecho mi madre, me hizo avergonzar y enojar al mismo tiempo y ella no parecía arrepentirse en lo más mínimo.

Tiré mi servilleta en el plato empujando mi silla hacia atrás, y lanzándole una mirada de asco antes de entrar a buscar a Elena.

No estaba en la casa, y la verdad no esperaba eso, así que salí dando un portazo detrás de mí.

Estaba apoyada en mi auto, con los brazos cruzados sobre el pecho y las gafas de sol puestas, ocultando su expresión. No estaba seguro que esperar, por lo menos no había lágrimas en sus ojos porque no sabría lidiar con eso.

Me sentía horrible por lo que ella había soportado. Se puso a mi disposición y fue rastrillada sobre las brasas, le debía mucho más que una disculpa, sólo intentaba ayudarme y todo salió mal, pero ninguna buena acción queda sin castigo, pensé para mí mismo.

Me detuve frente a ella, esperando que dijera algo. Pensaba que me estaba mirando, aunque no podía ver sus ojos a través de las gafas oscuras, tenía los labios presionados sin ninguna emoción aparente.

—Elena, ¿estás bien? —lo pregunté con delicadeza.

—Estoy bien. ¿Tú?

Asentí.

—Lo estoy, esa es mi madre, te la presento.

—Siento haber arruinado tu día familiar. No me había dado cuenta de que mi estatus americano sería un problema tan grande.

—No arruinaste nada, esto no es culpa tuya, en absoluto. Fuimos emboscados.

—Emboscados —murmuró.

Hice una mueca, sintiendo la rabia de ella.

—No pensé que sería tan malo.

—Lo que sea. ¿Podemos irnos ya?

Presioné el botón del llavero y abrí las puertas. Me moví para abrirle la del pasajero y ella entró sin decir una palabra, nunca la había visto tan fría y distante. Rápidamente me subí y nos alejamos de la casa de mis padres. Elena se sentó en silencio, manteniendo su cabeza pegada al cristal de la ventana, fingiendo estar interesada en el paisaje, pero sabía que no era así, estaba echando humo. Podía sentir la ira que irradiaba de ella.

—¿Estás enfadado conmigo? —pregunté después de haber estado conduciendo durante quince minutos sin una palabra de ella.

—No.

Me acobardé, no tenía mucha experiencia con las mujeres, pero estaba bastante seguro de que un “no” significaba un “sí”. En el pasado había tenido novias y sin querer las llegué a hacer molestar, así que la palabra “nada” y “no” significaban alarma.

—¿Adónde vas? —me preguntó cuando me detuve en el estacionamiento de un centro comercial.

—Estaba pensando que nos vendría bien un poco de helado —dije, esperando encantarla con cosas dulces.

—Oh —susurró.

No era exactamente un sí entusiasta, pero esperaba que una vez que comiera un poco de helado, se sintiera mejor. Descubrí su amor por la comida fría mientras estábamos en Atenas, era una de sus debilidades.

Nos bajamos del auto y caminamos hasta una de las mesas de afuera del centro comercial, se sentó y yo fui directo por el helado. Sabía que debía hacer algo más si quería contentarla.

—Aquí tienes —dije, poniendo el tazón de helado de chocolate delante de ella.

—Gracias —dijo, con un tono plano y sin el entusiasmo que yo esperaba.

Finalmente se quitó las gafas de sol y me miró. No podía entender lo que estaba pensando y tenía miedo de preguntar. Estaba claro que su humor se había agriado desde esta mañana, y no podía culparla.

—Lo siento.

—Está bien.

—No está bien, lamento la forma en que te trataron.

Le dio un mordisco al helado.

—Supongo que debería haber prestado atención a sus advertencias. Trataba de decirme a mí misma que no podía ser tan malo, eres un buen tipo, y razoné que no podrías ser quien sin una buena familia, supongo que me equivoqué.

—Elena, lo siento, de verdad que sí. Te lo prometo, son buenas personas, ellos sólo... no lo sé. Mi madre tiene esta idea en su cabeza sobre con quién debería estar, y no puede dejarla pasar, ella no es así con mis hermanos mayores, sólo conmigo.

—Definitivamente no era lo que esperaba. Tus advertencias me hicieron pensar que tu madre podría ser dura, pero eso fue... La verdad no encuentro las palabras para describirlo, parecía una tigresa o una mamá oso defendiendo a su cría. Podrías haberme dicho que tenía garras muy afiladas.

Sonreí, al encontrar su evaluación de la situación, pero cuando ella no sonrió a cambio, rápidamente borré la sonrisa de mi cara.

—Ella es protectora.

Se burló.

—¿Tú crees?

Sacudí la cabeza.

—Normalmente no es tan brusca, no sé si estaba presumiendo o qué le pasaba.

—Tu padre parecía agradable, al menos en mi cara. Supongo que esa pequeña conversación por la que te apartó probablemente tuvo algo que ver con que trajeras a una americana a la fiesta —su tono era un poco sarcástico—. Ciertamente fue muy educado conmigo.

—Mi padre suele ser bastante tranquilo, no creo que tenga algún problema contigo, lo que pasa es que ellos son muy tradicionales y los griegos son personas muy orgullosas —intenté explicarlo—. Desde que nací han intentado casarme y luego, cuando empecé a ganar dinero, se preocuparon de que se aprovecharan de mí, y fue entonces cuando mi madre se volvió un poco loca.

Levantó una ceja.

—Vaya, no me había dado cuenta.

Me di cuenta de que estaba irritada conmigo.

—Elena, por favor, no dejes que te afecte lo que dijeron.

Dejó caer la cuchara y cruzó los brazos, apoyándolos en la mesa mientras se inclinaba hacia mí.

—No es lo que dijeron lo que me afectó, puedo manejar ese tipo de tonterías, no me gusta, pero puedo manejarlo.

—Bien, ¿qué es? —pregunté con curiosidad—. ¿Qué te ha molestado?

—Supongo que me sorprendió un poco ver lo aterrorizado que estás de tu madre.

La forma en que dijo que no era un cumplido. Inmediatamente me enfadé por el comentario.

—¿Aterrorizado? No le tengo miedo a mi madre.

Arqueó ambas cejas hacia arriba.

—¿Estás seguro de eso?

Esta vez era mi turno de levantar las cejas debido al modo en que hablaba.

—Estoy seguro de eso —imité su tono.

—¿Por qué te sentaste ahí y dejaste que tu madre nos hablara así? No me parece el tipo de hombre que aceptaría ese tipo de mierda de nadie.

Ahora sabía que estaba enojada. Hablaba muy francamente, algo que nunca había oído antes.

—No voy a empezar una pelea con mi madre por algo que no es real.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿No es real? Te aseguro que es muy real, Adrián. Lo que dijo tu madre no era sólo un insulto para mí como tu novia, era un insulto en general, y no me gustó.

—Estaba enojada porque pensaba que eras mi novia, si supiera que no había nada entre nosotros, dudo que hubiera hablado contigo o de ti como lo hizo.

La vi respirar hondo antes de coger sus gafas de sol y volver a ponérselas, eso era el

equivalente a que me colgara del teléfono o me cerrara la puerta en la cara.

—Nada entre nosotros —repitió las palabras en una voz peligrosamente baja.

—Sabes lo que quiero decir —dije con exasperación.

—No, no creo entender lo que quisiste decir. Dijiste que no te molestaste en defenderme porque somos una cosa falsa de todos modos, o algo así.

—Aceptaste venir conmigo y actuar como mi novia falsa, ¿verdad?

—Sí, lo hice, pero eso fue antes —susurró—. ¿Algo de esto fue real?

—Elena, lo hemos pasado muy bien juntos, y me encanta pasar tiempo contigo, esta última semana ha sido increíble —cada palabra era verdad.

Ella sonrió.

—Quieres decir que te encanta tener sexo conmigo, pero ahora que hemos vuelto, y tus padres no aprobaron tu novia falsa, no me necesitas cerca.

—No es así. Además, te vas a ir pronto. ¿Por qué te importa lo que piensen mis padres? Volverás a casa pronto, y nunca más pensarás en mí o en nada de esto, tú seguirás con tu vida y yo con la mía —esperaba que discutiera conmigo.

Suspiró y buscó su bolso, vi como lo abrió silenciosamente, sacó su teléfono e hizo algo con él antes de volver a guardarlo.

—Gracias por el helado —dijo, evitando mi mirada cuando se levantó de la mesa.

Se dio la vuelta y entró. Supuse que iría al baño. Tomé otro bocado de mi propio helado, dejando el frío en mi boca antes de tragarlo, tenía que mantener la calma, había sido insultante que pensara que le tenía miedo a mi madre, puede que sea un poco cierto pero no quería que ella pensara en mí de esa manera.

—Mierda —me quejé después de estar sentado en el pequeño patio solo durante más de cinco minutos.

No había ido al baño, se había ido. Lo sabía desde el instante en que se levantó, no volvería, debí haber ido detrás de ella, pero un aparte de mí deseaba estar solo. Necesitaba algo de tiempo para averiguar lo que estaba pasando en mi cabeza, tenía muchos pensamientos y sentimientos mezclados que me dejaban en una completa confusión.

Me levanté de la mesa y caminé hasta el auto manteniendo una pequeña esperanza de que ella estuviera allí esperándome, pero no era así. Me subí y me senté al volante con el aire acondicionado funcionando, sin moverme del lugar.

La había cagado.

Había enviado todo por el drenaje y no estaba seguro de poder arreglarlo, o si de verdad quería hacerlo. Tal vez era mejor de esta manera, sería más fácil y menos complicado si dejáramos las cosas como están, no necesitábamos discutir los sentimientos o hablar de lo que había pasado. Era hora de alejarse y poner algo de distancia entre nosotros antes de que alguno saliera con el corazón roto.

Puse el auto en marcha y empecé el viaje de vuelta a casa. Estaba seguro que el taxi le cobraría una fortuna, pero se lo reembolsaría, no debería tener que usar su propio dinero para huir del desastre al que la había arrastrado.

Capítulo Treinta Y Dos

ELENA

ME ODIABA A MI MISMA POR SER TAN TONTA Y ESTÚPIDA. ME HABÍA ATRAPADO LA IDEA DE UN romance con un hombre guapo, viviendo en una tierra extranjera viviendo como una reina. Sabía que no tenía oportunidad de vivir el estilo de vida que Adrián me había mostrado.

Esa no era mi vida, aunque por un momento me cegué y deseaba que fuera así, no lo era. Mi lugar estaba en el pequeño pueblo minero en el que había vivido desde que nació, había sido una completa imbécil al pensar que era lo suficientemente buena para conseguir una oferta de trabajo.

Metía lo último de mi ropa limpia en mi maleta. Estaba dejando Creta y el trabajo, no valía la pena sacrificar mi dignidad y mi autoestima por un empleo, además, no soportaría la idea de ver a Adrián y que me dijera otra vez que los pocos días en Atenas no había significado nada.

Entré en el baño, tirando los artículos de aseo extra en la bolsa Ziploc. Tenía mi muda de ropa en el equipaje de mano, junto con lo básico como un cepillo de dientes y pasta dental, luego de recoger todo lo tiré en la maleta y empecé a mirar por la habitación para asegurarme de que no había dejado nada, revisé los cajones y el armario nuevamente para estar segura. Cerré la maleta y me dispuse a salir cuando escuché un golpe en la puerta.

Sólo podría ser Adrián, y no quería verlo. No había hecho ningún intento de llamarme o enviarme un mensaje de texto desde que salí de la heladería ayer, su falta de interés había dejado muy claro que yo no significaba nada para él. No pensaba contarle a nadie en casa sobre lo que había pasado, ya estaba bastante mortificada y no necesitaba que la gente me mirara con lástima o asco.

La persona llamó de nuevo.

—A la mierda, va a saber lo que estoy pensando —me acerqué a la puerta y la abrí de un tirón —. ¿Judith?

—¿Estabas en la ducha?

—No. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Pensé en preguntar que estarías haciendo hoy. ¿Quieres hacer un poco de compras, ver los sitios?

Entró en la habitación y miró mi maleta llena de cosas, y luego volvió a mí. Sabía que tenía una mirada culpable en mi cara, tenía pensado irme sin despedirme de nadie, era una salida de cobardes, pero no tenía ánimos de hacer nada más.

—Iba a llamarte —le dije.

Se giró para mirarme.

—¿Ibas?

—Sí, desde el aeropuerto —murmuré.

—¿Qué demonios está pasando? ¡Está programada para el lunes!

Me quejé.

—Es una larga historia.

—Entonces sienta trasero y dime, de verdad quiero escuchar esto.

Nos trasladamos a la sala de estar, ella se sentó en el sofá y yo tomé una de las sillas.

—Las cosas son complicadas, no puedo trabajar más allí.

—¿Tu amiga le dijo a su jefe lo que sentía por él? —preguntó.

Me reí entre dientes.

—No, pero el jefe le dijo a mi amiga que no significaba nada, el tiempo que pasaron juntos no era nada.

—Ouch.

Asentí.

—Exactamente. Es peor que eso, te lo voy a decir, pero tienes que jurar que no dirás nada, por favor.

—Soy una bóveda. Puedes decírmelo.

—Antes de que el jefe de mi amiga y ella se engancharan, él le había mostrado mucha amabilidad. Pasaron tiempo juntos fuera de la oficina, entonces él le contó un problema personal que tenía y ella se ofreció a ayudar —era más fácil hablar en tercera persona, hipotéticamente me permitía mantener un poco de mi dignidad.

—¿Qué clase de problema personal hipotéticamente? —preguntó.

—Su madre le había tendido una trampa con una mujer, o mejor dicho, quería tendérsela, pero él no quería salir con otra de las opciones que ella le tenía así que le dijo que tenía novia, obviamente su madre le dijo que quería conocerla y mi amiga aceptó ir con él y fingir un rato.

—Ah, ya veo.

Sacudí la cabeza.

—No. Es mucho peor que eso. Su madre aparentemente odia a los americanos.

—Oh no —jadeó.

—Oh sí. Ella humilló a mi amiga, era horrible y desagradable, y su jefe no hizo nada, no la defendió, no como podría o debería haberlo hecho, él simplemente dejó que su madre dijera todo lo que quisiera delante de todo el mundo —nuevamente el dolor y la vergüenza inundaron mis emociones.

—Oh no. Lo siento mucho por tu amiga —añadió rápidamente.

—Cuando mi amiga habló con su jefe, dijo que no tenía sentido defenderla porque no era realmente su novia —al repetir las palabras sentía como si me apretaran el corazón.

La boca de Judith se abrió.

—Vaya. Eso no suena para nada a él, te juro que estoy sorprendida y un poco consternada.

—Yo también.

—¿Y por eso te vas? —preguntó.

—Sí. No puedo enfrentarlo, nadie quiere ver un error día tras día —Judith me miraba con tristeza

—Lo siento mucho.

—Yo también, pensaba que las cosas eran diferentes, mi amiga se siente como una completa tonta.

—¿Puedo decirte algo?

—Por supuesto, cualquier cosa —dije, emocionada de escuchar uno de sus secretos.

—En nuestra cultura, las madres son como las jefas —explicó—. Nadie se mete con una madre griega. Ellas son las que dirigen la casa claro, los padres también son importantes y tienen voz, pero las madres son a las que temen los niños.

Me encogí de hombros.

—Entiendo eso, pero en serio, las cosas que se dijeron fueron bastante groseras, me dijo que me fuera, bueno, no directamente a mí porque se negó a hablarme. ¡Ella también echó a Adrián y él la dejó! No trató de defenderse ni nada de eso. ¡No lo entiendo!

Judith dejó escapar un largo suspiro.

—Lo siento mucho, pero un buen hijo griego nunca se enfrentaría a su madre, se les enseña desde muy niños que hay que respetarlas y temerles. Obviamente, hay algunos que no son buenos y tratan a sus madres como basura, pero los buenos saben más.

Me burlé.

—Bueno, algunos de esos buenos chicos necesitan que les crezcan un par de pelotas.

Se echó a reír.

—Estoy de acuerdo, pero va a ser un hábito difícil de romper, quiere a su madre, no va a querer hacer nada que pueda herirla.

—Lo entiendo, y honestamente, no quiero que haga eso. No pretendo causarle ningún problema, sé que ama a sus padres, y odiaría ser la persona que se meta en medio. No pertenezco a este lugar, es hora de ir a casa.

—¿Estás segura? Esta pasantía es una buena experiencia, y tú lo estás haciendo muy bien, tienes más que aprender, y todos podríamos beneficiarnos de lo que tienes para ofrecer.

Sonreí.

—Gracias, de verdad, pero no creo que esto vaya a funcionar, no es bueno para mí, y tampoco lo será para él. Ya tiene mucho trabajo que hacer para volver a la buena voluntad de su familia.

Ella asintió.

—Entiendo, quiero decir, no lo hago, pero a la vez sí. ¿Cuándo te vas?

Miré el reloj.

—Dos horas.

—Vaya. No estás jugando.

Me reí.

—No, no lo estoy. Me tomo la humillación muy en serio, no me gusta, y si puedo evitarlo, lo haré.

—No puedo creer que te vayas —gritó—. Siento que acabo de conocerte, tenía muchas ganas de pasar más tiempo contigo.

—Lo siento. Hiciste que mi tiempo aquí fuera divertido, y me alegro de haberte conocido, desearía que las cosas hubieran funcionado de otra manera, pero este no es lugar para mí, como diría mi padre, es como intentar encajar una clavija cuadrada en un agujero redondo, y yo realmente no encajo, tal vez una persona más fuerte continuara en la empresa, pero creo que no tengo tanta fuerza.

—Detente, eres muy fuerte, pero las circunstancias apestan, no todos nosotros odiamos a los americanos —dijo con una pequeña sonrisa.

—Gracias.

—Si alguna vez vuelves, será mejor que me encuentres, tengo tu correo electrónico personal, así que voy a inundar tu bandeja de entrada con chismes y fotos mías en la playa, pasándomelo bien.

Me reí.

—Me gustaría eso. Ya sabes, los aviones también vuelan a América, eres bienvenida a visitarnos, no tenemos las hermosas playas como las de tu ciudad natal, pero tenemos algunas magníficas cordilleras y ríos que parecen ser eternos —dije, sintiendo nostalgia.

—Puede que te tome la palabra, siempre he querido viajar.

—Espero que lo hagas. Gracias de nuevo por ser amable y estar dispuesta a darme una oportunidad, realmente me divertí contigo, despídeme de todos en la oficina, me siento un poco mal por irme sin decir nada, pero creo que es lo mejor.

Dejó escapar un largo suspiro.

—¿Lo sabe? —preguntó en voz baja.

—No, y por favor, no le digas nada, lo descubriré pronto, sólo necesito hacer una salida limpia.

Asintió.

—Está bien, es tu elección. Si pregunta, tengo que decírselo de todas formas.

—Está bien, si preguntan diles, igual creo que estarán tranquilos porque me fui. Sé que Rand estará feliz, le advirtió a Adrián sobre mí desde el primer día, estaba convencido de que yo arruinaría la compañía, así que me voy antes de que esta pequeña confusión se convierta en algo más grande y cause problemas a la empresa. No necesito que el mundo entero sepa que fui una ingenua pueblerina que cayó en los trucos de los multimillonarios de las grandes ciudades, ya es suficiente con que tengo que vivir con la humillación —el dolor de ello aún ardía en mi alma.

Hizo una mueca.

—Siento mucho que estés así, pero si sirve de algo, Adrián no es así. Al menos, no creo que sea así, no puedo decir que lo conozca personalmente tan bien, pero por lo que sé de él, es un buen hombre.

—Creo que yo saqué el lado podrido de él.

—¿Necesitas que te lleven al aeropuerto? —preguntó, cambiando de tema.

—No, gracias, ya pedí un auto y viene por mí en unos treinta minutos.

—Está bien, dejaré que termines de empacar, y nuevamente, siento que las cosas no funcionaran, te echaré de menos.

Las dos nos levantamos y nos abrazamos antes de que la acompañara a la puerta. Una vez que se fue, cerré los ojos, apoyándome en la puerta. Era un completo desastre, un aparte de mí me decía que debía hablar con Adrián, sabía que no era tan malo como yo lo hacía parecer.

De inmediato comencé a pensar en cómo se había quedado sentado en la mesa dejando que su madre me insultara, y luego su declaración de que no éramos nada, sin duda irme era lo mejor.

No había una respuesta fácil para hacer que el dolor desapareciera, era mi culpa por meterme en un romance con mi jefe en un lugar donde estaría por poco tiempo, lo sabía, y lo había hecho de todas formas, así que era mi culpa, podía haber parado todo antes, incluso no ofrecerme a ser su novia falsa. ¡Demonios! Había rechazado la idea varias veces, y yo seguí presionándolo,

definitivamente había sido mi culpa.

Ya el desastre estaba hecho, y ahora tenía que lidiar con las consecuencias.

Capítulo Treinta Y Tres

ADRIÁN

MIENTRAS EL ASCENSOR ME LLEVABA AL PISO DONDE ESTABA MI OFICINA, REFLEXIONABA SOBRE cómo me acercaría a ella, iba empezar con una disculpa, eso la desarmaría y con suerte estaría dispuesta a escuchar lo que tenía que decir, le había dado dos días para que se calmara, pero yo aún no tenía mi cabeza en orden.

Fui a mi oficina, dejé mi maletín, mi teléfono y repasé mi enfoque de nuevo.

—Hola, ¿podemos hablar? —susurré, probando la forma en que sonaban las palabras.

—Siento no haberte defendido, debería haberlo hecho, me gustaría compensarte.

Las palabras no sonaban bien, en este momento ella estaría enfada porque yo había dicho que no éramos nada así que requería más de delicadeza para manejarlo.

—No quise decir lo que dije —murmuré—. ¡Demonios! —cualquier cosa que dijera sonaba mal.

Elena era una persona razonable, estaba seguro de que me escucharía y entendería que no quería decir que ella no significue nada para mí o lo que paso no era nada.

Froté mi mandíbula un poco estresado, desde que me dejó en la heladería no había dejado de pensar en el asunto, trataba de hacerme entender que eso había sido lo mejor y el hecho de que me dejara era algo bueno. No quería tener sentimientos por ella, no quería ser el que saliera herido cuando me dejara, era mi autopreservación lo que me hizo alejarme de ella.

Estar dando vueltas en mi oficina de un lado a otro no resolvería las cosas, tenía que hablar con ella, si me llegaba a decir que me perdiera de vista, tal vez lo haría.

Salí de la oficina, dirigiéndome por el pasillo al área de trabajo abierta donde estaba su cubículo, no la vi y así que busqué a los otros internos, todos estaban en sus escritorios. Probablemente estaba en la oficina de Judith.

Cambié de rumbo, dirigiéndome a la otra oficina. La puerta estaba cerrada, lo que me decía que probablemente ya estarían trabajando duro y no querían ser molestadas. La ventaja de ser el jefe es que puedo molestar y no que me griten.

Llamé una vez.

—¿Judith?

—Pasa —dijo.

Puse mi mano en el mango y me preparé mentalmente para ver el dolor y la ira en la cara de Elena. Abrí la puerta y vi a Judith en su escritorio, era la única en la oficina, lo que significaba que Elena debía estar vagando por los pasillos. Sonreí al pensar que se encontraba perdida y me sentía frustrado.

—Hola —dije, sintiéndome un poco tonto por interrumpirla.

—¿Necesitabas algo? —preguntó, con un tono simple

—Estaba buscando a Elena —respondí.

Ella asintió.

—Estoy segura que sí.

—¿Perdón? —me quebré, no estaba de humor para que uno de mis empleados me hablara de esa manera.

—Elena no está aquí.

—Puedo darme cuenta. ¿Está en la sala de conferencias? ¿Sala de descanso? —no me interesaba recorrer toda la planta en busca de ella, sabiendo que había una posibilidad de que me perdonara.

Judith miró sus manos en el teclado.

—Ella no está aquí —dijo otra vez.

Fruncí el ceño con frustración.

—Lo entiendo. ¿Dónde...?

Entonces me di cuenta. Me sentía como si me hubieran dejado caer, era como una especie de vacío, como si una parte de mí hubiera sido arrancada.

—Lo siento, Adrián —dijo Judith en voz baja.

Sabía que ella y Elena se habían hecho amigas y habían pasado tiempo juntas, eso significaba que a lo mejor había confiado en ella para contarle lo que había pasado, si era así también yo lo hacía.

—¿Se ha ido? —pregunté.

Asintió.

—Se fue ayer.

Cerré los ojos, rezando por autocontrol antes de abrirlos y encontrarla mirándome.

—Se fue ayer —repetí.

Judith asintió de nuevo.

—Lo siento.

—Gracias por hacérmelo saber —murmuré y me fui.

Volví a mi oficina, sin hablar con nadie en el camino, necesitaba llegar estar completamente solo. Entonces, y sólo entonces, me permitiría sentir.

Di un portazo detrás de mí, puse mis manos en las caderas e inhalé profundamente y luego botando el aire, repetí la acción un par de veces, pero no estaba ayudando. ¡Estaba furioso! Enojado conmigo mismo, con la situación, y con ella por dejarme sin ni siquiera un “vete a la mierda”.

Miré mi ordenado escritorio y me enojé aún más. Tomé el portabolígrafos, y los lancé contra la pared, los bolígrafos volaron en todas las direcciones, necesitaba drenar todo el mal humor. Agarré la grapadora y la tiré donde el portabolígrafos había aterrizado. Era una cosa tras otra, y sólo podía ver como los objetos se hacían añicos, como mi vida.

—Woah, Adrián, más despacio —dijo Rand.

Me detuve, justo un momento antes de tomar la portátil que estaba en mi escritorio y lanzarla contra la pared. Me volví para enfrentarlo.

—Vete.

Caminó hacia mí y rápidamente agarró el portátil, poniéndolo fuera de mi alcance.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó.

—Sal, quiero estar solo.

—Obviamente, no estás en condiciones de estar solo. Siéntate, dime qué pasó.

Rand era un tipo grande, y sabía que si tenía que hacerlo, me obligaría a sentarme. Exhalé y caí en la silla del lado contrario de mi escritorio, en este momento no me apetecía ser el jefe.

—Se fue —murmuré.

—¿Quién se fue? —preguntó con calma, tomando el asiento junto al mío.

—Elena, se fue.

—¿Dejó la compañía? —presionó.

—Dejó Creta, la compañía, y a mí.

Gimió, se inclinó hacia atrás en la silla y se frotó la cara con su mano antes de mirarme y sacudir la cabeza

—Te lo advertí.

—Detente, no quiero oír esa mierda.

—¿Por qué se fue?

—Tuvimos una discusión —dije, pasando por alto lo que realmente pasó.

—¿Una discusión? Sobre el trabajo, espero —hizo una mueca.

Lentamente sacudí mi cabeza.

—No, la llevé a la casa de mis padres el sábado, se suponía que iba a fingir ser mi novia, pero las cosas no salieron bien, mi madre se negó a dirigirle la palabra, y cuando lo hizo, la echó de casa porque no era bienvenida.

Rand asentía.

—¿Y Elena está enfadada contigo?

—Sí.

—Estás dejando fuera grandes trozos de información. ¿Qué hiciste para molestarla tanto que se fue de un maldito buen trabajo?

—Como sabes, pasamos un tiempo juntos la semana pasada —dije, sin darle todos los detalles sucios.

—En contra de mi muy buen consejo, sí, lo sé. Te acostaste con ella, te la comiste y bebiste por así decirlo.

Lo miré con desprecio.

—No fue así.

—Llega a la parte en la que se sube a un avión y huye de la isla —dijo, claramente frustrado.

—Mi madre dijo algunas cosas, y Elena no sintió que yo dijera lo suficiente para defenderla, pero al salir de casa que no lo había hecho porque no era realmente mi novia, que no iba a meterme en un problema con mi madre y el resto de la familia por una mujer con la que no tenía nada.

Aspiró aire a través de sus dientes.

—Ouch. Eso no es bueno. ¿En qué demonios estabas pensando?

—Lo sé, lo sé, pero no quise que sonara tan insensible. Sólo quería decir que no estábamos realmente juntos y que tener una gran pelea con mi familia no parecía valer la pena. De todas formas ella se iría a casa y no sería mi verdadera novia. ¿Lo entiendes? ¿Ves por qué no quise empezar una guerra por una mujer que estaría fuera de mi vida en unas pocas semanas? —esperaba que me dijera que no había hecho nada malo.

—Ella no es así —dijo en voz baja.

—¿Qué? ¿Quién?

—Tu chica, Elena. Ni siquiera la conocía tan bien, y podría decir que no era el tipo de mujer con la que pasaste unos días encerrado en un cuarto de hotel y te fuiste ileso. Veía la forma como la mirabas, te sentiste atraído por ella porque era diferente, era inocente y con los ojos muy abiertos, y le gustabas, pero la engañaste —dijo sin rodeos.

Mi boca se abrió. Quería discutir con él, pero hubiera sido inútil.

—No la engañé, o por lo menos no intencionalmente, no se suponía que las cosas fueran así pero simplemente sucedió.

—Te dije que mantuvieras la distancia.

—Sí, sí, sí, me lo dijiste, tenías razón. Al diablo con eso. ¡Dime qué hacer! ¿Cómo hago esto bien?

—Se acabó, déjalo ir.

Sacudí la cabeza.

—No puedo, no quiero dejarla ir. Esa es la cuestión, cuando dije que no había nada entre nosotros, mentí, porque si lo hay, o había, ya no lo sé, el detalle es que no quería que se fuera, pero tampoco quiero pedirle que se quede y que abandone su mundo.

—Déjalo ir, Adrián. Seguirás adelante, nada bueno puede salir de esto.

Lo miré fijamente, sus palabras sonaban verdaderas, pero no podía creerlas, no era el tipo de hombre que se sentaba y dejaba que la vida pasara, no podía dejarla ir, ella había cambiado mi vida y la quería en ella.

—No puedo.

—Ella se ha ido, deja que se quede fuera, que siga adelante.

Sacudí la cabeza.

—No. Voy a ir tras ella. Tengo que hacer las cosas bien al menos, si no podemos estar juntos, tendré que aceptarlo, pero quiero que sepa que realmente significa algo para mí.

—Esto es un error —advirtió.

—Tal vez, pero el verdadero error es dejarla ir y permitirle creer que no significa nada para mí, aunque me rechace

, tengo que decirle la verdad,

—¿Para ella o para ti?

—Para los dos, necesito su expediente con su dirección en los Estados Unidos —me puse de pie.

—Estoy seguro de que RRHH lo tiene —dijo, sin hacer ningún movimiento para levantarse.

—Consíguelo para mí, necesito tener mi jet listo. Estarás a cargo mientras yo no esté —ya estaba buscando el número de mi piloto cuando él habló.

—Adrián, detente y piensa en esto. No estás pensando en las consecuencias de todo esto, ella te dejó y también a la compañía si siquiera agradecer el trabajo. No es el tipo de chica con el que quieras mezclarte, déjala ir. Sé que puede ser difícil, pero en una semana, te habrás olvidado de ella. Puedes volver a hacer lo que haces, y arreglar las cosas con tu familia, dijiste que no la quería ¿no? ¿De verdad quieres invitar a ese tipo de drama a tu vida? ¿Quieres estar con alguien que tu madre nunca aprobará? ¿Quieres estar con alguien que vive en otro continente? Creo que no. Tienes que pensar en esto hasta el final antes de tomar una decisión precipitada.

—Ya lo hice, consigue su expediente.

—Esto es un completo desastre —protestó en griego antes de salir de mi destruida oficina.

Mientras escuchaba el teléfono sonar en el otro extremo, miré alrededor del desastre que había hecho. El servicio de limpieza no iba a estar contento conmigo, la verdad estaba un poco avergonzado por mi comportamiento, pero me había hecho sentir un poco mejor.

Capítulo Treinta Y Cuatro

ELENA

ESTABA EXHAUSTA Y NO PODÍA ESPERAR A TOMAR UNA SIESTA EN MI PROPIA CAMA, ME SENTÍA aliviada al ver que mi padre seguía trabajando cuando llegue a casa, sabía que tendría muchas preguntas, y yo no tenía respuestas.

Enfrentarlo sería duro. Él me apoyaría en todo sin importa lo que pasara, pero admitir que había fallado iba a ser difícil para mí.

Arrastré mi equipaje hasta el pequeño dormitorio, ya sin la espaciosa habitación de hotel, y lo dejé en la esquina. Desharía las maletas más tarde, me quité los zapatos y me dirigí a la cocina, estaba limpia y ordenada, eso me hacía feliz ya que mi padre no era el más ordenado del mundo. Abrí la nevera, buscando un bocadillo y fruncí el ceño cuando vi las sobras de pizza, una caja de uno de los restaurantes locales y un montón de otra comida chatarra.

—Papá, papá, papá —dije, agarrando una porción de la pizza y dándole un mordisco.

Le daría una conferencia más tarde sobre sus hábitos alimenticios. Rápidamente me metí la pizza en la boca y volví a mi habitación, cerré la puerta y me acosté en mi pequeña cama, no era grande, ni lujosa como la del hotel, pero era mía y estaba acostumbrada a ella.

El olor familiar de las sábanas y el peso de mi manta me hacían sentir bien, incluso en un día caluroso. Otra cosa a la que iba a tener que acostumbrarme era a la falta de aire central. La casa era vieja y no teníamos aire, tiré la manda a un lado, encendí el ventilador del rincón y me metí en la cama, cubriéndome sólo con la sábana.

Cerré los ojos, tratando de sacar todos los pensamientos sobre Adrián, Grecia y todo lo que había dejado atrás. La verdad se sentía como si estuviera huyendo, estaba dejando un montón de problemas atrás y en vez de afrontarlos, me había escapado. Actuaba como una niña pequeña que corre a casa a refugiarse en los brazos de su padre.

Dejé que el agotamiento provocado por estar despierta casi veinticuatro horas me llevara al olvido, a un lugar donde no tenía que pensar.

—¿Elena? —escuché la voz de mi padre desde lejos. Me quejé y rodé a mi lado.

—¡Elena, despierta! —exigió mi padre.

Abrí los ojos y encontré a mi padre en la puerta de mi habitación.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Son las cinco —dijo—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Bostecé y me senté, alisándome el cabello.

—Llegué a casa.

Me dio una mirada seca.

—No bromeo. Levántate, vamos a tener una conversación.

Suspiré, sabiendo que no podía evitar la charla.

—Saldré en un minuto, necesito cambiarme.

Se fue, cerrando la puerta tras él.

Abrí el cajón de mi cómoda y saqué un par de pantalones cortos y una camiseta suelta, tomé una cinta y amarré mi cabello antes de frotarme la cara, tratando de despertarme.

Cuando entré en la cocina, había una pizza caliente sobre la mesa.

—Papá —dije, y él se encogió de hombros.

—No sabía que estarías aquí.

—Puedo ver eso. Disfrute de esa pizza, señor, será la última por un tiempo.

—Siéntate y dime por qué estás en casa —ordenó.

—No estaba funcionando —dije despreocupadamente.

Levantó sus cejas, y su frente se arrugó.

—¿No estaba funcionando? Cuando hablé contigo hace unos días, parecías feliz, dijiste que ayudaste a asegurar una gran cuenta, y tu jefe te quería trabajando a su lado, fuera de ese cubículo,

a mí me pareció que estaba funcionando muy bien.

—Las cosas cambiaron.

—Elena, te conozco, y creo que estás dejando fuera una gran parte de tu historia.

No iba a aceptar nada más que la verdad. Sabía que mi padre era un hombre comprensivo y no me echaría en cara mis errores, estaba segura que hablar con él me haría sentir un poco mejor,

—Me involucré con el dueño —confesé, dejando salir el dolor—. Las cosas iban muy bien entre nosotros hasta que conocí a su familia y me odiaron, ni siquiera pude conocerlos o que ellos se dieran la oportunidad, su madre me pidió que me fuera de su casa, ella no quiere que su hijo esté con una americana. Era tan insultante, papá. Lo que dijo fue malo, pero fue su falta de defensa lo que realmente me dolió, dejó que me hablara así y no hizo nada al respecto, además agregó que no lo hacía porque yo me iría a casa pronto de todos modos. Me hizo sentir como si yo fuera insignificante y no importara.

—Tú importas —dijo—. No dejes que nadie te haga sentir otra cosa que no sea eso, le importas a las personas que valen la pena.

—Gracias, papá. Parece que me quedaré por aquí un tiempo, además no puedo poner ese trabajo en mi currículum porque se darían cuenta que lo abandoné sin previo aviso después de apenas dos semanas. No debería haberme escapado, pero no podía soportar la idea de partirme el trasero por un hombre que me veía como insignificante.

Asintió.

—No te culpo. Sin embargo, la forma en que te sentiste puede no ser la misma que la de él, a lo mejor no escogió las palabras adecuadas para expresarse.

Me burlé.

—No lo creo, podría haber intentado explicarlo, pero no lo hizo. Creo que se sentirá aliviado por el hecho de que me fui.

—Sabes, hace mucho tiempo, tu madre y yo tuvimos serios problemas al principio de nuestra relación, sabía que la amaba, pero también creía que se merecía algo mucho mejor de lo que yo podía darle, aunque ella siempre me decía que no le importaba, mis propias inseguridades me hacían cuestionar lo que decía. Una noche, tuvimos una discusión, y yo salí furioso, decidido a no volver a verla nunca más, me fui a casa sintiéndome completamente miserable. Después de

pensarlo toda la noche, decidí que la quería en mi vida.

Sonreí, obviamente sabiendo cómo resultó la historia pero me interesaba saber lo que había pasado.

—Y ella te aceptó de nuevo, y tú me tuviste a mí —se rio, sacudiendo la cabeza.

—No fue tan simple, le había contado a su madre sobre nuestra pelea, así que cuando fui a verla, tu abuela se negó a dejarme hablar con ella. Me dijo que no era lo suficientemente bueno para su hija, siempre dijo que yo era un perdedor y lo sería toda mi vida, pese a eso, no me importó y le dije que amaba a tu madre y que caminaría a través del fuego para asegurarme de que estuviera bien.

—¡Vaya! ¡No sabía que tú y la abuela se odiaban!

—No la odiaba, simplemente tuvimos un comienzo difícil, pero fui persistente. Volví día tras día, y finalmente, tu madre aceptó hablar conmigo y resolvimos las cosas, poco después de que volviéramos a estar juntos, se enfermó, así que me quedé a su lado, cuidando de su salud con la ayuda de tu abuela. Fue un proceso lento, pero finalmente vio que no iba a ninguna parte y que estábamos realmente enamorados —sonrió, y sus ojos miraron fijamente al espacio mientras revivía esos gratos recuerdos.

—Le hiciste ver que amabas a mamá por lo que era, eso es muy dulce y admirable, me alegra de que la abuela haya entrado en razón.

—Yo también. A veces tenemos que hacer y demostrar quiénes somos por dentro a través de nuestras acciones, no puedes enfrentarte a alguien que ya viene predispuesto contigo, no te va a llevar a ningún lado. Hazlo tú, y deja que se acomoden en su lugar, si no lo hacen, no los necesitas en tu vida, eres hermosa por dentro y por fuera, y la gente que realmente te conoce, sabe que eres

pura, honesta y cuidadosa. Saben que te importa un bledo el dinero o cualquier otra cosa, si esa mujer no puede ver eso de ti, ella se lo pierde. No pierdas otro minuto de tu vida preocupándote por ella.

—Ella no es el problema —refunfuñé.

Sonrió.

—Te fuiste porque no te gustó lo que dijo la madre, ¿verdad?

—En parte.

—No puedo decirle qué hacer, pero creo que sería prudente darle la oportunidad de explicarse. Sacudí la cabeza.

—¡Eso es, papá! ¡No lo hizo! Me dejó marchar.

—Ah, ya veo. Querías que te persiguiera.

Me avergoncé inmediatamente.

—Tal vez.

Sonrió, sus ojos se iluminaron.

—Todos queremos ser perseguidos, tal vez él quiera ser perseguido.

—Papá, es un multimillonario con cientos de mujeres detrás de él, no necesita que lo persiga.

—¿Y si no las quiere? ¿Y si te quiere a ti? ¿Y si necesita saber si lo quieres para él y no por lo que es?

Me quejé, poniendo mis manos sobre mi cara.

—Oh Dios. ¿Acabo de cometer un gran error?

—Nada que valga la pena tener se consigue fácil —eso era algo que me había dicho un millón de veces.

—Pero esto es diferente, creo que realmente lo arruiné.

Se encogió de hombros.

—No sé nada de eso. Sabes que podrías volver a Grecia o coger el teléfono y llamar al hombre.

—Puede que no quiera verme, y entonces habré desperdiciado todo ese dinero volando allí para que se ría en mi cara y me rechace.

—Si realmente quieres algo, tienes que estar dispuesta a que se rían un poco de ti, a hacer sacrificios, eso te dirá mucho de lo que quieres. Si te rindes porque es muy difícil, no lo querías de verdad. Si ese es el caso, entonces mi consejo para ti es que lo dejes en paz.

—No puedo, no quiero dejarlo.

Se rio.

—No creía que lo quisieras, pero ¿ves cómo estás reaccionando? ¿Sientes eso?

—¿Sentir qué?

—Ese ardor en tus entrañas. Ese fuego que no puede ser extinguido hasta que consigas lo que tu corazón desea, eso es lo que tiene que motivarte, es lo que te indica que estás en el camino correcto. Si no hay fuego, no hay razón para intentarlo —dijo fácilmente, como si fuera así de simple.

—No sé qué hacer —susurré, reflexionando sobre mis opciones y jugando con los posibles resultados.

No podía soportar que me rechazara por segunda vez, no creía que mi corazón sobreviviera a que me repitiera que hablaba en serio cuando me dijo que nuestro tiempo juntos en Atenas no había significado nada. Quería creer que sólo lo decía para protegerse, pero ¿y si me equivocaba?

La verdad es que no conocía a Adrián tan bien. Aunque sabía un poco más que el resto, tenía que preguntarme si ser así era parte de quien era.

Aparte de todo lo sentimental, sabía que mi error influía de manera directa en los costos monetarios. Sin trabajo y sin perspectivas inmediatas, podría estar poniéndome una enorme carga financiera por nada.

Rápidamente descarté el aspecto financiero y me centré en la forma de cómo me había mirado en la heladería ese día. Reproduje las palabras y pensé en nuestra última noche juntos, todo se había sentido muy real, no creía que nadie pudiera fingir ese tipo de pasión.

Tenía que creer que significaba algo para él.

Ahora sólo necesitaba saber si había arruinado alguna oportunidad.

Capítulo Treinta Y Cinco

ADRIÁN

EL AVIÓN ATERRIZÓ EN UN PEQUEÑO PUEBLO QUE NI SIQUERA SABÍA QUE EXISTÍA, MI PILOTO HABÍA hecho algunas investigaciones y se las arregló para acercarme lo más posible a la casa de Elena.

Había dormido un poco en el avión, o intentado dormir, no podía sacar de mi cabeza la última conversación que tuvimos.

No estaba seguro si tendría oportunidad de decirle como me sentía, las últimas veinticuatro horas habían sido desesperantes para mí, lo único que esperaba era que me escuchara y me diera la oportunidad de disculparme.

El auto que había alquilado en una ciudad cercana me esperaba en la pequeña pista de aterrizaje. El conductor tenía una unidad de GPS para guiarlo hasta su casa, pasé el recorrido mirando por la ventana, disfrutando del paisaje y encontrando el área notablemente hermosa. Me preguntaba dónde vivían todas las personas, en su mayoría eran granjas y unas pocas casas a los lados con muchos árboles.

—Ya llegamos, señor —dijo el conductor, deteniéndose frente a una pequeña casa blanca que parecía muy vieja, la pintura se había descolorido y astillado en algunos lugares.

A pesar de la apariencia destaralada de la casa, el patio estaba immaculado. Sonreía mientras caminaba por el camino de ladrillos rojos con flores a ambos lados, sabía que eso era obra de Elena, mientras estuvimos en Atenas no dejaba de hablar de todo lo que le gustaría para su jardín.

Llamé a la puerta principal, sin saber si aceptaría verme, un hombre mayor, tal vez de unos cincuenta años, abrió la puerta. Me miró de arriba a abajo y sonrió, no era exactamente la respuesta que esperaba.

—Buenas tardes —dije, no estaba seguro de que ya era de tarde.

—Tú debes ser Adrián.

Levanté una ceja, preguntándome cómo podría haberlo adivinado, nadie más que Rand sabía que yo iba a venir, y sabía que no llamaría para advertirle.

—Sí, lo soy. ¿Usted es León?

Sonrió, asintiendo antes de extender la mano.

—León Kamp, el padre de Elena.

—Y, como adivinó, soy Adrián Patton.

—¿Por qué no entras? —preguntó, con voz severa—. Creo que tú y yo tenemos que hablar.

—Sí, señor.

Lo seguí dentro de la pequeña y ordenada casa. Había un viejo sofá con una manta de ganchillo

en la parte de atrás. León me hizo un gesto para que me sentara.

—¿Puedo ofrecerte un trago?

—Um, claro, por favor, cualquier cosa estará bien.

Caminó a través de un arco y volvió un par de minutos después con una lata de refresco sin marca, la abrí, tomé un largo trago, y dejé que el azúcar golpeará mi sistema, lo que me animó un poco.

—Así que viniste hasta aquí —comenzó, tomando asiento en un viejo y sucio sillón reclinable.

Asentí.

—Tenía que hacerlo, y habría llegado antes, pero... —me aclaré la garganta, no estaba seguro de cuánto sabía el hombre.

—¿Pero tú? —presionó.

—No sabía que se había ido —admití, sintiéndome un poco tonto, pero él sonrió.

—Imagino que no lo sabías.

—¿Está ella aquí?

Sacudió la cabeza.

—No.

Tenía la idea de que no iba a decirme nada más, pero él quería tener una conversación, y se lo debía. Elena y su padre eran extremadamente unidos, y sabía que le había contado lo que pasó en casa de mi familia, pero no estaba seguro de cuánto le habría dicho sobre nosotros.

—Voy a asumir que sabe que hay, o había, algo entre nosotros —dije, yendo directo al meollo del asunto.

—Sí, lo sé.

—Señor, si pudiera decirme qué debo hacer aquí, se lo agradecería —dije, no por encima de la súplica.

Sonrió.

—No puedo decirte qué hacer, aunque tengo algunas preguntas.

—Lo supuse, y haré lo que pueda para responderlas.

—¿Cuáles son tus intenciones con mi hija? —preguntó, sus ojos sosteniendo los míos.

Pestañeé, la pregunta fue directa y me tomó con la guardia baja.

—Uh —empecé, no estaba muy seguro de cómo responder.

Se echó a reír.

—Sólo estaba bromeando, o algo así, pero me gustaría saber qué es lo que crees que estás haciendo con ella, mi pequeña no es el juguete de nadie, y aunque no conozco los detalles de lo que pasó allí, sé que estaba herida, y no me gusta verla así.

—Lo entiendo, pero no quería lastimarla. No soy muy bueno con las relaciones, porque nunca antes había estado en una relación seria y adulta, anteriormente había tenido citas, pero ninguna de las mujeres con las que he estado ha sido como Elena, ella es diferente.

—Ella es especial, mi hija es una mujer que vale la pena, y que se haya involucrado contigo me dice que ve algo en ti, y no tiene nada que ver con tu cuenta bancaria —añadió, con voz severa.

Me estremecí, sabiendo que se refería a lo que mi madre había dicho.

—Siento mucho cómo la trató mi familia, y también sé que no está interesada en mí por mí

dinero, lo sabía desde el día que la conocí. ¿Le contó sobre nuestro primer encuentro?

León se encogió de hombros.

—Ella dijo que se había perdido, y tú fuiste a recogerla.

Sonreí, pensando en el día.

—Sí, pero no le dije quién era, pensaba que yo era otro empleado de la oficina, ella me dio la oportunidad de ser anónimo y de conocerla sin que se reprimiera o tratara de impresionarme. Nuestro desayuno fue corto, pero me bastó para saber que ella era diferente.

El hombre parecía orgulloso, y tenía razón en estarlo. Había criado una buena hija.

—Elena ha pasado por momentos difíciles, y la vida no ha sido fácil para ella. Es dura, pero no había estado realmente expuesta al tipo de negatividad que experimentó allí.

—Lo siento mucho.

—Creo que sí, pero esta es la cuestión, quiero que mi hija esté con un hombre de verdad —me ofendí por eso.

—Soy un hombre de verdad.

—Un verdadero hombre sabe cómo proteger a su mujer, haría lo necesario para mantenerla a salvo, tal vez soy un poco anticuado y le contagié mi manera de ser o expectativas para la vida, pero a pesar de todo, Elena es una mujer a la que hay que venerar y valorar, no insultar ni faltar al respeto.

Asentí, prestando atención a sus palabras, no trataría de inventar una excusa para mi comportamiento. Al escucharlo me di cuenta de que la había decepcionado, y no me gustaba esa sensación, me sentía inferior.

—Lo entiendo, y será mi único gran arrepentimiento. Planeo hacer lo correcto.

Me estudió durante varios segundos.

—Te creo.

—Gracias —él gimió y sacudió la cabeza—. Ahora sólo necesito convencerla.

Se rio de nuevo.

—Elena es terca pero no demasiado, creo que podrías persuadirla para que te dé otra oportunidad.

—Genial, ¿tiene algún consejo para mí? —pregunté, sabiendo que probablemente estaba presionando un poco.

—Tengo uno.

—¿En serio? ¿Cuál?

—Cuando la veas, sé honesto. No hay nada que ella odie más que a un mentiroso, no le gustan las tonterías o que le den muchos rodeos a las cosas, es un tipo de chica muy especial.

Esa parte, ya la había deducido de nuestro tiempo juntos.

—Entiendo. Gracias.

—De nada —dijo, asintiendo—. No importa cómo se desarrolle todo esto, quiero lo mejor para Elena, y aunque no estoy seguro de qué será eso, la apoyaré en lo que decida. Pareces un buen tipo, pero si te dice que te pierdas, te pediré que lo hagas. No digo que no la presiones un poco si crees que es lo que necesita, pero si lo dice en serio, deberías irte, no lles las cosas más allá y las hagas peor. Ella es una mujer independiente que puede tomar sus propias decisiones y pensar por sí misma, así que cuando se decide por algo, ya está hecho.

—Le doy mi palabra, no haré nada que la perjudique. Si me dice que no quiere volver a verme, lo respetaré, la dejaré en paz.

Sonrió.

—Genial, entonces será mejor que te des prisa.

—¿Me dé prisa?

—Elena se dirigió al aeropuerto esta mañana para tratar de conseguir un vuelo de regreso a Grecia —dijo con una sonrisa.

Mi boca se abrió.

—¿Ella qué? ¿Ahora mismo? —casi grité las palabras.

—Sí, ahora mismo. Demonios, puede que ya esté en el aire.

—No, ella te lo diría. ¿Te lo dijo? —saqué mi teléfono y busqué el número del servicio de autos que había usado para llevarme al medio de la nada. Esperaba que el tipo no estuviera muy lejos.

—Te sugiero que te muevas, hijo —dijo, riéndose todavía mientras yo salía corriendo por la puerta principal.

Caminaba de un lado a otro en el frente de la casa mientras esperaba al conductor. En diez minutos estaba recogíendome nuevamente, afortunadamente, sólo había estado echando gasolina.

—Aeropuerto, ahora —grité y salté al asiento trasero.

El hombre entendió claramente mi prisa.

—Está a una hora de distancia —le di una palmada en la parte de atrás del reposacabezas—. Apúrate.

—Sí, señor.

Para cuando llegamos al estacionamiento del aeropuerto estaba casi en pánico, me repetía mentalmente que todo estaba bien y la encontraría. De haber abordado el avión, encontraría a un piloto dispuesto a llevarme de vuelta a Grecia en mi jet, sabía que haríamos mejor tiempo que el vuelo comercial, y todavía tendría la oportunidad de hablar con ella. Sabía que me permitiría hablar con ella, si estaba tratando de volver.

Al entrar al me apresuré a ir a la pantalla gigante para revisar los vuelos, y había uno que estaba por salir. Me acerqué a la taquilla mirando la cola, sabiendo que la única forma de pasar la seguridad era con un pasaje, así que me puse en la fila, ansioso y apenas capaz de reprimir mi frustración por lo lento que se movía.

Cuando llegó mi turno, compré el primer boleto que la mujer ofreció para el vuelo en el que estaba seguro que Elena abordaría y le di mi tarjeta negra de AMEX.

—¿Tiene algún equipaje, señor?

—No. ¿Me puede dar mi boleto por favor?

Lo tomé y me apresuré a la línea de seguridad,

hacía mucho tiempo que no tenía que ir a aeropuerto para viajar, había olvidado lo irritante que podía ser. Una vez que finalmente lo logré, corrí a través de la terminal, buscando la puerta que había visto en el tablero de lectura. Por supuesto, era la puerta más lejana.

Corrí al lugar donde anunciaban que era la última llamada de embarque, estaba sin aliento cuando le entregué a la mujer el pasaje.

—Casi pierdes tu vuelo dijo con una sonrisa.

—Casi me pierdo mucho más que eso —murmuré.

—¿Tienes alguna maleta? —preguntó.

—No, ¿puedo pasar? —pregunté con impaciencia.

Su ceño fruncido me dijo que la había ofendido, pero no me importaba, si Elena no estaba en el avión, necesitaba tiempo para bajar y buscarla en el aeropuerto, pero de verdad esperaba que estuviera allí.

No estaba seguro de lo que iba a decir, pero tenía que intentarlo.

Capítulo Treinta Y Seis

ELENA

HABÍA LLEVADO MI TARJETA DE CRÉDITO AL LÍMITE, CASI OLVIDABA MI BOLSO DE MANO EN EL TAXI que tomé para venir al aeropuerto, y mis gafas de sol habían quedado en algún sitio del camino, pero al fin podía relajarme, aunque creo que no era la palabra correcta pues estaba nerviosa por ver a Adrián nuevamente.

No estaba segura de si debía disculparme, exigir una disculpa, o ambas. Suspiré, feliz de estar de vuelta, si las cosas no funcionaban, volvería a casa y empezaría mi nueva vida, encontraría un trabajo y, eventualmente, un hombre.

Ya en el avión miré a mi derecha, sonriéndole a una pareja mayor que estaban tomados de la mano en los asientos junto al mío.

—¿Estás de vacaciones? —les pregunté.

El anciano de cabello blanco y grueso sonrió, asintiendo.

—Sí, iremos a Atenas. Es el lugar donde pasamos nuestra luna de miel hace cincuenta años.

—¡Wow! ¡Eso es increíble! ¡Felicidades!

—¿Vas a Atenas? —preguntó la mujer.

Sacudí la cabeza.

—Creta, estuve allí la semana pasada. Tuve una pasantía, y luego me involucré con el jefe, pero las cosas se pusieron un poco raras, y terminé corriendo a casa.

Tanto el hombre como la mujer asintieron, pequeñas sonrisas sonando en sus labios.

—¿Y ahora vas a volver?

—Sí. Tengo que decirle que lo siento y ver si podemos arreglar las cosas. Él...

El viejo levantó una mano arrugada.

—Si no le importa, mi esposa y yo estamos cansados y nos gustaría intentar descansar un poco antes de aterrizar en Atenas.

Sentí que mi cara se teñía de rojo.

—Oh, lo siento. Sí, lo entiendo —murmuré y me di la vuelta.

Iba a ser un vuelo largo, aunque parecían ser personas agradables y cariñosas, no lo eran. Dejé escapar un largo suspiro, mirando hacia la cabina del piloto, noté que las azafatas de vuelo se reunieron cerca del frente del avión, estaban hablando.

—Buenas tardes, señor —oí decir a una de ellas—. Me alegra de que esté a bordo, despegaremos en unos minutos, por favor tome asiento.

No me gustaban los rezagados, debido a ellos el resto debía esperar, como si fueran tan importantes y el mundo debía esperar por ellos.

Fue entonces cuando vi la figura alta de cabello negro, de espaldas a mí, y me quedé helada. No había forma de que pudiera ser él, me di cuenta que le dijo algo a la azafata antes de darse la vuelta y mirar hacia el pasillo.

No podía moverme ni respirar, era él, Adrián estaba en mi avión, en los Estados Unidos, ¿Qué demonios?

Sus ojos escudriñaron las filas mientras se dirigía hacia el pasillo. No me había visto todavía, sabía que debía levantar la mano y llamar su atención, pero estaba tan sorprendida que no reaccionaba, hasta que sus ojos se encontraron con los míos, y dejó de moverse.

Ambos nos miramos fijamente durante varios largos segundos.

—¿Adrián? —susurré.

Empezó a moverse de nuevo, esta vez en dirección hacia mí, deteniéndose junto a mi asiento.

—¿Vienes conmigo?

—¿Quieres que me baje del avión? —pregunté con confusión, y él asintió.

—Por favor.

Me giré para mirar a la pareja mayor que estaba a mi lado, en vez de parecer felices por mí, fruncieron el ceño como si yo interrumpiera su siesta, ellos estaban ansiosos por seguir su camino, y los estaba retrasando.

—Elena, por favor —dijo en voz baja—, quiero hablar, y prefiero no hacerlo aquí, delante de todo el mundo.

Asentí.

—Bien —dije, pensando que estaba completamente loca.

Tomé mi bolso de mano y mi portátil, qué era lo único que llevaba, ya que, había olvidado que mi equipaje ya estaba en avión.

—Señor, necesita tomar su asiento —dijo una azafata.

—Nos bajaremos —dijo Adrián, tomando mi mano y enfrentándose a la pequeña mujer que bloqueaba su salida por el pasillo.

—Señor —regañó, moviendo la cabeza a un lado para mirarme—. ¿Usted también se baja?

—Um, sí. Lo siento.

Adrián no esperó a que la mujer aceptara mis disculpas, él comenzó a caminar rápidamente y ella no tuvo otra elección que apartarse de nuestro camino.

Podía sentir como todos nos miraban. Varias mujeres miraron a Adrián y luego me miraron a mí, con grandes sonrisas en sus rostros, apenas estábamos llegando a la parte delantera del avión oí un grito, seguido de vítores.

Yo no sólo sonreía, sintiéndome muy afortunada de tener a un hombre como Adrián sacándome de un avión como en las comedias románticas. Él prácticamente me arrastraba por todo el aeropuerto, podía sentir su determinación vibrando en su mano.

Llegamos a un rincón relativamente pequeño y privado de una puerta que no estaba siendo utilizada.

—Siéntate —ordenó.

Me senté en una de las sillas, y él lo hizo a mi lado, tomando mi mano en la suya y mirándome a los ojos. Mi corazón estaba bailando, saltando de alegría, y rezando para que hubiera hecho el viaje para decirme que estaba locamente enamorado de mí.

—Estás aquí —dije con incredulidad.

—Estoy aquí.

Todavía estaba un poco confundida.

—¿Por qué? ¿Cómo? No lo entiendo.

—Estoy aquí porque tú estás aquí.

Sonreí.

—Casi no estaba aquí.

Se rio.

—Me di cuenta. Tu padre esperó hasta el último minuto para decirme.

—¿Mi papá?

—Te lo explicaré más tarde. Tenía que venir, tenía que hablar contigo y arreglar las cosas entre nosotros, cuando fui a la oficina ayer, tenía todas las intenciones de hablar y solucionar las cosas, pero cuando no te vi fui a preguntarle a Judith por ti y me dijo que te habías ido, supe que todo estaba mal —su voz era baja y llena de arrepentimiento.

Puse mi mano en su rodilla.

—No debería haberme escapado, eso fue infantil, y lo siento mucho por hacerlo. Fue una reacción instintiva a lo que había pasado el sábado, debí haberme quedado y enfrentar las cosas de frente, pero corrí.

Sacudió la cabeza.

—No te culpo por huir, yo tampoco te di ninguna razón para quedarte. Lo que dije en la heladería, quiero explicarlo.

Asentí, tragándome mi nerviosismo. Este era el momento de la verdad, podía decirme que no era la mujer para él, o podía decirme que estaba locamente enamorado de mí. Pese a que esperaba que la segunda opción sea la correcta, estaba completamente clara que veníamos de mundos diferentes, y a pesar de lo que habíamos compartido durante un tiempo muy corto, había una posibilidad de que las cosas nunca funcionaran entre nosotros.

—Estoy escuchando —susurré, ignorando el ruido del ajetreado aeropuerto que nos rodea.

En ese momento, sólo éramos él y yo en el oscuro rincón de la puerta cerrada. Su mano se cerró sobre la mía, descansando sobre su rodilla.

—Fue más que nada —dijo, clavando esos llamativos ojos azules en mi alma—. Esos pocos días juntos fueron algo muy especial para mí, siento haber dicho lo que dije, No quería hacerte daño, simplemente intentaba protegerme de no ser lastimado, y terminé haciéndolo contigo, pero esa nunca fue mi intención. Cuando estamos juntos, me siento como una persona diferente, me siento libre, feliz y completo. Me equivoqué al no enfrentarme a mi madre, al dejarla hablarte así, pero sobre todo, me equivoqué al dejarte ir ese día sin tratar de detenerte. ¿Me perdonarás?

—Adrián, por supuesto que te perdono. Sé que las cosas eran raras. Ninguno de los dos había hablado sobre lo que estaba pasando entre ambos, creo que estábamos tan atrapados en el momento y temíamos arruinar las cosas por hablar de lo que sentíamos, yo no quería decirte lo que sentía, por miedo a reventar la pequeña burbuja en la que vivíamos.

Me sonrió, y sus ojos se fijaron en los míos.

—No sabía cómo llevar esta conversación, pero al instante en que te vi en el avión, supe que quería pasar tiempo contigo. Al principio comencé a preocuparme de que fuera sólo un capricho y, después de un día o dos juntos, se me pasaría, pero no es así. Por favor, dime que me darás otra oportunidad para demostrarte que puedo ser un buen hombre, uno digno de tu afecto.

Moví la cabeza de arriba a abajo.

—Sí, absolutamente. Siento mucho haberme ido así, juro que no volveré a hacerlo, me quedaré, hablaré contigo y arreglaré las cosas en lugar de huir.

Estaba visiblemente relajado, con los hombros caídos antes de inclinarse y darme un beso rápido.

—Me alegra mucho oír eso. No he podido dejar de pensar en cómo fue ese día.

—Yo tampoco.

Levanté la mano y la puse en su mandíbula, sintiendo la oscura barba bajo mi mano. Pude ver las manchas oscuras bajo sus ojos y sabía que tampoco había estado durmiendo bien.

—¿Quieres salir de aquí? —preguntó.

—Sí. ¿Volaste en un vuelo comercial?

Sonrió con suficiencia.

—No. Mi jet está en una pequeña pista de aterrizaje en las afueras de la ciudad.

—Oh, wow —dije, sacudiendo la cabeza otra vez—. No puedo creer que estés aquí.

—Honestamente, yo tampoco. No puedo explicar cómo me sentí cuando me enteré de que te habías ido, sabía que tenía que perseguirte.

Sonreí, pensando en lo que mi padre había dicho.

—Estaba lista para perseguirte. Me rendí demasiado fácil, y eso fue una estupidez.

Sonrió con suficiencia.

—Me sentía de la misma manera. Pero ahora estoy luchando, y te quiero en mi vida, no sé cómo funcionara, pero sé lo que quiero.

—Preocupémonos de la logística más tarde. Ahora mismo, creo que a ambos nos vendría bien una comida caliente y una buena noche de descanso. Podemos quedarnos en la ciudad hoy, a menos que estés apurado por llegar a casa.

Sacudió la cabeza.

—Quiero quedarme aquí.

—Bien. Es mi turno de mostrarte el lugar, conozco un gran restaurante, sirve todas las comidas reconfortantes americanas que me gustan.

—Eso suena genial, me muero de hambre. Nos reservaré una habitación —sacó su teléfono.

Ni siquiera pensé en detenerlo. Lo conocía lo suficiente para saber que le gustaba la comodidad y el estilo, y no podía permitírmelo. Estas eran unas pequeñas vacaciones para él, y quería que pudiera disfrutarlas de verdad.

Salimos del aeropuerto, tomados de las manos.

El auto que aparentemente había alquilado nos estaba esperando.

—Me alegro mucho de que estés aquí —susurré, acurrucándome contra él en el asiento trasero.

—Estoy tan feliz de estar aquí. No me gustó nada esa sensación —hizo una linda cara de puchero. Tenía que reírme.

—¿Qué sensación sería esa?

—La sensación de que te había perdido para siempre, sentía que había perdido una parte de mí, era muy incómodo.

—¿Incómodo? —me burlé.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí. ¿Cómo me encontraste?

—Rand me ayudó, él sacó tu expediente y me dio la información —me quejé.

—Oh Dios, estoy segura de que ahora me odia de verdad.

—No te odia. Él también sintió la conexión entre nosotros desde el principio. Le preocupaba que perdiera mi concentración y dedicara todo mi tiempo y energía a ti y de alguna manera llevara la empresa a la bancarrota.

—No te dejaría hacer eso —le aseguré.

Asintió.

—Rand es mi mejor amigo, y me estaba cuidando. Espero que ustedes dos puedan hablar y conocerse, ambos son muy importantes para mí, y quiero que sean amigos. Es un buen tipo.

—Lo haré, no tengo nada en contra de él —hice una pausa—. Para ser honesta, me intimida un poco.

Adrián se rio.

—La mayoría de las personas dice que yo soy el intimidante.

Giré la cara para mirarlo.

—Desde el momento en que te vi en ese café, supe que eras un buen tipo. No me sentía intimidada en lo más mínimo.

Sonrió.

—Porque fui tu salvador.

—Eres mi héroe —dije en voz alta, y nos reímos.

Se sintió bien reír juntos de nuevo, era como encontrar una pieza perdida de mí mismo.

Capítulo Treinta Y Siete

ADRIÁN

HABÍA RESERVADO EL HOTEL A ÚLTIMA HORA, Y NO TENÍA NI IDEA DE QUE ESPERAR, PERO ME sorprendió gratamente encontrar que el lugar era bastante lujoso. No era una persona extremadamente exigente,

pero sí sabía diferenciar entre lo bueno y lo deficiente. Pasear por los relucientes suelos de mármol blanco y negro del vestíbulo del hotel me decía que estaba en un buen lugar.

—Nunca había estado aquí —susurró Elena a mi lado—. Sólo lo había visto en folletos turísticos, y es el lugar donde se quedan los famosos cuando vienen a la ciudad, ¡pero esto es magnífico!

Sonreí, envolviendo mi brazo alrededor de sus hombros y acercándola.

—Me alegro de poder estar aquí contigo.

—¿Trajiste equipaje? —preguntó.

Me reí entre dientes.

—Lo hice, pero en mi prisa por llegar aquí, lo dejé en mi jet, no pensé que lo necesitaría, pero eso no me preocupa, le diré al conserje y haré que nos traigan algo a los dos.

—No tienes que hacer eso —me aseguró rápidamente.

—Elena, tu equipaje está en camino a Grecia.

Ella se quejó.

—Y es por eso que mi padre dice que siempre debo tener un equipaje de mano.

Me encogí de hombros.

—No es gran cosa, podemos ir de compras nosotros mismos si lo prefieres.

—No, no creo que ninguno de los dos esté preparado para eso —murmuró.

Revisamos la suite, y era mucho más fina que la habitación que teníamos en Atenas, había quedado muy impresionado e hice una nota mental para usar el hotel cuando volviera para las visitas, lo que ya estaba planeando hacer tan a menudo como pudiera.

Aún era temprano cuando salimos del hotel, después de hablar con el conserje para que me entregara una muda de ropa en la habitación, junto con algo para Elena, a pesar de que insistió en que estaba bien. Me gustaba poder mimarla.

El restaurante que había elegido para nosotros era muy informal, me sentía un poco incómodo ya que yo iba de pantalones de vestir y camisa manga larga, pero ella me aseguró que estaba bien. Nuestros papeles se invirtieron y comprendía mucho mejor cómo se sentía en mi ciudad natal.

—Voy a dejar que ordenes por mí —le dije—. No tengo ni idea de que tratan la mayoría de los platos.

—Usan nombres tontos. Creo que te gustará el filete frito del campo.

Hice una mueca.

—Voy a tomar tu palabra en eso.

Miraba como ordenaba para nosotros, junto con dos botellas de cerveza Bud Light. Yo estaba en su territorio y dispuesto a dejar que dirigiera, confiaba en ella y estaba seguro que no me llevaría por mal camino.

—Mi padre me mandó un mensaje y me preguntó si habías llegado al aeropuerto a tiempo —dijo con una sonrisa—. No sabía que habías ido a la casa.

—Sí, lo hice. Tu padre y yo hablamos un poco, Es un buen hombre.

—Es el mejor —dijo con orgullo—. ¿De qué hablaron?

—De ti, de mí, nosotros, el futuro.

—Ya veo.

—Me dio la típica advertencia que un padre le daría al pretendiente de su hija, pero tuve la sensación de que yo le agradaba —me aventuré.

—Estoy segura de que era así, no te habría dicho dónde estaba si no le hubieses agradado —se rio.

—¿Por qué no se ha vuelto a casar?

Sabía que era una pregunta directa, pero me parecía extraño que un hombre se quedara solo durante más de veinte años. Se veía muy agradable, supuse que más joven debió ser apuesto, además todo lo que Elena me había dicho sobre él era positivo.

—Le he hecho la misma pregunta varias veces. Siempre dice que estuvo casado con el único y verdadero amor de su vida y que ninguna otra mujer se puede comparar con ella, odio que esté solo ahora, pero honestamente, cuando era más joven, me alegraba que no tuviera otra esposa, varios de mis amigos tenían madrastras o padrastros, y todos coincidían en que la relación con ellos no era la mejor. Me preocupaba que la mujer que escogiera no me quisiera y robara su afecto por mí. Ahora me doy cuenta de que eso era egoísta, quiero que encuentre a alguien con quien pueda pasar el resto de su vida.

—¿Sientes que tienes que quedarte aquí para cuidarlo? —pregunté en voz baja, casi con miedo de escuchar la respuesta.

Tomó un trago de la botella de cerveza.

—En cierto modo, sí, aunque él siempre me dice que no tengo que hacerlo, pero ¿cómo puedo dejarlo solo? Soy todo lo que tiene.

—¿Crees que a tu padre le gustaría viajar?

—¿Por el país o el mundo?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Cualquiera de los dos.

—Siempre ha querido comprar una casa rodante para viajar por el país después que yo me vaya de casa, pero son palabras vacías porque ambos sabemos que no me iré de casa, y no me gusta la idea de que esté solo.

Sonreí, queriendo besarla.

—Eres una hija muy considerada, no sé si muchos padres se dan el lujo de tener un hijo como

tú, que está dispuesto a sacrificar su propio futuro por el bien de ellos.

—No estoy sacrificando nada, sólo tengo que cuidarlo, él es la clase de hombre que trabajaría durante cuatro días seguidos sin tomar descanso alguno. Necesita a alguien allí para asegurarse de que coma y descanse.

Asentí.

—Lo entiendo. ¿Se mudaría a Grecia?

Su boca se abrió.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí, de verdad. Quiero que trabajes en la empresa, eres un activo en cualquier lugar que vayas, pero te necesito conmigo.

Parecía pensativa por un segundo.

—No lo sé. No creo que hagan mucha minería allí.

—¿Por qué no pedirle que se retire? —le sugerí.

Se burló.

—También puedo pedirle que se mude a la luna.

Sonreí.

—Elena, sé que esto es rápido, y entiendo si dices que no, pero le estoy ofreciendo a tu padre una jubilación anticipada.

—No puede ser, no puedo aceptar eso de ti, y ciertamente nunca aceptará caridad.

—Si te ofrecemos un puesto a tiempo completo en la empresa, podrías permitirte mantenerlo y vivir una vida cómoda.

—Me estás tentando, pero ¿estaría en Creta sólo para trabajar para ti? —preguntó con voz baja.

Sacudí la cabeza.

—No. Te quiero conmigo, no quiero volver a separarme de ti, y no estoy realmente en posición de mudarme aquí, pero si eso es lo que se necesita para estar contigo, lo haré. Las últimas veinticuatro horas me demostraron que no quiero estar sin ti, sé que es rápido y una locura, y aunque todos crean que nos estamos precipitando, yo no lo siento así. ¿Alguna vez sentiste que todo estaba bien?

—Sí —exhaló la palabra.

—¿Vendrás a casa conmigo?

Ella asintió.

—Lo haré. No sé qué me depara el futuro, y no sé si mi padre alguna vez

considere la posibilidad de una jubilación anticipada, pero le preguntaré. Quiero estar contigo.

—Bien.

—Pero Adrián, si hablas en serio sobre contratarme para trabajar en la compañía, no quiero un trato especial, quiero la oferta de trabajo estándar y la paga. Tengo que hacer esto por mi cuenta.

Asentí.

—Absolutamente. Serás tratada como uno de los empleados.

Ella sonrió.

—Puede que no tengamos que ir tan lejos.

Nuestras cenas fueron servidas antes de que pudiera responderle. Miré fijamente la pila de comida en mi plato y dudé, no se veía tan atractiva como la comida que solía pedir en los restaurantes a los que iba, pero estaba dispuesto a intentarlo. Quería mostrarle que estaba abierto

a probar cosas nuevas y a aprender más sobre su mundo.

Le di un mordisco y me sorprendió gratamente descubrir que era realmente bueno. Me estaba observando, esperando que dijera algo.

—Me gusta.

—Bien. Tenía el presentimiento de que te gustaría, incluso con tus refinados gustos.

—¿Cómo llamaste a esto? —pregunté.

—Bistec frito del país.

Di otro mordisco, moviendo la cabeza arriba y abajo mientras comía. Me interesaba ver qué otras cosas podía mostrarme aquí en América, había volado a Nueva York varias veces pero nunca había llegado al oeste del país.

—¿Estás lista para volver a la habitación? —le pregunté después de que termináramos de cenar y tomáramos unas cuantas cervezas.

Ella asintió.

—Definitivamente.

Había una gran energía entre nosotros mientras hablábamos más sobre el futuro y su llegada a Grecia. Cuanto más pensaba en pasar mis días con ella, más me entusiasmaba, estaba ansioso de pasar amanecer con ella por el resto de mi vida. Aún no sabía cómo iba a ser, pero sentía que necesitábamos celebrar nuestro reencuentro, aunque sólo hubiéramos estado separados unos pocos días.

Al regresar al hotel, había tres bolsas en la puerta de nuestro cuarto con la ropa que pedí que me entregaran, y una botella de champán enfriándose en la mesa, junto con varias variedades de vino.

—¿Qué es todo esto?

—Esperaba que pudiéramos celebrarlo —respondí.

—¿Con champán?

—Sí.

—¿Qué estamos celebrando exactamente? —preguntó tímidamente.

Puse mis brazos alrededor de su cintura y la acerqué a mí.

—Esperaba que pudiéramos celebrar que estamos juntos de nuevo.

Se inclinó un poco hacia atrás.

—¿Juntos juntos, o sólo juntos?

Sacudí la cabeza.

—No tengo ni idea de lo que me estás preguntando —dije con total confusión.

Se rio.

—¿Estamos juntos como en, vamos a estar en el mismo continente y trabajando juntos, o como una relación real?

Sonreí, dándole un beso en la punta de su perfecta nariz.

—Quiero estar contigo, ser tu hombre, y que seas mía.

Se rio de nuevo.

—Estoy esperando que empieces a golpear tu pecho.

—Haré todo lo que me pidas.

—¿Cualquier cosa? —preguntó, con su voz ronca y sus ojos cayendo a mi boca.

—Cualquier cosa.

—Creo que me gustaría empezar aquí, ahora —dijo, presionando su cuerpo contra el mío.

Inhalé su aroma y cerré los ojos. Mi mente, cuerpo y alma la habían extrañado. Cuando creía que la había perdido mi mundo se puso de cabeza, así que quería tomarme mi tiempo para disfrutar del momento. Tomar un vuelo a través del mundo había valido la pena sólo para tenerla entre mis brazos.

—Estoy listo para empezar de nuevo. Esto es completamente real, no hay nada falso en lo que siento por ti, y voy a demostrártelo.

Usé mi mano para empujar su cara hacia arriba para poder mirarla a los ojos. Necesitaba que ella viera que iba en serio y que sentía cada palabra.

—Lo que siento por ti es muy real. Estoy dando un gran salto de fe y siguiendo mi corazón. Mi padre me dijo que hiciera lo que tuviera que hacer, y estoy lista para eso. Te perseguiré hasta los confines de la tierra, si es lo que necesitas para creer que te quiero, tu dinero no me importa, es a ti a quien quiero.

Sentía sus palabras en lo más profundo de mi ser, no entendía cómo mi alma sabía que ella era la elegida, pero lo hizo, y no iba a luchar contra eso ni un segundo más.

Dejé caer mi boca sobre la suya, besándola suavemente antes de ceder a la pasión y el calor que sentía por ella.

Capítulo Treinta Y Ocho

ELENA

QUERÍA DEVORARLO VIVO, ME ENTUSIASMABA DEMASIADO LA IDEA DE QUE ÉL QUERÍA ESTAR conmigo, tenía al hombre más sexy del mundo y era todo mío.

Me quejé en su boca.

—Te quiero.

—Quiero que nos tomemos nuestro tiempo, deseo recorrer cada centímetro de tu cuerpo, eres mía —gruñó, bajando sus manos y apretando mi trasero.

—Usted es mío, señor, todo usted, y me gustaría demostrárselo aquí mismo —bromeé.

Se rio.

—¿Este es el juego de “te mostraré el mío si me muestras el tuyo”?

Asentí.

—Puedes apostar tu hermoso trasero a que sí.

Chillé cuando me golpeó las nalgas. Entré corriendo al dormitorio de la suite, deteniéndome automáticamente cuando vi los pétalos de rosa esparcidos sobre la cama.

—Sorpresa —susurró.

—Eres bueno —le dije.

—Quiero hacerte el amor en un lecho de rosas. Esto fue lo mejor que pude hacer con poca antelación.

—Esto es hermoso.

—Lo es, pero es a ti a quien quiero ver —dijo en voz baja. Yo asentí, deseosa de cumplir órdenes—. Toma asiento.

Su mirada recorrió mi cuerpo antes de retroceder y sentarse en una de las sillas de felpa de la habitación. Me quité lentamente la camisa antes de bajar mis jeans poco a poco para él.

—Date la vuelta —ordenó.

Me giré suavemente, parando de espaldas a él, y le miré por encima del hombro. Sus ojos azules brillaban mientras miraba mi trasero, yo me sentía sexy así que quería llevarlo a otro nivel, aun mirándolo, desenganché mi sostén y dejé que cayera al suelo.

Me cubrí los pechos con las manos antes de dar la vuelta, y quedar frente a él con solamente mi tanga color púrpura. Comencé a masajear mis pechos mientras él me miraba como idiotizado, caminé lentamente en su dirección, tenía la mandíbula muy apretada y prácticamente podía sentir el calor que irradiaba de él.

—Adrián, quiero sentirte dentro de mí. Te quiero a ti —me paré frente a él, y no dejaba de mirar mis pechos.

Me miró, alcanzando y apartando mis manos de mis pechos y apretándolos, suavemente al principio antes de aumentar la intensidad. Jadeé, echando la cabeza hacia atrás y mirando al techo. Deslizó una de sus manos por mi espalda, tirando de mí hacia adelante, tomando mi pezón con su boca, chupándolo entre sus dientes.

Me tenía presionada a él, deslizó su mano libre entre mis piernas tomando mis bragas y tirando con fuerza, pude sentir como se desgarraban encima de mí. Grité, ese simple acto casi me lleva al orgasmo, había sido Adrián quien había liberado este lado salvaje en mí, y me gustaba, la tela recién rasgada se deslizaba entre mis muslos dejándome completamente desnuda.

Jugó un poco con sus dedos sobre mi clítoris antes de separar

mis pliegues, empujando un dedo.

Volví a gritar, agarré su cabello con ambas manos apretándolo contra mi pecho, exigiéndole más, sus dientes trabajaban sobre mis duros pezones, y su dedo se movía dentro de mí.

Era demasiado, mi autocontrol no era rival para el éxtasis que recorría mi cuerpo. No dejaba de agarrar fuertemente su cabello mientras mi cuerpo comenzaba una lenta espiral que me dejó jadeando y gritando su nombre, lo apreté más fuerte a mi cuerpo una vez que el orgasmo llegó a mí, pero él no se detuvo en ningún momento.

Mi cuerpo se aflojó una vez que sacó su dedo de mí. Me desplomé contra él, y fue su brazo alrededor de mi cintura lo que evitó que cayera al suelo derretida completamente. Se levantó y me acompañó de espaldas a la cama, me senté en el cómodo colchón esperando que se me uniera, mientras sus ojos vagaban por mi cuerpo desnudo, pero yo también quería darme un festín con su gloria.

—Fuera —ordené—. Todo.

Sonrió con suficiencia.

—Eres exigente.

—Te deseo.

—Aquí me tienes, no lo dude ni un segundo, soy todo tuyo —sus ojos ardían de pasión.

Disfrutaba verlo desabrocharse lentamente la camisa, tomándose su dulce tiempo, aumentando el placer para mí. Cuando terminó con ella, y reveló su pecho bronceado y los tatuajes, me mordí el labio, me gustaba demasiado.

Me costó todo mi autocontrol quedarme en la cama, quería literalmente saltar sobre él. La camisa golpeó el suelo, seguida rápidamente por sus pantalones y luego su ropa interior. Estaba de pie ante mí, desnudo y glorioso.

Caminó hacia mí, mientras su erección sobresalía, me levanté y quedé de pie frente a él. Pasé mis manos lentamente por su pecho y él sostuvo mi cara para besarme como los dioses.

Me acerqué más y nuestros cuerpos desnudos se juntaron, el beso se intensificó, mordía mis labios con un poco de picardía antes de caer en mi mandíbula. Yo frotaba mi cuerpo contra el suyo, sintiendo sus duros músculos y su gran erección que hacía presión en la parte alta de mi vientre.

Me levantó, y me puso en la cama antes de arrastrarse sobre mí, separó mis piernas con una de sus rodillas, mientras soportaba el peso de su cuerpo con sus codos, mirándome fijamente, yo por mi parte me abrí por completo a él dejando mucho espacio para que me penetrara.

—Eres tan hermosa y tan mía —susurró, rozando mi mejilla con su mano antes de acariciar mi

cabello.

—Soy tuya —respondí, mirando a los ojos azules que me eran tan familiares.

Colocó la cabeza de su pene en mi abertura, empujando hacia adentro poco a poco. Ambos cerramos los ojos al mismo tiempo cuando nuestros cuerpos se unieron, conectándonos en cuerpo y alma. Gemí, dejando que la pasión y el éxtasis inundaran mi cuerpo, me incliné hacia para besarlo apasionadamente mientras él empujaba más profundamente, estirándome y llenándome completamente.

Al abrir los ojos podía ver como me miraba con deseo, sentía como perteneciéramos uno al otro, nuestras almas impresas en el otro para siempre.

Suspiré con suprema satisfacción.

—No quiero irme nunca de este lugar —susurré.

Se quejó.

—Te sientes tan bien, esto es lo que había esperado toda mi vida, eres mi todo.

—Había soñado contigo durante años, sin saber que eras real, nunca imaginé que existiera un hombre tan bueno, tan amable y tan guapo como tú. Eres mi sueño hecho realidad —dije entre gemidos.

Sentía su pene sacudirse dentro de mí, y sus ojos se cerraron por un segundo antes de abrirse de nuevo.

—Soy real, y soy tuyo.

Casi lloraba del éxtasis.

—Por favor —susurré.

Dejó caer un beso en mis labios y comenzó a moverse. Sentía como si me quemara lentamente por dentro, se deslizaba adentro y fuera, sin prisa, sólo era éramos él y yo, y el mundo no importaba. Cerré los ojos, entregándome por completo, puse mis manos en sus caderas tirando de él y empujándolo con un poco más de fuerza.

El ritmo era lento y constante, cada roce sobre mis nervios crudos incitaba nuevas descargas eléctricas.

—Esto es lo que quiero —dijo.

—Yo también —gemí, las sensaciones a través de mi cuerpo no paraban.

Podía sentir la tensión en su cuerpo. Era como una serpiente de cascabel enrollada y lista para atacar, el éxtasis podía sentirse en el aire, pese a que apreciaba hacer el amor lento, mi cuerpo anhelaba más.

—Dios, Elena, me gustas tanto —gruñó, sus palabras sonaban tensas y casi dolorosas—. No quiero que me dejes nunca más, prométeme que te quedarás conmigo.

—Lo prometo —lo juré—, prometo que estaré aquí.

Era como si se hubiera encendido un interruptor. Aceleró el ritmo, su cuerpo se movía más rápido, sus golpes eran más profundos y largos. Levanté mis caderas queriendo llevarlo más profundo, me estaba dando con el mayor cuidado posible pero con una intensidad y dedicación feroz que me conmovió más de lo que las palabras podrían explicar.

Sentía que ascendía en mi nivel de excitación y no quería que se detuviera

Se quejó.

—Tengo que dejarlo ir, voy a explotar, no puedo contenerme.

—No lo hagas, lo quiero todo.

—Lo tienes todo, y me tienes a mí por completo —su boca se cerró sobre la mía, y su lengua se hundió entre mis labios.

Cerré los ojos y me desconecté por completo, sólo dejando que mi cuerpo sintiera lo que él me estaba dando. Éramos sólo nosotros dos fusionándonos en cuerpo y alma.

Dejé escapar un largo y agudo sonido mientras mi cuerpo caía sobre el borde. Me había llevado al cielo, y ahora me sentía como si estuviera flotando.

—Oh mierda —gimió antes de que yo sintiera que se perdía dentro de mí.

Nuestros cuerpos se unieron, haciendo erupción. Ambos comenzamos a jadear y gemir mientras nuestros orgasmos se mezclaban. Se levantó suavemente y se acostó a mi lado, coloqué mi mano en su pecho y podía sentir su corazón latiendo, el ritmo era relajante y me daba una sensación de calma total.

—Eso estuvo muy bien—murmuré.

—Sí, bien —dijo.

Me reí suavemente.

—¿Estás bien?

—Creo que estoy en el cielo, si estuviera mejor, estaría muerto.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté, sabiendo que estaba matando el resplandor de un hermoso momento

—¿Sobre? —preguntó, alejándose un poco.

—Sobre nosotros. Quiero decir, sé que amas a tu madre, y no quiero ser quien se interponga entre ustedes dos.

Suspiró.

—No lo harás.

—Adrián, escuché lo que ella dijo. Vi lo sería que era, no le gusto, y no va a cambiar de opinión, no puedo someterme a eso. Soy fuerte, pero eso es pedir tortura, y no voy a hacerlo.

—Todo va a estar bien. Me ocuparé de ello, y a ti, no dejaré que nadie vuelva a faltarte el respeto, así sea mi madre. Puedes contar conmigo para que sea tu feroz protector.

Sonreí, creyendo en sus palabras.

—Bien entonces.

—Lo siento, pero estoy muy cansado —murmuró, su voz ya sonaba muy somnolienta—. Me voy a desmayar rápido, me gustaría quedarme despierto a tu lado, pero mi cuerpo exige dormir.

—Yo también. Duerme, hablaremos mañana.

—Gracias —susurró.

—¿Por?

—Por darme otra oportunidad —dijo en voz baja—. No lo arruinaré esta vez. Puede que te haga enojar, pero nunca dejaré que te alejes de mí sin luchar como un demonio para mantenerte.

—Y yo no me escaparé otra vez. Esto es algo por lo que vale la pena luchar, y es mejor que sepas que cuando lucho por cualquier cosa, lo hago hasta el final.

Suspiré contra él, tenía mi mano sobre su pecho, y mis piernas enredadas con las suyas. Se sentía bien estar en sus brazos, no tenía ni idea de lo que nos deparaba el futuro, o si de verdad teníamos uno real, pero me tranquilizaba saber que ambos lucharíamos para estar juntos.

Eso tenía que contar para algo.

Capítulo Treinta Y Nueve

ADRIÁN

—NO TENEMOS QUE HACER ESTO —DIJO ELENA MIENTRAS YO LA SOSTENÍA DE LA MANO, prácticamente arrastrándola por el camino de piedra que llevaba a la puerta de mis padres.

Había pasado un mes desde que regresamos a Creta.

—Sí, tenemos que hacerlo.

—No tienes que hacer esto por mí. Sé dónde estamos parados, y eso es todo lo que me importa, no quiero interponerme entre tu familia y tú.

Dejé de caminar y solté su mano para tomar su cara, mirándola a los ojos directamente, obligándola a fijar su mirada en mí.

—Esto es algo que necesito hacer, y te quiero allí conmigo. Por favor...

Suspiró, pero sus ojos se suavizaron.

—Bien, estoy aquí sólo por ti, no necesito hacer esto.

—Gracias.

Toqué la campana, los nervios revoloteaban en mi interior con el simple hecho de pensar en la conversación que iba a tener, apenas había hablado con mi madre desde el día que me fui, y ella era del tipo de mujer que podía guardar rencor hasta su último y moribundo aliento. Sabía que había una gran posibilidad de que me repudiara. Lo sabía, pero mi corazón estaba con Elena, y no podía permitir que mi madre la tratara mal o me alejara de ella, a causa de esas tontas tradiciones griegas.

Me negaba a ser miserable

porque mi familia no podía ver más allá de sus propios prejuicios.

Mi madre abrió la puerta y automáticamente miró a Elena, moviendo su labio con asco.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Con ella?

—He venido a hablar contigo y con papá. ¿Está aquí?

—Está aquí, pero tampoco quiere hablar contigo, no hasta que elijas mejores personas con las que pasar tu tiempo.

—Muévete, mamá. Voy a entrar, y escucharás lo que tengo que decir —mi tono no dejaba lugar para discutir.

Agarré la mano de Elena otra vez, pasando por delante de mi madre y entrando en la casa en busca de mi padre, él estaba sentado en la sala de estar leyendo un periódico.

—Adrián, ¿te esperábamos? —preguntó, poniéndose de pie.

—No. Esto no llevará mucho tiempo, siéntate, tú también puedes sentarte mamá, o quedarte de pie, como quieras, pero me escucharás.

Su boca se abrió, y vi el destello de ira en sus ojos. Hace veinte años, esa mirada me habría aterrorizado, y para ser sincero, hace dos semanas me hubiera asustado, pero hoy no, ya no.

Siempre la amaría y respetaría, pero no podía seguir tratando a Elena como un trapo al que pueda desechar.

—Me sentaré —dijo ella.

Elena y yo nos paramos frente a ellos, ambos la observaban detalladamente, pero nosotros teníamos el control de la habitación.

—¿Qué está pasando? —preguntó mi padre.

—Vine a decirles a ambos que Elena estará en mi vida, y si ustedes dos quieren estar en ella, tendrán que aceptarlo. La tratarán con el respeto que se merece, la juzgaron sin conocerla haciendo suposiciones por ideas preconcebidas que no tienen nada que ver con ella. No la conocen, y creo que si lo hicieran, les agradaría. No volveré aquí hasta que descubran cómo aceptarla como parte de mi vida, es todo o nada, no hay intentos a medias.

Miré de mi madre a mi padre y traté de juzgar sus reacciones.

Mi madre se veía totalmente asesina. Lo esperaba, pero también tenía la esperanza que se disculpara y nos recibiera con los brazos abiertos, pero sabía que no iba a suceder.

Mi padre por su parte era una pizarra en blanco, no podía obtener una buena lectura de él, hasta que guiñó un ojo, moviendo la cabeza lentamente para ocultar un pequeño indicio de sonrisa, pero era la aprobación de mi madre lo que más me interesaba.

—Veo que has tomado tu decisión entonces —dijo mi madre con voz fría.

Miré a Elena, y sus ojos estaban llenos de tristeza. Respiré profundamente antes de volverme para mirar a mi madre.

—Lo he hecho. Adiós.

Me di la vuelta y salí de la habitación, arrastrando a Elena conmigo. No podía detenerme a pensar en lo que acababa de pasar, tenía que seguir adelante sin mirar atrás, o sentiría esa sensación de arrepentimiento y tristeza y no quería, sabía que estaba haciendo lo correcto.

También sabía que Elena era la mujer para mí, y yo iba a tener que aprender a vivir con la sensación de no tener a nadie más en el mundo que ella y León.

Conduje de vuelta a la ciudad sin mediar palabra. Al llegar nos estacionamos en la entrada de la pequeña casa en la que había pasado mucho tiempo últimamente, estaba tomando mi tiempo para procesar todo lo que había pasado, Elena lo había comprendido así que no preguntó si quiera que me pasaba, y eso lo aprecié mucho.

—Lo siento —dijo Elena cuando apagué el motor.

—No es tu culpa. Lo sabes, ¿verdad?

Ella ofreció una pequeña sonrisa.

—Sé que dices eso, pero hay una pequeña parte de esto que es mi culpa.

—No puedes cambiar lo que eres, y no quiero que lo cambies por mí, eso fue lo que me gustó de ti.

Son ellos los que tienen el problema.

—Vamos a ver que está haciendo mi padre —dijo con una sonrisa.

—Probablemente tiene encendida la nueva barbacoa que compró, no sé si puedo comer otra hamburguesa —me quejé.

Se echó a reír mientras caminábamos hacia el frente de la casa de la playa, el olor a agua salada y el sonido de las olas me reconfortaban.

Desde niño ese sonido me había encantado, pero las últimas dos semanas las habían hecho aún más especiales, ya que me recordaba a Elena, a su padre y las muchas horas que habíamos pasado

juntos en la playa, hablando de todo.

La vida era buena, pero no me había dado cuenta de lo que significaba realmente que tuve a alguien como ellos para compartirla.

—Él ama esta casa. Nunca podré agradecerte por comprarla para él, siempre le había gustado la playa, pero esto está más allá de lo que podría haber soñado, y yo también.

—Oye, yo quería hacer esto por él. Siempre lo recordaré corriendo al agua el primer día que conseguimos las llaves, actuaba como un niño, me encantó verlo tan feliz.

—Juro que ha retrocedido. Es como un veinteañero empezando de nuevo, verlo así me hace realmente feliz, honestamente todavía no puedo creer que aceptara mudarse aquí y retirarse, estaba preparada con muy buenos argumentos para convencerlo de que era lo mejor —se rio

—Estaba dispuesto a comprarle su propio jet para volar de ida y vuelta si se negaba a mudarse aquí —dije con una risa—. Pero estoy feliz de que haya sido una venta fácil.

Elena llamó a la puerta antes de girar el pomo.

—¡Papá! ¡Estamos aquí!

Él no respondía, nos dirigimos hacia el interior, caminando a la cubierta trasera que daba a la playa.

La cubierta estaba vacía.

—Ahí abajo —dije, señalando a un hombre sentado en una silla plegable en la playa.

Ella sonrió.

—Más vale que se haya puesto su protector solar, tomemos una cerveza y bajemos.

La cerveza había sido una nueva adicción en mi vida, León y Elena disfrutaban de ella, y yo había desarrollado un gusto por estas, prefiriendo las artesanales. Cada uno de nosotros llevaba una lata fría mientras bajábamos las escaleras de la playa.

—¡León! —grité.

Levantó la vista del libro que tenía en la mano y nos saludó.

—No sabía que iban a venir —dijo, poniéndose de pie para darle un abrazo a Elena.

—Veo que estás trabajando duro en esto del retiro —bromeó Elena.

Sostuvo el libro.

—Siempre había querido leer un libro en la playa, y no puedo creer que lo esté haciendo. Hay una manta en ese bolso si quieren sentarse.

—Me alegro por ti, papá —dijo Elena, inclinándose para besar la parte superior de su cabeza después de que se acomodara en su silla una vez más.

Agarré la manta y la extendí para que nos sentáramos. Por costumbre, me quité los zapatos, los calcetines y me enrollé el pantalón en las piernas, hundiendo los dedos de los pies en la arena caliente.

—¿Cómo fue la conversación? —preguntó.

Elena hizo una mueca, volviéndose para mirarme.

—No muy bien —murmuró.

—Está bien, sabíamos que probablemente iba a ir por ese camino —me encogí de hombros.

León asintió con tristeza.

—Siento oír eso, tal vez pueda hablar con ellos —sacudí la cabeza.

—Está bien, ellos hicieron su elección.

La mano de Elena se movió a mi espalda, frotando arriba y abajo para consolarme, siempre hacía cosas así, me tocaba el hombro o un roce sutil en los pasillos de la oficina.

Era un lenguaje no hablado entre dos amantes, y era relativamente nuevo para mí, pero me gustaba. Un simple toque o una mirada era todo lo que necesitábamos para comunicarnos.

Elena se recostó de espaldas, estirando sus piernas gloriosamente largas, llevaba pantalones cortos, se había quitado las sandalias y parecía completamente relajada.

Me moví para acostarme junto a ella cuando mi teléfono comenzó a vibrar en mi bolsillo, lo saqué y miré la pantalla.

—Es mi madre —murmuré.

Elena se sentó.

—Deberías responder.

—¿Y si ella va a gritar y chillar sobre lo mal hijo que soy?

Elena se encogió de hombros.

—Entonces terminas la llamada, pero primero dale una oportunidad.

Respiré profundamente.

—¿Hola?

—Adrián, lo siento —dijo.

Me volví para mirar a Elena, con los ojos bien abiertos, ella intentaba interrogarme con su mirada.

—¿Lo sientes? —repetí, no estoy seguro de haber escuchado correctamente.

—Sí, lo siento. Quiero que seas feliz, y sabes que es lo que he querido desde siempre, me preocupa que se aprovechen de ti, eres un buen chico.

—Mamá —dije, listo para terminar la llamada.

—No, no —dijo rápidamente—. No creo que Elena sea así. Parece que ella es la correcta, nunca me habías hablado de esa manera.

—Necesitaba que entendieras que esto es serio.

—Entiendo. A tu padre y a mí nos gustaría cenar contigo y con Elena, nos gustaría conocerla.

Pestañeé.

—¿De verdad?

—Sí, Adrián —dijo, y pude oír la emoción en su voz—. Veo el cambio en ti, y es bueno, así que si ella es la causa de todo esto que está pasando en ti, quiero conocerla, quiero ser parte de tu vida.

—Gracias, mamá. Espero que ustedes dos se conozcan, te prometo que te gustará.

—Te llamaré y prepararé la cena —dijo antes de terminar la llamada.

Deslicé el teléfono en mi bolsillo, sonriendo mientras miraba a Elena y a su padre, los dos estaban sonriendo.

—¿Supongo que ha ido bien? —Elena preguntó.

—Así fue, le gustaría invitarnos a cenar, quiere conocerte.

Me rodeó con sus brazos, abrazándome.

—Me alegro por ti, estoy muy feliz de que puedas mantener tu relación con tu madre.

—Gracias por ser tan paciente y estar dispuesta a darle otra oportunidad —le dije.

—Felicitaciones, ustedes dos, parece que todo está mejorando —León nos sonrió

desde su silla.

—Ciertamente lo es —estuve de acuerdo.

EPÍLOGO

Elena

SEIS MESES DESPUÉS

Observaba como me veía en el espejo de cuerpo entero, comprobando que mi vestido no estuviera horriblemente arrugado.

Era un vestido sin mangas que costaba demasiado, pero Adrián había insistido en que lo comprara. El color verde profundo hizo que mis ojos resaltaran mucho más.

Seguía mirándome en el espejo, pero el ruido de la fiesta más allá de la puerta me llamaba. Me había excusado unos minutos, necesita un poco de espacio de los exuberantes miembros de la familia de Adrián, era enorme.

Respiré profundamente y abrí la puerta. La música y la risa de las personas que se divertían venían de todos lados.

—¿Cómo estás, chica? —preguntó mi padre, dándome una botella de agua mientras se acercaba.

—Bien. ¿Qué hay de ti?

—Muy bien —dijo, girando para mirar a la multitud—. Son buenas personas.

—Vi que tenías una admiradora —bromeé.

Se rio.

—Es una buena mujer.

—¿Es una prima lejana de la familia Patton? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—No, sí, o no lo sé. Es la viuda del hermano de un primo o algo así, no estoy seguro, las cosas se vuelven un poco confusas.

—Ya veo.

—Vamos a cenar la semana que viene —dijo sin mirarme.

—Bien. Creo que es genial. ¿Puedo conocerla?

—Claro, te la presentaré, pero ahora mismo... —dejó de hablar y señaló con la cabeza.

Miré hacia arriba para encontrar a la Sra. Patton que se dirigía hacia nosotros. Sonreí y saludé.

—Elena —me saludó con un abrazo.

—Hola, Lisa —dije—. ¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Te estás divirtiendo? —ella tomó mi mano.

—Sí, seguro que sabes cómo organizar una gran fiesta.

—Gracias.

—¿Puedo echarte una mano con algo? —me ofrecí.

—No, no, tú eres mi invitada. ¿Dónde está Adrián?

Sacudí la cabeza.

—No estoy segura, fue a hablar con Stavros hace unos quince minutos.

—¿Has conocido a todos? —preguntó.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—Oh Dios, no lo sé. He conocido a muchas personas. Mi padre también había estado haciendo las rondas.

Lisa se rio.

—Oh, sí. León es un tema muy candente entre las mujeres solteras.

Me reí a carcajadas cuando mi padre se ruborizó en tres tonos de rojo.

—Oh, ahora —murmuró mi padre—. No sé nada de eso.

—Creo que acaba de decirme que tiene una cita —revelé.

—Elena —gruñó.

—Felicidades —dijo la Sra. Patton—. Mi árbol genealógico es bastante extenso, si eso no funciona, hágamelo saber y le encontraré una buena mujer.

Mi padre se quejó.

—Gracias, pero creo que una será suficiente.

—Debes haber estado hablando con Adrián —dijo ella con una sonrisa.

—Oh, ¿te refieres a la mujer barbuda con la que le tendiste una trampa? —me burlé y ella se rio

—Era una buena chica —agregó.

—¿Una mujer barbuda? —preguntó mi padre, con una mirada de horror en su cara.

—Sí, su vello facial era más grueso que el mío —dijo Adrián quien venía caminando detrás de mí.

—Oye, ahí estás —dije, volviéndome hacia él.

Me rodeó con un brazo alrededor de la cintura, tomando un sorbo de la copa de vino que llevaba.

—Lo siento, me retrasé en mi camino de regreso aquí.

—Adrián, presenta a Elena al resto de la familia, voy por un par de botellas de vino. Oh, León, ven conmigo, me gustaría presentarte a algunas personas —Lisa sonrió de una manera que dijo que tenía algo bajo la manga.

Mi padre me miró para pedirme ayuda, pero yo me encogí de hombros.

—Diviértete —me miró con el ceño fruncido, siguiendo a Lisa por el patio.

Adrián me acercó un poco más.

—Creo que este lugar tiene tres habitaciones —dijo con voz ronca—. ¿Quieres ir a ver una de ellas? ¿Probar el colchón?

—Detente. No podemos hacer eso.

—Ese vestido me está matando —susurró cerca de mi oído—. Quiero quitártelo y devorarte.

—Adrián Patton, si me haces mojar y ponerme cachonda en la fiesta de tu madre, te haré pagar

—siseé.

—Me gusta cómo suena eso —dijo con una sonrisa descarada.

—Eres incorregible.

—Estoy caliente.

—Detente —dije, riéndome—. Estamos en la casa de tus padres.

Suspiró y mordió su labio inferior.

—Bien —se quejó.

—Tu madre sin dudas no es la misma desde la primera fiesta a la que asistí —dije, girándome para ver cómo guiaba a mi padre por el grupo.

—Le gustas, delira sobre ti a toda nuestra familia y sus amigos, la impresionaste, como sabía que lo harías. Gracias por darle otra oportunidad, es una buena mujer, y cuando está de tu lado, sabes que tienes a un boxeador detrás de ti.

—Gracias a Dios, porque ella es un poco aterradora —dije bromeando, pero en parte era cierto.

Vi como Stavros salía de la casa, apartando a Lisa, supuse que se estaban quedando sin vino o las galletitas de queso que servían.

—Ven conmigo —dijo Adrián, tomando mi mano y llevándome hacia el centro del patio trasero.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, mientras veía como él se subía a una silla.

Se elevó sobre mí, y yo lo miré, preguntándome qué diablos estaba pasando, levantó su mano y silbó. Me volví para mirar el patio trasero. Todos formaron un círculo alrededor de Adrián. Stavros y Lisa estaban de pie cerca, mirando a su hijo con mucho orgullo.

—¿Pueden prestarme atención todos, por favor? —dijo con una voz estridente.

El patio trasero se calmó.

—Adelante, hijo —dijo Stavros con autoridad.

—Gracias, papá. Quiero agradecerles a todos por haber venido hoy, pero sobre todo, quiero agradecer a Elena y a su padre, como saben, han venido aquí desde los Estados Unidos, y les debo informar que es un largo camino.

La multitud estalló en risas.

—No todos podemos ser tan inteligentes como tú, hermanito.

Giré para mirar y vi una versión ligeramente más vieja y corta de Adrián entre la multitud, automáticamente dos hombres más que se parecían a ellos se acercaron a la multitud. Asumí que debían ser los hermanos que nunca había conocido.

—¡Hey, lo lograron! —exclamó Adrián desde su improvisado pedestal.

—No nos perderíamos esto por nada del mundo —gritó uno de los hermanos.

Pensé que era dulce que todos se preocuparan lo suficiente como para aparecer en los eventos familiares.

—Elena, estas personas son parte de mi familia. Algunos de ellos están un poco más locos que los otros, pero así son. Tú y tu padre se convirtieron en una segunda familia para, así que pensaba que era importarte que todos se conocieran. Hace un par de semanas, llamé a mi madre y le pregunté si estaría dispuesta a organizar esta pequeña reunión, pero todos ustedes conocen a mi mamá —sonrió.

Hubo una ronda de vítores y sonidos de acuerdo, junto con algunos comentarios apagados. Me

había sorprendido saber que fue idea de Adrián hacer esta fiesta. Me había dicho que habíamos sido invitados, pero no que era su idea.

—Mi mamá se entusiasmó con la oportunidad de entretener, le encanta servir vino y cocinar, y esa es sólo una de las muchas razones por las que la amo. Elena, quería que estuvieras aquí conmigo para que conocieras a cada una de estas personas, eres parte importante de mi vida, así como ellos, y te quiero más de lo que puedo expresar. Cuando te conocí en aquel café, supe que eras alguien especial, luego te perdiste, y te encontré repetidamente —añadió en un tono seco.

Le miré con el ceño fruncido mientras todos los demás se reían.

—Hiciste que viera la vida de una forma más alegre con tu risa a diario, no puedo imaginar mi vida sin ti. Eres realmente hermosa por dentro y por fuera, y agradezco a mis estrellas de la suerte cada día porque llegaste a mi vida, ahora siento que está completa.

Levanté las cejas, sin saber qué decir.

—Gracias —murmuré.

—Ahora que has conocido a mi familia, necesito preguntarte algo muy importante —dijo, saltando de la silla y dando unos pocos pasos hacia mí.

—¿Qué es? —pregunté, un poco avergonzada de tener toda la atención sobre mí.

Sonrió y metió la mano en su bolsillo, sacando una pequeña caja negra. Lo miré fijamente y luego la caja, sacudiendo lentamente mi cabeza.

Se arrodilló, abrió la caja y la sostuvo para que yo viera la enorme roca que había dentro, podía sentir como las lágrimas corrían por mis mejillas sin control.

—Ahora que los has conocido, tengo que preguntarte. ¿Te casarías conmigo y te convertirías en parte de esta loca familia?

—No puedo creer que esto esté sucediendo —susurré.

Levantó sus cejas, cuestionándome con sus ojos, y movió el anillo delante de mí como para recordarme lo que estaba haciendo allí abajo.

—¡Por supuesto, me casaré contigo! —exclamé.

La multitud estalló en gritos y aclamaciones. Adrián se puso de pie y me tomó, abrazándome antes de besar mi mejilla y luego mis labios.

—Vamos a ver si esto encaja —dijo, agarrando mi mano izquierda.

Mi mano temblaba mientras él deslizaba el anillo en mi dedo. Sólo podía escuchar más gritos y felicitaciones

de todos los que nos rodean.

—Es hermoso —susurré.

Mi padre estaba a mi lado cuando levanté la vista. Me abrazó y me dio un cálido abrazo.

—Felicitaciones, cariño.

—Papá, mira —dije, las lágrimas de alegría inundando mi cara.

Él sonrió y levantó mi mano para estudiar el anillo.

—Es hermoso. Lo hiciste bien, Adrián.

—No podría haberlo hecho sin ti —dijo Adrián.

—¿Lo sabías? —pregunté con sorpresa.

Mi padre asintió.

—Este hombre es un verdadero caballero. Pidió tu mano.

Miré a Adrián.

—¿Lo hiciste?

—Por supuesto. Soy un hombre tradicional, por eso debías conocer a toda mi familia. Díselo —le dijo Adrián a mi padre.

Miré a mi padre.

—¿Decirle qué? —yo pregunté.

Me levantó la mano, señalando el anillo en mi dedo.

—Esas dos piedras a cada lado son del anillo de bodas de tu madre.

Jadeé, las lágrimas probablemente mancharon mi maquillaje mientras se derramaban por mi cara.

—Gracias, papá, e

sto significa mucho para mí. Lo guardaré como un tesoro para siempre.

Lisa y Stavros se acercaron a abrazarnos. La madre de Adrián tenía lágrimas en los ojos.

—Ustedes dos estaban destinados a estar juntos —dijo—. Eres una buena mujer, y estoy feliz de que hayas hecho a mi hijo un hombre feliz. Gracias por perdonarme y darme otra oportunidad.

Me abrazó de nuevo.

—Lisa, gracias por darme la oportunidad de demostrar que amo a tu hijo por quien es y no por su dinero —le dije—. Criaste a un buen hombre, y estoy muy feliz de unirte a tu familia.

Stavros levantó las manos.

—¡Brindemos! ¡El champán está listo para servir!

Me di cuenta entonces de que todos sabían lo que iba a pasar, la fiesta en realidad era para anunciar el compromiso. Agarré el frente de la camisa de Adrián y lo acerqué, dándole un beso sensual ganándome más aplausos de nuestro público embelesado.

—Te amo, eso es todo. Te amo demasiado. Eres mi mundo, y no puedo esperar a empezar el resto de nuestras vidas juntos.

—¿Por qué no bebemos un poco de champán y luego nos vamos a casa? —preguntó—. Creo que me gustaría celebrar nuestro compromiso en privado.

—Hogar, nuestro hogar en Grecia —dije las palabras en voz alta, recordándome que estaba viviendo un sueño.

Excepto que no era un sueño, era mi vida, y la realidad era mucho mejor.

FIN